

DAMIÁN COMAS



LAS VERDADES INFAMES



Las verdades infames

DAMIÁN COMAS



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Al lector

*Si a algo debe apostar el arte es a la creación,
y bajo las formas existentes no se llega a la misma.*

CARLO BELLI

LIBRO PRIMERO

Chatarra

Por Emil Hoffmann

—¿Has sentido la soledad absoluta?

—No lo sé. Únicamente me siento solo cuando estoy entre personas.

—¿Has sentido que dejas de ser parte de los hombres porque ya no te reconocen en ellos?

—No, y no creo que eso sea posible —responde Lothar con cierta arrogancia, pero interesado en la conversación que le plantea el joven caucásico que se reclina sobre la barra y quien, minutos antes, se presentó como Gabriel.

—Puede que sólo un indigente entienda mis preguntas. Tal vez todo lo que fui se parecía más a la vida de uno de ellos que a la de cualquier otro. Como un maldito animal errante.

—¿Y por qué crees que yo debería entenderte?

—Porque estás aquí. Sin compañía. Intercambiando palabras con un extraño y porque te dices escritor —Gabriel se termina el whiskey de un trago y su estado de ebriedad aumenta—. Alguna vez, un artista me dijo que únicamente existen dos clases de hombres: los que viven en busca del reconocimiento exterior y los que tienen que luchar día a día para aceptarse a sí mismos. ¿Tú de cuál eres? —Gabriel empuja el vaso hacia el frente de la barra para que el cantinero note que está vacío.

Antes de responder, Lothar comienza a buscar algo entre sus bolsillos.

—Es una batalla interminable y hay que tener muy claro por qué se hacen las cosas, y yo todavía no lo tengo. Ésta es la mejor prueba —Lothar encuentra en su americana la cajetilla de cigarros y se la muestra a Gabriel—: me fumo una al día.

—¿Otro más? —irrumpe el barman para preguntarle a Gabriel.

—Sí, otro. Tal vez yo era de los segundos, pero no lo sé.

—¿Y ahora te fías del alcohol? —lo cuestiona Lothar tras notar cómo apresura los tragos.

—No me fío de nadie; menos en esta ciudad. Uno sólo se daba cuenta de que era más viejo porque se volvía más desconfiado.

El empleado le entrega el cuarto whiskey y le recuerda que lleva tres.

—¿Y en qué se puede confiar si nada es nuestro? Ni siquiera los pensamientos. Todo ha influido —Lothar hace una pausa—. Dime, ¿de qué sirve hablar, Gabriel? ¿Expresar ideas? ¿Anécdotas? No son más que banalidades, egoísmos. Bien miradas las palabras son sinsentidos, datos que se van a olvidar una y otra vez. Como esta conversación.

—Puede que tengas razón...

—Tú no me has dicho a qué te dedicas.

—Estoy en una suerte de retiro, pero era instalador, artista plástico.

—¿Chocaste con tu zona de confort o te sucedió algo?

—Era mi zona —Gabriel le miente—. O en eso se convirtió el último año.

—No me extraña. Todos están en busca de ella, pero se paga un precio muy caro cuando la consigues. —Lothar señala con la mirada al pianista que ameniza esta ruinoso taberna—. Como él, ha tocado las mismas piezas de bossa nova en las dos ocasiones que he estado aquí, y tal vez morirá con toda su música adentro; la que nunca compuso porque encontró un sueldo suficiente para tener este repertorio noche tras noche.

—No todos son creativos.

—Entonces no todos deberían buscar el arte.

—No lo sé, Lothar. A los instaladores nos juzgan por lo mismo: pintores falsos, un arte de segunda. El rumbo que lleva el mundo genera tal saturación de imágenes que disminuye toda apreciación de las mismas...

—¿Y quién está de acuerdo con el rumbo que lleva el mundo? —lo interrumpe Lothar.

—Nadie con un poco de conciencia —Gabriel presenta su vaso—. Salud —Lothar responde el gesto con su cerveza y el joven apresura el trago y continúa su idea—. ¿Sabes? Me gustaría que, un día, toda la gente pensante

del planeta iniciara un paro mundial; un acto simbólico para decir que ninguno de ellos está de acuerdo con este sistema. No me coloco en el papel de víctima, pero tampoco soy ingenuo: lejos de la avaricia y la ignorancia somos millones de personas los que no vivimos en favor de esta destrucción, del mercado de basura que nos inunda, de la miseria que existe para mantener una opulencia insana.

—¿Y por qué no lo organizas?

—Porque nunca quise ser uno más de los que invertía su vida en una mínima causa y, sin embargo, quedé como un artista que cuestionó desde el *bluff* de los museos. Uno más de los “activistas” sin resultados. Otra voz que extendió un mensaje, pero que se perdió en un instante.

—Eres joven, Gabriel, ¿por qué hablas en pasado?

El retirado instalador levanta las cejas y omite su respuesta mientras bebe más.

—La gente cree que cuando acepta sus imposibilidades crece, madura, se conforma. Convertirse en escéptico es también una suerte de conformismo, ¿no crees, Gabriel?

—Puede ser, o una manera de dejar de participar.

—O una manera de evitar el daño. Te doy un ejemplo: un bebé para caminar tiene que aceptar el dolor, y si vas directo a él desarrollas un estado superior desde el que no necesariamente sufres.

—¿Quién no sufre? He conocido a coleccionistas millonarios que son tan miserables como el hambre. ¡Hambre, Lothar! ¿Sabes cuánta hambre tiene la humanidad? Este mundo que sólo consume una tercera parte de todo lo que produce en alimentos. ¡Una tercera parte! Y el resto se va a la basura.

—Es un asco. Lo sé. Todo esto —Lothar dibuja un círculo en el aire— se produce a lo imbécil. Pero te sorprenderá saber que hoy mueren más por obesidad y diabetes que por hambre.

—No lo creo.

—Te lo juro; lo leí hace un par de semanas.

—Dime, ¿qué no hacemos a lo imbécil? Hasta nosotros, tú y yo, somos parte de esta producción masiva y absurda —Gabriel solicita el quinto trago.

Se abre un silencio entre ambos. Presencian el final de “La chica de Ipanema” al piano, hasta que Lothar entrelaza los dedos tras la barba que le brinda un aspecto de rabino y responde:

—Hace tiempo, escribí un cuento en el que Ringo Starr, como único autor vivo de su antigua agrupación, priva al mundo, a través de un contrato, de escuchar a Los Beatles durante cincuenta años, que crezcan dos generaciones sin ellos.

—¡Qué maravilla! Detesto a The Beatles.

—Pues justo esas dos generaciones los comienzan a escuchar a escondidas. Los convierten en el movimiento más *underground* del futuro. Al imponer su ausencia los desvirtúa a niveles gloriosos y cincuenta años después... Mejor no te cuento el final, pero somos tan complejos, contradictorios, que todo el tiempo funcionamos de manera opuesta.

—

A las seis de la tarde, Gabriel sale de la taberna y toma un taxi en dirección a una central de autobuses foráneos. Mientras observa la nata café que abruma el cielo, el exceso de automóviles, las masas humanas en movimiento, la contaminación visual de la publicidad, los interminables comercios, siente la pulsión de los motores a su alrededor, el ruido de la calle y los cláxones provenientes de cualquier dirección. Su pierna izquierda tiritita sin detener la ansiedad que se expresa en el sudor de manos y frente. “¿Así que esto fue la vida?”

El chofer, desde su espejo retrovisor, nota cómo el joven blanco y de cabeza rapada se inclina torpemente hacia adelante, sin lograr flexionarse, debido a su altura, y levanta las rodillas hacia el pecho para dejar los pies suspendidos en el aire durante algunos segundos, con la finalidad de disminuir el dolor que le aqueja.

—¿Todo bien? —pregunta el taxista.

—Sí —aunque, por dentro y a la par de sus náuseas, Gabriel se dice: “No. Esto no está bien”.

Por sexta vez en el día, Gabriel saca las pastillas del bolsillo de la chaqueta y toma tres. Su mente hace una pausa. Respira profundo. Cierra los párpados. Apoya la frente contra la ventanilla. Nuevamente abre un poco los ojos y mira hacia el exterior: su vida entera se asimila a este veloz cruce por tan contaminadas avenidas. “Adiós, Mariana”. Entiende que a veces duele más dar una explicación que partir en silencio. Aprieta las rodillas hacia su pecho y se sostiene las piernas con los brazos. “Partir solo, solo, solo”, recuerda las palabras de Lothar, el escritor que conoció esta tarde, y le ordena al taxista:

—¡Gire en ésta a la izquierda!

—¡Sí sé llegar!

Gabriel mira con desprecio al hombre en el retrovisor. Se encuentran las miradas y el conductor insiste:

—¿Qué traes?

—Nada.

—¿Estás drogado?

—No.

—¿Tienes para pagar el viaje?

—Sí —contesta Gabriel, a la par que restriega el rostro contra la ventanilla.

El taxista no se siente cómodo ni seguro con el pasajero. Continúa observándolo por instantes, a través del mismo espejo retrovisor, hasta que escucha:

—¡Deténgase! —de inmediato, el joven abre la puerta y desciende con un salto.

—¡Ey! —grita el taxista, que también baja del vehículo, dispuesto a perseguirlo, pero cuando rodea el automóvil, lo pierde de vista hasta que lo encuentra en el suelo, vomitando una ráfaga de sangre.

Sin mirar al chofer, Gabriel nota su presencia. Mete la mano en el bolsillo, le extiende un billete grande. Sin dar las gracias ni el cambio, el taxista regresa al vehículo y se marcha molesto. Gabriel continúa hincado sobre el asfalto, se limpia la boca con la muñeca, se sacude las manos, las

frota entre ellas para eliminar la sangre. Al levantar la vista, nota al grupo de mirones que no saben qué decir o hacer frente a este joven de una tez tan pálida que resulta espectral. Nadie lo ayuda a levantarse, pero al lograrlo da un par de pasos y, una vez más, saca las pastillas del bolsillo, las mastica de prisa y a pie continúa el camino a la estación.

—

Una luz blanca y difusa se extiende por el apartamento de Gabriel y Mariana, ilumina cada rincón y evidencia las partículas que vuelan alrededor: un hermoso microcosmos que se representa ante ella y, sin embargo, tras la partida o la ausencia de Gabriel, Mariana no tiene ganas de iniciar este viernes. Desbloquea su computadora sin saber qué hacer. Abre el correo electrónico. Sólo publicidad. Intenta poner música para amenizar la mañana, pero no encuentra una pieza que desee escuchar y, finalmente, comienza a leer lo que escribió hace tres semanas, cuando pensó que mudarse, por unas horas, de la pintura a la literatura no tendría por qué ser un acto tan importante.

A

1. Las anodinas tonalidades del agua se vinculan con la arena a través del tenue movimiento de la espuma. En ellas, un vestido de seda azul flota y se pierde entre la sucesión de las olas, reaparece por momentos y luego se abandona sobre la playa como una pesada veladura que apenas se distingue. Alguna dueña debió tener aquella prenda, pero da igual pues nadie se lo pregunta. Simplemente se quedó en el mar con un pasado de tantas posibilidades como los granos de arena sobre la costa. Y una vez más, la seda es succionada y se revuelca hasta volverse mar.

Mariana no sabe si le conmueve su texto, si funciona o no, si debería pintar el cuadro de un vestido abandonado en el mar o ir a la playa con una cámara de

video y representar la escena: una prenda sujeta con dos pequeños hilos transparentes. “De pesca”, piensa, y mantener la imagen de esa tela revolcándose. “Un instante que revele la existencia de un pasado, de una historia”. Pero no lo sabe o no quiere saberlo.

Se levanta del sillón, camina entre el desorden del departamento para prepararse un café y un pan con mermelada, como cada mañana, y mientras lo hace, reconoce por un instante que tampoco quiere estar viva.

Regresa a la sala. Enciende la televisión, lo deja en el canal de documentales y, por tercera ocasión, desbloquea la computadora. Necesita de los otros y lo sabe. Abre Facebook para aportar una idea que la ha perseguido por días, y con ella aparentar un grado de normalidad que contraste con lo que en realidad vive.

Estado de **Mariana Silva**: *El arte contemporáneo es muy exigente, le pide al espectador todo lo que pocas veces se exige a sí mismo.*

Mariana observa la pantalla por unos segundos y de inmediato recibe tres respuestas.

A **Rafael Pineda** le gusta tu estado.

A **Tom Jackson** le gusta tu estado.

Marla Sánchez ha comentado tu estado: *¡El arte es gay, amiga! ¿Cómo vas?*

—

“Odio la tele.” En realidad, Mariana no sabe qué odia más, si Facebook o la televisión, pero en ambos pierde suficientes horas al día. Cambia de canal constantemente porque para ella todo en el mundo es material de desecho: objetos, alimentos e individuos inservibles... “Igual que en el arte: hay en él más basura que en los mismos museos, más mentiras que en los hombres. ¡Eras un mentiroso, Gabriel!” Se levanta. Camina de regreso hacia la cocina,

va en busca de otro pan con mermelada y repite la frase: “Odio a los hombres”.

Frente a ella, el gato brinca sobre la estufa y se asoma por la ventana.

—¡Mondrian, ven aquí! —Mariana regresa al sofá de la sala y el gato salta a un lado de ella y ronronea sobre su muslo—. Todos son iguales a ti: creen que enterrando sus mierditas desaparecen. ¿Verdad, panzón? Mira, ahí va todo el desperdicio humano, oculto hasta que se hace demasiado visible — comenta mientras observa una noticia sobre la contaminación del mar. Bebe un poco de café e intercala la amargura del mismo y de su vida con el pan endulzado. Recuesta la cabeza sobre el respaldo del sofá y observa su ambiente. “Odio este departamento. Odio tener que seguir aquí.” Apaga la televisión.

Mariana no sabe qué hacer con su día o cómo iniciarlo. “Quiero dibujar”, igual que antes, cuando todavía le gustaba inventar personajes que en un gesto narraban toda su presencia. Ahora, teme que la gente hable demasiado, que el mundo sea un bombardeo absurdo de comunicación sin sentido. A sus personajes les bastaba un gesto para comunicar y no sabe por qué los olvidó ni por qué dejó de pintarlos. “Como tantas cosas que se dejan de hacer cuando uno ‘crece’; y cuando uno ‘crece’ un poco más, todo comienza a tener todavía menos sentido.”

“Necesito aire.” Camina hacia la ventana y en cuanto la abre, siente la inmensidad de la urbe en el ruido y la brumosa atmósfera. Por sus fosas nasales penetra el olor a caño que percibe por todos lados: en los mercados, en las avenidas, en cada billete que toca. Se mantiene inmóvil y observa abajo a los uniformados de negro, gris y azul, con portafolio en mano, que abundan por la calle. “¿De qué servirá que tanta gente salga todos los días a trabajar y a ganar dinero? Si no hubiera tantos, todo tendría un poco más de sentido”.

Mariana abandona la ventana. Deambula, dominada por un ocio o una desesperación que desconoce y que se ha apropiado de ella durante la última semana. Advierte, una vez más, la cantidad de papeles sobre la mesa del comedor. Toma uno en blanco y se pregunta: “¿Qué pensé hace rato? ¿Tiempo...? ¿Armonía en el...?”. Siempre le pasa lo mismo, pero escribe:

Conforme más avanzo en el tiempo menos sé quién soy.

Lee su frase. Rompe el papel. Todo lo que hace carga con una inmensa predisposición a sentirse insatisfecha. “Lo que teníamos, Gabriel, era importante.” Mira el inmenso cuadro que está al otro lado de la sala: un paisaje en el que caminan dos personas sobre la playa, concebido al temple, en tonos sepias, de una absoluta precisión en cuanto a composición y profundidad, repleto de sutiles texturas que conectan el color de lo más interno del cuadro con la última capa. “Mira estos cuadros: colores como materia viva. ¿En qué competían tus instalaciones con esto?”, se pregunta y acepta una derrota que forma parte de su actual depresión; a pesar de que sabe que no volverá a estar a la sombra de su pareja.

—

Recostada en el sillón, Mariana toma un cojín, lo coloca frente a sus ojos y hunde su rostro. En la absoluta oscuridad, respirando el olor a gato que tiene la tela, delibera: “No estoy sola. ¡Soy libre! ¡Eres libre, Mariana!” Se descubre la cara y sonrío por unos segundos, aunque de inmediato regresa su negatividad: “¡Maldita psicóloga de mierda! Necesito un proyecto... ¡Deja de pensar y haz algo!”. Toma una pluma de la mesa de centro y escribe en su libreta:

Proyecto:

Le gusta esa palabra. Se detiene a pensar qué sigue, pero su creatividad, como pocas veces, está completamente hueca. “¡Te llevaste mis ganas de hacer todo! ¡Basta! ¡Calma tu drama! ¡Tú no eres una de esas gordas que berrean! ¡No eres ni fuiste dependiente de él!” Mariana no entiende qué sucede con su cabeza que no logra distraerse del tema “Gabriel”. Se recuesta. Mira al techo. Cuando cierra los ojos para vaciar su mente, logra diez

segundos de un silencio absoluto, pero su desesperación sigue en aumento.

Al observar el único cuadro que Gabriel compró para la casa, colgado arriba y detrás de la televisión la pequeña imagen de un gallo fuera del corral, su mente regresa al odio que siente por el lugar. Quiere cambiar todo lo que le recuerde a él. Mientras tanto, Mondrian no le presta atención y se dedica a limpiarse las ingles con la lengua. Ella lo mira, reconoce al animal que le resulta insípido y se cuestiona qué tanto la necesita él a ella. Coge una silla del comedor, se sienta y coloca los codos sobre la mesa, lleva sus manos hasta su rostro y deja que sus mejillas se hundan entre sus palmas mientras observa otro de sus cuadros al temple: un hombre solitario y trajeado que bebe una taza de café en medio del bosque, titulado “Bestiario #7”. El séptimo cuadro de una serie en la que exploró al hombre entre la bestia y el dios, como una frontera, y para el que utilizó a Gabriel de modelo.

Mariana baja la mirada y revisa un papel sobre la mesa del comedor. Estira el fragmento de periódico. Es uno de los tantos recortes que debe guardar para justificarle a las instituciones que ha sido una pintora comprometida.

Los cuadros de Mariana Silva reinterpretan la realidad, permean en lo sublime y activan la emotividad del color...

Javier Ortega

“Parece una etiqueta de vino. ¿Para qué intentan explicar lo que la pintura ya expresa? Si lo necesitara, no sería pintura. ¿Qué estoy pensando? ¿Y si le llamo? ¿Quién me va a contestar? No, qué idiota soy”. No resiste la tentación de llamar al celular de Gabriel. Se levanta, toma su teléfono y marca. *Lo sentimos, el número que usted marcó no está disponible o se encuentra fuera del área de servicio. Le sugerimos llamar más tarde.* “¡Contesta, maricón! No llores. No llores. No te estás volviendo loca. Me duele más entre más días pasan. Se supone que debería ser al revés. ¡Carajo! Tengo que salir. Tengo que ir a caminar. Tengo que ver gente. Tengo que hacer algo”.

Mariana se acerca a la puerta con la intención de partir, pero al tocar la manija recuerda que su aspecto no es agradable ni tiene fondos para

destinarlos al ocio. Desiste. Regresa la mirada hacia la sala y la detiene en el gran librero que hay detrás del sofá. “Tengo que ordenar esos libros”. Se acerca a los textos. “¿Dónde está el de Klimt? ¡Se quedó en tu taller! ¿Qué clase de persona se larga sin decir nada?” En ese momento, la interrumpe el timbre del teléfono. “No quiero hablar con nadie. Si es importante, que me llamen al celular”. Deja sonar el timbre y se acerca a bajarle el volumen. Acomoda el aparato al centro del buró y al ver la luz que pega sobre sus manos, mira el reloj de su muñeca y nota que ya son más de las tres, la hora en que Gabriel solía pasar la casa. Comienza a sonar el celular.

—Hola, ma. / Sí, ya llegué. / No quiero contestarle a nadie. / Bien. Olvidé en tu casa los platos de Mondrian. / Sí, el lunes paso por ellos. / No sé. Quiero empezar un proyecto, en eso estoy. / Sólo sé que no quiero que tenga que ver con Gabriel. / Bueno. / Sí, ma. / Yo también. Te marco o me marcas más tarde. / *Okey / Bye.*

Nota que sus manos sudan, las coloca en los bolsillos del pantalón, da varias zancadas y sonrío al ver la exquisita flojera con la que Mondrian se estira. Ella se acerca, se hinca en el piso frente al sillón para acariciar al animal y las lágrimas regresan. “Maldito gato, contigo me siento más sola”.

—

“¡Salte a dar una vuelta! No hay dinero. ¡Ponte guapa! El suéter azul y el pantalón rojo. Tienes un ahorro en el cajón. Lástima de éstas; con el otro brasier se ven más grandes. Si ligo lo traeré aquí para que veas que puedo olvidarte en un segundo, Gabriel. No vi tu Facebook. Si tenías a otra, seguro va a estar ahí. No, ¿para qué me lastimo? ¡Vámonos! La computadora.

”¡Siempre apesta esta ciudad! ¿Qué me ves? Estás horrible. ¿Alcohol o café? Cerveza. ¿Sola? Si me ve alguien conocido voy a quedar como una *loser* bebiendo sola. Café. Pero es más fácil conocer a alguien con alcohol que con café. Bueno, caminemos. ¿Starbucks? No, ahí todos se sienten ‘amigables’, gringos conversadores, pero van chicos guapos y necesitas hablar.

”¡Carajo! No hay nadie. ¿Quién toma café a esta hora? Me gusta la mesa de la esquina. ¿‘Marx’ López? ¿Eres empleado de un Starbucks y te llamas ‘Marx’ López? ¡Por dios! Bueno, por lo menos eres guapo”.

—¡Hola, nena! ¿Qué te sirvo?

Después de preguntarle su nombre y escuchar su respuesta, Marx escribe sobre el vaso y le incluye un par de corazones. “Caray: nena, Mary Ana y corazones.” Recibe la bebida y elige el asiento más confortable, un sillón frente a una mesa de centro. Desde la barra, Marx observa a Mariana: su larga cabellera, sus ojos grandes color miel, las mejillas pecosas, su altura y sus largos y delgados brazos. “Una nena *top model*”, se dice a sí mismo y espera que en algún momento se crucen sus miradas y ella dé una señal. Mariana, sin mirar a Marx, siente la invasión de esos ojos y evita cualquier contacto, conoce perfecto las reglas del lenguaje corporal y en ese momento piensa: “El lenguaje. Escribe sobre el lenguaje.”

Nada es más difícil que darse a entender. Basta con intentarlo en una relación de pareja, las palabras nunca bastan...

El timbre de su celular interrumpe a Mariana.

Marlita: ¿Qué vas a hacer hoy?

Mariana Silva: No tengo plan. ¿Tú?

Marlita: Vamos a una fiesta, es cumple de un *amig@*.

“No lo sé, Marla; ya conozco tus demonios... pero eres la única que invita”.

Mariana Silva: OK

Marlita: Paso por ti a las nueve.

“¡Qué alivio! Creí que ya no existía para nadie. Bueno, es Marla, espero que ahora no quiera otra cosa de mí. ¡Basta! Tengo que escribir algo que le dé sentido a mi día”. Retoma la historia del vestido y bebe de su intenso café mientras revisa el texto. Se adentra mentalmente en el entorno de la prenda de

seda, y a los pocos minutos escribe.

B

- 1. El mar regresa el vestido y lo abandona sobre la playa. Arriba de él, una nube toma la forma de un ave y se descompone hasta convertirse en fragmentos. Debajo de ellos, en el agua aparece un punto colorido, una barca perdida en medio del mar y que emite unos silbidos lejanos.*
- 2. Al acercarse a la costa, lo que parecía ser una baliza en altamar se convierte en una derruida embarcación que avanza en línea diagonal. En ella, los chasquidos del agua chocan contra los remos y León, un hombre trajeado y de rasgos árabes, lleva un contrabajo maltratado que toca con un arco hexagonal. El sonido atrapa el espacio con la marea invisible de una melodía que en nada se parece a lo conocido. Y mientras él les da forma a las notas, una mujer nada a su alrededor y apenas sobresale su desnudez del agua.*
- 3. El uso y el calor han dejado huellas en la madera del instrumento. León toca y tararea. Lleva la camisa manchada por el sudor, pero su rostro está lleno de gracia, con la barba crecida de un naufrago, los cabellos rizados por la humedad y la piel tostada. En el mar sobresale el cuerpo desnudo que nada, suelta una risa y entra de nuevo al agua. Su silueta se desvanece, y en su ausencia aumenta la euforia de él: la música rompe la armonía y se perfecciona hacia el caos; mezcla arco y manos, reproduce ritmo y melodía. La mirada del hombre se concentra en la sombra que da vueltas a su alrededor y que cada tanto emerge para respirar.*
- 4. Finalmente, Larissa sube a la embarcación. Se sienta, el agua escurre de su cabello rojo hacia el pecho, hombros y hasta los pies. Ella lo mira y le sonrío. León detiene la música.*

—¿Estás aquí para siempre? —pregunta él.

—No lo sé —se carcajea Larissa y mueve bruscamente la barca hasta que ambos caen al agua.

León se hunde con todo y el instrumento. Envuelto en la densidad del mar, suelta el contrabajo y el arco, se despoja de los zapatos, la ropa y comienza a patallar. No necesita respirar. Su mujer lo tira con fuerza y él se deja llevar... La madera del contrabajo se desprende de las burbujas de aire guardadas entre las vetas. Flota mientras se llena de agua y cuando el mar lo hace suyo, desciende, cruzan peces a su lado, la oscuridad se acentúa y choca con el arrecife.

—

Con una sensación de repudio, Mariana observa la fiesta a la que fue invitada por Marla: una sala azul, iluminada por lámparas cubiertas con velos dorados y repleta de individuos con todo tipo de disfraces o una evidente ausencia de vestimenta. “¡Maldita Marla! ¡El arte es gay, amiga! Wow! No, señor charolero, no pienso entrarle a ninguno de sus polvos”.

Intenta abrirse paso entre los invitados para ampliar su espacio vital. Lo logra al sentarse en un sillón individual cubierto por un plástico transparente. Desde ahí, continúa observando. “¿Cómo en tanga? ¿Por qué todos tenemos que ver tus nalgas revolotear? Ya me quiero ir”. La atmósfera se nubla de vapor humano, reggaetón, desnudos, sexo, humo de tabaco, hachís y marihuana. “¿Qué diantres vine a hacer aquí? ¡Ja! Eso es a lo que llamo una verdadera trompa de elefante. ¿Okey? ¿Y ustedes, jovencitos, succionando testículos?”, emite una leve sonrisa y comienza a buscar un cigarro para continuar en su papel de espectadora. “¿Qué me miran? Parece que les importa más ser vistos que estar en el acto”.

Algo comienza a vibrar en el abrigo de Mariana. “¡Ay, no!”

—Hola, ma. / En una fiesta. / Tranquila. Todo bien. Me voy en un rato. / ¡No te escucho, está muy fuerte la música! —Mariana regresa el celular a su bolsillo. Termina el cigarro sin importarle que las cenizas caigan sobre la alfombra. Se levanta, busca un rincón donde nadie le toque el hombro y

pretende distraerse con su celular hasta que llega Marla.

—¡Qué aburrida, güey! ¡Esto está increíble! ¡Te voy a presentar a unas amigas guapísimas!

—No, no estoy en plan de ligue, Marla.

—Bueno, entonces a un amigo. Ven... —Marla la toma de la mano y rozando múltiples cuerpos se abren paso, cruzan un pasillo y llegan a otra habitación—. Mira, Carlos: ella es Mariana, es una súper pintora y él es nuestro anfitrión.

—Hola, reina —saluda el hombre alto y vestido de *drag queen*.

—Qué tal. Mucho gusto. Lindo hogar —responde con la misma voz falsa y nerviosa.

—¿Qué tomas?

—Una cerveza.

—¿Eres gay?

“Qué pregunta tan original”, se dice a sí misma y responde:

—No.

—¿Pareja?

Mariana niega con la cabeza. Carlos se exalta.

—¡Ay, pero si eres un bombón! ¿Cómo que estás sola?

—Ya ves, así es el rocanrol.

—¡Además eres graciosa! —Carlos utiliza un gesto tan amanerado que Mariana no entiende si se está burlando o realmente le resulta simpática.

—¡Una cerveza es una cosa muy triste y básica, Mariana! ¡Vamos a darte algo para que te alivianes!

Mariana asiente porque sabe que necesita “alivianarse”, no sólo con el entorno de esta noche sino con la vida en general. Carlos se acerca a la mesa y le sirve una mezcla de whiskey, polvos del charolero, más éxtasis que otra cosa, y bebida energética. A los veinte minutos, Mariana baila y se desprende del abrigo y los tacones. Más tarde acaba en un cuarto jugando a las *tijeras* con un par de chicas inexpertas que la abandonan en cuanto empieza con ataques de taquicardia y vómitos consecuentes.

Cuando Carlos llega a la habitación a consolarla y a cambiar las sábanas, acaban teniendo sexo. Pero esta noche, la historia de Mariana no es la más

relevante. La fiesta tampoco lo es: intercambio de fluidos, llantos, baile, gritos, sangre, olores, invitados que por su comportamiento pareciera que detestan al anfitrión. A las tres de la mañana, el oficial Fernando Rosas solicita apagar la música, primero con un altavoz desde la calle y después dentro del edificio, gracias al vecino sudamericano que se ha mantenido al pendiente y ha denunciado con múltiples llamadas el evento: “¡Estamos hartos de estos maricas!”.

El policía entra en el departamento con dos compañeros. No faltan los invitados que se excitan por los uniformes, pero también están los más ágiles que esconden las drogas, se visten y apagan la música. La mayoría abandona la fiesta. Carlos, como buen anfitrión, le da dinero al policía:

—Ahí muere, jefe. Ya le paramos. No se preocupe.

Pero el policía le pide más. El anfitrión accede y el oficial se marcha con una advertencia:

—Más les vale que no *haiga* más desmadres —Los asistentes salen en paz y nada extrañados por el desenfrene recién vivido.

Carlos, ebrio y con el vestido roto, se mantiene recostado en el sillón. Su mejor amiga, Ladyboy Lupe, está encerrada en el baño, llorando por culpa de un hombre que la maltrató: siente mucho dolor en el recto y además se excedió en alcohol y polvos, pero, tal y como lo acordó con Carlos, era una noche de fiesta. Mariana ronca en una habitación. El anfitrión continúa bebiendo, pero es el más sobrio del lugar, a pesar de haber consumido de cada toxina y de cada botella.

Una vez que el departamento queda vacío, comienza a escucharse un llanto en el dormitorio que se convirtió en el cuarto oscuro. Carlos se levanta, se cubre con una toalla y entra a la habitación. Descubre a un bebé dentro de una maleta, casi asfixiado. Sale de prisa hacia la sala, busca entre los borrachos a los que quedan semiconscientes y sin que alguien lo apoye va hacia la cocina donde está un desconocido.

—¡Alguien dejó un bebé!

El desconocido levanta la mirada; fija sus ojos rojos en Carlos y en la criatura:

—¿Y?

—¡No seas idiota! ¿Qué hacemos con él?

—Déjalo en el pasillo y toca el timbre de los vecinos.

—¡Eres un idiota! ¡Lupeee!

Lupe levanta el rostro del escusado, sale tambaleándose del baño y camina por el pasillo soportándose con los muros. Le duele todo.

—¡Alguien nos dejó un bebé!

—¿Qué?

—Hay que llevarlo a la delegación... —responde el desconocido mientras se lo arrebató a Carlos y lo carga de manera brusca, completamente drogado, y con varias zancadas perdidas cruza la sala y sale del departamento.

Lupe vuelve a llorar por lo que le ha sucedido, Carlos la abraza y esa noche juegan a las caricias sobre el sillón. De pronto, alguien golpea la puerta del departamento. Deciden no abrir. Es el mismo desconocido, la puerta principal del edificio tiene llave y no tiene manera de irse; pero como nadie le abre, continúa subiendo pisos y llega hasta la azotea. Se impacta por la claridad que ve desde ahí. “Una infinidad de luces y todos duermen.” Deambula brincando tubos de agua y gas. Se acerca a una de las orillas. El edificio próximo tiene al menos un metro de separación; si no están cerradas las puertas de esa azotea y de la entrada, podrá bajar a la calle. Toma vuelo, pero se da cuenta de que necesitará las manos para brincar al otro lado. Camina en círculos. No sabe qué hacer. Recorre toda la orilla hasta estar arriba de la cara frontal del edificio y piensa: “¿A qué sonará?”. Lanza al niño y éste, tras cinco pisos de caída libre, sólo provoca un seco y breve golpe contra el pavimento. El desconocido corre para tomar vuelo y baja por el otro edificio.

Tres horas más tarde, Mariana despierta llorando, sin haber oído a las patrullas y ambulancias a causa del infante que amaneció en la avenida y sin manera de comprobar de qué vehículo o edificio cayó. Para la policía, un caso más de los veinte impunes que se archivan por día.

—Pase lo que pase o hagan lo que hagan, en este país no hay consecuencias; no importa si son trescientas mujeres, cien indígenas, cincuenta jóvenes o un bebé sin madre, todavía menos significativo— exclama frente a su mujer otro vecino desvelado que estuvo al pendiente de la

fiesta y del “accidente”.

Las almohadas, cubiertas por fundas de poliéster, le han dejado el cabello pegado a Mariana. Frota sus ojos. Se limpia la saliva con el dorso de la mano y las lágrimas con su blusa. Las huellas de anoche siguen en este rostro de bellas facciones y cuando se da la vuelta, ve a un hombre a su lado. “¿Gabriel?” No, no es Gabriel, y ni siquiera Carlos. Un extraño. ¿Se habrá acostado con él? “No”, o no lo recuerda. Mariana se levanta, siente un cosquilleo en la vagina: ha tenido sexo. “¡Maldito Carlos, hijo de puta!” A él sí lo o la recuerda. Al salir de la habitación, observa la sala destruida y una infinidad de manchas en el piso acompañadas de colillas, vasos sucios y botellas vacías.

Mariana toma su abrigo, se pregunta en dónde estará la imbécil de Marla, que la animó a llegar ahí. “Soy una estúpida.” Revisa su celular; casi no tiene batería, pero nota que son las siete de la mañana. Busca su bolso; necesita sus gafas oscuras para salir a la calle porque, tal vez por su belleza, siente que afuera todo el mundo la observa y la reconoce. Por lo mismo, experimenta una profunda vergüenza de abandonar el departamento. Al llegar a la calle sucede la sensación esperada, las miradas de los extraños le resultan una suerte de registros *paparazzicos*, aunque Mariana no es una estrella. Tiene ciertos admiradores en sus grupos *culturosos*, es conocida por un pequeño grupo de artistas que se interesan más por su belleza externa que por su obra y no es una persona que la gente señale en el supermercado o a la que le pidan fotos en la calle. Sin embargo, en la ciudad, Mariana recibe constantes miradas en busca de *ligue*. Si hubiese intentado ser una actriz, nadie dudaría de que su belleza la hubiera llevado lejos; probablemente no su actuación, pero sí esa delgada capa de piel que hace de los actores algo reconocible.

Mientras camina por la calle en busca de la avenida principal, sin ningún taxi que pueda salvarla en una rápida huida, uno que otro automovilista la mira: le inspecciona los zapatos, el perfecto trasero que todos sus amigos han deseado “maniobrar” algún día. Pero su cara pálida y sus gafas oscuras ignoran todo contacto visual. Avanza con sus largas zancadas por las que desde su infancia fue apodada “Jirafa”, la niña flaca, de gran estatura y de

piernas largas. De pronto, una vieja camioneta *pick-up*, repleta de frutas, pasa detrás de ella y mientras el conductor le observa las posaderas, aprovecha para vender desde el altavoz, sin quitarle los ojos de encima.

—¡Deliciosas, sabrosas y jugosas mandarinas!

Mariana reconoce el hostigamiento por parte del vendedor y apresura el paso. Tres cuadras después, finalmente aborda el transporte público y de manera extraña, en una mañana de sábado y en una ciudad sobrepoblada, el vagón parece un solitario tren finlandés. Al llegar a la estación más cercana de casa, la incógnita desciende y se adentra por una calle lateral. Cruza el parque repleto de familias que comienzan a hacer uso del espacio público. Pasa deprisa y avergonzada a una farmacia por una píldora del día siguiente y entra lo más rápido que puede en su departamento.

—

“Por fin en casa. ¿Mondrian? ¿Dónde estás?” El gato aprovecha el calor que genera el motor del refrigerador y duerme sobre el mismo. Al escuchar los tacones de su dueña, el animal despierta y utiliza un atropellado ronroneo para solicitar alimento y Mariana lo atiende de inmediato. Después, Mariana toma la píldora del día siguiente y se sienta en el sillón rosa que ella y Gabriel compraron en una tienda de segunda, igual que todos los muebles del departamento, para favorecer un rescate ecléctico del pasado en contraposición al conglomerado o plástico de los diseños actuales.

Una vez que Mondrian termina con las croquetas, corre hacia las piernas de su dueña y se acuesta en su falda. Mariana percibe con asco el aliento del animal; le hace pensar en el sexo de hace unas horas. Cuando lo toca y siente la tersura de su pelo, las lágrimas comienzan a brotarle. Le arde la noche anterior y sólo recuerda una secuencia: segundo de secundaria, cuando un compañero vació la tinta roja de un bolígrafo sobre su asiento y todo el colegio se burló de ella. “Cómo duele”, se dice mientras Mondrian se da vuelta para que ella le rasque.

“Tú tampoco me quieres, sólo me usas”, le habla al gato y alza la mirada

para observar el cuadro del ave, el que Gabriel compró hace cuatro años: una ganga por la imagen en la que un gallo naranja mira hacia la izquierda. Lo que él amaba de aquella obra era que el pintor colocó un montoncito de caca al lado de la pata del animal. “Hay un acto anterior a la representación”, decía cada vez que invitaba a algún amigo a beber al departamento, mientras se carcajeaba de su propia e infantil broma. Al recordar a Gabriel le tiembla la boca y, literalmente, siente que se le abre una llaga en el corazón.

Mariana no quiere hablar con nadie ni ver a nadie; lo acontecido o provocado anoche va a arder por días en su memoria y en su cuerpo. Cierra los ojos. “¡Ves, cabrón! ¡Por qué te largaste!”, grita desesperada, tanto que el vecino *freelancero*, que trabaja dos pisos arriba, alcanza a escucharla, igual que cuando sucedían sus pleitos con Gabriel. “No, no me violaron, yo quise. Creo. Yo fui la que se dejó engatusar. Tengo que contarle a la psicóloga. ¡No! Yo fui la imbécil; lo resuelvo sola. ¡Estoy sola y qué!”

Se recuesta y enciende la televisión. A pesar de sus lágrimas, las imágenes la envuelven en un mundo lejano al suyo. La manipulan, se entretiene, detenida en el espacio del *entre* y el *tiene* del tiempo, mirando un documental sobre Brasil: tierra de la felicidad según los imaginarios turísticos. Las secuencias la cautivan, le roban el alma, generan simulaciones, fantasías, carnavales... hasta que observa el rostro de una negra que sonrío con toda falsedad y Mariana recuerda un reciente artículo en Facebook, “La inagotable esclavitud”. Se pregunta entonces cuánta ficción son los países y qué será de los negros todavía esclavizados en la misma tierra. “Y yo haciendo un drama por nada.” Intenta reponerse al pretender que la vida de otros es mucho peor que la suya. Cambia al canal de cocina.

Mondrian se acomoda en el pecho de su dueña, también le gusta mirar la pantalla, o por lo menos ronronea mientras lo hace. No es tan ingenuo como ella cree, es un gato que reconoce los programas, distingue algunos canales de televisión por sus sonidos e incluso entiende algunas palabras. Mariana pasa al canal de música donde un compositor se expresa nervioso mientras es entrevistado.

—Es cierto que la manera en que encontramos la belleza, a través de la música, es una cualidad única, pero también una posible desgracia de nuestra

especie: creo que existe, en cada autor, una necesidad por el dolor, por expresar sus relaciones de desamor; factores que parecen válidos y satisfactorios para todos. Y por lo mismo, comienzo a darme cuenta de que los títulos que le damos a las épocas sólo nos llevan nuevamente a los medios, a nuevas prácticas: rock, disco, pop, metal, alternativa... y no a una concepción distinta sobre el dolor, la creación o el ser.

Muchos tienen una concepción mala de él, como la que actualmente expresa Mariana, pero en realidad Gabriel era, simplemente, a su manera. Un artista con la constante preocupación por generar una obra valiosa, que a veces lo llevaba a concebir un arte original, con el que intentaba oponerse a la basura de la parafernalia *culturosa*, donde no participaba de las amistades políticas, y con el que comenzaba a ganarse un lugar en la pequeña escena del arte contemporáneo y creía que su éxito era a nivel nacional e internacional.

Las ideas de Gabriel no siempre eran novedosas, pero era virtuoso cuando se lo proponía y se dedicaba de lleno a un proyecto. Por ello, sus amistades lo querían más por lo que hacía que por quien era. Como casi cualquier artista, estaba repleto de conflictos y tenía una casi absoluta incapacidad para relacionarse con su entorno. Era un maniaco de los rituales que llevaba a la práctica a diario, a pesar de la monotonía que le aportaban a sus días, inconsciente de cuán necesaria le resultaba cada una de las siguientes acciones para completar las diecinueve horas del día que se mantenía despierto: todas las mañanas se masturbaba en la regadera debido a su exceso de testosterona, a la que también culpaba de la pronta calvicie. Por ello no compartía los baños con Mariana, durante los cuales se rasuraba el rostro y la cabeza, y de manera ingenua, incluso estúpida, enfocaba sus ojos ante el espejo oxidado, bajo la ducha, y se decía: “Tienes que ser lo más trascendental”. Sabía que sólo él lo pensaba, pero creía que si se comprometía por completo con su obra, de alguna manera, la vida le correspondería.

Al terminar el baño y antes de cualquier alimento, Gabriel necesitaba de

un cigarro, “para colorearse el alma”. Sentir el humo en los pulmones, la garganta, las fosas nasales y que se quedara ahí un sabor amargo durante las siguientes horas. Le daba cierta paz interna y también una recarga *nicótica*. A pesar de ser un vicio, lo disfrutaba y pensaba que: “Si hay placer en algo es porque te hace bien”.

Para desayunar, no toleraba comer pan duro y tenía tres panaderías de las cuales dependía. Intercalaba las visitas a las mismas y siempre se llevaba dos conchas, dos donas o dos bísquets; podía ser cualquier pan, pero siempre en par y recién hecho; uno no le bastaba para saciarse ni entender el sabor, y mucho habían perdido sus papilas gustativas por el cigarro, así que insistía en un sabor para comprenderlo. Comía ambos panes mientras caminaba hacia el taller y una cuadra antes de llegar a su destino, le era fiel a la cafetería de don Jaime, con quien intercambiaba un saludo amistoso, le pedía un café y bebía con placer el estimulante para pasar la harina recién engullida.

Al ingresar al taller, el espacio central de su vida, trabajaba durante ocho horas. Cinco por la mañana y tres por la tarde, con una pausa intermedia. En cada horario tenía que colocar música contemporánea o algún gran álbum. “Música real”, le llamaba. Si alguien era intolerante para escuchar basura era él, aunque más de una vez tenía juicios severos y absurdos sobre ciertos músicos a quienes, simplemente, no comprendía. Su conocimiento de melómano no era tan vasto como él pensaba. Por eso los álbumes de Mariana sólo sonaban en audífonos y estaban condenados a los horarios en que ella trabajaba sola en casa, donde en una esquina del librero se encontraban todos los discos que le pertenecían: Lou Reed, The Black Keys, The Tallest Man On Earth, Bob Dylan... Todos ellos insoportables para Gabriel. Según él, que amaba tanto el trabajo, no toleraba a músicos que no se rompieran la cabeza por construir sonidos nuevos, que cantaran con esa voz que nace de la pesadez, “como si con cierto tedio tuvieran que hacer el esfuerzo de cantar y complacer a los fans”. Mucho menos soportaba esas letras que narraban cursilerías abstractas, “que se pierden en el tiempo con el *cachipopero*, que siempre se condenan al olvido, al aburrimiento, incluso para los aficionados”. Pero nada de lo que él opinara en cuanto a música era considerado por Mariana, quien en muchos sentidos tenía mayor apertura que él.

“Todo se olvida en esta vida —comentaba Gabriel—: las novias, los amigos, los padres, las ciudades, los libros en los que uno empeña meses de lectura. Las mayores obras de arte también se olvidan y entonces sólo vale la pena hacer cosas hipertrascendentales, cosas que no se borren, que no se vayan. Y para ello es mejor invertir cuatro años en una obra que hacer cuatro en un año”. A Duchamp le había tomado más de veinte años construir *Étant donnés* y era una de las obras favoritas de Gabriel, la admiraba en profundidad y a su autor por igual.

Dada su ingenuidad por buscar siempre la trascendencia de las cosas, incluso en su persona, lo mismo le sucedía con la gente: no soportaba escuchar problemas ajenos, menos le interesaban los asuntos mundanos de los demás. No le importaba ni el clima. “El clima es y punto. Si te gusta, bien. Si no te gusta, no hay modo de alterarlo: es. Pero la gente siempre tiene que buscar una inconformidad para dialogar; eso es lo que los une, su desacuerdo, descontento, su enojo en una fila de banco o de estacionamiento... Pero son ellos los que se obligan a participar en tantos aspectos innecesarios”, decía e intentaba no ser parte de nada ni con nadie, más que de su arte para sentirse “libre” de los males que aquejan a casi toda la humanidad.

Por lo mismo, no leía revistas ni diarios, ni nada que consistiera en una problemática actual. Desde años recientes, detestaba la literatura, en especial las novelas, y también el cine; según sus palabras: “Sólo narran chismes que no llevan a nada concreto”. En su obra, trabajaba con lo que él consideraba los grandes conflictos: “el valor de la existencia” y “el sinsentido del mundo”. En sus argumentos políticos no se consideraba izquierdista, como tantos de su generación, y despreciaba a todos los ciudadanos que se incluían como militantes de un movimiento y que lo convertían en un logo o casi una marca. No hablaba nunca de partidos políticos; no le importaba quién llegaría a la presidencia ni cuestionaba su putrefacto nivel de corrupción. Tampoco conocía nada de los otros líderes del país, del crimen organizado, de las políticas internacionales ni de las grandes corporaciones que dominan más allá de los países. Pero entendía al mundo, al todo, a la política, al bien común, a la vida misma, desde su posición frente al arte.

Quienes apenas lo conocían lo consideraban un ser intolerante, detestable y soberbio. Cada vez que un tema no le interesaba, Gabriel se convertía en un hombre de piedra, obstinado, sin decir palabra ni para bien ni para mal, hasta que lograba desafanarse de la situación. Esto era un conflicto constante que siempre lo llevaba a pelear con Mariana, por esos silencios de pedantería. Si un amigo de Mariana se acercaba y comentaba cualquier cosa como: “Hoy tardé cuarenta minutos en encontrar un estacionamiento”, Gabriel no contestaba, sabía que tener un automóvil en la ciudad era una de las inversiones más absurdas a las que induce el *establishment*, que termina condenando a las personas al objeto, y para sus adentros pensaba: “Tú fuiste el que decidió tener un auto y venir en él”.

Y si ese invitado insistía: “¡Cada vez hay más coches en esta ciudad, Gabriel!”. Él no lo miraba, detenía los ojos en Mariana o en una ventana. Y ella, furiosa, trataba de cambiar el tema, pero para entonces los invitados ya habían comprendido de lo que era capaz. Opuestamente, si se le acercaban a Gabriel con un saludo afectuoso y le preguntaban: “¿En qué estás trabajando?”, no paraba de hablar, era ameno, se interesaba en la conversación y también en su interlocutor. Básicamente, Gabriel no entendía la separación entre las palabras “vida” y “trabajo”. Le gustaba tener amigos que producían cosas y odiaba lidiar con gente improductiva, con los que consideraba que se adaptan o se conforman con la vida tal como es, que consiguen un empleo en un banco, en un colegio, en una empresa y hacen lo que se les pide.

Por todo lo anterior, a Gabriel no se le consideraría un éxito en sociedad; por eso se aislaba: trabajaba todos los días en sus proyectos y eso lo hacía, al menos, un individuo comprometido con su causa; aunque la mayoría de la gente, como la madre de Mariana, siempre pensaba que sus proyectos o instalaciones eran excusas para ocultarse durante el día y no hacer nada.

Cuando realizaba su pausa de dos horas, al mediodía, llegaba el momento de otro ritual: una torta de salami, queso manchego y aguacate. Era exigente con lo inalterable de la comida. “Disfruto de comer como un perro, siempre lo mismo.” Y agregaba: “Lo mío, lo mío, es un embutido, un cigarro y una buena cerveza”. Al terminar de comer, visitaba a Mariana, quien tenía dos

cocinas sumamente cuidadas en casa: la de su pintura en una mesa y la de sus alimentos sanos, variados, frescos, orgánicos, “macrobióticos” según sus propios estándares. Así que no compartían la mesa y Gabriel sólo regresaba a charlar con ella, comentar sobre su labor de la mañana y tener sexo. Luego él regresaba al taller. Era entonces cuando invertía tres horas en buscar nuevas convocatorias y llenar solicitudes de becas, bienales o concursos, armar el papeleo necesario; minutos de hastío y muchos malos ratos invertidos en formatos que siempre requerían de alguna modificación, de alguna mentira y donde casi nunca llegaba a cumplir todos los requisitos, aunque lo intentaba y varias veces funcionó.

Al final de su autoimpuesto horario laboral, cada tarde, se tomaba un litro de cerveza, pero los lunes la cambiaba por un Fernet-Branca, cuando lo visitaba Emil Hoffmann, un vago y escritor norteamericano que se había instalado en la ciudad desde hacía unos años, que decía que escribía cuentos que tardaba años en publicar, esperando olvidarlos para llegar a tener un juicio objetivo, como de un nuevo lector, y estar satisfecho con ellos; aunque en realidad nunca lo estaba y nadie sabía ni conocía algún texto escrito por él. Por eso era amigo de Gabriel, no compartían muchas cosas, ni en cuanto a música, literatura, plástica ni historia personal, pero se entendían en la búsqueda, en la soledad, y eran de los pocos que encontraban el gusto a ese licor amargo.

En general, a Gabriel le iba bien en la vida. Pocos son los artistas que a los treinta y cinco realmente llegan a vivir del arte, y de alguna manera él lo consiguió. No era una vida de mucho dinero, pero sí el suficiente para pagar la renta del estudio y del departamento que compartía con Mariana, y para continuar su obra que, cada tanto, tenía que abaratar a sus coleccionistas por falta de recursos. Pero entre esas entradas, las becas y las exposiciones que realizaba continuamente, encontraba un salario a flote del que la mayor parte se invertía, además de las rentas, en sus proyectos artísticos. Gabriel no era un tipo al que le llamaran la atención los lujos y era, como lo concebía Mariana, un chacharero.

Después del alcohol, llegaba el último ritual del día. Cada noche tenía que pasear por horas, solo, perderse entre calles y después volver a casa. En una

ciudad como la suya no era una idea del todo segura, pero Gabriel descubrió que si vestía una chamarra de cuero y lentes oscuros, la amenaza nocturna era él. Recorría caminos solitarios, caminaba por las zonas más turísticas y seguras, en las que intentaba encontrar cierta belleza que no lo oprimiera como las zonas de miseria, de las cuales era sumamente consciente y conocía, pero no por ello encontraba agradable mirarlas de noche y, obviamente, les temía. Así que bajo el entendido de que Charles Dickens escribía mientras paseaba, Gabriel evaluaba proyectos de arte entre sus zancadas y el arrastre de los talones. Callejeaba los pueblos que quedaron inmersos en la metrópolis, a la que se refería como provinciana porque todavía encontraba gestos de pequeña ciudad y que él mismo practicaba, como decir “provecho” a la salida de la tortería o gritar “gracias” al descender de un transporte público.

Paseaba por los intercalados barrios altos y semibajos, las avenidas repletas de tránsito y luces, y la contaminación de una urbe imparable de ruido, gente y olores. Disfrutaba de las esquinas coloniales que imitan a una Europa anhelada. “No es una ciudad bella, pero tiene algunos de los mejores rincones”, comentaba. Le gustaba vivir como un forastero en su ciudad y su aspecto calvo, alto y caucásico muchas veces lo favorecía en parecer realmente uno. Contaba las tiendas de abarrotes cada cincuenta metros; le sorprendían los interminables negocios que nunca entendía cómo sobrevivían; sonreía a las invitaciones de los travestis de la zona roja; revisaba desde el exterior los aparadores de cada negocio por si un día “algo” le fuera necesario; amaba los solitarios y temidos parques nocturnos y el contraste con las plazas repletas de vida, el espacio público en su esplendor... y demasiados lugares para contarse en una novela breve.

Pero más de una vez le sucedió que la caminata no le era suficiente para llegar en paz a casa; se le olvidaba el tiempo, se le pasaban las doce de la noche entre sus pensamientos y pasos, desaparecía el transporte público y tenía que caminar otros diez kilómetros o más de regreso, o tomar un taxi con el que casi siempre discutía sobre el taxímetro alterado. Al llegar a casa, cargaba a Mondrian sobre el antebrazo y, acompañado por él, realizaba todo lo necesario para cerrar el día y llegar a la cama.

El tiempo que Gabriel le dedicaba a Mariana era poco: un rato en las mañanas, sus dos horas de descanso y los martes completos, que eran su día libre. Para él, los días más despreciables de la semana eran los lunes; así que, si los interpretaba como un viernes, con una tarde liberadora de la rutina, disfrutaba de ellos como del final de la semana. Citaba por la tarde-noche a algún amigo, sabiendo que los martes se levantaría a cualquier hora, y le parecía un estilo de vida perfecto: ser libre cuando todos inician semana.

Durante las mañanas del martes se dedicaba a ver exposiciones y muestras en la ciudad. Con Mariana recorría salas y salas sin más gente que alguna que otra visita escolar. Después, por la noche, casi siempre terminaba la semana en tragos y sexo con Mariana. Aunque ella nunca lo disfrutaba igual porque tenía que levantarse temprano el miércoles para dar una clase, pero lo amaba esas noches; a pesar de que en múltiples ocasiones se cuestionó si no eran demasiado aburridos y monótonos juntos, si ella no era demasiado joven para él, si él no era demasiado viejo para ella, si su amor por Gabriel no era la concepción absoluta de la frase: “Amamos a quien nos trata con indiferencia”.

Pero Mariana no le era indiferente a Gabriel. No había día en el que no tuvieran sexo y, aunque él no hubiera estado de acuerdo en comentarlo frente a ella o a alguien, era el mejor momento del día, donde ni su falta de éxito en sociedad ni su trascendencia le importaban, donde el arte se volvía algo trivial, donde apretarle los muslos, las nalgas, los brazos... se convertía en todo lo necesario para existir. Sentir el cálido aliento de Mariana, el sublime olor de su cabello que, a falta de palabras, él solo le preguntaba: “¿Por qué hueles tan bien?”. Tanto que a veces le era imposible no perder el control ante ella, desnudarla, olerla, sentir su tez, recorrerla con la palma derecha de la frente a los tobillos, a esa inmensa mujer de casi un metro ochenta. Paladear el delicioso sabor que obtenía de esos pezones que lamía y mordía con el constante deseo de arrancarlos y hacerlos suyos, pero sin causarles daño. A tal punto que, sin que ella lo supiera, en todo el día no pasaba una sola hora en la que no pensara, por algún momento, su desnudez. “Cosa más bella que Mariana no hay en el mundo”, confesó sólo una vez borracho frente a uno de sus colegas, Emil Hoffmann, quien claramente sabía que Gabriel no

se equivocaba.

En cuanto a su familia, Gabriel sólo tenía un hermano perdido en alguna provincia y alguna droga. Ambos habían quedado huérfanos en la adolescencia. Eso pesaba mucho, pero también le daba una emancipación absoluta: no le debía cuentas a nadie, no asistía a comidas familiares, no debía cuidar hijos, sobrinos o llamar a los abuelos ni saludar a los primos ni nada parecido. Su vida familiar eran Mariana y Mondrian, lo cual no le disgustaba en absoluto. Y al contrario de lo que Mariana deseaba, él era el dueño de la mascota, le respondía a él; Mariana sólo era útil para el gato en la ausencia de Gabriel. Él lo había elegido, un felino blanco y negro, con una mancha rojiza sobre el ojo izquierdo. Y en las tardes aburridas, Gabriel lo manchaba a propósito en el lomo, con un azul y un amarillo, primarios y naturales, para completar su aspecto pintoresco. Amaba a ese animal y, sin embargo, nunca le cruzó la idea de llevárselo; algo que más que ayudar a Mariana la hacía pensar todo el tiempo en Gabriel.

Gabriel odiaba necesitar de mediadores, curadores o críticos que trataran de interpretar sus obras para construir un discurso de falsa poesía o academia y hablar de cualquier cosa menos de la obra. En la última exposición que realizó, con el apoyo incondicional de Mariana y de su mayor coleccionista y mecenas, propuso una serie muy elaborada. La tituló *Chatarra* y antes de desarrollar un inmenso trabajo de viajes, entrevistas, grabación, edición y montaje, comenzó por un texto, como solía hacerlo en sus libretas, para planificar el proyecto. Una práctica que Mariana imitaría con los años y que en aquella exposición terminó como el texto de sala:

Oler, ver y escuchar a estos indigentes es poner en juego a la locura, al adiestramiento de un sistema, a la esperanza de que el mundo llegue a ser un día un espacio menos mezquino. Ellos son la incapacidad de vivir en el cuerpo social.

Chatarra apuesta por el olor, un sentido al que el cine no alcanza. No incluye guion museográfico para su recorrido y pretende ser una muestra insolente, donde la narración la construye el visitante, que sólo camina hacia los personajes que llaman su atención. No debe recorrerse en orden, por el lado derecho de los salones, sino vagando entre los mismos hasta que alguno de los indigentes encarne, como en la vida. Por ello, no busca una narrativa ordinaria, novelesca, como las obras que se dirigen por completo a su lector-espectador. Ésta es una representación libre, una búsqueda nueva de la forma y el discurso. Cada interpretación debe alterar la obra, pero sin que nadie la convierta en lo que no es [...] Consiste en escuchar al ausente, al generar empatía con los verdaderos exiliados de nuestra sociedad [...]

Su autor viajó por el mundo para saber a dónde van y de dónde vienen. Denuncia que están en cada ciudad, en cada plaza, en cada banqueta, los no partícipes de la vida que el resto espera que uno tenga o que tenemos. [...] El aislamiento de quienes nos muestran nuestra desnudez, la miseria que somos, nuestra nada. [...] Cuando el mundo grita que el arte ha terminado, esta exposición se vuelve parte de la crisis ideológica que da una vuelta más y sugiere, de alguna manera, la contemplación del exilio que reproducimos y también somos.

La exposición consistió en colocar proyecciones por todo el museo, en las que se evidenciaba el trabajo de años registrando indigentes en Tokio, Berlín, Ciudad del Cabo, Buenos Aires, San Francisco, Londres, Moscú, Ciudad de México, Madrid, Hong Kong, París... alimentándose de basura, trasladando basura, viviendo entre basura.

Con todos los indigentes, Gabriel logró entrevistas en su lengua natal o en inglés. Cada uno divagaba sobre la vida, historias o palabras sueltas, como un afroamericano que decía: “*You shit. You shit. You mo’fucker shit*”. Cuando Gabriel le preguntó: “*What does life means?*”, fue lo único que contestó, repetidamente, en una secuencia de medio minuto. O como el argentino que, en el mismo tiempo, respondió: “Es una cagada, che. Una pavada. No vivo en ella. Me mudé. Me fui. Me escapé. Yo no estoy más acá. Esto no es para mí.

Yo no hablo con vos, porque éste ya no soy yo sino la simulación del yo...” O como la rusa que, al mirar a Gabriel, no sabía en qué idioma hablarle y mientras agitaba un brazo manco decía: “*Yei! A don't no, A don't no...*” Para Gabriel era un tema central que los espectadores no tuvieran que pretender ver una película de pie, como obligan tantos videoartistas al exponer filmes completos sobre muros, iniciando muchas veces la secuencia a la mitad. Por lo tanto, buscaba que los visitantes recorrieran a los sesenta personajes a través de un retrato de treinta segundos para cada uno.

Durante sus viajes, Gabriel realizó la recolección de prendas. Intercambió con los indigentes su atuendo sucio por ropa nueva, para guardar las telas con la pestilencia de orines, mierda, basura y humanidad; olores más agrios que los de los cerdos en un rastro, reconociendo con ello que el hombre y la mujer, como animales, son de las especies más pestilentes del planeta. Con esa ropa usada, montada sobre bastidores monumentales, inundó los muros del museo y realizó un montaje pictórico con el que Mariana, vistiendo siempre una mascarilla, lo apoyó para darle cierto orden y composición a nueve paisajes de gran formato que representaban, a partir de abrigo, sacos, camisas, pantalones y tinta china, la desolación del mundo: tierras de nadie, ciudades rotas, plazas abandonadas, indigentes por todos lados.

En el fondo, Gabriel sabía que su obra no cambiaría nada, pero decía: “No es lo mismo verlos a todos juntos: asiáticos, africanos, latinos, europeos... para quienes fue más viable defecar en las banquetas que participar en el sistema”. En cada entrevista, Gabriel realizó una larga grabación para entender qué había llevado a cada indigente a ese punto y editó los fragmentos más representativos. La razón más común fue la locura que, provocada o sin intención, un día los rebasó o les reventó la cabeza, la enfermedad a partir de la dificultad de aceptar o ser parte de un sistema económico y social.

Cuando se inauguró la exposición, los asistentes ingresaron con una falsa y desinteresada actitud. A los pocos minutos, por primera vez, Mariana atestiguó cómo los espectadores se adentraban en la obra. Incluso recuerda de esa noche cómo el museo se abarrotó de gente joven, entre ellos una buena cantidad con el disfraz de artista, y también varias vacas sagradas de la crítica

y la academia. Pero sin importar quiénes fueran, todos cayeron en el juego de Gabriel, la única diferencia fue la discreción entre la fascinación de unos y otros. A pesar de que a Mariana le hubiese encantado charlar sobre su propia obra con algunos de los asistentes importantes, se mantuvo al margen, dado que no era su noche; su tarea principal fue observar y acompañar a Gabriel y sorprenderse una vez más de su comportamiento, amable, ameno y sensato; el hombre que amaba.

La exposición resultó un éxito. Entrevistas, fondos, becas y un sinfín de propuestas le llegaron a Gabriel para que continuara promoviendo su trabajo por el mundo e iniciara nuevos proyectos. Mariana, orgullosa, les habló a sus alumnos, a sus amigas, a su madre... sobre su pareja repleta de éxitos futuros. Pero la notoriedad de Gabriel también le trajo muchas críticas negativas: fue acusado por antiartistas, igual que él, de ingenuo, facilista en su hechura, de ni cineasta ni pintor, de lucrar con la pobreza. Y al mismo tiempo, todo lo acontecido le trajo mucha competencia a Mariana: artistas jóvenes, *culturosas* y guapas, se interesaron por Gabriel y comenzaron a acercarse a él vía Facebook con todo tipo de elogios y propuestas.

A su vez, Gabriel tuvo que lidiar con la severa crítica de cierta revista de arte, en la que el autor señaló todos los defectos que encontró en *Chatarra*: la autogestión del artista con su texto de sala, el despreciable y humillante olor con el que condenó el espacio, la frialdad y la soberbia con la que enfrentó el tema, donde se refirió a la generación de Gabriel como “yuppies ‘creativos’ que se alimentan de la pobreza”, y en la que cuestionó las instalaciones anteriores del autor, sobre todo una expuesta en Alemania, años atrás: *Narcomensaje*, una obra de fibra de vidrio en la que descuartizó a Cristo y escribió con sangre frases bíblicas, generando una obra polémica que fue tachada de amarillista por muchos, pero que fue su indudable entrada a la escena del arte. Por último, despotricó contra el museo, le llamó rentable dado que, por tercera vez en el año, presentaba la obra de un artista que pertenecía al acervo del mismo coleccionista, una acción totalmente premeditada, con la intención de aumentar el valor de dicha colección y su renombre.

Una vez más el sol está frente a la ventana repartiendo una cálida luz de mañana que atraviesa una capa de contaminación. Es lunes y Mariana tendrá que ir a trabajar a un lugar donde todos conocen lo acontecido con Gabriel. Se levanta triste y con el cabello repleto de nudos. Durante todo el día de ayer sólo escribió e ingirió dos galletas y agua. Dado su buen metabolismo, le da gusto sentirse más delgada que de costumbre, pero en realidad, ante ojos ajenos, no se ve saludable. Mondrian la obliga a caminar con los ronroneos atropellados de cada mañana para que le llene el plato. En el departamento hay objetos desordenados sobre las mesas, los libreros, los burós; incluso el televisor tiene una toalla húmeda encima y hay basura de alimentos por doquier, pero Mariana no le da importancia.

Se baña. Se viste. Intenta verse guapa. Como hoy se siente flaca elige una blusa transparente, regalo de su amiga Marla en el último cumpleaños, y unos tacones. Antes de salir de casa, decide que es buen momento para revisar Facebook y encuentra que sus últimos estados han pasado de moda. No reciben ningún comentario ni un “me gusta”; pero los mensajes en *inbox* han aumentado a treinta y nueve y continúa indispuesta a abrirlos. Sabe que necesita algún tipo de reconocimiento externo para aliviarse. “Es un buen día para cambiar la foto de perfil.” Busca una linda imagen y va directo a la carpeta que contiene el viaje a Japón, cuando, un año atrás y para el desarrollo de *Chatarra*, viajó a Hiroshima, Kioto, Osaka y Tokio con Gabriel.

Encuentra el retrato perfecto por el grado de sensualidad que hay en esa fotografía: ella, frente a un inmenso cuadro de caligrafía japonesa, en una impecable galería, con un minúsculo vestido negro, y debido a que pocas veces tuvo tanto sexo como en aquel verano nipón, se muestra sana, con un leve bronceado y un cuerpo atlético por las constantes caminatas a museos, templos y los paseos en bicicleta. Sus ojos se ven encendidos por una gran sonrisa. El vestido ajustado, que apenas cubre los muslos, sugiere perfectamente la figura que guarda en el interior, y el escote suelto deja ver las pecas del pecho. Dada su necesidad de atención, sabe que es la foto ideal

y está dispuesta a formar parte del exhibicionismo de este espacio virtual. Coloca la imagen en su perfil y sale de casa.

Hoy Mariana lleva unos tacones más altos que de costumbre y su altura es todavía más notoria. La calle está repleta de gente. Toma el transporte público. Una mujer gorda se recarga en su espalda mientras ella resuelve de qué les hablará en clase a sus alumnos. Desde hace más de un año, siente un fastidio absoluto por los estudiantes, el ego exacerbado y ridículo que manejan en la escuela de artes; tal como ella y su círculo social lo tuvieron en su momento, y sin ser consciente de que lo mantienen en el mundo profesional, aunque modificado.

Dado su desgane por ser maestra, se ha vuelto una costumbre preparar las clases durante el trayecto a la universidad. No como antes, cuando acostumbraba hacerlo desde casa y con libreta y temario en mano. Así que partiendo de lo que dijo el compositor de la entrevista en televisión, elabora una primera idea.

“Lo que el arte da hoy son nuevos medios, nuevos formatos, nuevos materiales, nuevas presentaciones, pero muchas veces sin obras que contengan nuevas ideas, mucho menos algún tipo de propuesta. Cuando estudiamos la creación o cuando observamos las grandes líneas de la composición y no el detalle, los pensamientos no son tan cambiantes como nos gustaría creerlos. Todos somos generadores de medios, desde el inicio de la existencia humana hasta nuestros días, y casi nadie genera ideas.

”Si analizan esta tesis, desde lejos, el arte es resumible en tres temas: cosmos (tiempo), amor (odio), vida (muerte). Así que en el fondo somos bastante banales todos los artistas, a quienes se les concede la tarea de innovar. Claro está que algunas cosas han cambiado: ahora todos somos parte de una realidad en la que existen pretensiones tan grandes en el arte que negar algo convierte al espectador en un tradicionalista, un insensible o un ignorante.

”En pocas palabras, el arte se ha convertido en la historia de ‘El traje nuevo del emperador’, aquel cuento en el que el emperador desfila desnudo bajo el engaño de que lleva una tela tan fina que no es visible para los tontos.

Y este pueblo vive admirando la tela, pero la voz inocente del niño que grita que va desnudo (para después ser acompañado por el pueblo entero) todavía no llega, pues a todos les es más fácil adaptarse a mirar lo inexistente. Incluso para el artista es más viable el juego de lo inmediato, lo visceral o el sarcasmo, sin tener que construir mecanismos complejos de propuesta. A fin de cuentas, todo lo que se necesita para convertirse en *rockstar* o *moviestar* es construir lo más absurdo. ¿Y por qué no decirlo? Lo más estúpido, como orinar en un lienzo, cortarse el pene, hacer un peluche gigante, presentar una caja de zapatos, pintar con el ano, sentarse a mostrar la vagina, hacer de la pornografía un arte, apropiarse de la cotidianeidad, robar una escultura, intentar lanzar un caballo desde un helicóptero, montar tres balones en una vitrina, colgar una extensión con focos, amarrar a un perro hasta su muerte, amontonar dulces en una esquina, copiar fotografías con pigmentos, alterar píxeles, exhibir una cabeza de alce, ser amarillistas, fotografiar peluches, mostrar a un niño con retraso mental, dejar un cuadro en blanco o, simplemente, enterrar botellas como un proyecto keynesiano: ese punto, según Keynes, en el que la economía es tan estable y al mismo tiempo tan repleta de desempleados que hay que inventar oficios sin sentido para que la gente labore o se entretenga.

”Verdaderamente, cuando se escuchan en conjunto esta serie de prácticas, aparece un sentimiento doloroso. El arte se ha envuelto en ideas infortunadas, porque el arte se trafica, mercantiliza, banaliza y transita sustentado por las instituciones con la singularidad de ser un arte vacío. Tampoco se trata de buscar o volver al convencionalismo occidental de bellezas y verdades, sino de preguntarse realmente: ¿qué fines está logrando el arte? ¿Todo este juego de absurdos es una manera de sensibilizarnos a la vida, es siquiera creación, o son actos de banalidad? ¿Semiótica o diseño que no incluyen al arte? O todo lo contrario: pagar cien millones de dólares por una obra de arte; sin dañar a mis artistas favoritos, ¡es simplemente imbécil! Pero bueno, ¿qué les voy a pedir a mis alumnos entonces? ¿Que dejen de venir a la clase? ¿Que asistan para crear algo que valga la pena? ¿Les diré que estoy cansada de sus demostraciones de ego? ¿Que estoy harta de ver ambiciones y quiero ver genialidad? ¿Que ya me provoca tedio hacer este trayecto? ¿Que sólo el uno

por ciento de ellos llegará a hacer una vida como artista y que el resto está perdiendo su tiempo? ¿Es demasiado ingenuo esperar genialidad de unos estudiantes de licenciatura?”

Mariana se dirige al metro. Avanza unas cuantas estaciones y transborda de línea para llegar a la estación de la universidad. Entra al taller de pintura. A pesar de lo vivido intenta aparentar un grado de normalidad que asume con una mueca de sonrisa superficial. A los alumnos les da un poco lo mismo que la profesora haya entrado o no, continúan charlando hasta que ella dice, con sarcasmo: “¿Los interrumpo?”. Todos guardan silencio.

Inicia su clase con un tono de voz mucho más alto que el de costumbre, y los estudiantes se sorprenden. “Sí le afectó lo de su güey”, dice una alumna a otra. Mariana alcanza a escucharlas, hace una larga pausa sin saber qué hacer y la clase se mantiene a la espera, en un largo e incómodo mutismo.

—

Mariana repite de manera inversa el trayecto en transporte público. Entra al departamento exhausta por su salida al mundo. Comienza por releer los fragmentos de su texto. No se siente cómoda con ellos. Está a punto de borrarlos, pero decide ponerlos en pausa y plantearse un proyecto serio. A fin de cuentas, ella no es escritora. Así que, nuevamente, comienza por escribir la palabra “proyecto”.

Proyecto:

Sé que existe una relación distinta entre el arte y la sociedad; culturas que encontraron una cercanía mayor entre la espiritualidad y el acto creativo, que incluían prácticas como la contemplación y para quienes el sabio era el hombre que conocía la naturaleza o quien trataba de encontrar su propia naturaleza, como lo diría el arte taoísta. El arte puede ser la conexión más

sensible entre el hombre y su entorno, en función de generar una realidad artística y no física, en la que las creaciones no encuentren limitaciones en cuanto a su percepción, sino que abran panoramas para sentir lo que nunca antes tuvo conciencia de existir.

Toda obra interiorizada tiene una trascendencia mayor a la creación. El trabajo sobre un lienzo no consiste únicamente en transformar la materia, también va más allá de nuestra percepción. Antes de que el arte occidental se convirtiera en la norma, la creación no era una búsqueda imitativa, sino metafísica; una búsqueda dentro de nosotros mismos, en el silencio, que es donde nace lo mejor que hemos sido. El arte necesita de respuestas del intelecto y del espíritu, tiene que ser reflexivo para saber a dónde se conduce; dejar que la mente profunda se comunique a su paso para dejar de actuar como dictadores y convertirnos en guías...

“Me gusta, pero ¿qué pintamos? Más bien hay que dejar de pintar”. Una vez más, borra todo lo que escribió bajo la palabra “proyecto” y abre de nuevo el texto con los dos capítulos de León, Larissa, el vestido y el mar. Los lee e, inconscientemente, intensifica la obligación de hacerse cargo de su personaje y escribe la letra “C” para iniciar el tercer capítulo. Se toma varios minutos mientras observa la pantalla del ordenador y su brillante página en blanco que refleja una deformada imagen de sí misma. Comienza por imaginar la soledad de un hombre, la de León, de pie, frente al mar, rodeado por la inmensidad de la costa, con sus ropas harapientas, como las de alguno de los indigentes en la exposición. Transforma esa imagen y León pierde cabello, su tez se aclara... hasta convertirse en Gabriel. Mariana confunde el sentimiento de soledad con el éxtasis que sentía cada vez que él estaba con ella, pero se olvida de Gabriel y escribe para no extrañar.

C

1. “El mismo sueño del contrabajista de altamar”, piensa León mientras abre los ojos. La intensidad del sol le quema el rostro. Lleva puesto el

mismo traje de lino gris que vestía en el sueño, pero está en una playa desierta. Se rasca la arena que se ha mezclado en su cabeza con una capa de sebo. Tiene la boca seca. Se levanta. Nota su vestimenta arruinada y mira el lugar donde durmió: la ausencia de su cuerpo en la huella del suelo. Siente la mente perdida, en blanco. Camina unos metros, y luego en dirección contraria.

- 2. León recorre la playa, se desprende de la chaqueta y la camisa blanca. Coloca la segunda sobre su cabeza, como un turbante, y con la americana se arma una suerte de sarape que le cubre los hombros. Avanza y observa cada detalle del paisaje hasta que se detiene, se desviste y se adentra en el mar para refrescarse.*

Al salir del agua, se recuesta y su rodilla pega con un objeto bajo la arena: una botella de vidrio; la saca, la observa con la fantasía de antaño de encontrar un mensaje en el interior y, al notarla vacía, la inserta invertida en el suelo, en diagonal. “La edificación perfecta”, se dice.

En pocos minutos se evapora el agua de su piel y el sol vuelve a quemarle. León busca una sombra. Nota una arriba, bajo la penumbra de las rocas que bordean la playa. Avanza hacia ella, escala un par de metros y se recuesta a descansar.

- 3. Desde lejos, León observa el vaivén del agua y el perfecto horizonte, la misma imagen una y otra vez, hasta que la ve a ella: la espuma le cubre los tobillos. Ella gira a la izquierda y, sin vestimenta alguna o inhibición, vaga por la playa sin notar a León en las alturas.*

- 4. Sobre la costa, recostada en una toalla colorida, hay otra mujer joven, de cabellos largos y negros. También toma el sol desnuda. Boca arriba, sostiene el torso sobre los codos, con una pierna estirada y la otra doblada en perpendicular. Lleva los ojos ocultos bajo los lentes de sol. Sonríe al ver a su amiga regresar y por su barbilla escurre una gota de sudor que cruza por el pecho, baja por las costillas, pasa a un lado del*

ombbligo hasta llegar al pubis lampiño y la delicada y pequeña vulva, para luego caer sobre la toalla decorada con una pintura de Pier Mondrian: “Composición en rojo, azul y amarillo”; producto mercantil del MoMA.

5. La dueña del cuerpo recién bañado se coloca frente a su amiga; con las manos aprieta su cabello y lo exprime para secarlo. Se agacha hacia un bolso, dejando ver los grandes labios de su sexo que sobresalen de la piel. Toma una toalla del suelo y la extiende hacia el aire, con la imagen de una pintura de Jackson Pollock, “Autumn Rhythm”, y la deja caer en rectángulo sobre la arena. Tres colores: blanco, negro y café; otro producto mercantil del MoMA.

6. Desde arriba, León ve dos cuerpos sobre un Mondrian y un Pollock, los únicos que ocupan la inmensa playa. La chica del Pollock se recuesta pecho abajo dejando las nalgas al aire, las plantas de los pies apuntando al cielo y los largos y revueltos cabellos extendidos como una mancha. La del Mondrian se mantiene en una posición forzada y estática. Ambas toman el sol del mediodía hasta que la bañista del Pollock le dice algo a la otra y las dos miran hacia su lado derecho.

A unos cincuenta metros, una mano se sostiene con dificultad de una roca. Después, un cuerpo da un gran salto, casi imperceptible, y el mar vuelve a romper con fuerza contra las rocas. Desaparece la mano, pero, paulatinamente, se alzan la cabellera y el rostro de un muchacho moreno que espía los desnudos de la playa. Detrás de él hay otro chico todavía más joven y menos delgado, que también da un brinco y se coloca al lado de su compañero. El flaco lo mira con recelo, como una advertencia para no ser descubiertos. Tras esconderse, de nuevo observan a las bañistas extranjeras.

7. Las dos amigas se cubren de gotas de sudor que brotan de su piel como burbujas para después convertirse en vapor. La del Mondrian, más delgada que su compañera, aunque con un pecho de mayor tamaño, del

que limpia constantemente la arena, tiene una piel blanca como el fondo de su toalla y unos pezones tan rosas que contrastan. La del Pollock tiene grandes muslos, un trasero abultado, un delicado rostro redondo y un pecho que parece no haberse desarrollado. Y una vez más, ambas dirigen la mirada hacia los pubertos. Los dos se esconden. Entre risas y temor esperan algunos segundos y cuando vuelven a levantar la cabeza, observan el gesto menos esperado en la mano de la muchacha del Mondrian: la contracción de su dedo índice que los invita a acercarse.

8. *Los chicos se miran. Dudan. El más bajito se agacha de inmediato. El flaco lo jala del brazo para que se levante. Ambos escalan las piedras. Caminan torpemente sobre la arena. El alto no pierde de vista a las bañistas, mientras que el corto de estatura intenta mirar al suelo, procura negar su deseo. De pronto, el flaco tiene una erección y, sin saber cómo ocultarla, se tira pecho a tierra, se queda quieto y el más pequeño se ríe del compañero.*

La del Pollock los observa con una sonrisa burlona, se apoya sobre las rodillas y le pide al más pequeño que se acerque. A él le tiemblan la sonrisa y las manos, abandona a su amigo, camina hacia ella y se sienta frente a su toalla. No se le ocurre nada, solamente sonrío.

La del Mondrian le toma la mano derecha y la coloca sobre su pecho. Él le aprieta el busto con torpeza y ella gime. Él se asusta. Ella suelta una carcajada; besa al adolescente y mientras lo hace, la chica del Pollock le quita el traje de baño. El puberto queda apoyado sobre sus manos y rodillas, con el culo al aire. La del Pollock le acaricia los testículos y el miembro. La del Mondrian lo arrima de nuevo y lo ayuda a colocarse dentro de ella. Él piensa en el olor a sal que los rodea y comienza a moverse torpemente.

9. *La del Pollock los observa y vuelve a colocar su mano en los testículos. Él tiembla más, no controla la emoción del instante: dos bellas mujeres lo tocan. En menos de un minuto termina con un acicalado, aperlado y espeso semen, dentro y fuera de la chica del Mondrian, quien suelta*

varias carcajadas, pero León no las escucha; sólo el viento y el mar.

10. *Durante unos segundos, el púber se queda abrazado a la chica del Mondrian y comienza a chuparle los pechos como un bebé. La del Pollock regresa su mirada hacia el otro voyerista y le sonrío. El muchacho se levanta deprisa, desesperado se desprende del traje de baño y corre hacia ella, quien lo toma por el pene, como correa de perro, y lo acerca para comérselo a besos. Le lame los muslos, le aprieta las nalgas con fuerza y él, sin experiencia, la empuja contra la toalla, se abalanza sobre ella y se inserta. Ella, de manera burlona, mira a su amiga y las dos se ríen.*

11. *La del Mondrian abandona al menor y se acerca al joven largo que acaba de terminar sobre su amiga. Lo toma del brazo, le sonrío a su cómplice y se lo arrebató para de nuevo abrirse de piernas y pedirle que entre en ella. La del Pollock se deja caer boca arriba y moja la toalla con el semen del chico hasta que el más joven se acerca y comienza a acariciarle el cabello. El muchacho alto termina de nuevo, gotea sobre el Mondrian y el juego vuelve a empezar.*

12. *Llega el agotamiento. El sol avanza iluminándolos con intensidad. Por un momento ninguno está ahí, todos reposan con leves caricias sobre la piel y una dulce picazón en los miembros. Minutos después, la del Pollock se levanta, toma la mano de su amiga y ambas caminan hacia el mar.*

Fascinados, los púberes observan cómo las nalgas rebotan a cada paso y comparten miradas llenas de brillo y un par de sonrisas. Las chicas se bañan en el mar, se limpian el sexo y regresan a la playa por sus toallas. QUITAN a los chicos, extienden las pinturas, se envuelven en ellas dejando las piernas de fuera, recogen biquinis y bronceadores, y caminan hacia la carretera que está al fondo de la playa. Suben a su auto que está aparcado al borde del camino, y ellos las siguen sin saber qué hacer o qué decir.

13. *Ella quita el freno, pisa el embrague, el coche enciende y avanza por inercia. El flaco mira a su primo y el primo a él, ambos colocan las manos sobre las ventanillas. Ellas no los miran y las llantas continúan con un giro lento hasta que suena el acelerador. Sus dedos se desprenden de los vidrios, miran el vehículo avanzar sin saber cómo reaccionar. El flaco se saca el pene como un simio y lo sacude con un gesto desagradable y dando gritos que apenas se oyen. El bajito las maldice; con el brazo les hace señas obscenas y después les lanza una lata que encuentra en el pavimento, pero que nunca las alcanza. Ambos corren detrás del auto hasta que León los pierde de vista y piensa que todo aquello tuvo más de National Geographic que de Playboy.*

Mariana abandona la computadora. Quedó excitada. Camina hacia la cocina. Se sirve otro café e intenta negar su deseo sexual. Regresa al ordenador para abrir Facebook y sin entender por qué comienza a llorar.

—

Estado de **Rafael Pineda**: Cada vez que vienen las elecciones, y ahora más que hace mucho, nos pasa lo mismo que con el Mundial: “Nace la esperanza”. Desafortunadamente, somos bastante ingenuos y las cosas sólo se definen, en ambos casos, por una cuestión de partidos; lo cual en el futbol tiene mucho sentido, pero no en la política. Y no bastan las buenas voluntades para que suceda lo que todos queremos; gracias a que tenemos un futbol y una política de negociantes tan viciados que todo es fachada, donde lo único que se juega es la moneda y donde pensamos que por “alguna mágica razón” nuestra selección nacional “de pronto” será inigualable o que las elecciones “de pronto” se despojarán de todos los intereses, las mentiras, las trampas, los grupos de poder... para llegar a ser democráticas.

Como lo dijo una vez un grande, que no era futbolista ni político: vivimos en un mundo que es corrupto y además corrupto. ¿Entonces? ¿Qué nos queda a los justos? ¿Vivir en bronca con el mundo?

Para nada convencen a Mariana los argumentos de Rafa, pero igual lo apoya: *A Mariana Silva le gusta el estado de Rafael Pineda*. De inmediato, Rafa le contesta por chat:

Rafael Pineda: ¡Marianita! ¿Cómo vas, mujer? ¿Vas a votar?

Mariana Silva: No, y no quiero hablar de política durante el lapso en el que todos son los críticos de esta nación. Nada va a cambiar, Rafa.

Rafael Pineda: ?

Mariana Silva: Este país no es más que quinientos años de pura y asquerosa corrupción.

Rafael Pineda: ¿Estás pintando?

Mariana Silva: No.

Rafael Pineda: Deberías.

Mariana Silva: ¿Por qué?

Rafael Pineda: Porque sueñas muy amargada.

Mariana Silva: Ya no creo en la mayoría de las obras, ni siquiera en las mías.

Rafael Pineda: La duda es el principio de toda gran obra. Pinta eso.

Mariana Silva: No quiero. Por cierto, está terrible tu foto de perfil.

Rafael Pineda: ¿Por qué? La tuya está divina.

Mariana Silva: Sales disfrazado de esos que quieren regir al arte.

Rafael Pineda: ¡En verdad te estás amargando!

Mariana Silva: Ja. No, pero estoy harta de lo pretencioso que es todo.

Rafael Pineda: ?

Mariana Silva: Olvídalo. Lo extraño mucho.

Rafael Pineda: Te entiendo. He pasado por lo mismo; cuando terminé con Daniela...

Mariana Silva: ¡Cállate! Por primera vez no evito el tema con alguien y te pones a hablar de ti. Me siento como una imbécil. ¡Me quiero morir!

Rafael Pineda: Tranquila. ¿Puedo ir a verte?

Mariana Silva: No, me da vergüenza. No sé ni por qué te escribo. Adiós.

Rafael Pineda: No, espera. Tranquila, no pasa nada. Hablemos.

Mariana Silva: ¿De qué voy a hablar contigo? Dejaste de crear para

convertirte en curador. Ahora le cuelgas tus palabras al arte. Eres el niño miedoso y acusón que ya no se atreve a la travesura, pero le quiere explicar a todos de qué se trata portarse mal.

Rafael Pineda: ¿Esta conversación se trata de ofenderme?

Mariana Silva: Sí: nadie necesita de un mediador: reverberación, permea, conduce, sugiere, propone, recrea... tus conceptos *chaqueteros* para intentar crear una explicación de lo que no tiene necesidad de ser descrito.

Rafael Pineda: Tal vez para ti no, pero para los demás sí.

Mariana Silva: ¡Para nadie! ¡Es fraude! Parte de lo banal que se vuelve todo: que nadie se cuestione nada, que todo sea aceptado. Mientras ustedes farolean en la construcción de una seudofilosofía y una seudopoética del arte. Impulsando parásitos e iconoclastas a los que todo les da igual menos su ego.

Rafael Pineda: ¡Qué violenta! ¿Qué te sucede?

Mariana Silva: No puedo más...

Rafael Pineda: ¿Te llevo vino, cerveza o algo más fuerte?

Mariana Silva: No importa. Lo decidimos cuando llegues.

—

Cuando Rafa entra en el apartamento nota los olores con los que Mariana y su depresión se han familiarizado: basura, cama desatendida y humano sin bañarse. Los libros están tirados por doquier, al igual que los platos sucios; hay pigmentos abiertos, aceites derramados y papeles con breves textos por todos los rincones. Ella se acerca a saludarlo. No es la Mariana que él conoce, su cara está pálida, sus ojos hinchados y rojos de llorar tantas horas.

Rafa no quiere tocar el tema de Gabriel así que pregunta:

—¿En verdad no vas a votar?

—No. Todos los políticos me dan asco. Son muy similares a los coleccionistas o a los niños: sólo quieren adueñarse de todo.

—No estoy de acuerdo. Hay de coleccionistas a coleccionistas y de políticos a políticos —pero Rafa prefiere cambiar el tema y observa unas botas repletas de pigmentos—. ¿Y estos zapatos?

—De Gabriel. Pues no, obvio no vas a estar de acuerdo, ya eres todo un comisario.

Rafa ignora el comentario y continúa.

—Sabes que los zapatos, mejor que cualquier otra prenda, traducen de manera perfecta una personalidad.

—No lo sé...

—Los zapatos de un obrero llevan las marcas del arduo trabajo físico, la opresión con la que vive. Opuesto a los tacones de la alta sociedad que traducen la inutilidad de sus mujeres, elevadas en centímetros, y con un caminado inmundamente ridículo...

—A mí me gusta usar tacones y eso no me hace inútil ni ridícula, ni de la alta sociedad. Hoy usé.

—Se te ve muy bien el traste con ellos.

—¡Macho!

—Por dios, como si las mujeres no se miraran el culo. El zapato es un objeto que implica movilidad... —Rafa coloca una de las botas de Gabriel bajo la luz de la ventana.

—¡Me caes tan mal cuando te haces el explicador!

—Un hombre sin zapatos, dentro de su casa, vive la placidez de la vida sin ningún tipo de fines prácticos.

—Así eres tú.

—¿Por qué me quieres ofender? ¿Porque tú eres la herida?

—¡Bésame!

—No te servirá de nada, Mariana.

De pronto, la rudeza de Mariana se torna en un abrazo fuerte con el que aprieta a este hombre de estómago voluptuoso y en el que siente una cierta protección, a pesar de que entre la locura de Mariana está su obsesión por el peso y el desprecio a los gordos. Rafa la envuelve con sus manos grandes y sus barbas que cubren la cabeza de Mariana. Cariñosamente, ella le habla al oído.

—Hazme un favor.

—¿Cuál?

—Si en verdad vas a ser crítico no vuelvas a pintar. No se pueden hacer

las dos cosas.

—¿Por?

—Porque no hay nada más patético que ver la incapacidad creativa del que cuestiona y explica todo lo que se crea.

—Está bien. Puede que lo haga. Sólo porque siempre he estado enamorado de ti.

—Yo de ti no.

—Lo sé.

—Por misógino y explicador.

—Con todas menos contigo.

Mariana se ríe.

—Misógino igual —y se desprende del abrazo.

—Sabes que te quiero demasiado. Hace años que no me paraba en tu casa por no ver a Gabriel.

—Lo amé. Como a nadie.

—¿Qué es amar para ti, Mariana?

—Caray, siempre haces las preguntas más raras. No lo sé... —Mariana camina hacia el refrigerador—. ¿Un acto de fe? Vendarte los ojos y comenzar a correr en un terreno desconocido. Una travesía en donde lo fascinante son los distintos estados de conciencia por los que atraviesas, o la desconocida búsqueda que te motiva a moverte, o el constante miedo que proporciona el acto. Pero el llegar ileso a la meta es imposible.

—¿Y cuál sería la meta?

—Ninguna. Siempre vas a chocar. ¿Quieres una cerveza?

—Como en todo. Sí, por favor. Para mí el amor es esclavitud, tiranizar al otro. Las bajezas más grandes de la vida se dan en la pareja —Rafa observa los pants de hombre que viste su interlocutora y le molesta su grado de desfachatez; siente asco por ella a pesar de que la ha deseado durante años, su misoginia se ejerce como un vaivén de bipolaridad, como una típica mezcla de amor y odio.

Al entregarle la cerveza, Mariana se sienta a su lado, detiene la mirada en sus propios calcetines mientras intenta arrancarles una pelusa y, sin mirarlo, piensa que Rafa nunca podrá conquistarla. “Hay cosas que no se nombran,

cosas que no tienen explicación y se sienten o no se sienten, y ésta nunca se ha sentido”, reconoce Mariana al encender la televisión.

—¿Una peli? —pregunta ella.

“Una cinta que va a la mitad es como comenzar un libro a la mitad, ¿a quién le puede interesar?”, se pregunta Rafa, pero, a pesar de su insatisfacción, asiente y pregunta:

—¿Cómo te fue con el galerista sueco?

—Mal —responde ella cortantemente.

Mariana lleva años buscando un buen galerista, o uno que la lleve a su concepción de éxito, que no actúe como un agente de bienes raíces al pensar que vender arte es igual que inmuebles, pero transportables; por ende, uno que no sea tan inculto como los que ha conocido. A excepción de Michael, el galerista alemán, culpable de una buena parte del éxito de Gabriel, quien también aprecia el trabajo de Mariana, pero sabe que ella no da el ancho para subirla de nivel; no en un mercado en el que debería de producir un mínimo por mes y en el que lo que menos importa es la hechura o la calidad. Por lo tanto, aunque ella no se lo imagina, seguirá siendo un peón para la industria del arte y despreciada una gran cantidad de veces. A menos que alguien, algún galerista importante y un verdadero conocedor del oficio de la pintura, decida apoyarla con una estrategia de seducción y exclusividad ante el mercado, aprovechando las virtudes de su técnica, e incluso la belleza física de Mariana.

Pero tal vez, a pesar de que ella cree ser importante y necesaria en el mundo, es, al igual que Gabriel, falsedad, confusión, egoísmo, timidez, inseguridades y conflictos. Probablemente, aunque se le presentara la oportunidad de subir de nivel tampoco la tomaría y preferiría quedarse en un perfil bajo, compartiendo lamentos con los culturosos y quejosos a falta de oportunidades; con todos los que han temido exponerse.

A los pocos minutos, ella se recuesta sobre el pecho de Rafa y emite largos respiros. Él cambia el canal a la única película que está por iniciar, una más de la eterna lista del holocausto del cine. “El mismo sufrimiento, una y otra vez. Donde nadie aprende nada”, comenta Rafa, pero Mariana ya no lo escucha y él cambia al canal de documentales; comienza a ver uno sobre los

indígenas del norte de México. “A éstos sí les va peor que a Cristo, no son mártires de nadie y además sobreviven”.

—

A media noche, Mariana se levanta y accidentalmente despierta a Rafa.

—Duérmete aquí. Yo voy a la habitación.

—Gracias, pero para dormir solo y en un sofá prefiero irme a mi casa — responde Rafa, que ya roncaba con la televisión encendida.

—¡No, no te vayas! Quédate en mi cama y yo me quedo aquí.

—Lo que quiero es dormir contigo.

—¿Sólo dormir?

—No lo sé.

—No, Rafa; ve cómo estoy...

—Bueno, sólo dormir.

El cuarto de Mariana es otro desastre. Mondrian, recostado sobre la antigua almohada de Gabriel, los mira entrar en la habitación. Hay libros, revistas y ropa sucia aventada por todos lados. Mariana se coloca la pijama en el baño, cruza la habitación y se acuesta. Rafa se queda en ropa interior. Es una noche calurosa. Uno que otro mosquito los espera sobre los muros y Mondrian, atento, pone a prueba sus dotes de cazador.

Recostados, ella intenta no tocarlo, pero Rafa se acerca y la abraza. Siente su barba sobre la frente. Es agradable el cariño y la corpulencia del hombre que pretende cuidarla.

—Hasta ahí. No más.

—Está bien —responde Rafa, y a los pocos minutos comienza a roncar.

Mariana no concibe el sueño. No sabe qué hacer. De pronto, al darse una vuelta, con el roce de su mano nota la erección de su amigo. Prefiere alejarse y minutos después percibe un olor extraño, a flatulencia desconocida; mira con asco a Rafa y piensa con su actitud más misántropa en el profundo

desprecio que siente por los hombres. Se levanta y va hacia la cocina. Una quesadilla a media noche y un café. Mondrian la sigue, brinca a la estufa y luego al refrigerador y emite un potente ronroneo.

—¡Tú ya comiste! ¡No voy a darte nada!

Mondrian la contempla molesto o al menos es lo que Mariana interpreta. Ella regresa a sentarse frente la televisión, la enciende. El sillón le es incómodo y una vez más sus ojos apuntan al cuadro del gallo. Después de un momento de aburrimiento, vuelve a la cama. Rafa no ha notado su ausencia y continúa durmiendo. Cuando ella se adentra en las sábanas, él se acerca de nuevo, la abraza con cariño y le besa la frente. “Se sintió bien”, piensa Mariana y le regresa un beso en el cuello. Rafa disfruta la humedad de esos labios, la besa en la boca y con delicadeza la jala hacia él. Ambos sienten el cuerpo ajeno, una incómoda pausa y, tal como no lo quería Mariana, tienen sexo. Rafa, finalmente, acaricia el trasero que soñó tocar durante los cinco años que duró la carrera universitaria.

No lo hacen tan mal para ser su primera vez. Complacido, él se vuelve a dormir y Mariana se levanta. “Dicen que no hay insomnio que se resista al sexo”, pero ella sigue sin sueño. Va por su computadora. Se sienta en el sillón de la sala. Abre Facebook: cuatro de la mañana y más de cien amigos conectados. No quiere hablar con ninguno. Desconecta el chat. Por su mente sólo cruzan los recuerdos de Gabriel: “Nada es igual; nunca volverá a ser igual”. Tendrá que conformarse con amores que imiten lo que tenía con él. “Con hombres y tipos que huelen diferente a ti.” Mariana abre su muro. Su estado mantiene la pregunta de siempre: “¿Qué estás pensando?”.

Estado de Mariana Silva:

Querido Gabriel,

aprovecha para estar solo. Dedícate a pasear por Nueva York, por Budapest, por India. Recorre nuestros museos y los que nunca vimos. Roba todos los libros que valgan la pena y abandónalos en casas ajenas. Camina, camina mucho, por décadas; recorre los mares; conoce el cielo; visita a dios y miéntale la madre (hazlo por mí); duerme sobre la azotea del Burj Khalifa para que el amanecer de Oriente se muestre frente a ti y

sepas que sólo esa inmensidad se parece a cuánto te amé. Inventa todos los mundos posibles con los que soñamos y no te olvides, cada tanto, de pasar por este jardín, el de mis recuerdos, a regar mi corazón y alguna que otra planta.

Viviré una vida sin ti, soñando que en la eternidad volveremos a estar juntos, que volverás a embobarme con todo lo que aprendas de la vida intangible, a enseñarme cómo se recorre un planeta sin aviones ni gravedad, a comunicarnos sin tener que hablar, con un eterno silencio compartido y sin cuerpos.

Y sé que cincuenta o sesenta años es demasiado tiempo (si me da un cáncer todo será más rápido), pero por favor espera, como si hubieras sido un hombre zen, el mío, el único, mi vida.

Dos minutos después, Javier Ortega da el primer “me gusta” y más de ciento noventa de los supuestos amigos de Facebook continúan con su “me gusta”.

—

Por la mañana, Rafa se levanta y se despide con cariño, y anhelando las posibilidades de un futuro entre Mariana y él. Esta tarde, él tomará un vuelo a Montreal para comenzar una investigación sobre un artista exiliado, un tal Julio Denis, a quien considera el más grande pintor contemporáneo. Al llegar a casa, se sienta en la cocina y desde su celular lee el estado que Mariana escribió durante la noche; en venganza, postea un texto en el muro de ella.

Sin siquiera darme cuenta, elegí a una compañera o ella me eligió: mi profesión. Es la única que me hace sentir vivo, la única en la que quiero pensar, sentir su constante llamado, y, probablemente, sea la que un día consume todo mi ser. Así que no seré un farsante que cumple con la función de pareja.

Tres horas después, cuando Mariana abre su muro, lee el mensaje de Rafa y no entiende por qué su amigo es tan patético. Borra el mensaje y decide que es momento de eliminar a Rafa de su Facebook y de su vida. Mariana deambula por el departamento hasta que regresa al archivo con el texto de la playa. Su conciencia le exige hacerse cargo de León; tiene que darle sentido a su historia, hacerlo un personaje y no sólo un testigo, así que escribe.

D

1. León avanza kilómetros sobre la playa y después de horas alcanza a oír las campanadas de una iglesia. Llega a una pequeña comunidad de pescadores. Gracias a su apariencia de abandono, la gente lo mira extrañada, pero él no emite gesto alguno. Se acerca hasta el restaurante donde construyen una inmensa palapa y toma asiento. Una jovencita de rasgos africanos le pregunta:

—¿Qué va a querer? Tenemos pescadillas, coctel de camarón, sopa de pulpo...

—¿Qué es lo que más te gusta?

—El camarón —responde con una gran sonrisa.

León la mira con sospecha por el albur y se abre un silencio.

—Tráeme un coctel, por favor.

La niña se aleja riendo.

2. León tiene enfrente tres cervezas vacías y el plato sucio. Los pescadores que trabajan en el techo de la palapa lo miran cada tanto y comentan burlas que León no alcanza a escuchar. La mesera se acerca a limpiar la mesa y dice:

—¿Se va a quedar a dormir?

—¿En cuánto rentan los cuartos?

—Cincuenta las cabañitas y las hamacas en diez.

3. León entra a su cabaña de bambú. A través de los agujeros que hay entre

un palo y otro, observa, durante el anochecer, cómo los pescadores construyen la palapa y tejen el techo de palmas secas. Piensa en el hombre y sus nidos, los ecos de la tierra en las edificaciones y su vida entera invertida en ellas...

Mariana hace una pausa. Tiene a León, un hombre de rasgos arabescos que lleva semanas caminando por la costa y sin dirección, y tiene la escena del vestido flotando en el mar y que todavía no vincula con su personaje masculino. Así que corta todo lo que ha escrito del capítulo *D*, lo pega en un archivo en blanco y comienza un *flashback* debajo de la *D*. El momento en el que León y el vestido se vinculan.

E

1. *León está impecable para la celebración. Los invitados van elegantes: las mujeres con vestidos ligeros, los hombres con selectos trajes de lino. Festejan las bodas de oro de un par de ancianos; por lo mismo hay más invitados jóvenes que viejos. El marido, con un traje de lino blanco, Gibrán Salmerón, un anciano alto y muy mayor, de hermoso cabello cano, toma el micrófono:*

—Hoy festejo con orgullo cincuenta años de matrimonio con mi mujer, María Elena Lindbergh de Salmerón. ¿Y qué puedo decir? Es un gusto tenerlos aquí, a pesar de que ya no estén entre nosotros muchos o la mayoría de aquellos amigos, familiares y nuestros padres que nos acompañaron en nuestra primera unión. Pero muchos de los que están esta noche son aquellos que llegaron gracias a nuestro paso por la vida, los descendientes, a los que hemos hecho en tantos sentidos y en tantos no. Así que simplemente me enorgullece decir que a mis ochenta y siete años soy un hombre feliz, enamorado de la vida y afortunado por seguir acompañado del amor de mi vida...

2. *Los festejados reciben un gran aplauso. La gente se muestra contenta por*

las palabras del anciano y alguna que otra mujer llora. Comienza la música, la balada: “Santanera”. Los presentes abandonan las mesas e inician el baile. León se levanta de su asiento y se acerca a la pista con su mujer, Larissa, quien lleva un hermoso vestido de seda azul y que contrasta con el rojo de su cabello. Se abrazan, mueven los pies, se miran y León le pregunta:

—¿Te sientes mejor?

Larissa no contesta y mira hacia sus padres: en sus pasos es evidente que María Elena y Gibrán Salmerón han bailado una vida juntos, no necesitan decirse nada para realizar movimientos precisos en los que se sostienen como si fueran un solo cuerpo mientras charlan con toda soltura:

—¿Crees que valió la pena, Gibrán?

—¿Qué cosa?

—Nuestra vida juntos.

—¡Qué pregunta, mujer! Es mi mayor orgullo. Mira a tu alrededor.

—Yo creo que no —responde María Elena con serenidad.

—¿Qué dices?

—No valió la pena, Gibrán; menos esta familia.

Continúan bailando. La mirada del anciano se nubla de tristeza. Larissa y León presencian la conversación y Larissa se aleja, dejando a León en la pista, quien no dice nada, pero mira molesto a su suegra, María Elena, quien le devuelve un gesto de desprecio.

3. León camina entre los invitados, se acerca a la barra y, como cada tarde, comienza por beber cuatro caballitos de tequila. Avanza entre los búngalos y se aparece una mujer detrás de él, su cuñada:

—¿Qué te pasa, guapo?

León no la mira hasta que responde:

—Estoy cansado.

—¿De mí?

—También.

4. León se queda solo durante la celebración, sentado frente a una mesa redonda, construyendo sobre el mantel una estructura con tenedores. Toma la servilleta de tela y realiza un techo exacto para los cubiertos. Su cuñada, María, la hermana de Larissa, regresa y se acerca por detrás:

—¿Una sinagoga o un auditorio?

—No lo sé —responde ebrio.

—Tú siempre con lo mismo. Qué lástima que sólo pienses en edificios.

¿Ya hablaste con tu mujer?

—No. No la encuentro.

Su cuñada María se acerca, le besa la mejilla y dice:

—¿Por qué no haces una casa para nosotros dos en esta playa?

León no responde. Mira la pista de baile, con el mar de fondo. Ve a las primas suecas de Larissa bailando, una de ellas es una mujer hermosa de cabello negro y finas facciones, la chica con la toalla del Mondrian; la otra es más bajita, de cabello esponjado y castaño, la chica con la toalla del Pollock.

León se levanta, toma una botella de tequila de la barra, busca una hamaca y se acuesta a beber mientras observa la fiesta y sobre todo a las primas suecas.

5. La multitud bebe, baila, charla. León se levanta de la hamaca y más ebrio aún, recorre el espacio entre los invitados. Se topa con distintos interlocutores que lo saludan, lo conocen o lo aprecian como un serio arquitecto que propone y define los valores de una arquitectura contemporánea. De pronto, se aparece frente a él la mujer del Mondrian, la prima de Larissa: arreglada, alta, el cabello negro y un rostro perfecto, similar al de su mujer y al de su cuñada y amante, pero mucho más joven.

León la saluda con una media sonrisa y alzando unos centímetros la copa de vino, haciéndose notar. Ella se acerca, sonrío de vuelta y hay un gesto en ella que a él le resulta encantador: la joven arrogancia con la que se mueve.

—¿Qué tal la boda?

—Suegros —responde León y ambos se ríen.
—¿Llegarás a tus bodas de plata?
—No, pero estoy obligado.
—No puede ser tan malo estar casado. ¿O sí? —pregunta con su acento sueco.
—Eres muy joven. ¿A qué te dedicas?
—Historiadora del arte.
—¡Vaya, alguien culto en la familia! ¿Te mueve Pollock?
—Sí. Mucho.
—Perfecto. A mí me encanta.
—Lo sé, siempre citas a Greenberg o a Pollock en tus entrevistas para explicar tu arquitectura de carácter... ¿plástico?
—No siempre los cito, pero ¿sabes cómo murió?
—¿Greenberg o Pollock?
—Pollock.
—¿En un accidente de coche?
—Exacto. ¿Y sabes qué le pasaba antes de morirse?
—¿Manejaba ebrio?
—También, pero su amante le daba sexo oral. Como el chiste: cuando se vino se fue.
—Qué muerte más perfecta.
—¡Como los grandes! ¿Te confieso algo?
Ella asiente con la cabeza.
—Ya estoy un poco tomado, pero tengo muchas ganas de morirme hoy.

6. León sale de la fiesta. Toma su convertible, acompañado por la prima de Larissa. Conduce por un rato, sin rumbo, sólo se deja llevar por la fuerza del motor. La luna llena ilumina el camino mientras él recorre casi cien metros por segundo, bebe más alcohol y sonrío de placer.

7. Gradualmente se van los invitados de la boda. Quedan algunos manteles sucios que se vuelan con el viento de la madrugada y la costa. León

estaciona el convertible frente al hotel de la playa. La prima desciende de prisa y se pierde entre los búngalos. León está completamente mareado, pero nota que hay un grupo de invitados frente al mar observando algo. “Ballenas”, piensa. Se acerca a la multitud. María Elena, la madre de Larissa, lo abofetea. León continúa caminando. El padre, Gibrán, es acompañado por familiares que lo abrazan. León se acerca a su cuñada y amante:

—¿Qué sucedió?

Ella niega con la cabeza y sin que nadie vuelva a ver a Larissa ni a su vestido de seda azul, un mesero asegura que la vio entrar al mar.

—

—Estás más flaco, ¿no? —comenta Mariana a Gabriel al verlo salir del baño con una toalla.

—No —responde de tajo y evade el asunto.

—Hoy es lunes: noche de fiesta —dice ella, semidesnuda, con una voz seductora, para después morderse el labio inferior e hincarse sobre la cama—. ¿Te vas a ir todo el día?

—Intentaré llegar temprano, pero quiero terminar un asunto en el taller. Estoy iniciando un proyecto —comenta mientras termina de vestirse.

—¿De qué?

—De escribir en libros.

—¿En libros que ya están escritos?

—Sí, pero no con mis notas.

—¿Y a quién le van importar tus notas?

—A ti.

—Por supuesto que no —Mariana responde en tono de burla y Gabriel deja de contestar.

—Caray, qué ofendido —Mariana se acerca a darle un abrazo que él evita.

—Adiós, Mariana.

—¡No me llames por mi nombre! ¿Te vas a ir sin despedirte? —Gabriel no contesta—. ¡Qué nena eres, Gabriel!

—¡Mariana, a veces despiertas en un plan muy idiota! —Gabriel azota la puerta.

Ella se coloca la almohada sobre la cara y grita desesperada. Le molesta demasiado que él sea tan agresivo y tan susceptible a las ofensas. No continúa el pleito, aunque sí se imagina corriendo al pasillo y ser ella quien diga la última ofensa, pero: “No vale la pena”.

Mariana intenta tranquilizarse. Piensa que hoy, lunes, tiene que ir a dar clase, luego ir a su sesión de yoga al mediodía. “Eso me servirá para relajarme.” Y para la comida se juntará con su amiga Marla, la artista de *performance*. Se levanta de la cama y en ese instante siente una punzada aguda a un costado, en la parte baja del abdomen. Predecía que el día llegaría pronto, desde ayer sentía los pechos más grandes de lo normal y los pezones tan sensibles que incluso le ardía el roce de la camisera que usa como pijama. Una parte de ella detesta estos días del mes, el fastidio de ir constantemente al baño a revisar que todo ande bien, pero, por otro lado, se siente aliviada: ya pasó lo peor, lo irritable y lo susceptible ante cualquier comentario.

Se dirige al baño. Se sienta por un largo rato en el excusado y espera a soltar el coágulo de sangre que lleva horas aguardando a que su cuerpo esté en vertical para salir. Una vez que termina, intenta limpiarse, aunque no es fácil dejar el papel libre de sangre. El olor combinado con orina se intensifica, le resulta insoportable y la hace pensar en la repugnancia humana y los muros de aquella exposición de Gabriel, *Chatarra*.

Intenta darse un baño, pero como cada semana en el último año no hay agua en el edificio ni en la ciudad. Va por el garrafón de la cocina y se baña como puede con la ayuda de una taza. Tras secarse, Mariana toma un tampón de la repisa y lo introduce. “Nunca deja de ser incómodo.” Confirma que es más doloroso introducir el artefacto cuando hay poca sangre. Busca unas bragas que sean lo suficientemente apretadas, guarda en ellas un pedazo de algodón y antes de salir de casa toma el primer analgésico.

Durante el taller de pintura, el que imparte en la universidad, sufre de esporádicos cólicos que no le permiten mantenerse derecha. El dolor contagia la parte baja de la espalda y si le pone demasiada atención, aumenta. Se pregunta por qué se recomienda caminar, correr o mantenerse en constante movimiento cuando se está así, si resulta casi imposible el simple hecho de desencorvarse. Toma el segundo analgésico del día que parece tardar horas en hacer efecto e intenta terminar bien la clase.

Al ayudar a un alumno a montar un inmenso bastidor sobre el caballete, Mariana siente cómo baja un chorro de sangre y lo absorbe el algodón. “Es inevitable querer estar acostada.” Quince minutos más y acaba su labor docente. No se siente bien. Al terminar la clase cancela el yoga. Llama a Marla para adelantar la cita y una hora después ambas visitan un restaurante de mariscos. No hay nada que contar, así que hablan sobre Gloria, la nueva novia de Marla, quien resultó ser una patana y machorra como todas las anteriores: le controla las compras. Mariana no sabe por qué continúa la amistad con alguien tan superficial como Marla. Tal vez por costumbre, y eso la hace repetirse una vez más: “Todo lo que hacemos es más por costumbre que por gusto”.

—¿Qué vas a pedir, Marianux?

—No sé, yo creo que un coctel de camarones. Desde el otro día lo pensé para un texto y me quedé con antojo.

—¿Segura? El otro día, la idiota de Gloria me hizo sentir súper mal. No le gusta que sea vegetariana y pedí un coctel de camarones...

—Marlita, los mariscos no son vegetales.

—Bueno, casi, ¿no? El punto es que pedí un coctel y la imbécil me dijo: “¿Sabes cuántos camarones mataste para tu coctel? Sesenta por lo menos para que llegaran hasta aquí, más los de tu plato, más las toneladas de pescados y especies que se van entre las redes y que nadie compra porque las personas sólo consumimos atún, salmón, camarón y otro poco. Entonces todas las especies que se cuelan con estos camaroncitos terminan muertas y en la basura...” ¡Me hizo sentir pésimo!

—Creo que ya no quiero camarones.

—Perdón, no quería arruinártelo.

- No te preocupes, Marla.
—¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?
—Creo que Gabriel ya no me quiere...

Mientras tanto, frente a una esquina cualquiera, Gabriel reflexiona sobre su discusión con Mariana. Se detiene a encender un cigarro. Observa a un hombre mayor cruzar la calle, con un estuche inmenso de contrabajo, y se pregunta cómo habría sido su carrera artística si hubiera elegido la música en lugar de la plástica. “Probablemente igual —se dice—, mediocre y corta.” Da dos bocanadas y se dirige una vez más al taller donde reevaluará la conversación que tuvo hace un par de semanas con un viejo amigo de la preparatoria, Felipe: el más vicioso y el único que decidió involucrarse con la medicina.

Para Felipe, como para muchos jóvenes, convertirse en médico significaba “ayudar a la gente”, pero una vez que entró a la academia, tan corrupta como el mundo laboral, conoció el verdadero sentido de su oficio: “Hacer dinero con la miseria del otro, en un sistema de farmacéuticos”, según sus propias palabras. Por lo mismo, fue a él a quien Gabriel le confesó, por primera vez, que había visitado el hospital, después de que comenzara a orinar sangre y a sentir un intenso dolor en los huesos. Según las palabras de los médicos, Gabriel tiene una leucemia mieloide crónica de la que no hay solución si no tiene los millones para el tratamiento que le proponen.

“El sistema médico no se basa en la prevención o en el interés por los pacientes sino en su desgracia: curable o no curable, Gabriel. Pero claro, cualquier médico te va a decir que es curable”, dijo Felipe cuando le confesó que ya no lo era y que sólo pretendían sacarle cada centavo antes de su muerte. “¡Son unos hijos de puta!”, describió a sus colegas, después de ver los análisis y la evidencia.

—¿Qué me queda?

—Nada, Gabriel. Es una crisis blástica. Unos días antes de que el dolor no te deje ni respirar.

Gabriel acepta el tratamiento paliativo que le propone Felipe, pero en el camino hacia el taller resuelve otra muerte posible: morirse de una sobredosis, alejado de Mariana. Opio, peyote o heroína y tres cajas de pastillas para dormir. No es la mejor solución, pero no le va a joder la vida a nadie ni a pasar sus últimos días entre hospitales, deudas y cirugías inútiles. “Mejor realizar un último viaje, como los grandes profetas del mundo, a encontrar la soledad con el desierto y perderse ahí.” Sin saber qué decirle a Mariana, no se comunica con ella en todo el día. Las imágenes del desierto de México se repiten en su mente.

Pierde la jornada en pensar cómo será su último día, cómo evitar los dolores que no lo dejan en paz y que hoy siente cómo han aumentado en constantes punzadas que vienen desde los huesos, más una fiebre intermitente, náuseas y mucha sangre al orinar. Por la tarde, sin avisarle a Mariana, más que con un mensaje de texto en el que miente al decir que trabajará en el estudio hasta la madrugada, Gabriel va por los últimos tragos a su cantina favorita. Charla con un desconocido llamado Lothar; luego toma un taxi hacia la central de autobuses y en el camino se intensifican las náuseas y el dolor.

Al llegar a la estación, Gabriel compra un boleto de autobús y poco antes de abordar regresa al calvario. Va al baño de la terminal; vomita varias veces y acostumbrado a que por su gran estatura las medicinas le hagan poco efecto, se toma seis pastillas para disminuir la aflicción. Sube al autobús. Ha elegido “ventana” para recargar la cabeza contra el vidrio y se dedica a dormir en el trayecto nocturno. Cuando amanece, la muerte es quien ocupa su asiento.

—

Cuatro semanas han pasado desde que Mariana recibió la llamada de la compañía de autobuses, gracias al celular de Gabriel, para informarle sobre la muerte de su pareja, y de que ella y su madre se hicieran cargo del regreso y la cremación del cuerpo. Así que tiene que poner orden en su vida y

desprenderse de la estúpida idea de que Gabriel la abandonó.

En siete bolsas negras de basura Mariana mete todo lo que no ha usado en años: los adornos de Gabriel que nunca le gustaron, sus ropas, las cortinas *kitsch*, trastos de cocina, sábanas viejas, maletas dañadas, lámparas de sobra con las que él, obsesionado con la luz, había sobreiluminado cada esquina del departamento. Sacude los libros de teoría y literatura, separa todos los que no piensa volver a leer nunca y deja los que cree que algún día releerá, a pesar de que sabe que tampoco lo hará, hasta que en un arranque coloca todos al lado de las bolsas negras, al igual que cada pertenencia de Gabriel, desde el cepillo de dientes hasta sus libretas y obras. Levanta muebles y tapetes. Limpia el suelo a profundidad, lo restriega con escoba y jabón en polvo.

Cinco horas después, el pequeño departamento está impecable, con olor a detergente de pino, con pocos muebles, sin adornos y sólo con lo indispensable. Mariana mira las bolsas negras. “Le pueden ser útiles a alguien. Un dinero extra no me caería mal.” Pero no tiene ganas de hacer dinero con lo inútil o paciencia para las ventas. Escribe letreros para sus vecinos, con plumón sobre hojas blancas, “Revisa si algo te sirve”, y los pega sobre el plástico negro de cada bolsa; luego las baja con dificultad y las abandona cerca del basurero del edificio. A las pocas horas, el vecino *freelancero* de arriba se encuentra con las bolsas y sube cinco pisos con ellas, pensando que es su día de suerte.

Mariana se siente liberada. Sala y recámara se han convertido en espacios minimalistas. Acomoda los libros de pintura que están en muy buenas condiciones, “vendibles”, y los mete en un bolso de tela. Al salir de casa, se da cuenta de que no se deshizo del maldito cuadro del gallo, pero ya lo hará. Camina unas cuadras, rumbo a la librería de usados, cargando con lo que cree que obtendrá una fortuna, pero sólo recibe un cinco por ciento de lo que pagó por ellos. Con el dinero apenas le alcanzará para un café y un postre. De pronto, un ventarrón cruza levantando la hojarasca y en ese aire asume que la vida tiene que cambiar. “Todo pasa”, se repite. Cuando va de regreso a casa, nota que en su llavero está la llave del estudio de Gabriel. Es algo que se ha negado a hacer, pero ahora que tiene este espíritu en el que deshacerse de cosas le brinda un grado de liberación y felicidad, sabe que es un buen

momento para revisar el espacio y evaluar cuánto trabajo tendrá que cumplir.

Mientras camina, considera que le gustaría mantener el taller para su producción, pero con el sueldo de maestra y alguna que otra pintura que se vende cada tres o seis meses no es suficiente para pagarlo. También se da cuenta de que tiene que vaciarlo cuanto antes y avisar a la casera sobre la muerte de Gabriel o tendrá que pagar otro mes de alquiler, aunque si le llama tal vez querrá cobrarle algo. “No, no estábamos casados; yo no tengo por qué hacerme responsable. Gabriel falleció y esas cosas pasan”, eso le dirá a la señora si intenta sacarle un centavo.

Al entrar, escucha el eco del rechinar de la puerta, siente un inmenso vacío y se hace evidente que el polvo se ha apropiado del lugar. Los olores a plásticos, óleos, madera y otros materiales permanecen como si estuvieran ahí, pero no hay nada. Mariana avanza sobre el piso de concreto, cierra las ventilas que están más arriba que la altura de su cabeza y da varios pasos sintiendo el espacio y recordando lo que alguna vez estuvo ahí. Contempla los muros recién pintados de blanco, todo en orden, como nunca había visto el caos y la constante acumulación de chácharas de Gabriel. Mariana se sorprende y le vuelven las ganas de llorar.

Desde que supo que le quedaban los días contados, Gabriel se dedicó a vaciar el taller, a donar y vender objetos y materiales a ciertos conocidos y a almacenes de fierro viejo, bajo la excusa de que necesitaba liberar espacio para su siguiente proyecto. Donó los bastidores a una escuela; quitó todos los carteles que cubrían las paredes; se deshizo de sus propias pinturas e instalaciones tirando algunas y otras regalándolas a ciertas amistades, entre ellas don Jaime, el dueño de la cafetería, quien recibió la satírica pintura “Las Mininas”, con gatos en lugar de personas, para las cuales la mascota Mondrian había servido de modelo. Tiró a la basura cientos de maderas que utilizaba como soportes. Las telas que tenía por doquier se las vendió al ropavejero, al igual que las televisiones y las viejas cámaras de video. La computadora y la impresora se las donó a su amigo Emil Hoffmann, el escritor estadounidense, y se deshizo de espátulas, pinceles, libros... ni siquiera un lápiz quedó como huella de su trabajo.

Sólo en un rincón, sobre un banco de madera repleto de manchas de pintura, dejó un montoncito de libros, apilados de forma vertical, y sobre ellos una carta escrita a mano.

Mariana,

son tantas las cosas que se tienen que decir ahora que prefiero enumerarlas.

Mariana intenta hacer una pausa, como si eso fuera posible en la vida. Reconoce que la obsesión por enumerar las cosas, como lo ha hecho en su texto del vestido, era de Gabriel y no de ella. Duda entonces si en su historia sobre León debería de seguir así, pero a pesar de reconocer el gesto como impropio decide homenajearlo; un homenaje del que sólo ella sabrá. Con mucho temor continúa leyendo la carta.

- 1. Todo se olvida y todo es intrascendente, menos lo que uno hace y da con las manos y con las palabras; creo que en eso consistió lo que vivimos-creamos para estar juntos. Por favor, no me olvides. Si de algo se trató mi vida fue de trabajar y luchar contra el olvido.*
- 2. Estoy repleto de una leucemia mieloide crónica (no sé ni lo qué es, pero me estoy yendo de este planeta gracias a ella). Llevo semanas enfermo, tal vez lo notaste o tal vez no. No sé cómo decírtelo sin arruinarte nuestros últimos minutos juntos y sin joderte por siempre.*
- 3. En la vida hay que resolver muchas cosas, pero lo más importante es realizar un proceso de síntesis, como en el que ahora estoy. Volver sólo a lo que se ama. En primer lugar, si a alguien amé fue a ti y te prometo que voy a volver a ti adonde quiera que esto siga. En segundo lugar, amé tres libros y son los que están aquí (arriba de los tuyos). Quiero que los leas conmigo (los que siempre te recomendé y que nunca leíste). En cada uno hay notas mías, notas para ti; a eso me refería cuando te hablé de mi último proyecto. Perdona las malas palabras y los pleitos (no te acuerdes de ellos). Por favor, mantén el orden en que los he dejado, de arriba*

hacia abajo, e intenta seguir las instrucciones.

- 4. Dentro del primer libro hay una tarjeta de débito. Vendí todo lo que había en este taller, las últimas obras y hay algunos ahorros. Por recomendación de mi amigo Felipe, el médico, también saqué un seguro de vida en el que estás como beneficiaria. Deberá darte una buena pensión para producir (los papeles están en el mismo libro, el nip es el que hemos usado siempre y los estados de cuenta llegarán a tu correo).*
- 5. No me despido en persona porque te mataría con tal de llevarte conmigo. Te amo. Siempre te amo.*

P.D.: Cerré el contrato de alquiler del estudio. No te preocupes por eso. Vence en septiembre.

P.D.2: Cuida mucho a Mondrian.

Mariana se tumba sobre los libros. La carta se empapa de mocos y lágrimas; no entiende de dónde salen tantos. En el primer libro están la tarjeta y los papeles doblados; y tiene que hacer trampa, no quiere esperar a leer el texto entero para encontrar las notas de Gabriel. Lo ojea velozmente hasta que encuentra los fragmentos con su letra.

Nota 3. *Quien camina sin historia lo hace como un animal: nada de lo que existe en el presente es puramente presente, todo conlleva a un pasado, como una simple concha del desierto narra el mar que existió una vez, y los hombres no somos más que un recóndito instante frente a esa forma.*

Nota 6. *No olvides que la materia es traicionera, que la madera, en algún punto, vuelve al mango del hacha y debes ser tú quien la guíe.*

Nota 8. *Mientras pintes, piensa que el arte no tiene progreso, que es una relación con el todo y nadie ve lo mismo en una obra dos veces. Recuerda que no hay un afuera geográfico o cultural, todos estamos inmersos en la*

misma especie, en el mismo espacio. Pero intenta siempre generar un arte más allá del hombre, más allá de todo lo establecido.

Cuando Mariana termina de ojear las notas, se da cuenta de que no quiere hacer trampa. Tiene que leer los libros a la par para enterarse de qué va cada nota. Desprende la llave del taller de su llavero y la avienta al suelo. Recoge sus libros y los mantiene en el orden en que Gabriel los dejó. Sale a la calle y, para su sorpresa, se topa con Emil Hoffmann, apoyado en un árbol y con cigarro en mano. A las cuatro de la tarde, como cada lunes, está afuera del estudio donde se sentaba unas tres o hasta cinco horas a beber fernet y charlar con Gabriel.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Mariana.

—Me tomé la tarde. ¿Tú?

—Vine a desalojar el estudio, pero ya no había nada. ¿Lo sabías?

Emil no sabe dónde detener su escurridiza mirada, pero cuando se topa con los ojos de Mariana responde:

—Sí, pero me prohibió hablar.

—No fue lo correcto.

—Ojalá y alguien supiera qué es lo correcto.

—¡Despedirse!

—A mi parecer, sí se despidió. ¿Te ayudo a cargar eso?

—¿Qué? ¿También organizó esto? ¿Que estuvieras aquí hoy para cargarme los libros?

—Suenan como obsesión de Gabriel, pero no.

—Toma. No los revuelvas —ordena Mariana con un tono autoritario y dándole los libros cuidadosamente.

Emil los recarga sobre su pecho y preocupado bota el cigarro.

—Odio tirar las colillas.

—¿De qué hablas?

—De que me molesta mucho tirarlas al suelo.

—¿Por qué?

—Porque es basura.

—¿Quieres que la recoja o qué?

—Suenan a una obsesión pedírtelo, pero me evitarías la culpa. Lo siento, me gustan las ciudades limpias.

Mariana recoge la colilla, la apaga contra el piso y la mantiene en su mano.

—Pues no deberías vivir en ésta. ¿Y ahora qué hago con ella?

—La tiras cuando veas un bote o la guardas en mi pantalón; en el bolsillo izquierdo guardo todas.

—No voy a meterte la mano en el pantalón.

—¿Por qué no?

—Idiota.

Mariana y Emil caminan y charlan durante las siete cuerdas que separan el estudio del departamento. Al llegar al edificio, ella le abre la puerta y tira la colilla en el basurero. Emil deja los libros sobre la mesa de la sala, en el mismo orden en que los cargó.

—¿Aquí están bien?

—Sí. Creo que deberías llevarte ese cuadro —Mariana señala la obra del gallo.

—¿No te gusta?

—Gabriel lo disfrutaba más.

—Gracias —responde Emil contento—. ¿Quieres ir por un café?

—

La cafetería está en una calle solitaria y en una tarde en la que se extraña el ruido común de la ciudad. La mesera, una joven universitaria, prepara con esmero de principiante las dos bebidas para Emil y Mariana.

—Te dije que no lo conocías. Me gusta porque hay buen café, no viene nadie y lo mejor: no ponen música.

—¿No te gusta la música?

—Todo lo contrario, pero no puedo escribir y escuchar música a la vez.

La mesera sirve los dos cafés derramando un poco del expreso sobre el

plato.

—¿Sabores fuertes, Emil? —pregunta Mariana al notar la espesura del café.

—Me gusta lo que rompe con lo normal, con un café insípido, con una música pop.

—A mí no. No todo lo fuerte me llama.

—Con eso no quiero decir que me gusta escuchar dark metal, sino que me gusta todo lo que sabe por sí mismo. ¿Se entiende?

—Entiendo, Gabriel Dos.

—Emil Uno.

—Claro. ¿Y en qué estás, Emil Uno?

—Escribiendo.

—No sabía que eras escritor. Gabriel sólo decía que viajabas mucho.

—Sí, pero también escribo.

—Pues les va peor a los escritores que a los artistas.

—Tal vez, pero me importan más los textos que la subjetividad de la plástica. ¿Qué te dejó Gabriel? ¿Una instalación o unos libros? Además, hoy cualquier cosa cabe en la plástica y eso cansa.

—¡Cansa! Es cierto. No existe el arte por el arte, pero a todos les convienen los juegos verbales. Mírame —agrega Mariana con un tono autoirónico.

—Tú eres brillante, mujer.

—No, no lo soy.

—He visto tu trabajo y lo eres.

—¿En serio te gusta?

—Creo que las obras hechas con las prendas de los indigentes son unos de los paisajes más geniales que he visto en mi vida: un absoluto control del color y de la profundidad. ¿Y hechas de pantalones, camisas, abrigos? Gabriel me mataría por decir que esas pinturas rasca-huele me gustaron más que los videos. Lo digo sin menospreciar los videos, que eran fantásticos, pero para mí fue evidente que estuviste detrás.

—¿Y qué estás escribiendo?

—Creo que es una novela. Hace tiempo que dejé de encasillar mis textos.

—¿Y de qué va?

—Pues toca varios temas, pero mejor un día la lees.

—¿Cómo se llama?

—*Chatarra*.

—¡Caray! ¿No se te pudo ocurrir otro título, Gabriel Dos?

—Mariana, yo quiero mucho a Gabriel, y lo digo en presente porque no basta que esté muerto, pero el que se robó el nombre fue él. No yo.

—¿Sí? ¿Cuánto llevas escribiéndola?

—Años. Desde antes de que Gabriel existiera en tu vida.

—¿Y te copió el nombre?

—Digamos que me pidió permiso y lo recicló, o “repitió” la palabra favorita de los copistas o los malos artistas: apropiación.

Mariana se ríe.

—¿Tú crees que me repito cuando hablo, Emil?

—Ni siquiera lo había pensado, pero la vida es repetición. Todos nos repetimos.

—¿Por qué lo hacemos?

—¿Reiteración? No lo sé. Tampoco es un tema que me interese. Para repetición está el tecno, lo pop, la poesía... y ninguno me encanta.

—¿No te gusta la poesía?

—Le cabe mucha basura, como a la plástica.

—Como a todo. ¿No crees que también el mundo se repite demasiado? ¿Una estructura básica donde el hombre vive, mata, construye, destruye... pero sigue siendo el mismo idiota, ahora posmoderno?

—¿Crees en lo posmoderno, Mariana?

—No.

—Yo tampoco; aunque *Chatarra* pretende serlo.

—¿Tienes cigarros?

Emil le ofrece la cajetilla azul y el encendedor.

—¿Por qué la azul?

—Amo el azul. Ni siquiera sé si es mi tabaco preferido, pero era la cajetilla más bonita, antes de que iniciara el amarillismo del tabaco, y se me quedó. A veces uno sólo se mueve por lo que ve.

—Es cierto. Estoy escribiendo toda una historia por culpa de una imagen: un vestido que flota en el mar. Es algo que no se parece a nada de lo que he hecho antes. Y con ese texto le encuentro un poco de sentido a mi vida. Una muerte cercana nos enseña a vivir de otra manera.

Emil llega al estudio que alquila. Se sienta frente a la computadora. “Dentro de todo, ha sido un día agradable.” No es el momento para siquiera evaluarlo, pero algo entre Mariana y él rompió el orden de lo normal. Le parece que hay una amistad significativa ahí. Entra a su correo. Encuentra notificaciones de Facebook y va directo a ese espacio del que casi nunca quiere saber nada, pero termina sabiendo todo.

Mariana está conectada. Duda por un momento si debería hablarle. Mira su foto de perfil. “Tiene un rostro perfecto, esa boca grande, las mejillas pecosas, los ojos profundos, pero la ley de un buen camarada es no meterse con las exnovias de los amigos.” Cuando está a punto de cerrar el programa, aparece un nuevo mensaje.

Mariana Silva: La pasé bien. Gracias.

Fue ella quien dio el primer paso y él busca una respuesta amable y desinteresada.

Emil Hoffmann: Yo también. Deberíamos tomar otro café en la semana.

Mariana Silva: Me encantaría.

Se produce un silencio cibernético.

Mariana Silva: ¿Dime de qué va *Chatarra*?

Emil odia que le hagan esa pregunta, como si cien páginas fueran resumibles a una oración o un párrafo, pero igual la responde.

Emil Hoffmann: De la nada. O del vacío contemporáneo. Soy más psicótico de lo que aparento.

Mariana Silva: Me “apropiaré” una de esas ideas. Al fin que tú se las robaste a Gabriel.

Emil Hoffmann: Fue al revés, pero al final nada es de nadie.

Mariana Silva: ¿Y te puedo enviar lo que escriba?

“Me encantaría”, responde Emil repitiendo la frase de Mariana. Se aleja de la computadora y calienta un poco de agua para que otro café le ayude a mantenerse despierto y a continuar su texto.

Del otro lado de la ciudad, Mariana cierra Facebook. Abre un archivo en blanco. A su lado están los libros que le dejó Gabriel, y entre ellos hay uno que parece salirse de lo plástico. Lo ojea de manera inversa, lee el título: *Alfonsina*. Recuerda esa canción que tantas veces sonó en casa de su madre: “Alfonsina y el mar”, un eco entre las paredes blancas de su hogar y que en su infancia siempre le causó tanto dolor. Sabe que lo que está punto de nacer de ella no será un texto feliz. Coloca el único disco de ella que Gabriel disfrutaba, *Cartography* de Arve Henriksen. Cuando inicia la melancolía del trompetista, comienza a escribir un título, a sabiendas de que no será definitivo. Lo bordea del espacio blanco de la página; “Onda japo”, dice. Sabe que el texto es así: limpio, preciso, con más vacío que presencia, con más silencios que palabras. Va a la primera página y escribe.

La escala del mar

Por Mariana Silva

“Me gusta”, repite encontentándose cada vez más. Permite que la música la lleve a un estado de conciencia melancólico y comienza el siguiente capítulo. Retoma los tres puntos que había cortado del *D*, sobre la niña del coctel de camarones y la construcción de la inmensa palapa.

E

4. León abre los ojos. Amanece. Está en el mismo cuarto construido con delgados bambús y, entre los agujeros, observa a los hombres que continúan dando los toques finales a la palapa. Baja al restaurante, pide dos botellas de agua, las envuelve en su saco como si fuera una bolsa y

continúa su andar.

Al mediodía está agotado, insolado. La frente le suda y las gotas entran en sus ojos provocando ardor. Se tira en la arena. Se frota los párpados, bebe agua y mantiene la vista fija en el mar, mientras el sol parece quedarse quieto. Silba “Santanera”, la canción de la noche de bodas, y comienza a llorar. Ha sido inútil su caminata de semanas, en espera de hallar el cuerpo de su mujer, Larissa.

- 5. Una vez que la melancolía lo abandona por unas horas, encuentra un palo seco y delgado, de unos dos metros de altura; lo hunde sobre la arena, en vertical. El sol dibuja una línea-sombra y él la marca con una segunda vara. Espera, repite la acción: traza el tiempo con ramas secas. Durante toda la tarde decide sólo escuchar, contemplar y ofrecer su silencio para que el sol se comunique a través de la sombra de ese palo. Cuando se va la luz, León ilumina la noche encendiendo la composición de ramas y se aleja unos metros del fuego. Traza sobre la arena el dibujo de la luz de las llamas y se recuesta dentro de esa línea a observar a Orión, mientras recuerda a su mujer y se arrepiente de los errores propios.*
- 6. Bajo la luna de aquella noche de bodas, Larissa se quita los zapatos, los lanza hacia el mar y se adentra. Detrás de ella, oye el ruido y la música de las bodas de oro que celebran sus padres. Está sola y llorando. Camina despacio. Siente el frío del agua. Se queda varios segundos quieta, suspirando. Quiere gritar del llanto, del odio por la traición de su hermana y su marido, pero sólo se adentra más. Se quita el vestido azul. Sus pies dejan de sentir el suelo. “Déjate llevar”, se dice al observar la inmensidad del mar, los reflejos de la luna en él y el oscuro cielo estrellado. Siente la espuma cubrir su cuello, su barbilla y cómo el mar la jala hacia él mientras ella, sin resistirse, sólo recuerda el nombre de la poeta, Alfonsina.*

Fin

De madrugada, frente a su ordenador, en el sillón de la sala y con los calcetines sucios sobre la mesa de centro, Mariana despierta y huele el sushi que no se terminó en la cena. Mondrian lleva casi dos días vagando por la ciudad y ella ha estado tan inmersa en su texto que ni siquiera se ha percatado de la ausencia del gato. Camina por la casa buscando monedas y baja a la tienda para conseguir alguna bebida energética. Al llegar al minisúper, se topa con varios borrachos agrediendo al empleado. Se da cuenta de que fue una muy mala idea salir a esas horas, así que, con miedo, regresa a casa.

Entra a la cocina. Ya no tiene café. Prepara, con la poca agua que le queda del garrafón, un poco de chocolate aguado con mascabado. Saca los últimos panes macrobióticos que hay en el refrigerador para llenarlos de su mermelada orgánica y recibir una dosis de glucosa que le permita comenzar a editar el escrito. Pero cuando prueba el chocolate le resulta tan dulce y tan contrario a su dieta que termina con los cinco últimos rollos de salmón y regresa a la computadora.

Tres horas después, frente a la ventana, el sol comienza a iluminar el parque. Con la llegada de la luz se siente más viva y no le da importancia alguna a las horas en vela. Finalmente, regresa un poco de ese sentimiento que a tantos creadores encanta: amar su arte, la autosatisfacción que llega al finalizar el problema exhaustivo de crear algo. Alguien tiene que leer su texto, *La escala del mar*. Decide enviárselo a Emil vía Facebook.

Mariana Silva: Terminé. Adjunto la historia de mi arquitecto en duelo.

Dos horas después, Emil despierta. Pone agua a calentar, abre su correo desde el celular y ve la notificación del mensaje. Enciende la computadora y descarga el archivo. En menos de media hora termina de leer el texto de Mariana, atraído por el silencio y la simpleza. Entra en Facebook. Ella no está en el chat, pero le escribe por *inbox*.

Emil Hoffmann: Leído. ¿Cuándo charlamos?

—

Mariana citó a Emil Hoffmann a las cuatro de la tarde en el café que él le mostró. Ambos llegan puntuales. Ella pide un capuchino y él un expreso doble y sobrecargado. La charla comienza por la razón que los ha llevado hasta ahí.

—Funciona —dice Emil, vestido con una camisa blanca y bien peinado.

Mariana sonríe.

—¿En serio?

—Al menos para mí. Lograste la mirada masculina; me sorprende lo lejana que es a ti, al momento que estás viviendo. Las mujeres suelen ser muy intimistas y, sin embargo, también es un duelo. Me gustan las imágenes, tal vez porque hay mucho en común entre la pintura y la escritura. Hesse era pintor. Verne era pintor. Günter Grass era escultor. Lorca y Jalil eran dibujantes... nada es tan distante como parece.

—¿Qué hacemos, Emil? ¿Cada vez que intentamos hacer arte y sufrimos con los proyectos autoimpuestos?

—¿Mentimos para encontrar verdades? ¿Le buscamos un poco más de sentido a la vida para que no todo sea monetario? ¿Pasamos el tiempo? ¿Sufrimos, pero hacemos lo único que nos interesa? Escribir cualquier ficción es elaborar una serie de engaños. Mentir es algo tan habitual y mucho más común de lo que cualquiera estaría dispuesto a aceptar. Escribir sobre individuos que no existen, tiempos que no se vivieron, países donde nunca se estuvo, mentiras que se acaban creyendo.

—¿Y por qué lo hacemos?

—En mi caso porque disfruto los malos ratos que paso buscando soluciones, y porque encontrar esas soluciones es el único sentimiento que me interesa.

Mariana se ríe de esa respuesta porque se reconoce en ella, y sin querer agita el capuchino, provocando que parte del líquido caiga sobre el

manuscrito que llevó Emil con correcciones.

—¡Perdón!

—No pasa nada.

—¿Le hiciste cambios?

—Algunas sugerencias. Con menos palabras queda todavía mejor. Ya verás.

—Siempre hay algo que mejorar, ¿no?

—Sí, y eso casi siempre consiste en quitar. También te traje un regalo o un intercambio.

Emil abre su maletín y saca un manuscrito. Se lo ofrece a Mariana. Ella lo toma esperando que sea más ligero de lo que en realidad es. Mira la tapa: *Chatarra*, por Emil Hoffmann. Se queda sorprendida. Observa los ojos negros del extranjero, de inmensas pestañas que narran un posible origen del Medio Oriente. Abre la novela al azar y lee un fragmento entrecortado donde percibe de inmediato su nombre, Mariana Silva, y la palabra Facebook.

—¿Qué es esto? ¿Te metiste a mi Facebook?

—No, no es mi estilo hurgar en las cosas ajenas.

Mariana ojea el manuscrito y repetidamente encuentra los nombres: Gabriel, Mondrian, Mariana...

—¡Qué es esto! —Mariana se sonroja y cierra la novela. No sabe qué pensar de Emil.

Se produce un incómodo silencio.

—Me tengo que ir— responde él nervioso, mientras deja un billete para pagar ambos cafés y se acerca a despedirse. Ella, desconcertada, sólo lo mira.

Emil sale del café, va hasta la estación más cercana y se adentra entre el tumulto de personas que ocupan el transporte público, cada uno pensando en sus asuntos o mirando la televisión: gatos atacando perros. “Si fueran perros atacando gatos no habría nada cómico”, piensa Emil y, a la par, espera que de algo sirva *Chatarra*, que le signifique algo a alguien, que Mariana y Gabriel no desaparezcan de su vida. Cuando baja del transporte, vuelve a caer en la cuenta de que todos los textos en los que ocupa sus días, sus horas, sus años, están destinados a desaparecer, a convertirse en nada, y en ese momento recibe un mensaje.

Mariana Silva: ¡Estás enfermo!

Mariana se levanta y abandona la novela de Emil en la mesa del café. Recuerda que ya lo había pensado con lo de las colillas, “Maldito loco. Tenía que ser amigo de Gabriel. ¡Enfermo! ¡*Stalker!*”. Camina de regreso a casa. Al entrar en su departamento, Mondrian ingresa por la ventana, flaco, sucio, hambriento, con una oreja mordida, y maúlla desesperado por ser alimentado. Mariana le da de comer. El animal ronronea mientras se atraganta de croquetas. Ella está enojada con el gato y con el mundo. Revisa el pizarrón donde escribe los pendientes. Tiene que tramitar el seguro de Gabriel, y una vez que obtenga ese dinero lo utilizará para largarse.

Abre los papeles de la aseguradora, son casi un libro. Después de leerlos enteros, entiende que Gabriel la ha dejado como beneficiaria de mucho dinero. Hace algunas llamadas. Resuelve los trámites. Todo es cierto y funciona. Horas después, enciende su computadora y revisa el crédito de la tarjeta de débito: tiene más dinero de lo que jamás se habría imaginado. Debe cambiar su vida entera. Al fin puede liberarse de todo lo que no quiere volver a hacer nunca. Lo único que le interesa en este momento es buscar qué hacer con *La escala del mar* y empezar una nueva vida. Por primera vez, tiene sentido el consejo de la psicóloga, “No estás sola, eres libre”. Pero está cansada de la pasividad de su entorno, de sentir que donde está parada nada cambiará.

Mariana entra en una página de boletos de avión económicos y tiene todas las opciones para marcharse lo más lejos posible. En ese momento, recuerda la primera conversación con Gabriel, cuando él le contó que nunca se había sentido tan feliz como durante su época en Cuba. Entonces regresa su voz, su imagen y la memoria de ese encuentro, como una de tantas escenas que le parecen imborrables.

—¿Qué te parecen, Mariana? —Gabriel la mira atento, le fascina la idea de tener una nueva y hermosa interlocutora que sabe de lo que habla y

observa su obra en su estudio.

—Teniendo tantas opciones no entiendo por qué has elegido colores tan ordinarios, tan directos del tubo. Tampoco me parece cómo estás planteando el espacio; esta perspectiva no funciona. Tal vez es demasiado opuesto lo que entendemos por pintura, Gabriel. Además, encuentro morbosas tus imágenes.

—¿Cómo describirías el morbo?

—No lo sé. Es complejo...

—Exacto, cuáles son los límites del morbo si el deseo de ver está presente. Estos cuadros nacen de ese deseo y de las culpabilidades implícitas.

—Perdóname, Gabriel, pero a mí los cuadros que cuentan historias me dan mucha pereza. No quiero continuar por ahí. La pintura es todo para mí, el no pensar mientras pintas.

—Para mí es fundamental que un cuadro te responda múltiples observaciones; de otro modo, pintas algo que basta con verlo una sola vez.

—A mí me basta con conocer mi materia de trabajo: el color, la forma, la composición, la profundidad, el contraste, la sombra... Lo importante es pintar: sal, dibuja un árbol y en él encontrarás el sinfín de posibilidades que estás buscando plantear. No abandones la representación para contar historias con la pintura.

—Hubo una época en la que una anatomía me decía todo lo que buscaba. Copiar desnudos, personas. Sin duda, llegó a convertirse en una obsesión. Pero ahora me resulta plena ignorancia, contaminada por los valores populares del arte. Me cansé de pintar muñecos, de hacer manitas, dedos, rostros. Ése fue mi salto a la abstracción. Sin embargo, con los años, después de toda una serie de formas y colores, me faltaba la presencia, esa fuerza viva que sólo los cuerpos logran, y ahí encontré la clave de mis siguientes obras: la sugestión. Una sugestión abre las puertas hacia a la infinitud. La mezcla de la libertad de la abstracción con la sensibilidad de lo humano; porque hace demasiado tiempo que la buena pintura dejó de ser la mimesis del mundo.

—Me parece que rebuscas las ideas. La pintura es lo que es y punto. Hay un mundo allá afuera que no estás representando.

—A mí no me interesa lo que hay afuera, Mariana. Me preocupa lo interno y lo intangible, en lo humano, en el arte. Observa este cuadro de

cerca, mira cómo la luz vive en el interior del color. Mira en éste. ¿Ya reconociste que el personaje es además un transexual? Tal vez por eso no encuentras bella a esta mujer. Mira sus hombros anchos, la manzana de Adán y un pecho fuerte debajo de sus implantes. Título: *El cuarto de Fidel*. Fidel el negro, el marginado, el transexual, en un país comunista donde el racismo no ha sido erradicado, donde la homosexualidad es censurada en las calles y en los hospitales públicos realizan cambios de sexo. Pretendo encontrar la belleza de este personaje que muta en algo femenino dentro del cuerpo de un guerrero africano. Y si ves por la ventana que hay detrás de él, allí está el horizonte, en la línea que pinta el mar como lo último que ve. Por eso es un cuarto: el encierro, limitado, derruido y, al mismo tiempo, toda la belleza.

—Yo no leo en el cuadro todo lo que estás diciendo.

—Nadie lo hace, por eso tiene su gracia hablar con los artistas, pero sin duda se leerán un sinfín de cosas que todavía no conozco.

—Yo creo en las obras y no en los artistas, Gabriel. ¿Y esta sombra qué?

—¿Qué tiene?

—No corresponde con tu luz. Yo hace tiempo que estoy buscando el color en la sombra. No trabajo con capas, para mí cada pincelada... es más, desde la primera pincelada sé dónde quiero que sea vista y, a veces, una pintura es sólo la excusa de una pincelada.

—Bueno, tú siempre tienes la referencia de la realidad; al sólo copiar lo externo conoces el final desde un inicio. En mis cuadros hay bocetos propios que tampoco imitaron al mundo físico. Mi trabajo es un proceso de aplicar, quitar. Intuir, sumar, restar y razonar por días para después volver a actuar: abstraer y sugerir. La imaginación no es precisa y por eso el creador no tiene rutas directas. En este cuadro no utilicé una grisalla para conocer la luz en mi pintura. Inicié desde el color para lograr un cuadro extraluminoso, pero sólo en su interior. Ahora lo que busco es opacarlo, enviar las paredes hasta el fondo, lograr una abstracción de la figura, que se pierda y sea encontrada constantemente.

—No sé qué responderte, Gabriel.

—Bueno, no puedo negar mi obra actual, por eso la hago. Cada uno tiene que buscar “su arte”, es la tarea de nuestras vidas. Dudo, Mariana, que a tu

paso logres un día separarte de la representación. Para mí, copiar de una fotografía es una diarrea mental: mirar y copiar. Una traducción pictórica. De la foto al óleo, ¿cuál es la gracia?

—La gracia está en la sensualidad de la pintura, en cómo interpretar la perfección en cada milímetro, que la naturaleza se explique a través de pinceladas.

—¿Y dónde está tu posición frente al mundo? ¿En las pinceladas?

—En construir expresión, en conocer el color a profundidad, en lograr cuadros perfectos...

—Eso no es arte. El arte es político o es decoración, mujer.

—¿Entonces no te dice nada mi trabajo?

—No.

—Pues a mí tampoco el tuyo.

Ambos se miran como un par de niños en conflicto, y al mismo tiempo con un profundo deseo. Mariana se da cuenta de que ha sido dura para llamar su atención e intenta calmar la situación.

—Pensamos muy diferente y creo que ya hablaste mucho —con una suerte de confusión, ella siente que ya preferiría besarlo. Se acerca y, nariz frente a nariz, agrega—: ¡Qué flojera discutir contigo, Gabriel!

—

Mariana recuerda ese primer beso y de inmediato compra un vuelo a La Habana, para esa misma madrugada. Afuera se escucha una grabación que viene de la avenida: *¡Se compran: colchones, tambores, refrigeradores, estufas, lavadoras, microondas o algo de fierro viejo que venda!* Mariana sale al balcón, se apoya en el barandal. Mira el parque, la arquitectura ecléctica del barrio, siente el ritmo de esta urbe imparable. Una vez más llega ese olor a humanidad y a caño como si la masa no se impusiera lo suficiente para expandirse todavía por kilómetros en su esencia, entremezclándose con esas calles llenas de recuerdos, y decide bajar deprisa para buscar la camioneta con la grabación.

En un arranque de libertad o de histeria, Mariana le ofrece al conductor todo lo que hay en el departamento, incluso sus pinturas, por un módico precio. Minutos después, el chatarrero y sus ayudantes bajan todo, sin importar de qué material esté hecho. Mariana empaca lo indispensable y antes de que se lleven el teléfono, llama a la casera. Como no le responde, le deja un mensaje en el buzón de voz:

—Tengo que irme, señora Martha; no puedo seguir viviendo en este lugar. Quédese con el depósito. Gracias por todo.

Con una maleta grande y de ruedas, en la que lleva unas cuantas prendas, los libros que le heredó Gabriel y la computadora, y en la mano izquierda una caja para cargar al gato, Mariana desciende hasta la calle y toma un taxi. Le pide al chofer que se dirija hacia la avenida principal y se detenga frente a una clínica veterinaria.

Cuando Mariana está frente al doctor, le comenta lo que sucedió con Gabriel, “el dueño del gato”, y a pesar de reconocer que no tiene el derecho de hacerlo, le pide que lo ponga “a dormir”. Sale de la clínica, toma el transporte público y mientras avanza llama a su madre para explicarle que va a alejarse por un tiempo, necesita sacar de sí todo lo que no le pertenece y le miente al decir que Mondrian se mudó a vivir con el vecino.

El transporte avanza por la avenida y Mariana observa los negocios y más negocios de todo lo que no necesita. Reconoce a la gente joven y alternativa que abunda por la ciudad en una tarde tan soleada. Tendría que darle gusto, pero no sucede. Avanza unas cuadras más y sin saber por qué o a dónde dirigirse, desciende del transporte. Observa por varios minutos a un grupo de niños de la calle, sentados sobre las jardineras de una plaza y actuando como pequeños simios desnutridos que se sacan los piojos entre ellos, estupefactos tras el efecto de algún pegamento y bajo el sol que ilumina y calienta toda la escena como un cuadro de Gabriel. Mariana se cuestiona por qué Gabriel no reparó en ellos para la exposición y fantasea con la idea de que incluso el más sensible llega a ser ciego ante su entorno más cercano.

Uno de los niños se acerca a Mariana y le pregunta:

—¿Me regalas una moneda para un agua?

—Mariana lo ignora y se aleja unos metros, hacia la avenida principal. Se

sienta sobre otra de las jardineras. A pesar del ruido y del caos, se conecta con un estado de paz que no ha experimentado en semanas. Mira a los niños y se dice: “No hay nada en esta ciudad que no me recuerde a ti”. Abre su maleta, saca los libros que le heredó Gabriel con sus notas y los abandona en plena calle. Se levanta. Camina nuevamente sin rumbo, pero evalúa que su equipaje tiene ahora un buen peso para ser toda su vida. Frente a la avenida, toma un taxi al aeropuerto y en el trayecto, desde el celular, elimina su cuenta de Facebook: “Que hoy Mariana Silva también deje de existir”.

LIBRO SEGUNDO

Caos

Por Mariana Silva

Ayer

Un rostro dirigido hacia el cielo emite tal grito que revienta las comisuras de sus labios. Sin emitir sonido alguno, la imagen al óleo es apenas iluminada por seis velas. En ella trabajan dos grandes manos con rastros de pigmentos y un temblor en el pulso que manipula, entre pinceladas, el sufrimiento de un instante; ese gesto de clamor y tormento.

Cuando el pintor se aleja del cuadro, camina entre la oscuridad del estudio, repleto de obras desordenadas, terminadas o abandonadas en el proceso de creación. Afuera, las nubes se extienden en el aire y la luz de la luna regresa al departamento ubicado en el último nivel, las imágenes demuestran su encarnación: entre solventes y pigmentos, refieren al agua, al color azul, y proyectan caos.

El autor, Vogler, se recarga sobre un muro. Observa la inmensa tela de lino en que trabaja. Intercala de mano un pincel y un envase de cerveza. “No me convence —se dice—. El lado izquierdo es mucho más pesado en el número de elementos y tonalidades.” Necesita equilibrar la composición con nuevas veladuras para empujar hacia el fondo todo lo que parece estar sobre la superficie y que rompe el equilibrio. Pero antes de continuar, Vogler tira el pincel al piso y en medio del estudio se abre el pantalón y rellena la botella con unos orines tan incoloros y pobres que ni siquiera llenan una tercera parte de la misma.

El pintor cierra los ojos por unos segundos. Bebe la orina y, desganado, deja caer la botella en el suelo y retumba el impacto del vidrio contra la madera. Recoge su paleta y los pinceles, y prepara el tono exacto de un azul transparente para empujar hacia atrás los volúmenes del lado izquierdo.

Con la agilidad de un experto en su oficio, Vogler aleja y construye

múltiples figuras. Continúa con suaves y minúsculas pinceladas que crean una lluvia diagonal, en dirección al mar. Logra una imagen compleja, entre la abstracción de los trazos sueltos y la sugestión de una escena monumental y azulada, el inicio del Diluvio Universal.

Dos niveles abajo del estudio y hogar de Vogler, una mujer, Rita, sumamente delgada, se mantiene sentada e inmóvil sobre un sillón y con la mirada fija en una pecera verde, cubierta de algas, y donde poco se distingue un pez dorado muerto. El apartamento, adornado por cuadros abstractos y carteles de antiguas bienales, tiene una gran cantidad de libreros, tres sofás rojos cubiertos de polvo y un ambiente espeso por la disipación de calor seco que impide respirar con normalidad.

Rita parpadea continuamente para humedecer sus ojos. A su lado, sobre otro de los sillones, Lucía, la hija mayor, contempla el paisaje contaminado y la desolación de las azoteas de esta urbe, en donde aparecen hombres que deambulan, revisan tinacos y se marchan.

En el tercer sofá, Mario, con cinco años, despierta y busca su muñeco, un cíclope verde y de resina blanda que lleva hasta su pecho y con el que se comunica hasta que se levanta de un salto y lo hace brincar entre los sillones. Por encima de la pijama, Mario viste una capa de mago con la que cree que se impulsa y, a pesar de su ánimo, tiene cierta palidez en el rostro y los labios agrietados.

—No corras. Te va a dar sed —lo reconviene Rita y el pequeño se detiene.

Lucía se levanta en dirección a la ventana. Se frota los ojos. Siente cómo el calor se adentra lentamente por su nariz mientras el sol asciende. Cuando mira los edificios vecinos, alcanza a atestiguar la presencia de un delgado individuo que se acerca al borde de su tejado. Lucía da un pequeño grito. Asustada, vuelve la mirada hacia a su madre para narrarle lo que está por presenciar, pero percibe algo extraño en su hermano, quien, antes de sentarse,

vomita frente al sillón.

—¡Mario! —Rita corre a auxiliar a su hijo y con pocas fuerzas va hacia la cocina en busca de algún remedio. Deja fuera del cajón todas las píldoras inútiles; después va hacia Mario, lo carga, lo recuesta en el sofá y sale del departamento. Toca en múltiples ocasiones el timbre de la vecina de enfrente, doña Julia, pero nadie le abre. Regresa en busca de la caja de herramientas. Encuentra un desarmador y sale a insertarlo en la chapa de doña Julia, para después golpearlo hacia adentro con el martillo. Es tanto el estruendo que, dos pisos arriba, Vogler se asoma e intenta ver lo que sucede.

Rita entra en el departamento de su vecina y no encuentra a nadie. Saca los víveres que puede, aunque sólo son tres latas de comida, una caja de aspirinas y media caja de cereal.

—

Un piso arriba de Rita y sus hijos, en el tercer nivel del edificio, tocan a la puerta del apartamento número cuatro. Pablo, un joven de aspecto descuidado, pero vestido con ropa fina, se sorprende por la visita. A su lado, su esposa, Carla, perfumada en exceso y con una botella de vodka en las manos, se levanta de prisa con la intención de abrir, pero Pablo la detiene y susurra:

—¡No abras! ¡Nos van a pedir algo!

Carla le quita la mano de su brazo y, sin abrir la puerta, pregunta:

—¿Quién?

Desde el pasillo, Andrea, la vecina más joven del edificio, responde:

—El hijo de Rita está enfermo y quisiera saber si tienen medicinas.

Carla se apresura a abrir, sin observar la delgadez, el sucio camisón ni el rostro pálido de Andrea:

—¿Qué?

—Hola. El hijo de Rita está enfermo... —Andrea detiene la explicación al darse cuenta de que Carla está completamente alcoholizada.

—¡Ya no soporto estar encerrada! —Carla se detiene con torpeza del

marco de la puerta y comienza a reírse.

Andrea se extraña por las palabras y las carcajadas que implican una confianza inexistente entre ambas y que evidencian el grado de embriaguez de su vecina. Pablo, también bebido, se acerca y pregunta:

—¿Qué medicinas necesitan?

—El niño está vomitando y es muy posible que se deshidrate.

—Deja busco algo —Pablo se aleja y en su ebrio caminar tropieza con una silla.

—¿Qué han pensado hacer? Apenas llegamos a la mitad de la “cuarentena” —le pregunta Andrea a Carla.

—¡No sé! Mi suegro tiene una fábrica de hielo y queremos ir para allá, pero no sabemos si ahí está la familia de Pablo o si todavía hay agua. ¿Quieren venir? —Carla fija la mirada en el pasillo a pesar de que intenta dirigir sus ojos hacia el rostro de Andrea.

—Tendría que consultarlo con los demás, pero gracias... —Andrea duda cuánto de verdad hay en las palabras de alguien tan ebrio.

Pablo regresa, le entrega un bote de bismuto rosa.

—Lo lamento. Sólo tengo esto, pero a veces funciona.

—Muchas gracias —Andrea recibe la medicina y no sabe cómo despedirse—. Bueno, les daré una respuesta en cuanto hable con Rita.

—¿No quieres un trago?

—Me encantaría —responde Andrea con hipocresía—, pero tengo que ayudar a Rita —da un paso para abandonar la situación.

—¿Una leche?

—Esa sí te la acepto. Tenemos la despensa casi vacía.

—¿Quién diría que llegaríamos a esto, verdad? Por primera vez mi esposo está feliz de haberse casado con una compradora compulsiva —Carla avanza tambaleándose unos metros hacia su cocina. Andrea se asombra de que Carla use tacones en estos momentos y la observa regresar con el litro de leche en mano.

—¡Muchísimas gracias a los dos! Nos vemos mañana —y forzosamente añade—: Si de pronto se aburren, bajen a platicar.

—¡Claro! —contesta Pablo mientras cierra la puerta de golpe y sin

despedirse.

Al descender por las escaleras, Andrea alcanza a escuchar un pleito interno.

—¡Por qué regalas nuestra leche, idiota!

—¡Ya vas a empezar, imbécil!

—

Afuera del edificio, escuadrones militares realizan su mayor esfuerzo para recoger los cadáveres que apilan como fardos en camiones de carga. Nadie deambula por las calles, a excepción de un hombre barbado al que la ropa le queda demasiado grande para sus dimensiones. Avanza con precaución. Las manos le tiemblan de forma exagerada. Su mirada es inquieta y sus labios están cubiertos por llagas. Inútilmente, hace el intento de tragar saliva mientras observa el paso de uno de esos camiones con bultos humanos y trata de pasar desapercibido.

Una vez que los militares se alejan, el hombre, Javier, apresura el paso, y a unas cuerdas oye un llanto. Se da cuenta de que es el lamento de una persona mayor y descubre una figura recostada en una esquina.

—¡Agua, por favor! —el desconocido estira la mano—. ¡Tengo cólera! ¡Perdí a mi familia! ¡Ayúdeme! ¡Lléveme a un doctor! —alcanza a jalar el pantalón de Javier.

—Lo lamento, no puedo ayudarlo.

—¡No me dejes morir!

—Lo siento. Tengo prisa.

El anciano saca un arma que apenas puede sostener y le apunta a Javier.

—¡Te estoy pidiendo ayuda! —dirige la pistola hacia el torso de Javier y dispara.

El anciano, avergonzado, baja el arma. Javier, temblando y sin ningún control sobre sus manos, recorre su cuerpo y no encuentra la herida.

—¡Eres una mierda!

—¡Por favor, ayúdame!

Javier intenta tranquilizarse; no está herido. El disparo desvió la dirección del arma. Respira profundo, pero siente intensas pulsiones y los nervios lo hacen temblar de una manera que no se reconoce.

—¿Tienes un auto? —Javier tartamudea.

—Sí —el viejo señala una *pick-up* negra en la acera de enfrente.

—Te ofrezco algo: tengo que volver a casa cuanto antes y no está lejos de aquí; te cambio, sólo por hoy, la pistola y el auto por un galón de agua y servicio médico.

—¿Cómo le vas a hacer?

—Soy médico y sé quién tiene agua.

—¿Qué haces aquí entonces? Si tienes todo eso...

—Traté de encontrar una salida, pero me detuvo un retén.

El enfermo no tiene nada que perder, le ofrece la pistola y las llaves de su camioneta, mientras con torpeza intenta levantarse. Javier toma los objetos y de inmediato corre hacia la camioneta abandonando al necesitado, quien no deja de llamarle y ofenderlo entre gritos y llantos.

—

—¿Hace cuánto se fue tu papá? —pregunta Andrea a Lucía.

La niña, sin responder que Javier lleva tres días fuera, se acuesta al lado de Andrea, observa su bello rostro y nota la resequedad de su piel, las manchas blancas, los pellejos que desprenden sus labios. Coloca su mano sobre el vientre de Andrea y ésta la abraza. Se quedan quietas, en silencio y con la misma actitud que comenzó hace semanas, cuando sus vidas se convirtieron en una larga espera.

En el sillón de al lado, Rita acaricia la cabeza de Mario, quien, pálido y con fiebre, habita en un sueño profundo en el que el movimiento del agua inunda sus oídos hasta que, de la nada, cae un cuerpo en una piscina: una mancha negra que se precipita hacia el fondo. Reconoce que es él mismo, como un personaje de su propio sueño: vestido con la capa de mago que lleva a todos lados. Comienza a nadar torpemente hacia el frente. No distingue el

horizonte ni el fondo, hasta que una figura se acerca. Un gigante pez dorado que nada hacia él y se detiene justo enfrente del niño para parpadear y emitir un par de burbujas.

Cuando Mario intenta tocarlo, el pez se hunde de inmediato en dirección hacia el fondo y a mordidas quita el tapón de la piscina. El niño bucea deprisa, intenta colocar el tapón de vuelta y evitar la salida del agua, pero no lo logra porque la potencia del líquido succiona el tapón y todo lo que está a su paso, incluido al pez. Siente miedo. Comienza a faltarle el aire. Sube deprisa a la superficie. Cuando su cabeza emerge del agua, da un largo respiro y se da cuenta de que no está en una piscina, sino completamente perdido en altamar. Grita sin poder reconocer que su pesadilla es sólo un minúsculo eslabón de la perdición colectiva.

Semanas antes

Un fuerte olor a cloaca seca recorre el subsuelo. En la oscuridad total se forman pequeños destellos de luz que iluminan los residuos de óxido, salitre, moho y las paredes cóncavas de una tubería en la que emerge el sonido de la suave corriente de agua. El vapor, provocado por la temperatura, sube hasta llegar a una fuente de luminosidad, cruza por una rejilla y entra en una cocina. El reloj marca las siete de la mañana. La habitación es pequeña, pero hay un vertiginoso movimiento de personas. Mario y Lucía desayunan y visten el mismo uniforme de camisa blanca, falda y pantalón azul. Rita sirve los platos con eficacia. Javier, con la camisa medio puesta y la corbata colgada al hombro, enciende la licuadora, mientras la televisión emite noticias como ruido de fondo.

—¡Te lo terminas!— Javier le sirve un licuado a Lucía.

—Pero no me gusta.

—¡A mí me gusta! —Agrega Mario y, con ambas manos, toma el vaso para darle un inmenso trago que le deja unos espumosos bigotes rosas.

Lucía lo mira con desprecio y en voz baja le dice:

—Das asco.

Pero ningún adulto escucha el comentario.

—¿Guardaron sus tareas? ¿Tendieron sus camas?

Los niños responden a las típicas preguntas de su madre con afirmaciones que no son del todo certeras. Javier bebe su licuado sin dejar de ver la escena que aparece en la televisión:

Y al regresar, el virus de la influenza cobra nuevas vidas y la sequía continúa en aumento.

Lucía se rasca unos piquetes de mosco que tiene en los brazos y Javier se

levanta de prisa: “¡Vámonos! Se hace tarde”. Rita se acerca a arreglarle la corbata a su marido: “Javi, por favor, pasa a la tintorería por la ropa. Aquí está el recibo”. El sonido de la televisión pasa a un segundo plano. Los niños levantan sus platos. Rita termina de ordenar la cocina. Javier se acaba el licuado de Lucía y sale hacia el comedor por el portafolio. Cuando todos abandonan la cocina, el televisor muestra a una señora humilde, con sobrepeso, que denuncia un conflicto que el noticiero resume como: “Reclaman agua en las colonias del Centro”.

En el pasillo, Javier y sus hijos se cruzan con un hombre gordo que lleva un uniforme de chofer y comenta brevemente, entre la dificultad de sus respiros, debido al esfuerzo de subir las escaleras: “Todavía no sirve el elevador”.

—

El chofer toca el timbre del *penthouse*. Por detrás de él cruza Andrea, la bailarina que vive en el primer piso, atlética y con vestimenta deportiva, baja de la azotea cargando un canasto con ropa limpia. Él le observa el trasero con lujuria; mirada que es comprendida por la niña rubia, Valentina, que abre la puerta del *penthouse* y se retira. Adentro, un pequeño perro le ladra al chofer, mientras el padre de la niña, Antonio, dice por el celular: “Por favor, no se olviden del traspaso al banco francés”. Termina la llamada y le ordena al chofer: “¡Gustavo, vaya bajando las maletas!”. Una vez que éste lo obedece, Antonio da un par de pasos para evaluar los pendientes y revisa con la mirada el departamento hasta que ve al perro: “Laura, ¿traes los papeles de ese animal?”.

—Sí —contesta su mujer, Laura, con ese gesto arrogante que constantemente dirige a su marido, y le dice a Valentina: —¡Lista, mi amor!

Valentina le coloca la correa a su perro, toma su reproductor de música y apresura el paso al lado de su padre. No tiene idea de por qué se marchan, pero le emociona saber que su grupo de amigas también estará en Francia durante los próximos meses.

Antonio baja la escalera con Valentina de la mano y por detrás va Laura. Mientras descienden, Vogler, cigarro en boca y cargando unos rollos de lino bajo el brazo, sube acompañado por su perro color sepia. El pintor detiene con fuerza a su mascota para no molestar al can de la niña, a pesar de que el perrito blanco y esponjoso no deja de ladrarle al doberman.

—Cada vez peor el país y mejor ustedes, ¿verdad? —Vogler observa la ostentosa joyería y vestimenta de Laura, mientras se detiene en el descanso de la escalera para cederles el paso y controlar a su animal.

—¡No es tu país! Y deja de fumar en las áreas comunes —responde Antonio.

Laura, bastante molesta, evita la mirada de Vogler y comenta en voz alta:
—¡Qué tipo!

—

Escalones arriba, el pintor se cruza con Pablo y Carla. Los saluda con la cabeza. Pablo lo ignora, mientras Carla le guiña un ojo. Ambos jóvenes llevan mascarillas ante la constante amenaza de los medios sobre un brote de influenza. Descienden hasta el estacionamiento. Se cruzan con Antonio y su familia, sin saludarse. Cuando Pablo se sienta al volante de su pequeño y moderno automóvil, comenta:

—Jamás pensé que tendríamos de vecinos a un cerdo de la política y a un pintorcete.

—Bueno, nada en este edificio ‘tan exclusivo’ fue como dijiste: portero y administrador desaparecidos, elevador descompuesto y vecinitos de quinta— agrega Carla mientras comienza a maquillarse.

—

Por la puerta peatonal, Andrea sale de prisa y con su bicicleta. Comienza a recorrer la ciudad con dirección a un ensayo. Es una bella joven de cabello y

ojos negros, y de una simetría perfecta en todas sus facciones. Mientras pedalea ve a personas que salen y entran de las tiendas: realizan compras de pánico, llevan cubrebocas y transportan líquidos: botellas en las manos, litros de refrescos, algunos cruzan con un garrafón en la espalda y otros llevan toda clase de recipientes, incluso cubetas. Pero Andrea intenta no darles importancia e intercala carriles entre los autos hasta que llega a un semáforo en rojo.

Frente a ella y ajenos al dolor, dos niños se revuelcan sobre vidrio molido para luego pedir limosna; junto a ellos, un hombre camina entre los autos y bebe de una gran botella de plástico. Andrea lo mira sedienta, lo imita y saca de la mochila su cantimplora con agua. Frente a ella, cuando parece que el hombre va a tragarse el líquido de su botella, lo escupe por completo y se convierte en una inmensa llamarada.

El lanzallamas se acerca para pedirle una limosna a Andrea y, como ella no responde, le arrebató su cantimplora. Se enciende la luz verde y, asustada, Andrea avanza de inmediato para alejarse. Sin notarlo, pasa al lado del auto en el que viajan Javier y sus hijos, quienes se han quedado estancados en el tráfico.

Javier cambia de carril y una *pick-up* negra queda a su lado; el vehículo, en malas condiciones, transporta hielo y deja un rastro de agua sobre el asfalto. El chofer bombea el acelerador a modo de protesta. El interior de la cabina está repleto de vírgenes y escapularios y suena una estación de radio grupera a todo volumen. *¡Más cumbia!*, grita el locutor de la radio en un tono falso que pretende igualarse con su auditorio.

El conductor de la camioneta observa cómo Javier se enfila hacia uno de los paseos aledaños y comienza a seguirlos en un recorrido laberíntico de bulevares y avenidas que no siempre llevan a Javier a conseguir un mejor tiempo, pero igual lo hace. Cada vez que Lucía lo cuestiona al respecto, él responde: “Prefiero moverme en un camino largo, que estar parado en uno corto”. El chofer de la camioneta imita las acciones de Javier y lo presiona con su cercanía para que conduzca a mayor velocidad.

Finalmente, el padre deja a sus hijos en el colegio. Cuando la camioneta está a punto de pasar a su lado, Javier arranca sin observar, invade media

calle y obliga a frenar en seco a la camioneta con un rechinido tan fuerte que los niños, ya dentro de la escuela, voltean hacia la avenida.

—¡Hijo de puta!

Desciende de inmediato el conductor de la camioneta, listo para golpear a Javier. Con un gesto cortés, el padre de familia pide una disculpa y continúa manejando. El hombre le golpea el vidrio lateral, pero Javier lo ignora y sigue avanzando. El chofer regresa a su vehículo y comienza a seguirlo. Javier, alterado, prefiere olvidar la situación y enciende la radio para distraerse, aunque no deja de mirar por el retrovisor.

Sí, Ramón, creo que el virus, y lo hemos intentado demostrar, se propaga a la par de las sequías. Si hacemos una evaluación en relación a los brotes pasados, todos tienen una cercanía con las condiciones de un ambiente seco, condensado y sucio. Evidentemente, la sequía está afectando en formas impensables y calentando el ambiente a temperaturas extremas, provocando una falta de agua que podría conducirnos a una mortandad masiva...

Las malas noticias no mejoran la situación. Javier respira profundo para intentar tranquilizarse. El chofer de la *pick-up* maneja pegado a su defensa trasera. Cuando Javier logra un poco de distancia, se adentra en el estacionamiento de un centro comercial y el chofer no se atreve a seguirlo, pero se despide con el claxon. Afuera del supermercado hay cientos de personas con cubrebocas y formadas en espera de que abran. Javier cambia la estación de radio y escucha a otro conductor que habla del mismo problema:

Existe una gran posibilidad de que el brote se convierta en una epidemia. De ser así, tendrán que suspenderse definitivamente todas las actividades...

—

Mientras el chofer maneja y recorre la avenida más grande de la ciudad, Antonio conversa por teléfono dentro de su lujoso auto.

—¡Se va a poner peor! / Vente a Europa, no tienes para qué quedarte. Son dos meses, máximo tres. / ¡Eso no va a salir! Lo que tenemos que hacer es

entrar a la campaña del candidato con una buena propuesta para el agua. Ya tenemos una súper inversión...

—¿A dónde vamos? —Valentina se siente incómoda en el coche. La madre coloca su dedo índice en la boca:

—A ver, enséñame esa canción que nos gusta —ambas se colocan los audífonos y se aíslan de la conversación telefónica de Antonio.

—¡Si te quedas, es tu bronca! José Luis ya nos advirtió cómo va a estar el asunto. De un momento a otro cierran el aeropuerto y ni siquiera tú vas a poder salir. / ¡Piensa en tu familia! / ¡Estamos a dos días! ¡Con lo que hiciste es más que suficiente! La influenza está de nuestro lado. / Bueno, sólo pregúntale a Patricia, si advirtió a los de la lista que le pedí —Antonio, molesto, cuelga el teléfono y mira a su familia.

El chofer observa el rostro de su patrón desde el retrovisor. Antonio saca un pañuelo de su traje, se limpia el sudor, toma el periódico que está en la portezuela del auto y lee el encabezado: “Sin agua no hay vida”.

—

Javier entra en un salón repleto de escritorios. Saluda al jefe de la redacción y continúa caminando. Un hombre delgado y de cabello largo camina hacia él.

—¡Mi Javi!

—¿Cómo vas, Manu?

—¡Puerco! Desde anoche no hay agua en el edificio.

—Siempre es lo mismo con los cortes de agua...

—Pues esta vez se viene peor. Estoy metido en el asunto de la sequía y es un problema de infraestructura: del desastre urbanístico que han hecho en esta ciudad. No un fenómeno natural como lo están manejando. Están culpando al calentamiento global por donde pueden, mientras los otros idiotas quieren quitarnos el recurso para generar un sistema de prepago, que paguemos cualquier costo con tal de volver a obtenerlo.

—Me imagino —Javier se pierde en la conversación y detiene su mirada en la Pau, una compañera de trabajo que se reclina en un escritorio y presenta

un gigantesco trasero que apenas cabe bajo la falda sintética.

—¿Me escuchaste? —Javier ignora la pregunta —Te puedes ir a bañar a la casa.

—Gracias —Manuel entiende que no le prestó atención. No le da importancia, sabe que es parte de tener una amistad con un hombre mayor.

—Oye, ¿supiste que corrieron a Jorge, el monero?

—No, no sabía. ¿Por?

—Nadie sabe, pero se viene un recorte fuerte...

Javier, dubitativo, entra a su oficina. Observa la pulcritud en el escritorio y todos sus archivos ordenados en torres verticales. Enciende la computadora. Abre su correo y en su bandeja encuentra un artículo sobre la venta de quince importantes edificios en la ciudad y lo reenvía a Manuel. Después, entra a un buscador y escribe: “falta de agua”. Cuando aparece el listado de artículos, suena el teléfono.

—¡Hola, Mari! ¿Quién limpió mi oficina? / Okey. Voy para allá.

Javier recoge un fólder de su escritorio y sale. Se detiene en un dispensador de agua. Toma un cono de papel para servirse un trago, pero no hay líquido. Deshace el cono en su puño y lo tira a la basura. Continúa por el pasillo con olor a impresos donde, sutilmente, múltiples empleados, tras su computadora, observan que Javier entra en la oficina del jefe.

—¿Cómo le va, Javier Ortega? Tome asiento, por favor —saluda, sentado y detrás de un escritorio, el director del periódico.

—Todo bien. Ya tengo lista la sección del viernes.

—Usted siempre tan puntual.

—Se hace lo que se puede.

—¿No sabe por qué están vaciando Bellas Artes?

—¿Una remodelación, tal vez? No lo sé.

—Las cosas están muy raras, pero vamos directo al punto... —el jefe hace una pausa—. Mire, Javier Ortega, llevo poco de conocerlo, pero usted es uno de mis preferidos o, al menos, el escritor que más admiro en este lugar.

Sin embargo, no soy el dueño y su sección de cultura es... —se queda sin palabras por unos segundos—. Le pido una disculpa, Javier. Hemos tenido unas bajas inmensas en los últimos meses. Su sección ha sido siempre fantástica, pero también un capricho de intelectuales y en éste, “el país de la ignorancia”, y en estos días, a nadie le interesa pensar siquiera en comprar el periódico, mucho menos la cultura, todavía menos el arte. A partir de mañana, el cuarenta por ciento de nuestros patrocinadores no se anunciará más con nosotros.

Javier se muestra sorprendido, pero espera a que su jefe termine de hablar.

—Con los asuntos del internet, los periódicos gratuitos y un sinfín de propuestas electrónicas, los impresos hemos llegado a la ruina. Es más común que las nuevas generaciones nos utilicen como papel envoltorio a que aprendan a dominar este objeto obsoleto que ni siquiera pueden leer cuando se toman un café. ¿Me entiende?

—Sí —responde levemente Javier, mientras siente un sudor frío en el pecho.

—Bueno, lo que le quiero decir es que, por ahora, me quedo con sesenta por ciento del periódico y, desafortunadamente, tenemos que recortar su sección.

—¿Está seguro? Porque podríamos modificar los artículos, hablar más sobre la situación actual del país. No soy muy hábil con lo electrónico, pero también dar un giro desde ahí, un enfoque digital, no sería mala idea. Mis colaboradores son jóvenes...

—Mire, Ortega. Le pido que me perdone. La decisión ya fue tomada. Es usted o yo. El periódico está en crisis y si no nos levantamos, tendremos que cerrar para el próximo trimestre. No se desanime, usted es excelente, un hombre brillante y su nombre ya es sinónimo de calidad y se vende solo. Si puede, aproveche este tiempo para actualizarse en los nuevos medios, traiga una propuesta digital lo antes posible y veremos qué pasa, pero no le aseguro nada. No tengo otra opción.

—Ya veo —Javier se levanta y camina hacia la puerta.

—Por favor, pasen, usted y sus colaboradores, con el contador por su liquidación.

Cuando Javier regresa la mirada, inicia el timbre de una llamada para el jefe.

—¿Diga? / Sí, él habla. / ¿No publicar mañana? ¿Pero quiénes se creen ustedes?

—

Los compañeros de trabajo miran a Javier y saben que esta mañana quien entra con el jefe está fuera. Sin decir nada, Javier pasa al lado del cubículo de Manuel, quien está concentrado frente a su computadora y lee la página de un periódico extranjero.

La megalópolis de México sin agua

[...] El gobierno se niega a revelar los niveles del agua en la ciudad, pero según los activistas y lo que declaran algunos agricultores de la región, las presas y sus fuentes naturales están vacías. [...] Los nacimientos y las bombas son inaccesibles, puesto que hay grupos militares situados en ellos. [...] El área metropolitana carecerá del recurso durante semanas hasta que llegue una siguiente lluvia donde, nuevamente, se perderá más del noventa por ciento del mismo recurso, al no contar con un sistema de captura.

El documento se ilustra con imágenes referentes al texto y a los problemas del agua. La sequía es evidente en las plantaciones donde la milpa y las vacas están muertas. La imagen de un niño muestra su estado de deshidratación con las costillas expuestas, los labios blancos, llenos de llagas y su piel manchada.

[...] Según un informe expedido por la Comisión de Agua, las presas se encuentran en un nivel alarmante desde el 9 de enero del presente año. Es impensable lo que sucederá entonces, cuando nadie en la ciudad tenga una

gota de agua. Pero el peligro que acecha no es solamente sanitario. Gracias a la extracción de aguas profundas, que ha mantenido parte del subsidio legal e ilegal durante más de sesenta años, la ciudad se encuentra suspendida en túneles secos bajo tierra que en el menor movimiento tectónico pueden causar daños abismales. [...] Indudablemente, la urbe es un ejemplo de una pésima infraestructura y de lo que puede suceder con muchas megalópolis en el resto del mundo...

—

Javier suspira con la mirada perdida en el ordenador. Se levanta y comienza a empacar sus pertenencias. Toma los primeros libros cuando entra Manuel y, sin notar la caja, dice:

—¿Vamos?

Ambos salen del edificio. Sienten la pestilencia a caño seco. Manuel no le da importancia al olor, pero nota una actitud extraña en Javier, quien mira hacia otra dirección para evitar el contacto visual.

—Me acaban de despedir.

—¡Qué!

—Yo tampoco lo creo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé...

—¿Y tus otras entradas?

—Están peor, ¿quién va a invertir en arte en este momento? Ningún museo ha inaugurado una exposición en los últimos seis meses y a nadie le importa...

Ambos se detienen en un puesto de comida. Muchos oficinistas de la zona comen ahí mismo. Manuel se abre paso entre el tumulto de personas.

—¡Lo de siempre! ¡Tres para mí y tres para mi amigo!

La peste a caño no deja de sentirse presente. “Detesto esta ciudad”, se dice Javier. De inmediato, les entregan los platos con tres tacos a cada uno.

Cuando inician el almuerzo, se acerca una niña de la calle pidiendo ayuda:

—¿No me regala para un agua?

—Javier observa las manchas de desnutrición en el rostro de la pequeña y le niega con la cabeza, como si le molestara la pregunta, pero Manuel, al escuchar la petición de la niña, apresura el bocado y le da un billete grande a Javier:

—Yo invito. Me tengo que ir, Javi. No te preocupes, algo saldrá. Sabes que cuentas conmigo —Manuel regresa de prisa al edificio.

—Sí, “algo saldrá” —le responde Javier a la niña, mientras se arrepiente de su negación y desganado le entrega el billete que recibió de Manuel.

—

Vogler no para de trabajar en tres lienzos de gran formato. Realiza una pausa. “Ein Bier, bitte”, como si le pidiera permiso al cuadro para beber una cerveza. Mientras mata la sed, observa los trazos en los que percibe algunas siluetas flotando. Suena el teléfono y el pintor limpia sus manos sobre el mandil antes de contestar.

—Aló? / ¡Francisca! / ¿Qué? / ¿De la influenza otra vez? / Pero... / OK / *Alles Klar.* / ¡Qué locura! / Estoy un poco ocupado, pero puedo tomar el autobús y verlos por allá. / Sólo un par de días...

Mientras Vogler habla por teléfono, el perro cruza la puerta que el pintor mantiene abierta para la ventilación y sale del departamento, baja un piso y comienza a chillar frente al hogar de doña Julia. La elegante señora, de una piel morena que contrasta con el blanco de su cabello, le abre y saluda al animal con caricias:

—¡Hola, guapo! ¿Ya oliste mi comida, verdad?

La anciana camina hacia la cocina. El perro la espera en la sala y observa la televisión en el fondo, donde un grupo de personas exige a gritos que el gobierno les brinde agua. Son cientos de individuos sosteniendo botes de plástico.

En una lujosa oficina, de inmensos ventanales que evidencian la gran altura del recinto, hay más de veinte hombres trajeados, algunos de aspecto extranjero, y una serie de políticos nacionales. Todos sentados alrededor de una mesa larga; entre ellos, el diputado Antonio González, el vecino de Javier. Al frente, todos miran varios cuadros de estadísticas y planos, mientras un colega ofrece una última presentación.

—Mediatizando su falta, de manera extrema, el valor del recurso será fácilmente incrementado en mil por ciento como mínimo. Con lo cual, en menos de tres años se pagará la nueva infraestructura y se terminará el sistema de prepago para el derecho al agua, con ganancias mayores a muchas deudas externas.

Un estadounidense, con un impecable español, pregunta:

—¿Y qué pasará cuando los científicos o activistas propongan utilizar los ríos que entran en la cuenca?

—No lo vamos a permitir. El agua para la ciudad seguirá viniendo de afuera de la cuenca para su alto costo y una repartición controlada.

El socio extranjero acepta la primera respuesta, pero insiste:

—¿Y creen que nadie va a descubrir la ficticia cuarentena?

—Los enfermos son una realidad y cada brote de influenza nos ha dado resultados como tapón. El corte de recursos será general. No sólo de agua sino luz, gas, gasolina... Nadie proporciona nada en una ciudad en cuarentena, ni siquiera nosotros. Por cuestiones de seguridad tampoco habrá medios de información dentro.

A SECAS

Por Manuel Guillén

El agua no se termina sola porque, al igual que nosotros, es un elemento que no tiene manera de escapar de este planeta. Sin embargo, su fin está en la infraestructura, la corrupción y los impuestos procesos de urbanización en los que lentamente hemos contaminado el recurso...

Manuel escribe velozmente lo que dictan sus palabras hasta que escucha una alarma en su computadora y recibe el correo de un colega. Asunto: *¡Mira esto!* Manuel observa la fotografía de un diario digital en la que el diputado Antonio González habla frente a los medios; el encabezado señala: *¡Tenemos serios problemas de agua y todos debemos invertir en salvarla!*

—

En el estacionamiento del periódico, la Pau se acomoda la falda sintética y camina con el ritmo de sus tacones y su eco hasta llegar al auto de Javier:

—¿Te corrieron?

Javier detiene su última caja sobre la defensa del coche. Mira a la Pau durante un par de segundos, pero no le contesta.

—Antes me hablabas más seguido.

Javier la ignora. Avienta la última caja y cierra la cajuela.

—Cambie de teléfono. Ahora que hay menos gente subí de puesto. Si te llega a faltar un dinerito, llámame. No vayas a dejar sin comer a tu mujer —la Pau le entrega una tarjeta de presentación.

Javier mira las letras impresas, *Paulina Díaz, Jefa de Redacción*; no responde nada y se sube al auto. Mientras conduce por la ciudad, prende un cigarro y mueve constantemente la mandíbula. “¿Cómo se lo voy a explicar a Rita?” Toma su celular y le marca a Manuel:

—¿Qué sabes de la influenza y del agua?

—Todo está muy raro. Esa niña de la mañana me dio la idea para cerrar el reportaje. Se acabó o desviaron el agua, pero se viene algo fuerte. Mantente en contacto y no se te ocurra salir de la ciudad. Están iniciando las acciones para un cordón sanitario. Van dos veces que me encuentro con la suposición

de una cuarentena.

—No puede ser...

—¿Pues a dónde mandas a tanta gente? ¿Y qué haces para controlarla? Sólo los métodos chinos funcionan...

Javier se sorprende con las palabras de Manuel. Se detiene en un alto y lee el espectacular de un teatro: *La muerte negra*.

—

Dentro del escenario se ensaya una coreografía de danza contemporánea. En una esquina, el director discute con el productor. En el tablado, Andrea, con un disfraz de diablo, al igual que sus compañeras, brinca rápidamente mientras Georges, otro bailarín, conversa con ella.

—Se está poniendo horrible lo de la influenza. Nos van a tumbar la presentación.

—No exageres. Ya es muy tarde para que se echen para atrás.

Georges carga a Andrea para dar un paso y agrega:

—Vámonos a la playa mañana. Vas a ver que hoy nos cancelan.

Después de unos minutos, el director regresa al frente. Aplaude para pedir atención de bailarines y músicos.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Se jodió todo! Nos pararon la presentación. Con influenza no hay eventos...

Los músicos y los bailarines se detienen con un abucheo colectivo.

—Váyanse a sus casas y mañana recibirán su cheque. Manténganse en forma para cuando volvamos. ¡Y váyanse todos a la mierda con sus reclamos que esto no está en mis manos!

Los bailarines se alejan y se dirigen a los vestidores. Al salir del escenario, Andrea mira a dos de sus compañeros besándose. Uno la observa de reojo, como si disfrutara de ser visto, y ella le responde con un gesto de desprecio y gira hacia otro lado. Georges cruza por detrás de ella:

—No vale la pena, Andrea.

—Ya sé, soy una imbécil. ¿Te veo mañana?

—Sí, hermosa. ¿Paso por ti a las once?

Andrea asiente, se despide y camina hacia el baño con su maleta. Al empujar la puerta, la nota asegurada con llave y observa el letrero, *Fuera de servicio: ¡no hay agua!* Abandona el teatro, camina unos metros y toma su bicicleta. Atraviesa una ciudad que desconoce: el pánico colectivo comienza a percibirse en las miradas de los temerosos y apresurados peatones.

—

Vogler desciende de un taxi y le paga un extra al conductor por haber aceptado a su mascota. Entra en la central de autobuses. La encuentra abandonada con un mensaje de la anunciadora en repetición: *Estimados usuarios, lamentamos no poder ofrecer ningún servicio. Desconocemos cuándo se reanudarán nuestras actividades.*

Afuera de la terminal hay algunos camiones de carga que trasladan gente por un alto precio.

—¡Camiones *pa'l* sur!— anuncia un joven delgado que se cuelga de las redilas. Suben varias personas aferrándose de donde pueden. Para cuando Vogler llega, el vehículo ya está lleno.

—¡Ni modo, gringo! ¡Ahí espérese a ver si viene otro! —le dice el joven.

El camión parte de inmediato. Vogler abandona el tumulto de personas. Desde su viejo y maltratado celular intenta llamar a su amiga Francisca, pero al no lograrlo manda un mensaje de texto: *Ya no hay transporte. No me esperen.*

—

Javier se adentra en un salón vacío con luz roja, una vieja televisión encendida, únicamente habitado por un cantinero obeso. Camina hacia la barra:

—Buenas. Un whiskey, por favor.

—No hay vasos limpios. ¿Le ofrezco uno desechable o una cerveza de vidrio? No tenemos agua.

—No me gusta beber del plástico. Deme la cerveza, por favor. La más fría y oscura que tenga —Javier solicita en el mismo momento que suena su celular—. Sí, ya sé que es lunes. Me tomo ésta y me voy. / Manuel me invitó una cerveza, mi amor. / Yo también. No, no te preocupes.

El cantinero lo mira socarrón:

—¿Y Manuel?

Ambos se ríen.

—¿Arquitecto o médico? Le pregunto por el buen porte.

—Ninguno —responde Javier que siempre viste de traje.

—¿En qué trabaja?

Javier se toma un lago trago y piensa qué responder cuando lo termine.

—Era crítico cultural en el perió... —dice a medias porque lo interrumpe el grito de un empleado en la bodega.

—¡Patrón, venga a ver el baño!

—¡Carajo! —El cantinero sale deprisa y preocupado.

Javier se termina la cerveza, toma un billete de su cartera y lo deja bajo su botella vacía. Antes de irse, ve en la televisión a un anciano que, rodeado por todo un vecindario enfurecido, reclama la falta de agua.

—

Javier entra a casa. Su cuarto está a oscuras. Rita, en la cama, parece dormida, pero pregunta:

—¿Cómo te fue?

—Bien —no quiere contarle—. ¿Y a ti?

—Cansada y preocupada. Todo mundo comenta rumores. ¿Cuál es el desastre? ¿La falta de agua? ¿La influenza? ¿O las dos? No sé si se avecina una catástrofe o son modos de limitar los gastos o de aumentarlos, o cubrir otro engaño político. La mitad de mis alumnos ya llevaba cubrebocas.

—Manuel está metido en aclarar el asunto. Creo que mañana tendrá la primera plana. Pero este país es increíblemente vulnerable ante cualquier conflicto.

—El problema de ver siempre a la ignorancia y la pobreza como negocio. Nos tenemos que ir, Javier. Éste ya no es lugar para criar una familia — agrega Rita en un tono cansado—. Por cierto, ¿pasaste a la tintorería?

—¡Uh! Lo olvidé. Perdón, amor —se acerca a darle un beso y ella le da la espalda.

—¡No me ayudas, Javier! En fin, mañana yo voy.

Javier se aleja de la cama. Se desviste hasta quedar en ropa interior y camina hacia el baño. Mira su rostro en el espejo: sudoroso, con ojeras y la incipiente calvicie que se expande. Abre la llave del lavabo y se moja la cara. Repite la acción con la llave abierta en todo momento. El agua escurre por su cabello, cejas y barba. Se seca con una toalla. Nuevamente, detiene la mirada en el espejo. Cierra el grifo y la última gota que cae de su barba al lavabo entra al desagüe, recorre tuberías y se une a la corriente por la que atraviesa un ratón corriendo. Los sonidos que producen los habitantes de los departamentos se intensifican entre las cañerías. El líquido se aleja en una caída rápida hasta llegar al estruendo del drenaje principal de la ciudad.

—

Un nivel abajo del departamento de Javier, en cuclillas, Andrea toma un baño con una cubeta y una taza, y el agua del garrafón. Se moja el cabello una y otra vez. Recorre su cuerpo con las manos mojadas y se tira más agua estirándose y gozando del líquido. Termina el baño. Se levanta. Envuelve su torso en una toalla. Frente al espejo, recorre el peine entre sus cabellos negros. Coloca unas cuantas cremas en su piel. Sale hacia la habitación y avienta la toalla a una silla.

“Y un, dos, tres, cuatro...”, con siete pasos exactos de ballet llega desnuda a la cama y se lanza sobre el colchón. Se tiende boca arriba. Alza

una pierna hacia el techo. “¡Te me vas a olvidar, idiota!” Todavía no logra extraviar los recuerdos de aquel bailarín. Rápidamente, se mueve para colocar una alarma en el celular y enciende la música de su reproductor.

Apaga la luz del buró. Escucha el instante de un blues al piano mientras balancea sus pies al final de la cama. Durante varios segundos se queda mirando hacia el techo. Cierra los ojos. Comienza a sentir sus respiros cada vez más profundos. Su nariz busca el aumento sonoro de su exhalación e inhalación, y en la oscuridad total, el sonido del piano se pierde en un abismo en el que de manera gradual una música de banda entra cada vez más fuerte y comienza un sueño: aparece una plaza pública repleta de gente y acompañada por una leve lluvia que adorna el entorno y que refleja la luz amarilla de los faroles alrededor de la explanada. Andrea baila entre la masa. La mayoría va con máscaras tradicionales. Todos beben, bailan, tiran cohetes y disfrutan en un festejo a la muerte.

A su lado, un niño brinca y salpica los charcos. Hay muchos indígenas en los alrededores, todos visten peludas prendas negras y gozan de la celebración. Es una noche animada para el pueblo. Ella gira de un lado a otro. Interactúa mientras baila y es tan amena su soltura que recibe aplausos, flores, tragos y sonrisas de la multitud. De pronto, algo llama su atención: en la colina oscura que se extiende hasta la plaza, la silueta de un hombre desciende a grandes saltos. Andrea intenta no darle importancia y continúa danzando. Recorre en círculos el espacio donde es apreciada hasta que abandona su cuerpo y se observa como un testigo lejano.

El hombre continúa su descenso a saltos. Sus suelas crujen entre las piedras del camino y salpican el fango. La música se escucha cada vez más fuerte. Cuando el desconocido entra a la plaza, ostenta dos pistolas en mano y una máscara de diablo, roja, brillante, sonriente. Conforme la música se enciende, él alegra su caminar bailado y Andrea se observa a sí misma, moviéndose entre los presentes. Un anciano la toma de la mano y da tres pasos con ella, pero se libera en el instante en que suena un disparo. La gente grita asustada. El diablo, borracho y alegre, entra al centro de la plaza y baila con sus dos pistolas al aire. Todos le temen, pero no se marchan. Algunos, incluso, se ríen, y sin que pare la música, los presentes abren un hueco en el

que dan entrada al diablo, todos sorprendidos por esa máscara de papel y las armas.

En los portales laterales, bajo unos arcos amarillos que se abren a la noche, Andrea observa a la compañía de ballet que ríe a carcajadas. Entre la multitud, el diablo abre el círculo y se coloca en el centro del mismo para llamar a Andrea. Ella rompe la rueda. Se acerca con cierto temor. Comienza a bailar frente a él, siguiéndolo, y él baila y le apunta a los presentes con sus armas. Nadie sabe si deberían asustarse o si se trata de un juego. Andrea sigue el ritmo. El diablo se mueve como un chivo saltarín. La lluvia aumenta y por unos segundos parece que se acaba la fiesta, sin embargo, el extraño individuo da un agudo grito de alegría, al ser una noche calurosa y animada por la música de banda que incrementa el volumen. La enorme sonrisa de su máscara se empapa y, repentinamente, coloca el cañón en la frente de Andrea. Ella alza el rostro para meter la pistola en su boca, como si fuera un falo, y siguen bailando mientras él, estirando el otro brazo, también le apunta al público.

Andrea da un paso atrás, gira, apoya su espalda contra la de él y sigue el curso de su baile. Son una pareja asimétrica, pero ambos cuerpos se comunican. Mientras se regocijan, él flexiona el brazo y en el curso de sus giros se apunta a la cabeza. Dan vueltas, salpicando el agua con sus pasos. La otra pistola la dirige hacia el público hasta que llega el estruendo de un segundo disparo. Se detiene la escena. El eco de la bala se nubla despacio en la noche estrellada. El escenario se guarda en un silencio. Ambos caen sobre los charcos e inician los gritos. La sangre se extiende con el agua de lluvia y pinta el suelo. La gente brama y corre. La compañía de teatro se carcajea todavía más fuerte y sus risas se entremezclan con los gritos. Una alarma comienza a sonar. Perdida en el caos, Andrea abre los ojos en aquella plaza y su mirada regresa al techo de su habitación.

Se queda completamente quieta durante unos segundos. Suspira. Se tranquiliza al sentir la blandura de su almohada. Agradece que todo sucediera en su inconsciente y, sin embargo, breves e inconmensurables sueños completan su noche hasta que decide levantarse. Se viste de prisa. Prepara un café. Muerde un pedazo de pastel como desayuno. No deja de pensar en esa

máscara y en ese sueño como el principio de la oscuridad que se avecina en la realidad. Entra al baño a lavarse los dientes, pero no hay luz eléctrica. Se enjuaga la boca con el líquido limpio que sobró en la cubeta del baño y en ese instante escucha un grito desde el ducto de ventilación.

—

—¡Mierda!— grita Javier y cierra la llave de la regadera.

Rita sale del cuarto y entra a la cocina en pijama. Abre el refrigerador y ve escurrir las gotas que se desprenden del congelador. Verifica el reloj digital del microondas. “No hay luz”. Mario se acerca y le pide una leche con chocolate. Javier ingresa a la cocina, besa al niño en las mejillas y pierde el enojo.

—¡No! ¡Me picas! —responde Mario ante los besos.

Lucía llega molesta porque tampoco logró bañarse.

—¡No pienso ir así a la escuela! ¡Me doy asco con este calor!

Javier le pone un alto y la molesta peinándola con su saliva, hasta que Rita los detiene.

—¡Basta! Alístense, por favor.

—Hoy no tengo nada temprano; voy a dejar a los niños y regreso.

—¿Podrías pasar entonces a la tintorería?

—Claro.

—¿Qué no fuiste ayer? —pregunta Lucía.

—Salí muy tarde del trabajo, chismosa.

Rita sale del departamento para dejar la basura en el estacionamiento. Mario aprovecha ese instante para subir al sofá que está al lado de la impecable pecera y meter su supuesta varita mágica con la intención de molestar al pez dorado de su hermana. La madre vuelve a entrar al departamento. Siente un fuerte olor a perfume. “¿A qué huele?”, se pregunta en silencio. Al cerrar la puerta, observa a la pareja de vecinos jóvenes, Carla y Pablo, que van muy bien vestidos, perfumados y llevan cubrebocas. Sin saludar, ambos continúan

hacia el estacionamiento y al descender alcanzan a escuchar un grito:

—¡Mario!

—

Pablo enciende el auto. Salen hacia la calle y Carla inicia una de sus típicas conversaciones.

—¿Ésa es la mamá de los “intensos”?

—Sí.

—Está guapa para tener esos hijos, ¿no?

—Algo —contesta Pablo, quien en realidad considera bastante llamativa la belleza pelirroja de su vecina.

—Qué aburrido ser mamá, ¿no?

—Sí. Pero está peor ser el marido, un seudointelectual.

—¿El barbudo ese es su marido?

—Se cree escritor, por eso se deja la barba. Leí algo de él hace años, una novela sobre una expareja que se encuentra en un avión, pero ya ni me acuerdo. Detesto a esos “intelectuales” trasnochados. Bueno, en realidad detesto a cualquiera que presuma de ser “profundo”. Además es muy amiguito del pintor de arriba.

—Hay de todo. Tu amigo Román es empresario, pero también es bastante culto...

—¡Qué! ¿Te gusta Román o qué?

—No. No estoy diciendo eso, Pablo, pero es alguien interesante...

—¿Ahora te gustan los intelectuales?

—No, pero también es sexy escribir.

—Como tu amiguita Marla, que supuestamente hace *performance*, pero... puro reventón, lesbianas y depresión.

—¡No ofendas a mi amiga, idiota!

—¡Tú no seas putita con Román!

El pleito continúa. En el tráfico, no ven pasar el auto de Javier, donde el

padre conduce completamente ensimismado y en el asiento de atrás, Lucía reprende a su hermano en voz baja:

—Si te vuelvo a ver molestando a mi pez, te rompo tu pinche varita.

Mario sabe que es un buen momento para denunciarla con su padre, pero se pierde en una conversación imaginaria con su muñeco, el cíclope verde, que escala el asiento del conductor.

—

Javier pasa enfrente de la tintorería, el local está cerrado. Se detiene en la tienda de al lado, donde un anciano introduce garrafones hacia la bodega.

—Oiga, ¿no sabe qué pasó con la tintorería?

—Desde hace días que no abren, joven. No hemos tenido agua.

— Yo acabo de amanecer igual.

—Pues llévese unos garrafones; ya me quedan dos para la venta.

—Deme uno.

—Si yo fuera usted, me llevaba los dos; esto va para largo. Yo ya hasta hice mi buen guardadito de diez.

—Bueno, démelos.

Javier, al ser de poca musculatura, mete con dificultad los garrafones en la cajuela. Sube al auto y enciende la radio. Todas las estaciones están pendientes del brote de influenza.

Buenos días, Octavio; buenos días, auditorio. Desde las altas horas de la madrugada se anunció que se agotaron los suministros de agua. Como sabemos, estamos atravesando una de las sequías más largas que haya sufrido el país. En este momento, nos encontramos en espera de una solución por parte de las autoridades...

Javier apaga la radio. Entra al estacionamiento de su edificio. Sube las escaleras con los dos garrafones y al abrir la puerta de su apartamento encuentra a su esposa arreglada y con los libros en mano para irse a la universidad.

—¡Ya es tardísimo, Javi!

—Ya sé, pero hay un desastre por todos lados. ¿Dónde te bañaste?

—Usé el garrafón. Lo dejé en la regadera. Qué bueno que trajiste más porque nos van a hacer falta. ¡Me voy! ¡Que te vaya bonito, amor!

—Oye, no han abierto la tintorería desde hace tres días. No tienen agua.

—¡No puede ser! ¿Y nuestra ropa?

—No sé.

Rita toma un último libro de lenguas indígenas y sale del departamento.

Javier camina hacia su habitación. Se sienta en la cama. Reflexiona durante unos minutos mientras se rasca la barba e intenta encender la televisión, pero recuerda que no hay luz. Avienta el control remoto sobre la cama y trata de conectarse a internet desde su celular. Tampoco lo logra. Se levanta y se acerca a la ventana. Alcanza a ver el intenso tránsito y su lentitud sobre la avenida. “¿Y para qué me baño?” Se moja la cara con el agua del garrafón en la regadera. Velozmente, se viste con zapatos deportivos y playera. Sale deprisa a la calle. Camina al puesto de periódicos. Todos los impresos dicen lo mismo: *Caos en la ciudad, No hay agua, A secas...* Javier toma el periódico en el que trabajaba hasta ayer y lee el reportaje de Manuel en primera plana. Le llama a su colega.

—¡Felicidades! ¡Primera plana, Manu! / No seas payaso, ya sé que no es algo bueno. / Ya que eres el experto, dime: ¿dónde consigo una pipa de agua? / Bueno, me marcas... —Javier cuelga el teléfono y le hace misma pregunta al vendedor de periódicos—. ¿Usted sabe dónde se consiguen las pipas de agua?

—Yo me imagino que en las afueras. Ya ve que por allá no tienen ni tuberías. Pero los de ese edificio recibieron dos hace un rato y eran del gobierno.

—Nunca faltan influencias.

—Pues sí. Si la consigue, me avisa en cuánto le salió, jefe.

Javier cruza la calle y comienza a tocar el timbre del edificio mencionado. Tampoco tienen luz. Toca la puerta principal. Espera unos minutos, pero ningún portero contesta. Regresa hacia su hogar leyendo el artículo de Manuel. Al entrar por la puerta principal del edificio, ve a doña Julia con una

cubeta, esperando a que caigan unas gotas de la llave que se encuentra en un muro lateral del pasillo.

—Buen día.

—Pues ni tan buenos, señor.

Tras obtener un pequeño chorro, doña Julia sube molesta hasta el último piso. Javier, sin ayudar a la señora, asciende detrás de ella, hablando por teléfono con Rita:

—Necesito tu ayuda para encontrar un número de pipas de agua.

—

Doña Julia ingresa a su departamento, marca el número de su hija, pero la línea telefónica no funciona. Tras colgar el auricular maldice a la compañía telefónica y va hacia su recámara para comenzar a empacar sus pertenencias en una sencilla maleta. Antes de salir de casa, se acerca nuevamente al teléfono. Marca el número de su hija y escucha una grabación: *Lo sentimos, por el momento las líneas se encuentran saturadas. Por favor, inténtelo más tarde.*

—

—Buen día, necesito una pipa...— se corta la llamada. Javier vuelve intentar al mismo número del directorio telefónico.

Tono de ocupado. Marca a un segundo número:

—Buen día, necesito un pipa de agua.

El conductor de una pipa, sentado en su cabina y con una voz burlona pero amable, responde:

—Veintitantos millones de personas necesitan lo mismo. ¿Pero qué cree? Tengo mi pipa bien llenita. Así que si me la paga como dios manda, se la llevo. / Pues sí sería arriba de los diez mil... / No, no estoy loco. En eso andan. Si no me cree, vaya y haga cola con las del gobierno. Dicen que

reabrieron varias tomas. Vaya, y cuando vea cómo están las cosas me va a llamar de regreso... / Pero eso sí, no se me tarde”, finaliza con voz irónica.

—

Un trabajador entra de prisa en el despacho de Pablo, mientras él habla por teléfono con Carla:

—Sí, discúlpame. No te vuelvo a hablar así, amor. Llegó Josué, hablamos más tarde.

Cuelga el auricular y antes de saludar al recién llegado presiona un timbre para su secretaria:

—Martha, encarga un arreglo de flores para Carla. Que lo lleven a mi casa.

Pablo dirige la mirada a Josué:

—¿Ahora qué?

—Pues no sé ni cómo decirle, arquitecto, pero no podemos seguir con la obra. No tenemos agua y no hay cómo armar la mezcla para los castillos.

Sin responderle al trabajador, Pablo toma el teléfono y marca.

—Hola, papá. ¿Cómo estás? / Con una bronca: no tenemos agua para la construcción y tampoco en la casa. ¿Tienes pipas en la fábrica? / Obviamente no se puede acabar. / ¡No se puede acabar! / Mándamelas. Aunque sean dos.

Pablo retoma la conversación con Josué, quien sigue esperando una respuesta a varios metros del escritorio.

—¡Regrésate a la construcción y espera las pipas!

Suena el teléfono de vuelta.

—Arquitecto, no están abiertas las florerías.

—Bueno, olvídelo, Martha.

—

Andrea prepara su maleta porque en unas horas saldrá de viaje con Georges.

Después va a la cafetería de la esquina, pide un café, el segundo del día, y un sándwich, pero se sorprende cuando le entregan su orden en recipientes desechables. Muerde un bocado, gozándolo como si fuera el mejor del mundo, y se apresura a terminarlo. Tras unos minutos, va al baño, se encierra y se acerca al escusado para provocarse el vómito. Lo logra, pero cuando intenta tirar de la cadena, no llega el flujo de agua y los residuos se quedan en el retrete. Le llega un asco repentino al no poder eliminar su acción. Vuelve a vomitar y sale de prisa evadiendo las miradas de los empleados y los comensales, con miedo a que la noten.

Toma su bicicleta y se marcha hacia el centro comercial, en busca de un traje de baño para el viaje. Al llegar, se sorprende de verse sola, caminando entre aparadores y pasillos destinados a alojar multitudes. Le resulta apabullante la sensación de sentirse sola en el espacio público de una megalópolis sobrepoblada.

Entre una multitud de libros, acomodados verticalmente en los libreros y en el suelo, con textos referentes a lenguas y temas prehispánicos, Rita está detrás de su computadora. Busca números telefónicos de pipas de agua, hasta que por la ventana de su cubículo observa a estudiantes y trabajadores que abandonan de prisa las instalaciones.

Se asoma al pasillo y un colega le anuncia que las clases han sido canceladas indefinidamente. Rita regresa al interior del cubículo, preocupada, toma su celular para llamarle a Javier, pero las líneas ya no funcionan. Le escribe un mensaje de texto: *¿Dónde estás? Estoy a punto de salir por los niños. Cancelaron las clases en la universidad. Llámame.*

Sobre el asiento de una de las pipas que se dirige a la construcción de Pablo,

un celular comienza a vibrar. En la pantalla del mismo se lee el nombre del contacto: *Pablito Jr.* El conductor va escuchando cumbias y no percibe el timbre del teléfono. El tránsito es infernal. Al frente un horizonte café y a los lados una zona industrial donde cientos de personas están detenidas y acalorándose en sus vehículos. Después de unos minutos, el conductor toca la bocina repetidamente como protesta ante la falta de movimiento. Sin ningún resultado, la pipa se mantiene quieta por más de diez minutos hasta que se libera un poco de espacio y se adelanta unos metros.

Detrás, otras dos pipas siguen a la primera y avanzan en fila india. El camino se despeja. Cuando parece que se han librado del tránsito y alcanzan al menos unos veinte kilómetros por hora, tres microbuses de transporte público salen de pequeñas calles aledañas. Detienen el flujo. Furioso, el jefe de las pipas toca el claxon hasta que nota que de los transportes baja una multitud de varones, cruzan por detrás de las unidades y aparecen al frente unos treinta jóvenes, armados con tubos y cadenas. Se enfilan y le piden al conductor que baje.

Al no tener salida, el jefe de las pipas desciende con las manos arriba. Voltea hacia atrás y les pide a sus compañeros que repitan su acción.

Sacudiendo una cadena, un individuo se acerca a los tres choferes.

—Hay de dos: nos las dan o nos las dan. Ustedes deciden si se hacen los valientes.

—Son todas tuyas —responde el chofer principal mientras baja una mano y ofrece las llaves al ladrón. Los otros dos lo imitan.

Los rateros suben a las pipas. Los autobuses abren el paso y los escoltan. Uno de ellos oye el celular del pipero sobre el asiento y mira el nombre del contacto.

—¿Qué pasó, Pablito?

—¿Quién habla? ¿Dónde están mis pipas? —pregunta Pablo con prepotencia.

El ladrón truena la boca.

—Ya no son tuyas, pendejo —y lanza con tal fuerza el celular por la ventana que éste revienta contra la banqueta.

—

Pablo se levanta molesto. Saca la chequera, un fajo de billetes, el pasaporte; guarda todo en el portafolio y se marcha deprisa del despacho. Mientras conduce, observa cómo múltiples negocios cierran sus puertas o persianas de hierro. Cuando un semáforo se pone en rojo, espera nervioso y con el cambio de luz avanza, pero frente a él un auto cruza a toda velocidad a punto de golpearlo. No sabe qué hacer con el odio que siente. Su bilis se representa en el rojo que invade su rostro. Aprieta el volante. Enciende la radio para distraerse, pero le sucede lo contrario al escuchar al locutor: *Para las clases más favorecidas, la falta de agua es una novedad; para los más humildes, la realidad de las últimas semanas. Ahora se combinan la sequía y el brote de influenza...*

Pablo pisa el acelerador. Todos los autos que están a su alrededor parecen llevar la misma prisa que él. Al llegar a su edificio, olvida que no funciona el elevador e intenta utilizarlo. Desiste rápido y corre por las escaleras. La falta de luz se evidencia en la oscuridad de la sala, en donde Carla revisa una pobre señal de noticias proveniente de su celular: *Al parecer, los estados vecinos se niegan a aceptar una migración masiva y temen al contagio de la epidemia...*

Como un animal enjaulado, Pablo se jala el cabello en repetidas ocasiones.

—Cálmate, amor —le pide Carla mientras observa en su teléfono las imágenes del bloqueo en las carreteras. Él regresa a la entrada, cierra la puerta azotándola contra el marco y le da un par de puñetazos para sellarla. Sin decir nada, Carla comienza a llorar y la furia de él aumenta.

—¡Cálmate, Pablo!

—

En el calor extremo y rodeado por una niebla de humo de escape, Javier, con la ventanilla abajo, permanece inmóvil en una larga fila de autos. El intenso sol golpea la esquina de su parabrisas. Fuma un cigarro que une su humo con el de la calle y que le distorsiona toda visión del horizonte. Los sucios vehículos alrededor van llenos de maletas. Para avanzar siete cuadras espera casi una hora. Cuando ve los suministros de agua con pipas, Javier cruza el camellón con el auto, abandona la carretera y se estaciona. A pocos metros, encuentra una inmensa tubería cerrada y una larga fila de camiones cisterna esperando su turno para llenar los contenedores.

Algunos granaderos cuidan el escenario y una gran cantidad de gente espera formada: amas de casa, ejecutivos, jóvenes, niños. Molestos y acalorados, llevan garrafas, cubetas o cualquier tipo de recipiente. Una sola y pequeña tubería vierte el agua que lentamente se reparte. A lo largo de la fila hay varios conatos de bronca por la gente que empuja y se quiere meter a la fuerza.

Javier corre a formarse. De inmediato, un hombre canoso de aspecto hinchado y sucio se pone detrás de él. El señor, con la camisa blanca manchada de comida y color amarillo bajo sus axilas, intenta hacer conversación.

—¡Puto gobierno! Los desaparecidos, la crisis, la marea negra, las epidemias de cada año y ahora esta mierda con el agua.

—Habría que darles un premio. ¿Cuánto lleva sin agua? —Javier le ofrece un cigarro.

—Dos semanas. Mis hijos y yo no nos hemos bañado desde entonces. Agua de colonia y a darle duro para pagar una de estas porquerías —señala con la barbilla las pipas—. Ya hasta huele uno rancio. Hasta mi taxi apesta. Quince días, imagínese los platos, la ropa, los malditos escusados... ¿Dónde cagas si no hay agua? Mi hijo consiguió unos tambos de agua tratada y pues con eso, pero viene bien pinche sucia, sirve para los desechos pero ni ganas dan de hervir esa pestilencia para darle otro uso.

“Esto va para mal”, Javier mira al frente y nota que los tubos apenas tienen presión. La multitud se exaspera y la gente sigue llegando. En cuestión de segundos se han formado, al menos, otros cien.

—Mi cuñado lleva ya más de veinte días sin agua. Y donde está él es imposible conseguir potable.

De pronto alguien grita:

—¡Queremos agua, cabrones!

Por delante de Javier, vuelan un par de botellas de vidrio que revientan contra los camiones. La gente se alebresta y la multitud comienza a empujarse. Se rompe la fila. Inician los golpes. Varias personas rodean una pipa. Los policías se unen al conflicto haciendo uso de escudos y macanas. Unos adolescentes se suben al contenedor del camión cisterna y comienzan a sacar agua con cubetas. El chofer, asustado, acelera y atropella a un hombre. Alguien abre la portezuela de la cabina y baja a golpes al chofer. Otro trepa del lado del copiloto e intenta robar el vehículo, pero el tumulto lo detiene. Los de más atrás abren las llaves de la manguera y corren a tomar el agua que se tira. La pipa se convierte en una salvaje piñata.

Todos se mojan. Se golpean. Se jalan de las ropas. El atropellado es pisoteado, al igual que los que se tropiezan. La multitud se precipita hacia el chorro, aunque sólo sea para que les caiga el líquido encima.

Muchos tienen la piel seca, raspones, labios blancos y partidos. En medio del pánico hay una suerte de placer para quienes reciben un poco del recurso y se mojan. Un segundo camión robado arranca. Se abre paso entre la gente para capturar el tubo del suministro y lo logra. El escenario se convierte en una zona de guerra. Quienes robaron la segunda pipa ahora tienen que defenderla. Cuando intentan llenarla, la gente, nuevamente, abre las llaves de las mangueras traseras y pelea por el agua que sale. A punta de macanas, los granaderos intentan controlar a la gente, pero comienza una batalla campal. La poca agua de los tubos mengua hasta que se termina. Los más alejados huyen, como Javier que corre algunos metros y atestigua una escena de la que no desea ser parte.

El taxista tira golpes entre la multitud, hasta que los granaderos lo apalean y corren con varias garrafas robadas, abandonando los escudos y los gases en el piso. Javier se aleja cuando comienzan a volar piedras, palos y cubetas. Corre hacia su auto antes de que la multitud y la batalla se extiendan o reciba un golpe. Enciende su vehículo. Golpea un par de autos para abrirse paso.

Huye. Intenta llamar a su mujer, pero las líneas no se conectan y observa el último mensaje de Manuel: *No se te ocurra salir de la ciudad. En media hora van a cerrar todas las casetas: cordón sanitario, cuarentena en la ciudad.*

—

Doña Julia cruza una avenida con su pequeño equipaje sobre su pecho. Cuando llega al final de la calle, un grupo de jóvenes la encara:

—¿A dónde va, señor?

La señora intenta ignorarlos y continúa. Los jóvenes se acercan, le cierran el paso y la detienen con un empujón.

—¡Déjenme! ¡No tengo nada! ¡Déjenme!

—¿Traes agua o no, viejita pendeja?

—¡No!

—¡Dame la maleta!

Doña Julia la entrega, da tres pasos hacia atrás y huye.

—¡Rápido, pinche vieja! —le grita el líder de la banda.

La anciana huye como puede hasta llegar a una zona empobrecida, donde encuentra a un grupo de personas preparando una suerte de caravana. Doña Julia, nerviosa, se acerca y le pregunta a una mujer.

—¿Qué hacen?

—Nos vamos a pie, por los viejos caminos...

—

Javier acelera y gira a la izquierda para dirigirse a comprar todos los líquidos que pueda en el supermercado. Adentro, se oye el estruendo del generador de luz y las personas pelean por los líquidos y la comida. Camina deprisa entre los pasillos, atento a todo lo que ve y sin interesarse por las compras que están realizando en las secciones de enlatados o empaquetados. Revisa las secciones de refrescos, lácteos, jugos; todas están completamente vacías. No

encuentra los garrafones. Abandona el carrito del súper, corre a la heladera y logra hacerse de las últimas cuatro bolsas de hielo. Una mujer intenta arrebatarse una de las bolsas cuando las saca, pero no lo logra.

Javier llega a las cajas sosteniendo sus bolsas con fuerza y sin importarle el frío que provocan en sus manos. Los clientes se miran entre sí con actitud de agresividad para defender lo que llevan en sus carritos. De pronto, dos jóvenes salen de prisa con un garrafón robado, se rompen las filas y la gente sale sin pagar. Contagiado, Javier escapa. Al salir se encuentra con grupos de gente que les arrebatan lo que llevan en los carritos, pero los evade y corre abrazando sus bolsas de hielo, hasta que recibe un golpe en la nuca que lo tira al suelo. Las bolsas vuelan en distintas direcciones y una se rompe aplastada bajo su pecho. De inmediato, tres personas corren en sentidos opuestos para llevarse todo el hielo. Sólo le queda la bolsa que quedó debajo de él. Javier se levanta, “Está rota”. Le hace un segundo nudo para salvar el hielo que quedó en ella y, cautelosamente, corre hacia su auto.

—

Javier llega a casa y Rita corre a abrazarlo.

—¿Qué está pasando?

—No tengo idea —suelta la bolsa de hielo y aprieta a Rita contra su pecho.

—¡Vámonos! ¡Dicen que habrá una cuarentena!

—No llegaríamos ni a la primera esquina. Todos están haciendo lo mismo. Manuel me avisó que las casetas ya están sitiadas.

Los niños escuchan la conversación de sus padres. El calor es tan intenso en el departamento que sudan como si la piel sufriera un llanto amargo. Afuera, las sirenas invaden las calles. Lucía se siente asustada ante la situación y comienza un ataque de ansiedad. Javier deja que Rita la atienda. Mientras, él mira por la ventana: no reconoce el paisaje.

—¿Qué pasa? —pregunta Mario.

—No sabemos, amor. Parece que hay una epidemia.

—¿Qué es eso?

Javier mira a Rita para saber quién le explica y ella responde.

—Una epidemia es cuando mucha gente se enferma al mismo tiempo, como cuando tuvieron piojos en tu salón. ¿Te acuerdas?

—¿Hay muchos piojos?

Javier sonríe y niega la pregunta de Mario.

—¿Por qu e no hay luz, pap a? —pregunta Lucía entre lágrimas.

—Sin agua era cuestión de tiempo para que se fuera la luz —responde, aunque no est  del todo seguro de que la energía de su hogar sea generada por agua. Al igual que casi todos los ciudadanos del mundo: no tiene la menor idea de dónde provienen sus servicios, ni sus recursos, mucho menos sus alimentos.

Rita lleva a los niños a la recámara principal, antes de que la luz del sol desaparezca por completo. Todos se recuestan sobre la cama de los padres. Cuando Javier ingresa, ya ha caído la noche. Les entrega vasos de leche a los tres y con la luz de su celular saca una radio portátil del clóset, le coloca pilas y, esperanzado, busca una señal. No hay ninguna. “La era analógica se ha terminado por completo.” Los padres se miran con cierta complicidad e intentan tranquilizar la situación: mientras él alumbra con el celular, Rita lee un cuento para distraer a los niños.

—

Los reflectores iluminan una línea de soldados que esperan órdenes y cierran el paso con las armas apuntando hacia el frente. A pesar de que intentan mostrar un cierto grado de autoridad, los uniformados sienten el mismo miedo que los automovilistas, al no saber, realmente, qué sucede. Uno de los militares, que lleva una radio en la cintura, escucha la voz de su comandante:

—Repito, no permitan que nadie, absolutamente nadie, salga.

Los automóviles no han avanzado durante horas. Las colas son inmensas y es evidente el cansancio de los conductores, quienes esperan abanic ndose con lo que pueden. Tras nuevas órdenes, algunos soldados rompen la fila y

comienzan a pedirle a la gente que se dé la vuelta. Nadie hace caso. En los inicios de la fila se oye un fuerte arrancón. Un auto gris intenta abatir la barrera de los militares, pero de inmediato un oficial dispara contra las llantas. El vehículo se detiene. Seis reclutas lo interceptan. En segundos, rompen las ventanas para sacar al conductor y a su compañera. Los apresan con jalones y patadas. Algunos automovilistas se dan cuenta de que el aviso dejó de ser amable y comienzan a desertar utilizando el retorno.

En el mismo embotellamiento, tres jóvenes bailarines y Andrea intentan irse a la playa y huir de la posible cuarentena.

—Regálenme un cigarro —comenta Georges.

Mientras los demás fuman, Andrea le sube el volumen al reproductor de música y asoma la cabeza por una de las ventanillas. Observa a los militares caminar entre las filas de autos. “¿Y ahora qué?” Un soldado golpea las ventanillas de todos los vehículos con la punta del rifle y grita:

—¡Vuelta! ¡Vuelta! ¡Dese la vuelta!

El cadete se acerca al auto de los bailarines y al notar que los vidrios laterales están abajo, golpea el parabrisas con la punta del rifle produciendo un instante de terror para los pasajeros.

—¡No hay paso!

—¡Pues no nos vamos a ir! —grita Georges en un tono de reclamo y entre risas.

El militar, que ya está frente al siguiente auto, regresa unos pasos y de manera petulante pregunta:

—¿Qué dijiste, maricón? —todos se intimidan—. ¡Dense la puta vuelta o desalojen el vehículo!

—¿Quién se cree? No nos puede hablar así...

El militar pierde la paciencia. Levanta el seguro del copiloto y les abre la puerta.

—¡Baja del auto, maricón de mierda! —tira a Georges del brazo y con el rifle le da un empujón por la espalda. Todos gritan asustados. Uno de los bailarines se lanza contra el militar, mientras los otros intentan separarlos, pero de inmediato una manada de soldados corre hacia ellos. Andrea se agacha, se aleja y huye deprisa hacia los autos que dan la vuelta.

Kilómetros atrás, Carla y Pablo llegan a la misma salida de la ciudad, pero encuentran un camión militar bloqueando el paso. Carla baja el vidrio y escucha al soldado gritar:

—¡Por favor, vuelvan a sus casas! ¡No se puede salir de la ciudad!

—¡Pero denos alternativas! ¿Qué hacemos? ¡No hay luz, no hay agua, ya cerraron los supermercados! —le solicita Carla, pero el soldado la ignora.

Al darse la vuelta, Pablo frena forzosamente porque una inmensa fila de autos pasa a toda velocidad, huyendo de las acciones de los militares.

De madrugada y afuera de una alberca olímpica, varios jóvenes con altavoces invitan a tomar agua. “¡Por favor, pacíficamente y sin romper la fila!” Pero es tanta la gente que la enorme mayoría regresará a casa con sus tambos vacíos o se corromperá el orden en minutos. A un lado, en uno de los centros comerciales, todos los locales están cerrados y los más vulnerables tienen las ventanas rotas, pero no hay siquiera un auto en el estacionamiento, sólo fragmentos de basura que sobrevuelan el despojo.

Entre esas calles, Manuel corre; lleva la camisa rota, unos planos enrollados y una cámara fotográfica. Se detiene a descansar, luego cruza una calle deprisa y un vehículo militar se acerca hacia él.

—¡Alto! —el oficial baja del todoterreno. Manuel tira su cámara para esconderla.

—¿Por qué tanta prisa?

—Tengo que llegar a mi casa.

—¿Y esos rollos? —el militar le arrebató los papeles. Los abre y ve que son mapas de la ciudad y los ríos que la rodean—. No necesita esto. ¡Deme la cámara! —el uniformado revisa las fotografías y le entrega agua en una botella que Manuel recibe con desconfianza—. Me quedo con la cámara —

tira los mapas al suelo, le arrebató la botella de agua, vierte un poco del líquido sobre ellos y los pisotea con su bota hasta romperlos.



Andrea golpea desesperadamente la puerta del pintor hasta que Vogler le abre, sosteniendo un viejo candelabro. Ella se lanza sobre él y le explica lo que sucedió con sus amigos. Vogler la escucha y la consuela arropándola en el sofá. Una hora más tarde, él se levanta a trabajar hasta el amanecer.

Cuando el sol comienza a iluminar la ciudad, Vogler le da vueltas a la manija de una vieja grabadora manual, herencia de la posguerra que vivieron sus antecesores, como tantos de los objetos que tiene en casa, e intenta sintonizar una señal de radio. Al no lograrlo, saca un casete del estante, *The Köln Concert*, un concierto grabado en su ciudad natal y de su pianista favorito. La improvisación al piano inunda el estudio.

Dos niveles abajo, cuando Javier entra a su baño, por el ducto de ventilación, alcanza a escuchar la melodía de Vogler y se viste con una bata. Sale de casa, sube las escaleras y en el último piso encuentra la puerta del pintor abierta.

Al ver entrar a Javier, Andrea se levanta del sillón con una sábana sobre los hombros. Javier, sin saludar y con cara de terrible angustia, observa el inmenso cuadro. El autor termina una extensa pincelada y mientras las cerdas del pincel avanzan sobre el lienzo, y sin un tono sarcástico que lo evidencie, pregunta:

—¿No te quieres bañar?

Javier abre los ojos con emoción y el pintor se ríe.

—Te estoy jodiendo.

No le hace gracia a Javier. El perro se acerca jadeante a saludar al recién llegado y su dueño detiene su labor.

—Toma asiento. Disculpa la broma, pero así está el mundo: jodido. Anoche, Andrea intentó irse, pero el ejército bloqueó las salidas con retenes y cuando sus amigos reclamaron fueron aprehendidos. Se tuvo que regresar

sola y de aventón.

Andrea interrumpe al pintor.

—Se los llevaron unos soldados y ya no supe nada. Llevo horas llamándoles, pero no hay señal.

—Todavía no puedo creerlo. Esto parece un golpe militar o una guerra.

El pintor se aleja. Desde la cocina, con su torpe acento germano y su fuerte tono de voz, continúa la charla.

—¿No me digas que estás sorprendido, Javier? ¿No te lo esperabas?

—No así.

—Yo siempre supe que esto sucedería. Aquí la gente no se preocupa por nada. Creen que todos los recursos les llegan del cielo —comenta mientras regresa con un café para cada uno—. Yo desde que llegué a este país leí de cada sequía y de cada inundación, tomando como principio la inundación de 1629, ¿la habían oído nombrar?

Javier y Andrea resisten el comentario del viejo alemán.

—No es cualquier bobería —alza las cejas y muestra sus inmensos ojos casi transparentes—. En esa ocasión, el centro de la ciudad quedó sumergido durante cinco años. ¿Nunca han visto la placa en el Centro Histórico? Marca el nivel de las aguas en la inundación; no recuerdo en qué calle está, pero es altísimo, más de diez o quince metros. Incluso se pensó abandonar la ciudad y hacer una nueva capital.

—Jamás había escuchado eso.

—Insisto, aquí no se preocupan por nada. Por eso no conocen su historia —Vogler se ríe.

Andrea se sienta en el sillón, preocupada, y se mantiene mirando el cuadro mientras fuma.

—¿Qué ves en el cuadro, Andrea? —le pregunta el pintor.

—Una tormenta.

—*Nein, nein.*

—El Diluvio Universal —responde Javier.

—¡Bravo! Desde hace meses estoy con el proyecto: el Diluvio Universal descrito en el *Tratado de pintura* —el pintor bebe de su taza y fija la mirada en Andrea para explayarse—. La pintura como un adelanto al futuro. La

pintura como magia, *imago*, imagen; todos son un mismo principio. El hombre siempre ha creado imágenes en busca de adquirir poder sobre lo que pretende dominar, desde los animales que plasmó en cuevas, bisontes, a base de sangre y carbón, para adquirir la esencia de sus víctimas, o cuando ideó esculturas, venus, para penetrarlas con el miembro y concebir la vida en secuencia.

—No entiendo —comenta Andrea.

En cuatro trazos perfectos, Vogler dibuja una venus paleolítica sobre uno de sus lienzos.

—Fuimos durante siglos una especie demasiado frágil para este mundo.

—Ahora, el exceso de vida provoca muerte —añade Javier.

—¿Sabes qué pasa, Javier? Que al hombre todavía no le queda claro que la plaga más grande de este planeta es su propia existencia. Somos la porquería que asesina la casa —el perro reconoce cuando Vogler se exalta. Le acerca la cabeza para ser acariciado y el pintor le pasa la mano sobre su hocico, y continúa—: Quiero invocar esa magia-imagen. Devolver el agua o su falta replanteará por completo la geografía de la humanidad.

—Con millones de desplazados climáticos.

—No quiero ni imaginar esos conflictos. Así que pueden pensar que estoy loco o tonto, pero estoy llamando un diluvio —señala el cielo tormentoso que hay en el lienzo.

—Me encanta el cuadro, Vogler, pero dudo que esto lo atraiga.

—¡Niña escéptica!

Javier no responde y una vez más se pregunta si Vogler es un chiflado absoluto.

—Es bastante grave lo que viene, Andrea, pero el agua nunca se va a quedar quieta. Escasez o abundancia. Una ciudad increíblemente vulnerable y sin objetivo. Sin memoria, pero muy críticos siempre, aunque sin compromiso con nada ni nadie. Mientras no les interese su historia, ¿cómo van a tener un futuro los mexicanos? Viven traumatados por una conquista que sucedió hace más de quinientos años, pero nadie entiende qué significó el siglo veinte para este país y menos les interesa el tema del agua, o al menos no lo suficiente para concentrar parte de la tecnología, el dinero o la

creatividad en él. Pero claro: ¡nadie piensa en el agua hasta que se acaba! — se burla Vogler.

—

Alguien toca a golpes la puerta principal del edificio y grita:

—¡Javier!

Rita se asoma por la ventana.

—¡Es Manuel! —le dice a su marido y él sale corriendo del departamento y baja para abrirle a su amigo y colega.

—No tenía a dónde ir. Hace unas horas me apañaron los milicos. No sé qué está pasando. Allá afuera están vueltos locos. Dicen que los militares...

—Calma, Manu —lo interrumpe Javier.

—¿Traes agua? —pregunta Rita.

—No —responde Manuel y Rita realiza un gesto de molestia.

—¿Ustedes llegaron a ver a alguien estornudar? —pregunta Manuel preocupado—. ¿O a algún enfermo de gripa o influenza en los últimos días?

Todos responden con un gesto de duda y niegan.

—Yo tampoco. Creo que, nuevamente, la influenza es sólo una fachada.

—¿Por qué no probamos los caminos viejos para salir de esta ciudad? Seguro existen —pregunta Rita.

—¿Los conoces?

—No, pero los buscamos con un GPS.

—No hay luz ni internet y ningún aparato tiene batería, mujer —le responde Javier.

—Y todo lugar con un poco de agua, aunque esté sucia, está acordonado —agrega Manuel.

—Tenemos una brújula. Tomamos cualquier ruta y nos dirigimos al sur hasta que salgamos de aquí. Es donde hay más agua en el país.

—No es un mal principio, pero podemos idear algo mejor. Estamos dentro de una cuenca con más de cuarenta ríos de los que bajan litros de agua a cada segundo y todos los hemos convertido en aguas negras. Tal vez si llegáramos

a donde nace alguno de ellos todo sería distinto.

—¿De qué hablas, Manuel? —pregunta Rita burlonamente—. ¿Quieres que nos mudemos a vivir al bosque? ¿Al lado de un río?

—El asunto está así... —Manuel recorre todos los objetos de la mesa del comedor y comienza a dibujar sobre una hoja de periódico—. Aquí se fundó la ciudad, en el fondo del plato, y todos los brotes de agua que entran pasan por debajo...

Desde los sillones, Lucía presencia la conversación de los adultos, pero se levanta para acercarse y al pasar frente a la ventana observa con miedo la desolada urbe y los espejismos que genera el calor.

—

En la azotea, Andrea y Vogler colocan tambos, paraguas invertidos y cualquier tipo de recipiente que recolectaron de los vecinos, en caso de que llueva. También abren los tinacos y revisan si no quedó un poco de agua.

—No puedo creer todo lo que has contado. ¿Qué estamos haciendo, Vogler? ¿Qué pasa con este lugar?

—La respuesta es muy simple: educación —le pasa la cubeta con agua—, y este país no tendrá salvación por los próximos cien o doscientos años.

—¿Cómo ves el cielo? ¿Lloverá pronto?

—No sé mucho de climas, pero las nubes descargan dentro de la cuenca, así que sólo queda esperar.

Terminan de vaciar el último tinaco. Cuando menos lo esperan, un ágil desconocido salta desde la azotea vecina y les roba la única cubeta que habían llenado.

—¡Deja eso! —grita Andrea.

Vogler intenta alcanzarlo, pero no lo logra.

—¡Mierda! Vamos a tener que asegurar la puerta de la azotea —agrega el pintor.

Desde la misma azotea, Andrea y Vogler observan la avenida frente al

edificio, silenciosa y abandonada, hasta que un auto con altavoz cruza mientras da un mensaje: *Vecinos, salgamos a la plaza central mañana por la noche. Es necesario unirnos para encontrar una solución. Corran la voz. La ciudad ha quedado enclaustrada por el gobierno. ¿Acaso hicimos algo para merecer esto? ¿Dónde están nuestros gobernantes? ¿Dónde está el Estado para protegernos? ¿Dónde están los medios de comunicación? Los cito a todos ustedes, mañana, a las nueve de noche para evitar el sol y la sed...*

El auto recorre la calle repitiendo el mensaje hasta que una camioneta les cierra el paso y un grupo de jóvenes se acerca con bats en mano.

—¿Están vendiendo agua, cabrones?

El conductor levanta las manos.

—Estamos tratando de resolver esto.

Otros dos jóvenes abren todas las puertas del auto, los revisan y tiran un par de golpes al auto.

—¡La ciudad no está para nadie, pendejo! —le empuja la cabeza al conductor— Esto lo hicimos todos —los jóvenes se retiran y el auto con los mensajeros continúa recorriendo calles con el cofre abollado y utilizando el altavoz.

—

Doña Julia, la anciana que todo el edificio ha olvidado, continúa con la caravana. En medio del campamento, trata de comunicarse con su hija. Enciende y apaga el celular para ahorrar batería. En su rostro es evidente lo reseca que está su piel. La llamada no entra, pero lo intenta. Después de continuos intentos, por fin lo logra.

—¡Hija! No me puedo comunicar contigo. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Pero no puedo regresar, el aeropuerto está cerrado y no hay entrada ni salida en auto.

—¡Quédate allá! Las noticias están exagerando...

—Los noticieros no dejan de hablar sobre la epidemia. Dicen que están muriendo cientos en la cuarentena. Quiero regresar. Allá vemos qué hacemos

juntas.

—¡No! ¡No vengas por nada del mundo! Yo estoy por salir... —se corta la comunicación—. ¡Malditos aparatos!

De nuevo siente el silencio de la soledad, a pesar de ser parte de un grupo de doscientas personas. Se levanta y observa el campamento. Camina hacia la cocina que han montado y se sirve un poco de alcohol en una pequeña taza. Vuelve a la casa de campaña compartida y se recuesta. Toma el celular contra su pecho y cierra los ojos. Busca un pensamiento que la tranquilice: imagina una playa. En su sueño escucha el suave sonido del mar. Observa sus pies arrugados que se empapan con la espuma y las olas transparentes. La mano derecha cruza frente a sus ojos y se sumerge en el agua para extraer hermosas conchas repletas de arena que luego hunde, nuevamente, para limpiarlas. Detrás de ella, una niña pequeña, su hija años atrás, sale de una choza de bambú y corre por la playa hacia la anciana.

De pronto, la niña y doña Julia quedan extasiadas con el hallazgo de una concha plateada, pero en ese mismo instante el agua se oscurece, se mancha. La anciana siente una oscura presencia y observa la fuerza de una inmensa ola negra que se alza y en ella, percibe el arrastre de una masa de cuerpos que se empujan y chocan entre ellos.

—

Una oleada de personas llega a la plaza central de la ciudad. Es tal la cantidad de gente que parece desbordarse por las calles aledañas. Al centro del Zócalo capitalino, un grupo de hombres ha colocado un escenario improvisado, alumbrado con reflectores y en donde hay un pedestal, un micrófono y unos amplificadores conectados a un generador de luz. Los rostros de los presentes apenas se iluminan por linternas, celulares, velas y encendedores. Un individuo comienza un discurso al que todos atienden.

—¡Esto es culpa de todos...! —grita el orador y la gente lo abuchea.

—¿Quién es éste? —Manuel le pregunta a Javier, entre el gentío, pero Javier responde alzando los hombros.

—¡De nosotros! ¡Los que nunca pensamos que el agua tendría un final! Somos todos nosotros quienes jalaron un escusado con agua limpia más de tres veces al día. Los que se bañaron en tinas. Los que a diario pasaban más de veinte minutos bajo la ducha. Somos los que no exigimos y permitimos hasta ahora un país sin bases ni futuro, donde las acciones fueron de la mano de los abusos. Fuimos depredadores de cuanto estuvo al alcance. No importa cuántas fuentes de agua tengamos o tuvimos, el problema está en cómo les dimos uso.

El abucheo continúa.

—¡No vinimos a ser culpados! —gritan entre la masa.

—Por favor, piensen: de nada nos sirven ahora nuestras vidas, nuestro hogar o nuestro trabajo. Lo que ha desaparecido es el recurso vital que parió a la misma vida. Todos sabemos que el problema no es la influenza. Debemos hacer algo para recuperar el agua. Debemos unir esta furia colectiva, no para sabotear nuestro encuentro, sino para encontrar una solución. Comencemos a cavar más a fondo, esta misma noche, ¡para conseguir agua!

Alguien con un altavoz entre la multitud grita:

—¡Debemos captar el agua de la próxima lluvia! ¡No podemos insistir en los mismos errores!

—¿Y con qué dinero? ¿Con qué infraestructura? —cuestiona el hombre del escenario.

—¡Con nuestras manos! ¡Somos millones los que queremos sobrevivir!

—¡Callen a ese idiota! —grita alguien y la multitud comienza a exigir; “¡Pozo! ¡Pozo! ¡Pozo!”

—¡Así es, compañeros, no podemos esperar: haremos un pozo aquí mismo! —vuelve a tomar la palabra el hombre del micrófono y su discurso es celebrado con un inmenso grito colectivo —No podemos darnos el lujo de esperar una próxima lluvia. No podemos salir de esta ciudad y tampoco enfrentar a un ejército, así que nuestra solución está aquí: ¡Pozo!

Un desconocido se acerca al hombre del micrófono y le susurra algo al oído.

—Este hombre dice que a tres cuadras de aquí hay máquinas excavadoras en la construcción de un edificio. ¡Vamos por ellas!

Nuevamente, la multitud celebra. De inmediato, varios hombres se agrupan para seguir al individuo que sabe dónde están las máquinas.

—¡Esta noche será histórica, compatriotas! ¡Cavaremos aquí mismo el futuro de nuestra ciudad!

La gente continúa llegando a la plaza. Javier y Manuel dialogan entre ellos.

—¿Qué hacemos, Javi?

—No sé, pero si lo logran, acabarán por hundir y colapsar toda esta zona; hasta la catedral. La extracción es un error.

—Vamos a pedirle el micrófono.

—Nos van a linchar —dice Javier.

—Te veo en aquella esquina, ¡voy a hablar con él! —Manuel avanza entre la gente con mucha dificultad, tratando de llegar a la luz, pero antes de que lo logre, las máquinas y los camiones de construcción comienzan a arribar a la plaza. La gente les abre paso para que se instalen.

—¡Pozo! ¡Pozo! ¡Pozo!

—¡Compatriotas, demos un aplauso a las máquinas!

Manuel se acerca a la tarima y le grita al hombre del micrófono:

—¡Sólo un segundo, por favor! —Le permiten subir al escenario y habla con el desconocido—. Hay más de cuarenta ríos rodeándonos, de los que ha bajado agua durante miles de años y seguirá bajando durante otros milenios. Pero como nunca invertimos en un verdadero sistema de drenaje, fue más fácil convertir los ríos en aguas negras, acarreando todos nuestros desperdicios. Hoy, estos ríos sacan toda el agua que necesita la ciudad. Debemos almacenar el agua de los mismos, en las zonas altas, antes de que se contaminen dentro de la urbe. Tenemos que hacer presas que sirvan como tinacos para controlar y repartir equitativamente el recurso y captar el agua de lluvia. Reflexione un segundo, es una locura inmediata lo que están por hacer... —lo interrumpe el intenso golpe de una máquina contra el suelo y la multitud clama un inmenso festejo.

—¡No lo hagan! ¡Van a dañar más el terreno! ¡El agua no ha desaparecido! ¡Escúcheme! —y mientras Manuel grita, un equipo de tanques militares entra a la plaza central y los soldados enmascarados lanzan gas

lacrimógeno.

Con un altavoz, un militar exige:

—¡Desalojen el área! ¡Desalojen el área o abriremos fuego!

La gente, desesperada, comienza a correr en masa. Manuel sale de prisa del escenario y busca sin éxito a Javier. En pocos minutos, el escape aterrorizado vacía la plaza, dejando las máquinas amarillas abandonadas al igual que la tarima y los cuerpos que fueron pisoteados.

—

Andrea cruza en bicicleta una zona del centro de la ciudad. Lleva una mochila vacía sobre su espalda y pedalea lo más rápido que puede hacia el departamento de Georges. Toca varias veces la puerta principal, pero nadie le abre. Amarra su bicicleta a un poste. Busca una piedra en la banqueta. La coloca dentro de su mochila y la lanza hacia una ventana del hogar de Georges, rompiéndola. Aprovecha las protecciones de las ventanas del primer piso para brincar ágilmente e ingresa por la ventana rota.

Saca la piedra de la mochila para dejarla sobre la alfombra. La sala está repleta de carteles y fotografías de baile. Observa una en la que ella y Georges bailan en un inmenso escenario. Camina por todo el departamento en busca de su amigo, pero en el olor a encierro reconoce que nadie ha estado ahí en días. Cuando entra a la cocina, abre todas las gavetas y encuentra varios litros de bebidas energéticas en la alacena. Se bebe una botella entera y el resto las guarda en la mochila. En el refrigerador encuentra otra botella de agua y busca todos los termos que puede para vaciar el garrafón. Llena la mochila de líquidos, busca una copia de las llaves y tras asegurar el lugar sale del edificio por la entrada principal.

—

Diecinueve velas iluminan la sala de Carla y Pablo. La mesa de centro fue

suplantada por un baúl lleno de botellas vacías y colillas de cigarro. Pablo se levanta del sillón a buscar una melodía en su reproductor e intercambia las baterías de las bocinas. Comienza una música electrónica. Carla bebe coñac, enciende otro cigarro y con la cajetilla en mano dice:

—No hay más tabacos, Pablito. Vas a tener que ir a conseguir más; seguro que en la calzada encuentras a cambio de favores —dice burlándose y mencionando la avenida que a todas horas del día funge como zona roja.

Pablo coloca una nueva pista, sensual y decadente. Ella lo observa desde el sillón y él comienza a bailar intentando seducirla.

—¿Así me darías un cigarro?

—¡Qué gay eres!

Pablo continúa meneando la cintura.

—¿Te gusta, Carlita? —le insinúa su genital en los pasos.

—Me encanta.

—Pues cógeme, porque hoy nos vamos a morir.

—¡No digas eso!

—No nos va a alcanzar la comida para esta puta cuarentena. Nos chupamos todo esto con las pastillas del botiquín, cogemos a lo bestia y nos vamos de la fiesta contentos.

—¡Estás loco! ¡No digas eso! —Carla deja de reírse.

—Carlita, no tenemos futuro. Todas mis construcciones están en esta mierda de ciudad. ¡El mundo se fue al carajo! —Pablo baila, toma la botella de Carla y le da un trago de casi medio litro.

—¡No hagas eso, estúpido! —Carla se asusta, sabe que detrás de las bromas Pablo habla con la verdad.

—

Rita y Andrea suben con desarmador y martillo al último piso. Comienzan a romper la cerradura del departamento de Antonio, el diputado. Unos segundos después, sale Vogler de su casa-estudio y las ayuda a ingresar al *penthouse*. Al entrar, se dirigen a la cocina. Andrea abre el refrigerador que

ha estado sin luz por días, comienza a revisar lo que hay dentro y encuentra una inmensa botella de soda.

Rita revisa las alacenas. No hay nada valioso ante la falta de agua: pastas, arroz, frijoles en grano. Andrea lee la fecha de caducidad de los productos, casi todo está podrido, como las carnes verdes que lanza hacia los muros y los muebles de la sala. Vogler encuentra unas medicinas y algunos condimentos como mostaza y crema de cacahuete. Andrea revisa en las recámaras sin encontrar nada útil; al regresar a la sala, patea una maceta con plantas secas y esparce la tierra sobre las alfombras blancas.

—No te tomes la molestia, no vale la pena, Andrea —le dice Vogler.

—Por lo menos, nos hubiera mandado al súper. ¡Pinche político de mierda!

—

Al regresar a su departamento, Rita les muestra la soda a los niños; Andrea, los platos limpios y unas copas. Reparten la bebida y contentos brindan con cada uno. Mario le da un pequeño trago y se vuelve a dormir en el sofá. Rita abraza a Lucía y se recuestan en la sala. Pasan algunos minutos en los que la niña tararea una canción y el resto intenta conciliar el sueño con el estómago un poco lleno. En la calle se escucha el anuncio de un vendedor: *¡Desinfecte su agua con cloro! ¡Lleve su cloro! ¡Llévelo barato! ¡Sedientos pesos la botella!*

—

La caravana de doña Julia llega por accidente a un riachuelo con agua dulce. Todos abandonan el equipaje y corren a beber agua como si fueran animales salvajes. La gente se ríe y se abraza. El jefe del campamento dice:

—¡Esperen, esperen! Antes debemos dar gracias.

Hasta ahora, todos han obedecido a este hombre; sin embargo, en ese

momento, uno de los jóvenes reclama.

—Yo no le voy a dar gracias a un dios que nos ha puesto en esta situación.

—¿Qué dices?

—Que deberíamos dar gracias al agua, por darnos vida y ser parte de ella, y no a un dios.

Nadie se opone, mucho menos doña Julia. La gente se mira sorprendida y el caravanero continúa:

—Perdona nuestra ignorancia. Ayúdanos a sobrevivir y haremos lo mismo por ti...

—

El paso de los días resulta evidente en el desorden que invade el departamento. Trastes amontonados en el lavadero. Ropa sucia en los rincones de las habitaciones. Pisos opacados por el polvo que deja ver las huellas de zapatos. En el baño, donde el calor y las moscas han invadido el espacio, los desechos sólidos, cubiertos con cal, casi sobrepasan la taza del escusado. Javier orina en un florero dentro de la regadera y bebe sus meados mientras están frescos.

Pasan las horas y los habitantes del edificio cruzan de un lado a otro como seres espectrales. Inútilmente abren las llaves del agua, beben de a poco lo que resta de los garrafones, duermen en los sillones de la sala, se sientan agotados en las sillas del comedor. Rita se mantiene pasmada sobre los sillones. Vogler se aleja y acerca de su cuadro. Todos los habitantes del edificio enflaquecen. Los labios se quiebran con llagas. Los lavabos y los baños generan salitre por la sequía. Mario recorre la sala en círculos, completamente aburrido. Lucía lee mientras junta una pila de libros al lado del sillón. Javier mira por la ventana, en múltiples ocasiones, sin saber qué es lo que espera ver. Andrea hace estiramientos para no perder su condición física y duerme más horas de lo normal.

Afuera, los militares rondan la ciudad recogiendo cuerpos y controlando a

los transeúntes. Georges, el amigo de Andrea, con el aspecto de un indigente, nervioso y golpeado, toca la puerta del edificio, pero nadie lo oye ni le abre. En la habitación de los niños, Manuel duerme una siesta. En su sueño hay un cuarto repleto de hollín. Se mira a sí mismo recostado sobre una cama de latón con cenizas y muebles quemados. Frente a él, en el suelo de la habitación, ve un luminoso ojo de agua en movimiento. Se escucha el sonido de un pájaro al interior. Manuel se acerca, observa su reflejo y se lanza al profundo ojo de agua, pero vuelve a caer desde el techo, empapado y en la misma cama donde estaba antes. Se mueve asustado. Nuevamente, ve el ojo de agua y detrás a aquella niña indígena que le pidió dinero afuera de la oficina del periódico. Pero esta vez, la niña agita una flauta de agua prehispánica que produce un sonido similar al de un ave. Balancea la flauta y al interior, el líquido *chacotea* con el aire, ejerciendo el mecanismo del sonido, y ella sólo le dice: “No es culpa nuestra”.

Manuel despierta asustado, sudando, y escucha que Javier discute con Rita.

—¿Y qué quieres que le diga? “¡Vete!” ¿Así nada más?

Nunca le debiste abrir.

—¿Cómo dices eso, mujer? ¿Qué esperabas?

—Será tu amigo, pero se está tomando nuestra agua; el agua de nuestros hijos.

—Cálmate. Conseguiremos más y buscaremos una solución.

—Sí, según tú tenemos que esperar a la próxima lluvia...

—Ya instalaron Vogler y Andrea la superestructura en la azotea — exclama con sarcasmo—, ¡pero van semanas y no llueve! ¡Mira el desorden, Javier! ¿Qué vas a hacer? ¡Saca al crítico que llevas dentro! ¿Qué diantres vas a hacer? ¿O me voy haciendo a la idea de que si no llueve nos vamos a chupar todos de sed? ¿O a morir por culpa de una maldita infección? ¡Mira las moscas! ¡Despierta de tu maldita espera!

—Perfecto, vamos a lograr tu plan. Vámonos en este instante, a ver hasta dónde llegamos. Si no nos agarran aquí, lo harán en otro estado, cuando vean las placas del auto. Allá afuera no es el agua el asunto, Rita, sino una puta epidemia que nos convierte en un peligro para los demás. ¿O no sabes que es

delito huir de la cuarentena?

—Prefiero una bala o una cárcel que seguir tragándome mis meados y morir infestada.

—¡Perfecto! ¡Nos vamos esta noche! Pero si les llega a pasar algo a nuestros hijos...

—¡No! —Rita lo interrumpe—. Se van tú y Manuel, averiguan qué salidas existen y regresan por nosotros...

—Hace diez días te morías de miedo de verme salir. Ahora me pides que me arriesgue dos veces.

—No son dos veces. Te arriesgas tú, señor planeación, y cuando no sea un riesgo, salvas a tu familia.

Javier la mira impactado y asiente con la cabeza. Camina hacia la habitación de los niños y habla con Manuel. Mientras tanto y sin que nadie se dé cuenta, más que el pez que siempre huye de él, Mario, vistiendo su capa de mago, sube al sillón y mete a la pecera una taza que llena del agua estancada y verde. Bebe con un gesto de asco y dice: “Poción contra la sed”. Y vuelve a beber...

—

Al salir del estacionamiento, Javier y Manuel avanzan con las luces apagadas. Ven una camioneta militar y se enfilan en otra dirección.

—Hay que bajar los vidrios para tener los oídos atentos —Javier baja su ventanilla— También saca la brújula, Manu, y si puedes, en tu libreta, dibuja un mapa de nuestro recorrido.

—¿Ése es tu plan? ¡Me hubieras dicho antes y no venía!

Evitan las grandes avenidas para no encontrarse con retenes. Avanzan sigilosamente. Toman un camino que los lleva por una antigua carretera perdida. Recorren varios kilómetros entre pequeñas calles. Todo está desolado.

—Javi, creo que ya perdimos el rumbo.

—¿Por qué?

—Este camino empezó siendo sur, pero desde hace rato la flecha apunta al este.

—Pues no hay otra opción más que seguir. Esto está terrible, ¡no hay nadie en las calles!

Terminan lo que parece una villa miseria e inician una zona donde sólo hay campo a los alrededores. Javier alcanza a percibir un terreno repleto de coches quemados. “Ya lo logramos...”, dice Manuel, pero escuchan un potente motor y de la nada un camión sin luces les cierra el paso. Frenan forzosamente. Guardan silencio. Asustados, escuchan cómo se acerca un grupo de uniformados.

—¿A dónde?

—Estamos buscando agua.

—¡Sus identificaciones!

Ambos entregan sus credenciales y al moverse, Manuel deja caer sus notas.

—¿A ver esa libreta?

—No es nada.

—¡Entrégala!

El militar revisa las páginas y ve mapas y notas de agua por todos lados.

—¿Son reporteros?

—No. Estamos buscando agua.

El cadete da unos pasos hacia atrás y se acerca a su retén.

—Aquí tenemos a un tal Javier Ortega Domingo y a Manuel Antonio Guillén Rodríguez. ¿Están en la lista? —pregunta el comandante.

—¿Qué cree? El tal Guillén sí está.

El militar regresa al auto.

—¡Acompáñeme, Guillén!

Manuel abre la puerta. Javier se quita el cinturón y con poca sutileza el comandante le coloca una mano en el hombro y lo detiene.

—Sólo Guillén. ¡Usted, lárguese!

Se acercan dos militares más y apresan a Manuel. Javier da un brinco de inmediato.

—¿Qué les pasa! —corre hacia los militares hasta que el comandante le apunta.

—¿Dejas el auto y te largas, o te mato! No le va a pasar nada a tu amiga —tira un disparo al aire y Javier comienza a correr desesperado.

Minutos después, el comandante se acerca al árbol donde los soldados han amarrado a Manuel.

—¿Qué es lo que no entienden los reporteros, Guillén? Éste no es país para ustedes —le dispara en el tercer botón de la camisa para darle una muerte inmediata e infalible.

Hoy

Después de darle su medicina a Mario, todos duermen debido al cansancio y el desánimo que implican la deshidratación y la falta de alimento. Andrea se levanta con los ojos hinchados, toma un garrafón vacío y sale del edificio. Camina por varias cuadras hasta que observa un camión militar.

—¡Necesito ayuda! ¡Nos estamos muriendo de hambre y de sed!

—Igual que todos, señorita, pero no podemos hacer nada por usted — responde un soldado, mientras mastica un bocado de torta y bebe de su cantimplora.

—¡Nos están matando!

—Muéstreme una identificación.

Andrea saca una credencial de su bolso.

—Mire nomás... Compañía de Danza. ¿Así que nos va acompañar o a bailar?

—¡Eres una basura!

El soldado truena la boca.

—¡Aquí no nos gustan altaneras! —tres uniformados bajan del vehículo, apresan a Andrea y la meten al camión.

Media hora después, Andrea regresa al edificio llorando, con menos de un cuarto de garrafón, y ante los festejos de los niños y el agradecimiento no suelta una palabra de lo acontecido. Pero, en cuanto Andrea le da un primer trago a Rita, ésta se desmaya. Apenas respira hasta que pierde el sentido. Rita es quien menos ha bebido agua con tal de alimentar a sus hijos. Entre los llantos de su hija y las pisadas de los vecinos, quienes llegan a auxiliarla, Rita entra en una absoluta oscuridad.

En su delirio, ella permanece quieta hasta que un destello de luz comienza e ilumina una ráfaga de lluvia sobre un lago solitario. Sin ningún abrigo, un hombre viejo rema semidesnudo bajo el aguacero; saluda a Rita inclinando la cabeza y le habla a gritos en un náhuatl tan antiguo que ella apenas lo reconoce: “El agua nunca se ha ido. Volverá, una y otra vez, para devolver el lago que aquí negaron. Hombre blanco y necio, ciego para entender su naturaleza. Hay agua masculina, agua femenina. Hay agua viva y hay agua muerta. Nosotros, los cuerpos, estamos hechos de agua viva, no de agua muerta”.

—

La situación empeora a cada segundo. Lucía trata de abrir los ojos, sin embargo, sus párpados tumefactos se lo impiden. Vogler la carga en sus brazos y busca en la cocina algo de comer para la niña. Saca el bote de crema de cacahuete que días antes encontró en la casa de Antonio y, con una cuchara sucia, la alimenta.

—¡Vámonos! ¡Por el drenaje, por dónde sea, pero vámonos! —le dice Andrea a Vogler.

Cuando los vecinos están por salir al pasillo en busca de Carla y Pablo para seguir su plan hacia la fábrica de hielo, escuchan golpes en la puerta del edificio. Todos corren al departamento de Rita y se encierran en un baño. Los militares entran, buscan gente rezagada, sobrevivientes, pero los vecinos no saben cuál es su verdadera intención.

—¿Hay alguien ahí? ¿Necesitan agua? Estamos para ayudarlos. No nos ataquen... ¿Hay alguien ahí? —suben los soldados y abren las puertas a patadas.

Cuando ingresan al edificio el perro del pintor, sumamente flaco, sediento y atenazado por el hambre, les ladra desde las escaleras y un cadete le dispara. Los residentes se asustan y se repliegan en la regadera del baño. Mientras tanto, Vogler permanece escondido e inmóvil tras la puerta.

Al no encontrar a nadie, los soldados abandonan el edificio y regresan a

sus vehículos. Uno de los carros sirve para amontonar y llevarse los cadáveres que han recogido, entre ellos el del perro de Vogler, otro traslada garrafones de agua y en el último viajan enfermos y sobrevivientes que son atendidos.

Vogler decide no acompañarlos para terminar su obra, pero Pablo, Rita, Carla, Andrea y los dos niños abandonan el edificio. Horrorizados, el grupo avanza varias cuadras hasta llegar a una de las entradas del drenaje profundo, seco y maloliente, pero se adentran.

—Aunque sea por debajo me sé ubicar en esta ciudad —comenta Pablo.

Avanzan más de un par de kilómetros, hasta que unas voces los detienen, cinco siluetas que los alumbran con linternas.

—¿Quién anda ahí?

—¡Estamos cruzando! ¡No queremos problemas! —responde Pablo.

—¿Son militares?

—No, mírame; somos civiles, traemos niños. Necesitamos cruzar. Allá arriba se movilizan los soldados.

Los extraños se acercan.

—¿No traen agua?

—Por favor, no nos hagan daño —responde Andrea, asustada.

—Sabemos dónde hay agua —Pablo trata de cambiar la situación a su favor.

—¿Tú qué sabes?

—Mi familia tiene una fábrica de hielo.

Los extraños se miran entre ellos, dudando. Carla evalúa si la acción de Pablo no fue demasiado precipitada.

Javier camina por la ciudad convertida en una zona de guerra y en la que cada tanto y en cualquier dirección escucha disparos. Una mujer mayor lo espía detrás de una cortina y regresa a las sombras. Repentinamente, se abre una puerta que da a la calle y alguien jala a Javier hacia el interior de una vivienda.

—¡Suélteme...!

—¡No grite! ¡Lo voy a ayudar! —la señora coloca su mano en la boca de Javier—. No ve que se está muriendo.

—¡Tengo que volver con mi familia!

—Así no va a llegar a ningún lado— la mujer le da un bote con agua.

—¿Dónde estoy?

—Le daré unas ropas de mi hijo y esta camisa mugrienta vamos a tirarla. Lo vi caminando con tanto miedo que sentí lástima. Yo no le tengo miedo a nada ni a nadie, mucho menos a esos cerdos obedientes y uniformados... —la mujer lo ayuda a limpiarse la cara y le acerca una ropa. Póngase esto. ¿Quiere comer algo?

—Sólo si no es molestia.

—Ninguna. Estoy sola y mi hijo no volverá.

Es tan abrupto el comentario que Javier no sabe qué responder. Se abre un silencio entre ambos y escuchan un ruido al fondo de la cocina. Asustado y desconfiado, Javier pregunta.

—¿Segura que no hay alguien más en casa?

—Nadie. No se asuste; no le va a pasar nada.

Javier duda de la respuesta.

—Y bueno, señor, ¿para qué se salió de su casa?

—Fui a buscar una salida y me detuvieron, a mí y a mi amigo... —sus ojos hacen que la mujer intuya lo sucedido.

—Esos soldados no saben lo que les espera. Oiga, quiero pedirle un favor —se aleja de la cocineta y saca una fotografía. Éste es mi hijo.

Javier recibe la imagen, pero oye un ruido extraño al fondo, se levanta deprisa y coge la silla para defenderse.

—¡Cálmese! ¡Le digo que no hay nadie! ¡Usted está muy nervioso!

En ese momento, Javier ve una sombra cruzar hacia el pasillo. Deja caer

la silla sobre la anciana y busca la salida. Cuando la encuentra, un gato blanco maúlla frente a él. Prefiere no pensar si el animal fue el culpable del ruido y la sombra, y corre varias cuadras hasta que escucha el llanto de un hombre en una esquina.

Las pinceladas hacen que surja una ilusión entre la pintura y su cansancio físico. Vogler salmodia el texto que dio origen a su obra y se asegura de que las palabras susciten las imágenes:

Se verá el oscuro y nebuloso aire, mezclado con la continua lluvia y azotado por furiosos vientos, los cuales arrastran, ahora aquí, ahora allá, ramas desgajadas y hojarasca del otoño. Se verán viejos árboles desarraigados y arrastrados por el furor de los vientos; ruinas de montes deslavados por el curso de los torrentes, cayendo sobre estos e invadiendo los valles. Los ríos inundarán las tierras y ahogarán a sus pobladores. Aún podrían verse, en las cimas de los montes, varias especies de animales, asustadas y al fin domésticamente reducidas, en compañía de hombres y mujeres con sus hijos. Campos inundados de agua, y entre las olas, una enorme cantidad de barcas, tablas, camas y tantos otros instrumentos hechos por la necesidad o aconsejados por el miedo a la muerte, sobre los cuales irán mujeres, hombres y niños, llorando y lamentándose, asustados por el furor de los vientos y del oleaje, que sacarán a flote los cadáveres ahogados. Ninguna cosa más pesada que el agua habrá que no esté cubierta de diversos animales, los cuales, en una tregua, se hallarán reunidos en temerosa unión: huyendo de la muerte. Y todas las ondas, cargadas de cuerpos ahogados, se estrellarán en las riberas, matando a los que aún queden con vida.

Algunos grupos de hombres, armados, se verán defendiendo sus reducidos y postreros sitios, tratando de ahuyentar a los animales que les disputen tales refugios. ¡Oh, cuántos lamentos espantosos en el oscuro

*aire lleno de rayos y truenos, que derriba todo lo que se opone a su paso!
¡Oh, cuántos tapándose los oídos para no escuchar el estruendo del
furibundo viento mezclado con rachas de lluvia, truenos celestes y saetas
furiosas!*

*¡Otros, sin bastarles cerrar los ojos, los cubrirán con ambas manos,
para no ver la ira de dios sobre la humana especie!...*

LEONARDO

El cuadro está terminado. El pintor desfallece. Su respiración se vuelve cada vez más lenta y un dolor extremo le muerde el vientre.

—

Javier, a toda velocidad y con el arma y la camioneta que robó de aquel hombre enfermo, se dirige a la tienda de abarrotes que está a lado de la tintorería. Al llegar, no parece saqueada. Dispara contra el candado de la cortina de metal y falla. Vuelve a intentarlo. Acierta, pero escucha un disparo desde adentro y después un grito.

—¡Lárgate!

—¡No me dispare! ¡Necesito agua para mis hijos!

Javier da unos pasos hacia atrás. Piensa unos segundos y corre a toda prisa para levantar la cortina. Al lograrlo recibe una bala en la pierna y comienza a disparar sin ver hacia el interior. Se le terminan las balas. Cuando ingresa a la tienda, nota el montón de productos derramados sobre el anciano, el mismo hombre que semanas atrás le habló de su guardadito de garrafones. Atrás de la puerta, la esposa del tendero, repleta de miedo, mira a Javier.

—Lo lamento, señora, tengo que salvar a mis hijos.

Toma, con una fuerza que desconoce, los únicos tres garrafones que restan. Vuelve a mirar a la anciana y decide dejarle uno.

—Ya mejor mátame —responde ella.

Javier, nervioso, la mira de vuelta. Le apunta a la anciana, pero no lo

logra. Sube los dos contenedores a la camioneta, regresa a la tienda y se saca la camisa para robar toda la comida que le cabe en la prenda. Al salir, percibe que varios vecinos lo observan desde las ventanas y uno de ellos lo graba con un teléfono. Lanza los productos sobre el asiento y sale a toda prisa. Acelera a más de ciento ochenta kilómetros por hora.

Su pierna sangra. Una pandilla del barrio comienza a seguirlo en otra camioneta, pero él acelera más, los pierde y continúa con el acelerador a fondo hasta que la gasolina comienza a mermar.

Cuando el vehículo se detiene abruptamente por falta de gasolina, a pocas cuadras de su casa, Javier arranca la vieja vestidura del asiento y con ella envuelve, desesperado, los garrafones y todos los víveres que robó. Monta el paquete sobre su espalda y continúa su camino a casa, con mucha dificultad, por la herida y el peso.

—

El grupo de vecinos y los extraños caminan a oscuras por el drenaje, siguiendo a Pablo, mientras él carga a Lucía en brazos, al igual que Andrea lleva a Mario. Rita apenas puede con su propio peso y Carla la ayuda.

—¿Qué tal que nos matan estos tipos cuando llegemos a la fábrica? —
Carla le pregunta en voz baja a su marido.

—¿Quién te entiende? Si soy avaro estoy mal, ¿y ahora? ¿Generoso y también...?

Carla se calla. Una mujer de aspecto muy humilde y sucio, del grupo de los extraños, se acerca y les ofrece agua y comida para los niños.

—Gracias, señora —responde Carla.

Lucía toma de inmediato el agua y trata de beber velozmente.

—Calma. Bebe despacio —le ordena Carla.

—

Javier entra a su departamento. Camina por la sala, extrañado de encontrarlo vacío, y comienza a llamarles por sus nombres: “¿Luci? ¿Mario? ¿Rita?” Corre hacia la vivienda de enfrente. No hay nadie. Siente cómo su pierna se deshace en dolor y la bala se adentra en su muslo. Sale de vuelta a los pasillos, en un estado de histeria. Regresa a la sala de su casa en busca de pistas, pero no encuentra nada; ni siquiera una nota.

Apresurado, sale del apartamento. Todo su cuerpo tiembla. Sube las escaleras. Golpea la puerta de Carla y Pablo. Ésta se abre sola y mira al interior. “No hay nadie.” Toma una botella de vodka que abandonó Pablo e intenta darle un trago, pero apenas obtiene una gota; desesperado, la lanza contra una pared.

Continúa un piso más. Ve la sangre del perro sin saber a quién pertenece y se asusta. La puerta del pintor está abierta. En el estudio, Javier encuentra múltiples botellas de cerveza vacías y el inmenso cuadro del diluvio. Sobre un muro, Javier lee: *Es ist soweit* (Ya está listo), escrito con pinceladas. No sabe qué hacer. Observa una fotografía donde está inundada la plaza central de la ciudad. Se acerca a la obra y carga el primero de los tres inmensos bastidores que conforman la pintura y lo lleva hasta el estacionamiento.

Vogler, inconsciente en su recámara, por la sed y todo el trabajo realizado, no se percata de lo que sucede en su casa-estudio.

—

Pablo emerge de una alcantarilla, en una zona industrial, y con dificultad se coloca a un lado y estira el brazo para sacar a Lucía y ayudar a cada integrante del grupo a salir. En la desolada calle hay autos quemados por doquier. Una vez que el grupo está en la superficie, todos corren con miedo hasta llegar a la fábrica. Pablo sonrío con esa mueca burlona que le demuestra a Carla que tomó el camino correcto.

—Es aquí —con una piedra que recoge del asfalto, Pablo golpea la gran puerta de metal y esperan unos minutos.

—¿Qué pasa? ¿No nos va a abrir tu familia? —uno de los extraños

desespera.

—No lo sé. ¿Nos brincamos?

Andrea es la primera voluntaria.

—No. Mejor lo hago yo para que me reconozcan —dice Carla.

Pablo la ayuda a trepar y cuando la cabeza de Carla sobrepasa la barda, inicia una ráfaga de disparos provenientes de la fábrica y todos huyen en direcciones opuestas.

—

La noche es tan calurosa que cuesta trabajo respirar. Javier regresa por la camioneta robada y llena el tanque de gasolina con una garrafa. Dentro del vehículo se aprieta el vendaje de la pierna, le duele como un demonio, e intenta comer frituras. A oscuras, regresa por los bastidores y luego cruza un largo tramo de la ciudad hasta que de la nada, la intensa luz de un reflector lo ciega por completo. Se detiene. A su izquierda, un hombre con el rostro cubierto lo alumbra con una linterna. Javier observa que afuera hay un grupo de subversivos, con los rostros cubiertos y armados, cuidando un almacén de garrafones.

—¿A dónde va?

—Necesito llegar al zócalo —responde con voz temblorosa.

—No hay paso.

—¡Tengo que llegar!

Quien parece estar a cargo confirma con un gesto de cabeza que no puede pasar.

—¡Estacione el vehículo!

Javier mueve los brazos hacia atrás y saca una fotografía del bolsillo.

—¿No ha visto a esta niña?

El hombre mira con atención una foto de Lucía y Javier aprovecha esa distracción para acelerar a fondo. Cuando llega a su destino, baja deprisa, organiza los bastidores en la plancha del centro, apuntando al cielo. Completa la pintura y grita desesperado: “¡Aquí está!”. Sin embargo, nada sucede.

Pasan varios minutos. Javier observa en el horizonte un espejismo de calor en el que tres soldados corren hacia él hasta que escucha el golpe de una gota de agua que cae sobre el lienzo, luego otra y otra, hasta que el agua se acelera y se convierte en un aguacero.

Poco a poco comienzan a prenderse velas en el interior de las casas. Se abren las puertas de los edificios. Los sobrevivientes salen. Con los brazos abiertos dejan que la lluvia los moje. La gente procede a colocar cientos de recipientes de cocina, botes, tambos y cubetas en las calles y abriendo la boca, con la lengua afuera, la gente grita, ríe, llora, se abraza. La lluvia no cesa.

Javier se hinca y un extraño, tan delgado como él, se acerca a abrazarlo.

—¡Estamos vivos!

Se tiran sobre la plaza con la boca abierta al cielo y Javier comienza a llorar con una mezcla de dolor y alegría.

—

A la mañana siguiente, en la avenida principal, las cloacas desbordan agua como fuentes. La intensa lluvia no para. Un reportero de televisión, cubierto con botas, impermeable y sombrilla, parado en los escalones del monumento más representativo de la ciudad, grita para que los televidentes lo escuchen: *¡La cuarentena ha terminado! ¡Se estima que cientos de personas han muerto debido a la epidemia, la sequía y el hambre! ¡Los servicios públicos dejaron de funcionar durante la contingencia, pero nada ha vuelto a la normalidad! ¡La lluvia no disminuye y la ciudad comienza a inundarse! ¡Un desastre nuevo amaga a los habitantes y seguimos siendo incapaces de pensar en el agua!*

Vogler, con un café en mano y un poco más repuesto, apaga la televisión. Observa la tormenta desde las ventanas de su casa-estudio y las abre de una en una para dejar que la lluvia se adueñe del interior.

LIBRO TERCERO

Cinética

Por Javier Ortega

Primer capítulo

El avión avanza con ligeras turbulencias. Lothar y Camila se mantienen en silencio, sentados el uno al lado del otro. Él retoma la lectura que utilizó para ausentarse de los tiempos de espera en el aeropuerto y simula indiferencia ante ella, quien se desabrocha el cinturón de seguridad y respira profundo en un intento de calmarse. A su alrededor, los pasajeros del vuelo sobrevendido y con destino a Madrid esperan el final de la escena que presenciaron minutos antes. Cuando ella, Camila Navarro, conocida diputada de la izquierda mexicana, le exige a una de las aeromozas que no se sentaría al lado de su expareja, Lothar, pero nadie en las filas aledañas se interesó por cederle un asiento. Hasta que él, su antiguo compañero y a quien no ha visto en más de seis años, Lothar R. Hoffmann, le pidió de la manera más atenta y utilizando el ridículo sobrenombre de antaño, Canelita, que contuviera el enojo y tomara el lugar asignado.

“Diez horas de vuelo por venir”, piensa Lothar. Cierra los ojos y ante el miedo que siente por los aviones, analiza la confianza que nuevamente ha depositado en los demás para llegar con vida a su destino. Se condiciona a no imaginar su posible muerte, cubre su rostro con el libro y evita sentir el sudor que le brota del cuello. Ella detiene la mirada en la pantalla que tiene enfrente, con una animación en la que una aeronave cruza el mapa de México, y no tiene la menor idea de cómo sobrellevar la situación del infortunado reencuentro. Tan sólo intenta alargar el incómodo silencio hasta que sea inevitable.

Cuando el avión alcanza estabilidad y el ambiente se enfría, Lothar abre los ojos, siente por última vez el olor del papel del libro y se descubre la cara para iniciar una conversación con la interlocutora menos apropiada.

—¿Te casaste con el político? —pregunta él con una voz discreta e imperceptible para los pasajeros a la redonda.

—¿Celos? —responde ella sin la misma suavidad.

—Al contrario, me dio gusto que fuera con un burócrata —insiste en bajar el volumen de voz.

—¿Qué han sido? ¿Seis o siete años de separación, Lothar?

—Tú eras la de las cuentas. ¿Y? ¿Cómo te fue? ¿Son un matrimonio feliz?

—Aunque no lo fuera, cualquier relación es mejor que la que tuve contigo.

Lothar se ríe.

—Ése es un juicio muy burdo, mujer.

Camila simula interesarse por la revista de relojes, perfumes y joyas que tiene enfrente y responde con la forzada espontaneidad de una mala actriz.

—¿Sabes? Dado el lapso de nuestra separación y que ambos lo hemos superado, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Depende.

“Obviamente es una interrogación que se ha guardado durante años”, piensa Lothar.

—¿Cuántas veces me engañaste?

“Lo sabía”, Lothar se sonroja y comienza a reírse para restarle seriedad al asunto.

—¿Qué clase de pregunta es ésa, Camila? ¿Qué importa?

—Te lo pregunto en serio, ¿cuántas veces? Si ya no importa, sólo dime.

—No lo sé. No lo recuerdo —evade la mirada de Camila y observa por la ventanilla las minúsculas manchas de tierra en las que se ha convertido el suelo mexicano.

—No tiene nada de malo. ¿Una? ¿Dos? ¿Tres? ¿Veinte?

—No lo recuerdo.

—¡No te creo!

—¿Para qué preguntas?

—¿Tu asistente de dirección?

—Me hubiera encantado, pero con ella no lo hice.

—¿Y por qué con las otras sí?

—Te alejaste... ¡No lo sé! Por favor, no empecemos; no quiero otro espectáculo.

Camila gira su cuerpo hacia él y con toda seriedad le explica.

—Me ascendieron, Lothar, eso fue lo único que pasó. Me dieron el puesto que tanto insistías que pidiera.

—No insistí, te apoyé en conseguirlo, pero nunca vas reconocer nada de lo que hice por ti.

—Okey, me apoyaste para conseguirlo.

—¡Exacto! Y salías de casa a las siete y volvías a las once. Con eso basta.

—¡Cómo cambias las cosas!

—Nos abandonaste y te abandonaste...

—¿Físicamente? ¿Eres tan superficial? ¿Me botaste porque “me abandoné”?

—Wilde lo dice mejor que nadie: “Son las personas superficiales las únicas que no juzgan por las apariencias”. Te volviste otra obrera obediente del Estado y te corrompió esa mafia.

—Sabes perfectamente que no fue así.

Ambos guardan silencio y ahora es ella quien comienza a sonrojarse por el coraje que siente.

—Además, ¿tú qué? No eres ninguna autoridad moral. Filmaste los anuncios de cada campaña.

—Ya me los habían pagado, Camila.

—¡A mí también, imbécil!

Evidentemente los pasajeros de alrededor escuchan a Camila y Lothar suspira porque sabe que la batalla ha comenzado. Regresa la mirada hacia la ventanilla y observa la sutileza del rompimiento de las nubes con el ala del avión. Ella toma el bolso que depositó bajo sus piernas y busca algo nerviosa.

—No puedes fumar aquí ni en el baño.

—Obvio, idiota. Estoy buscando mis pastillas.

—Claro, las píldoras. Tu solución para todo.

—Seis años después y no has cambiando en nada. ¿Todavía te crees el “idealista”?

—Lo intento...

—Todo tiene etapas, Lothar. Cuando eres joven, se vale aullar como perro por las injusticias del sistema, pero ya que maduras tienes que cambiar el rumbo: hacer tu trabajo y entender que todo es mucho más complejo de lo que crees —Camila saca un frasco de pastillas que no revela nada sobre el producto, pero se toma dos píldoras amarillas—. Los he leído todos...

—No entiendo.

—¡Tus libros!

Lothar se sorprende.

—¿Leíste el último?

—Sí.

—¿Te diste cuenta de que el personaje de Tania...?

—Sí.

—¿Y qué pensaste?

—Que te arrepientes.

—¿Por?

—Porque preferiste liberarte de mí para no formar una familia y no convertirte en un *Godínez*. “En un hombre de nueve a siete”, como diría tu querido Bukowski. Pero me amabas.

Lothar no responde. Se acomoda las gafas en su nariz judía y una vez más devuelve la mirada hacia el exterior para continuar la conversación.

—¿Supiste que tuve un hijo?

—No —responde ella sorprendida, mientras siente una leve alteración en su ritmo cardiaco.

—Se llama León. Acaba de cumplir dos años y estoy en este avión para verlo.

—¿Vive en España?

—Sí.

—¿Y quién es la madre?

—Una escritora.

—¡Vaya! ¡No han cambiado tus respuestas telegráficas! ¿Quién es? ¿Dónde vive? ¿Qué escribe? ¿De dónde salió?...

—Es novelista. Mexicana. Mariana Silva.

—¿Famosa?

—Renombrada. No hay escritores vivos que sean famosos. No en castellano. Vivimos juntos unos meses y quedó embarazada.

—Qué bueno que no dijiste “nos embarazamos”, porque ahora hasta eso se adjudican.

—Y sí, decidimos tenerlo, pero no funcionaron algunas cosas.

—Vamos a resumir el “no funcionaron”: la cuerneaste.

Lothar emite una falsa sonrisa con la que Camila entiende el sí.

—¡Imbécil!

—¿Puedo pedirte un favor?

—Adelante.

—No me hables con groserías.

—Media hora contigo y ya quieres controlar mi manera de hablar. ¡Estás cabrón!

Nuevamente, Lothar evade la mirada, nota la opacidad del cielo en un atardecer que se transforma en noche y piensa: “Eres imposible, mujer. Siempre fuiste imposible”.

—¿Recuerdas cuando tu padre hizo lo mismo, Lothar?

—¿Qué?

—¿Engañar a tu madre?

—Sí.

—¿Y te acuerdas cómo te dolió? ¿Que te sentiste traicionado? ¿Que pensaste que era un hipócrita?

—Era muy joven. Todavía no entendía lo que era sentir que la vida se acaba.

—¿Y cogerte a todas es “trascender”? Por favor, dime, ¿cómo acabó tu padre, el gran político de México?

—Solo.

—¿No es novedad o sí?

—Le quitó todo...

—Obviamente, para qué otra cosa vas a querer un vejete cuando tienes veintiséis. La conozco, trabaja en el partido gracias a tu padre.

—Igual que tú.

—Sí, gracias a él entré, pero gracias a mi trabajo me mantuve ahí.

—Y también a él lo traicionaste, ¿no?

—Sabía que algún día me lo reclamarías, pero una vez más: estás equivocado. La única que apoyó a tu padre en ese comité fui yo, pero a esa edad no se puede seguir luchando por un *hueso*, y todo para mantener a una mocosa y a un bebé del que debería ser abuelo.

—Claro, la vida tiene un orden y una suma de obediencias que todos debemos cumplir, Camila. Tal vez por esas ideas tuyas fue que nunca funcionamos.

—¿Quieres seguir siendo un rebelde a los cuarenta? Eso ya es más inmadurez que insurrección.

—Piénsalo como quieras —responde molesto—. ¿Y tú? No me contestaste, ¿cómo vas con el político? ¿Sigues las reglas? ¿Esa pancita es de un futuro bebé?

—¡No te vuelvas a meter con mi cuerpo!

—Era una pregunta.

Camila reclina el asiento, estira el torso para sumir el abdomen y cuando mira hacia el pasillo añade:

—No era una pregunta. Cogemos una vez por semana y todavía no me pide matrimonio.

—No te quiere.

—¡Gracias! Al menos no me dio un anillo y luego se rajó.

—Sabes que no fue así.

—¿Qué fue entonces? ¿Que te cuesta saber que eres un simple hombre, Lothar, y no un genio que va a vivir una vida supranatural?

—Esa palabra no existe.

—Sabes perfecto de lo que hablo.

La charla se detiene. Acalorado y con dificultad, Lothar se quita el saco y, para no arrugarlo, lo dobla sobre su pecho. Con el codo derecho, Camila siente la manga de esa prenda y utiliza su mano izquierda para sentir a detalle la fina tela.

—Éste sí es un buen traje. Te queda muy bien el color.

Se cruzan las miradas. Lothar encuentra lo poco que se mantiene de la

joven que conoció hace más de quince años, aunque no deja de sentir atracción por ella.

—¿Se llama León por Tolstói?

—Yo no elegí el nombre.

—Cierto, la escritora renombrada. ¿Vas a arreglar las cosas? ¿Por eso el traje?

—Es una posibilidad...

—¿Y para qué las quieres arreglar si lo vas a volver a hacer?

—¿Qué quieres, Camila? ¿Por qué me confrontas? Cuando estábamos juntos no lo hacías.

—Te quería demasiado, pero ahora no es difícil; no eres tan complejo como crees.

—¿Todavía me amas?

—Como todos los artistas: el ego, ¿verdad?

—Tú sabes más de eso que yo.

—¿Qué dices?

—Supe que me buscaste en otros —Lothar comienza a reírse—. El amigo de Fernanda...

—¿Y qué es lo gracioso?

—Te buscaste otro artista después de mí. Pero pinta terrible, peor que Pirosmeni.

Camila no se ríe y responde con un gesto despectivo.

—Pues no era tan distinto a ti, otro ególatra y frívolo. Los artistas son como niños: hacen de sus juegos y de sus sentimientos una forma de vida; de sus berrinches, un lienzo colorido o una novelita, pero no se dedican a otra cosa que no sea dar vueltas sobre sí mismos.

—¿Y los políticos no son niños? ¿Querer ser dueños de todo? ¿Acumular sin sentido? ¿Joderse a los demás sin culpa?

—No todos, Lothar; deja de utilizar el cliché.

—

—¿Pollo o pasta? —pregunta la azafata que se acerca con el carrito de comida y le sirve a cada uno.

—No te cuidas, mujer: cerveza, refresco, pasta. ¿Más calorías?

—No soy una nena cuenta calorías.

—Como tú digas. La comida era otro de nuestros pleitos interminables, pero ¡basta! ¡Salud, por los buenos tiempos! —Lothar acerca su vaso hacia ella para que le devuelva el gesto, pero no lo hace.

—No. Fueron muchos años de intentar hacerte feliz. Un desperdicio de vida.

—Y yo traté de ser fiel y ordinario, pero no lo era.

—Como casi siempre estás en el error, Lothar: los hombres fieles no son ordinarios; los infieles, sí.

—Bueno, al parecer no quieres parar esto así que seré muy claro: tú fuiste una actriz que acumuló mucho odio y hartazgo de sólo buscar “mi satisfacción”. ¿Te acuerdas cuántas veces te dije lo aburrido que era eso? Que nunca se te ocurrió aportar algo. ¿Sabes cuántas veces me sorprendiste en nueve años? Ni una, Camila. El único que aportó ideas para que nuestras vidas no fueran tan mediocres, monótonas o caminaran hacia algún lado, fui yo.

—¡Justo es eso, Lothar! Tú esperas que la vida sea un lugar de grandes sucesos, que las cosas cambien de un instante a otro, que todos los días obtengas la mejor cogida de tu vida, sentirte enamorado... pero ése es tu error: ¡tu fantasía! ¡La vida no es espeluznante! ¿Tú crees que en la Cámara no me hubiese gustado cambiar todo? ¿Que en menos de un mes tuviéramos un país menos mierdero? ¿Que desapareciera este nivel de ignorancia y pobreza? ¿Tú crees que no me gustaría eso? Pero el mundo no funciona así. No se puede vivir enamorado, hasta tus personajes lo saben.

Lothar suspira y deja quietos los cubiertos.

—¡Paz! No voy a discutir más, mujer.

—¡Tú empezaste!

—Por favor... —Lothar toma un trago de agua.

Camila lo mira y reconoce al Lothar que hace años la cautivó, con esas manos grandes y esa voz tenue y exacta, al punto que siente calor entre las

piernas y, a la par, reconoce que no es más que un pobre diablo que no puede huir de sus creaciones, que su talento lo ha condenado de tal manera que necesita arruinarse la vida, una y otra vez, para sentir emociones y que de ellas nazca su arte que, en realidad, es a lo único que ama.

Lothar continúa comiendo y ordenando la basura de sus alimentos:

—¿Quieres mi queso? Ya no como lácteos.

—No. Ya me dijiste gorda.

—No estás gorda. Te han caído bien los años —Lothar sabe que miente con la intención de animar el encuentro.

—¿Me estás ligando?

—Si te soy sincero —se acerca al oído de ella—, en lugar de pelear preferiría volver a chuparte una teta, pero estamos comiendo y no debo hacerlo.

Camila se sonroja y acepta la broma e insinuación. Destapa el platillo principal, mastica dos bocados seguidos y retoma un punto del diálogo.

—Ya no estoy con el político. Hace dos meses que nos separamos.

—Lo lamento —aunque por dentro se dice: “¡Vaya! Un momento de honestidad”.

—No es necesario que seas condescendiente —ella reconoce que está en el punto de detener la pelea y comenzar una suerte de reconciliación.

—¿Y la razón?

—La misma: me puso los cuernos. Varias veces.

—¿Y por qué no lo cuerneaste? Como a mí.

—¡Porque no es ping-pong, Lothar! Estar con alguien no es joderse la vida mutuamente.

—¿Y alguien te aplaudió tus íntegros divorcios?

—No, ni esperé ese reconocimiento.

—A veces me pregunto: ¿qué ganó mi madre cuando se separó de un infiel como mi padre? Y la respuesta es “nada”: regresó a Alemania, se quedó sola y envejeció prematuramente. En cambio, si hubiese aceptado que las infidelidades de mi padre no eran más que la torpeza de un viejo latino buscando una alegría momentánea, un intento por no perder su hombría, que no significaban amor y que eran lo mismo que meter el miembro en una lata

de carne, “nada” (porque me consta que mi padre nunca amó ni podrá amar a otra mujer que no sea mi madre), ¿por qué simplemente no aceptó que ése era su defecto? Hay bebedores, golpeadores, flojos, irresponsables, brutos, incultos, huecos, pero mi padre no era ninguno de esos. Sólo, cada tanto, le gustaba sentir que seguía siendo un viejo casanova —hace una pausa para masticar y ella lo interrumpe.

—¿Sabes algo, Lothar? Es tan imbécil todo lo que dices que acaban de darme náuseas.

—Ahí tienes una bolsa —señala el plástico que está en el asiento de enfrente.

Camila se levanta y avanza deprisa hacia el baño. Obviamente, no es la historia de la madre de Lothar lo que le afecta, sino la propia. Le revuelve el estómago el estar sentada, por una inverosímil “casualidad”, frente al amor de su vida. Entra al cubículo y comienza a llorar. Se mira al espejo, “Lo detesto. Lo detesto”, y su inseguridad la lleva a levantarse la blusa. Observa ese vientre flácido, la piel que quedó marcada tras el embarazo fallido que sufrieron ambos, hace más de siete años, y, en consecuencia, recuerda la imagen más dolorosa de sus días y que nunca ha dejado de perseguirla como su mayor fracaso: el embrión en el retrete. Observa en el espejo sus ojos tumefactos, las recientes arrugas, la papada, y reconoce que su apariencia ya no es llamativa para un hombre como Lothar. “Te detesto, cabrón.”

Mientras tanto, Lothar se termina su comida, evita el postre dado que el azúcar no lo dejaría dormir y en lugar de abandonarlo en la bandeja lo esconde en la bolsa de tela que hay en el asiento de enfrente. Acomoda, prolijamente, la basura de la comida y deja la bandeja impecable para que los desechos sean retirados sin dificultad o para que la azafata note a otro pasajero obsesionado con el orden y la perfección.

Al levantar la vista, Lothar advierte en la pantalla a una bella actriz que inicia una escena de sexo con un parapléjico. Piensa que ése hubiese sido un buen juego sexual entre Camila y él, entre Marisa y él, entre Aurora y él, entre Daniela y él... la lista es larga mientras rememora a cada una de sus amantes hasta que vuelve a Camila: su rostro moreno, los pechos perfectos, el vientre flácido, los muslos fuertes y pegados a las costillas exhibiendo la

vulva que amó durante tantos años y que ahora vuelve a estar a su lado... pero la azafata que pasa a recoger los platos interrumpe su fantasía.

—¿Me llevo la bandeja de ella?

—Sí, gracias.

—

Otra aeromoza cruza el pasillo ofreciendo café. Lothar le pide dos. Después de casi media hora de ausencia, Camila regresa y resulta evidente en su mirada que estuvo llorando. Sin decir nada, él saca el postre guardado entre las revistas del asiento delantero y lo coloca en la repisa de ella, junto con una cuchara limpia y el café.

—Lamento haberte hecho sentir mal.

—Me recuerdas un dicho de mi abuela: “Había uno como tú y se lo comió un cerdo”.

—No entiendo.

—Que eres tan malo que en algún punto serás castigado. Es tu naturaleza.

“Y la tuya es romper los cojones”, Lothar recuerda la expresión de Antselmo, su agente y gran amigo vasco, pero sabe perfectamente a qué se refiere Camila. Decide ignorarla por un rato y al observar de nuevo la pantalla reconoce que, entre los estereotipos de las películas estadounidenses, es verdad que siempre ha preferido ser uno de los malos. Se coloca los audífonos y presta atención a la cinta para negar durante un par de horas su realidad.

Camila le da un codazo a Lothar. Él se desprende de los auriculares y ella, con un nuevo tono de voz, pregunta nerviosa.

—¿Sabes por qué estoy en este avión?

—No, no me lo has dicho —responde a sabiendas que no le interesa volver al juego de las confesiones.

—Para iniciar de cero. Renuncié al partido, vendí el departamento, el auto... Me deshice de todo con la esperanza de dejarlo atrás y justo me

encuentro contigo.

—Tal vez es con el mismo sentido: cerrar la página, el libro —por primera vez, Lothar reconoce que no hay duda en que fue ella quien planeó este encuentro.

—No lo creo.

—Bueno, de mi parte, te juro que esta situación no fue intencional, Camila. Ni siquiera sé cómo se podría lograr algo así, elegir justo el asiento al lado de tu exmujer. Mismo día, mismo vuelo, mismo destino.

—Es completamente inverosímil —lo dice tan segura que Lothar prefiere evitar el tema y darle por su lado.

—Lo sé. ¿Y? ¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás en España?

—Eso creo. Mi inglés es pésimo, así que sólo puedo hacerla en castellano. Tengo algunos amigos allá: Citlalli y Antonio se mudaron a Sevilla hace tres años, así que llegaré con ellos.

—¿Siguen juntos?

—Sí, son una gran pareja.

—Más bien Citlalli ha dirigido bien a un mandilón.

—¡Claro! Olvidé que según tú todos los buenos maridos son mandilones. Tú no podías ser domado por nadie.

—Insistes, mujer... Pues te deseo la mejor suerte. España está en crisis, pero a pesar de ello, la vida es mil veces mejor que en México. Al menos no es un privilegio regresar vivo a casa.

—En cuanto pueda y me establezca, voy a traerme a mi mamá.

—Mala idea. La maravilla de una mujer exiliada es que está sola, pero exiliada y con suegra no suena como un boleto interesante.

—No es un boleto para los de tu tipo —Camila sonrío y comienza a comerse el pastel.

“Parece que el pastelito funcionó”, piensa Lothar.

—¿Te gustó el postre?

—Sí, gracias. Dime una cosa, Lothar, ¿ahora eres feliz? Ya que te ha sonreído la vida artística.

—No es tan optimista como crees. Nadie en Latinoamérica vive de la literatura.

—¿Y de qué ha servido todo tu trabajo? Insisto, ¿eres feliz?

—Creo que lo soy, pero no me lo pregunto mucho.

—¿Tienes amante?

—No es asunto tuyo.

—¿Volviste a amar después de mí?

—¿Qué preguntas, Camila?

—Estoy segura de que te cuestionas cada tanto qué sería de nosotros.

—Lo hice por años, pero ya no. Cada quien hizo lo que pudo y creo que no recuerdas que regresé a buscarte.

—No sé cuál de todas las veces. Siempre lo hiciste: regresar rogando para que a los tres meses te volvieras a largar. Amarte a ti no era distinto que amar a un gato. ¡Eres tan voluble!

—¿Un gato? No. Justo estoy en el proceso de entenderme a partir de una imagen, una escena o un momento: un individuo solitario frente al mar.

—Explícate.

—Desde hace meses tengo esta idea en la cabeza: toda mi vida reducida a un instante, “el de un hombre frente al mar”. Que siente el temblor de cada ola en choque, que intuye la inmensidad, pero que nunca alcanza a comprender ese mar que, una y otra vez, se representa ante él. Es mi metáfora de la vida, del ser.

—Me imagino que vas a usarla para un libro, pero no te la compro en tu persona. Sabes perfectamente lo que haces. Sabes cómo hacerle daño a cualquiera. Como decía mi terapeuta: cuando la gente es brillante lo es para todo, incluso para hacer daño.

—Al parecer, me perdí tu posgrado en psicoanálisis.

—Creí que habías sido informado de todo. ¿No te enteraste de que tuve que tomar terapia? ¡Van seis años! He repensado todo lo que fuiste para olvidarte.

—

Lothar suspira y mira su reloj: “Van cuatro horas de vuelo”. Sabe que no le

interesa seguir en conflicto. Una parte de él reconoce que la mujer que viaja a su lado, de alguna manera, fue el amor de su vida durante casi una década y lo conoce mejor que nadie. Así que coloca su mano izquierda sobre el muslo derecho de Camila y ella observa el gesto: la gruesa extremidad masculina con venas y vellos, la palma que la recorre unos centímetros de arriba abajo y reconoce la artimaña de cariño. Camila toma la mano de Lothar por la muñeca y, como si cargara un trapo sucio, la suelta sobre su dueño.

—Por favor, no me toques.

Lothar asiente con la cabeza, emite otro suspiro, mira por la ventana y al observar el cielo que ha oscurecido, piensa una frase: “La noche se convirtió en una opaca pesadumbre”. Escribe las dos últimas palabras en su libreta y para aliviar lo que resta del viaje decide ser completamente llano.

—¿Qué es lo que quieres, Camila?

—¿De qué me hablas?

—¿Por qué planeaste esto?

—No seas imbécil. ¿Por qué lo habría planeado? ¿Crees que quería volver a verte?

—Sí. Dime, ¿qué quieres? Dilo claro y directo.

—Estás idiota, Lothar.

—Bueno, pretendamos “la casualidad”. ¿Quieres preguntar algo más? Hazlo y termina con esto —Lothar cae en contradicción y pareciera que en el fondo también disfruta del conflicto.

—De hecho, sí tengo otra pregunta: hace unos años, en terapia, me di cuenta de que conociste al amor de tu vida antes que a mí y que estuvo presente durante toda nuestra relación; incluso, sé que me incluiste en tu vida para olvidarla.

—¡Por dios!

—Lo sé porque después de ti conocí a muchos hombres y te vi en mí: estando en una cama ajena, pero pensado en alguien más. Reconocí tus gestos en mí, pensabas en ella cuando me cogías...

—¡Qué absurdo, Camila!

—Dime si es verdad que con la última que te fuiste te recordaba a ella, porque tengo la idea de que son idénticas.

—No, no es verdad.

—Dime quién era.

Lothar, sin quitar la mirada de los ojos miel de Camila, responde con otra pregunta:

—¿Para qué?

Ella se guarda en un silencio, pero sus pupilas se clavan en las de Lothar hasta que él corta la mirada e insiste:

—¿Para qué quieres volver atrás, abrir heridas que nos llevaron años cerrar?

—Para terminar con esto por completo, Lothar.

—¡Entonces sí lo planeaste!

—¡No, idiota!

—Ni siquiera la recuerdo, Camila. Esa mujer ya no existe para mí. La versión que te dé será una ficción porque hace poco escribí sobre ella, pero la historia real fue hace demasiado tiempo. No tiene sentido hablarte de ella.

—Te juro que no voy a reclamarte nada. ¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Lothar recuesta la cabeza sobre el asiento y decide no responder. Cuando Camila se da cuenta de que pretende ignorarla añade:

—Tienes tres para responderme o voy a gritar “¡auxilio!”.

—Qué infantil eres.

—Una, dos...

—No sé por qué me presto a tus juegos. La última vez que la vi fue hace más de diez años; después del embarazo fallido. Nos vimos en Nueva York. Y el último día fue en una esquina cualquiera, frente a un hotel, el de siempre, y en un café sin nombre. Había durado varios días el reencuentro y sin lograr ningún acuerdo; como en tantas ocasiones, decidimos no continuar. Volvimos a ser cómplices en algo: alejarnos. La escena: ella, con un nuevo abrigo rojo, caminó en dirección opuesta a mí y sin mirarme. Yo, con el mismo suéter gris que cuando te conocí, pero ya con otras ideas de la vida y del amor (que después también serían pasajeras), la miré partir durante varios segundos, pagué la cuenta y avancé hacia el otro lado, sin rumbo, sólo con la intención de alejarme, hasta toparme con Central Park. ¿Quieres la

confesión?

—Obviamente.

—Sí fue el amor de mi vida y tú fuiste el amor al que me apegué para olvidarla, al que me acostumbré y con el que más duré.

—Si no, no me hubieras abandonado. Y no le llames embarazo fallido, se llamaba Eduardo y lo sabes perfectamente.

—No lo sé, Camila. Fue hace mucho tiempo.

—Es gracioso que hables de “mucho tiempo” cuando sé que tienes la memoria de un elefante y te acuerdas hasta de lo que vestías el último día que la viste.

—Puede ser, o lo invento. Suelo crearme mis propias mentiras y las escribo. En verdad no lo sé. Incluso lo leíste en el libro, en Tania: dudé mucho sobre nosotros, evalué cada tanto cómo serían nuestras vidas, si aquel embarazo hubiese concluido, si Eduardo fuera una persona... Nunca he vuelto a estar tanto tiempo con alguien. Fuiste mi récord, casi una década juntos. No éramos una mala pareja. Antselmo, mi amigo el vasco, me lo dijo una vez.

—¿Quién?

—Antselmo.

—No lo recuerdo. Tenías demasiados amigos.

—Bueno, él dijo una vez: “Son una buena pareja y algo así no se halla fácil. Casi no hay buenas parejas en el mundo”. Tal vez simplemente éramos jóvenes y no sabíamos lo que queríamos, o yo no lo sabía.

—¡Tú no lo sabías!

—¡Ves! ¡Nunca reconoces nada! Por cierto, hiciste mal en vender tu departamento. Te hubiese convenido alquilarlo y tener un dinero seguro cada mes. Así, si las cosas no te salen en España, tendrías a dónde volver. Mal pensado, Camila; impulsiva como siempre.

—Tú no lo entiendes. No quiero ningún vínculo con el pasado y menos con un hogar que elegimos juntos.

—¡Caray! ¡Eso fue hace años!

—¡No es el tiempo, Lothar! No se trata de los malditos segundos que pasan, es lo que traen los recuerdos, los rincones, todas las cosas que quedan

marcadas.

—Eso no existe, Camila. Tu pasado sólo vive si decides recordarlo. Si lo olvidas, a nadie más le importa. ¡Bótalo en uno de esos rincones!

—Créeme que en eso estoy: por primera vez quiero olvidarme de todo. Voy a hacer algo de lo que tú predicas, pero que no eres capaz de hacer: ¡dejar ir por completo!

—¡Lo he dejado todo!

—¡Por dios! Evalúa lo que me acabas de contar. ¿No te quedaron dudas? ¿Igual que conmigo? ¿No será que tu personaje Tania es una unión de todas tus exnovias con las que vives dudando si deberías volver?

—No. Nuestra relación la enterré muy hondo. La posibilidad de un futuro contigo desapareció hace años. Ni siquiera me interesó saber de ti. De las cosas que me he enterado han sido porque a la gente, estúpidamente, le interesa contarme de ti. Y de la mujer que hablas, Mercedes, no tengo la más remota idea de cómo la ha tratado el tiempo, ni de quién fue madre, ni con quién se casó...

—Uno siempre quiere saber.

—Te equivocas. Como dice un amigo: “Si bateas, asegúrate de hacer un *home run* para que no la vuelvas a ver nunca”.

—Y aquí me tienes —Camila se ríe—. ¿Traes una foto de León?

—Sí —Lothar suspira y por primera vez, durante el viaje, se desabrocha el cinturón de seguridad. Saca de su bolsillo el celular. Abre el carrete de fotografías. Tiene una infinidad de imágenes con el niño; sólo ellos dos, sin la madre, y en ocasiones un perro.

—¡Qué hermoso! Seguro que tiene una bella madre. ¡Y un golden! ¿De quién es el perro?

—De León.

—¿Y cómo se llama?

—Te vas a reír.

—¿Benjamín?

—No. Se llama Camila.

—¡Eres un imbécil!

—Lo adivinaste muy rápido —Lothar se ríe.

—Lo sabía.

—Amaba a ese perro.

—Claro, por eso lo abandonaste conmigo. ¿Sabes cuánto te lloró ese animal? Creo que mucho más que yo. No vivió mucho tiempo más.

—Lo perros grandes viven poco.

—Los perros tristes, Lothar.

—Bueno, otro punto para el cerdo malvado —Lothar guarda el teléfono y se abrocha el cinturón de seguridad.

—Pobrecito, todavía le temes a los aviones —Camila se burla—. ¿Sabes qué otra historia nunca me contaste?

—No, por favor.

—La de tu oreja. Ya eras mi novio en ese momento, pero estoy segura de que hubo otra mujer involucrada y no te atreviste a decirlo.

—Si ya lo sabes, ¿para qué preguntas?

—¿Hubo otra mujer?

—Sí.

—¿Y cuál fue la historia?

—No la vas a conocer.

—No voy a dejarte en paz hasta que me la cuentes. ¿Quieres que grite?

—¿Y si te la cuento, cambiamos de temas?

—Trato —Camila ofrece su mano izquierda para cerrar el acuerdo.

Lothar no le da importancia al gesto, le aprieta la palma y comienza.

—Fue sólo una vez. Tal como lo decía tu padre: “Hay mujeres pa’l rato y mujeres pa’ la vida”.

—¡No me hables de ese idiota!

—¡Vaya! Hasta que aceptas que tu padre sí es un idiota. En aquel entonces, todavía pensaba que tú serías para la vida, pero estabas a miles de kilómetros y una jovencita con un frondoso trasero y con una bolsa que valía más que mi sueldo de esa época era sólo una mujer pa’l rato.

—¿Por qué? ¿Cómo lo sabías?

—Cuando el *traste* es muy grande son bellas de los quince a los veinticinco máximo; después, comienza el deterioro...

—¡Eres un asco!

—Ya lo sabemos, Camila. Pasó lo que tenía que pasar, en una sola ocasión. Días después, en una noche melancólica (en parte porque estaba muy lejos de ti desde hacía semanas), salí al bar que estaba más cerca del hotel. No quería hablar con nadie. Me senté en esa barra y no recuerdo qué sucedió primero, pero me encontré al novio de aquella chica, acompañado por un grupo de cinco y con ganas de hacer justicia. Nunca aprendí a pelear, lo sabes; la primera vez que intenté romperle la cara a un tipo, mi puño acabó en su hombro y mi labio fue lo único roto. Así que ahí, contra cinco, no era una opción probarme. Hubiera sido genial llamar a mi *crew* y en ese momento mostrarles a esos texanos lo que podían hacer tres mexicanos, dos alemanes y un mexicano-germano, pero no era una opción. Me paré junto a la barra y mi primer movimiento fue tirar una de las sillas largas para formar un obstáculo y rogar por ser más rápido que los cinco.

—Bastante patético.

—Lo sé. Corrí como nunca lo había hecho, pero cuatro inmensas cuadras me separaban del hotel. Esa noche me arrepentí como nunca de gozar del tabaco y mi mala condición física. Antes de que terminara la primera cuadra, cayeron sobre mí los antiguos tacleadores de un *high school* y logré defenderme como una catarina: me hice bolita, cubrí la cabeza con las manos, las bolas con los muslos, las pantorrillas y los talones, y aguanté a gritos hasta que terminaron las patadas. Afortunadamente, alguien del vecindario llamó al 911. Tres costillas rotas, una tibia quebrada y sordo de un oído. A la mañana siguiente, uno de los alemanes fue quien le marcó al productor para avisarle que el director había sido golpeado por un grupo de neonazis. Fue él quien los llamó así. Era una mentira absoluta, pero me salvó contigo y con el productor. Horas después, enviaron a otro director a terminar el comercial: las tomas de esa camioneta todoterreno atravesando el desierto, y nunca volví a tener un encuentro tan *not worth it* como aquel.

—Lo sabía.

—Si ya lo sabes o ya lo intuyes, es porque es cierto. Soy infiel, Camila. Ése es mi mal, igual que mi padre, el padre de mi padre y muchos más. ¿Contenta? —Lothar sonrío.

—No.

—Pues eres tú quien sigue hurgando. Cambio de temas.

—Por supuesto que no. “La vida se vive en analepsis”, es un diálogo de Tania en la novela: “La vida es un camino del Reina Sofía al Prado y no al revés”.

—¡Vaya! Al parecer te gustó mi novela, pero te juro que olvidar es el mejor recurso. Paremos.

—Tan no lo es que no sabes hacerlo y tus recuerdos se los adjudicas a tus personajes.

—¿Por qué insistes en pelear, mujer?

—No es eso.

—¿Sabes? Me gusta pensar que la gente cambia, Camila. Que el mundo no es un escenario donde los muñecos siempre somos los mismos. Reconocer que a partir de cada aspecto que cumplimos nace el siguiente y eso nos obliga a caminar, a vivir procesos de cambio. Pero tú...

Camila lo interrumpe.

—“Amor es dar lo que no se tiene a quien no es”, Lacan.

—¿Me escuchaste? ¿O sólo estabas esperando a emitir tu “frase” para demostrar que sabes de qué hablo?

—¡Te escuché, maldito arrogante!

—No lo creo.

—¡Ahí demuestras que tú no cambias! Crees que te las sabes todas porque te contesto con una frase que amo y resulta que no te escucho. ¡Ves! Eres la prueba de que no importa cuánto vivas o crezcas, tu egoísmo avanza al mismo paso. ¿Sabes cuántos hombres me han deseado en estos años?

—¿Eso qué tiene que ver, Camila?

—¿Sabes cuántos desearían estar conmigo?

—No me importa. Ya no me importas, mujer. Sólo he intentado ser amable y respetuoso, pero lo que sea de ti me da exactamente igual.

Las mejillas de Camila se tiñen del color de la rabia y, sin darse cuenta, repite un gesto que él conoce perfecto: la apertura de sus fosas nasales. “Igual que un simio enfurecido”, piensa Lothar. Camila cierra su mesita y se levanta colérica. Aunque no tiene a dónde ir, recorre el pasillo del avión con la mirada nerviosa e intenta encontrar algún asiento vacío. Él recuerda sus

antiguas discusiones en las que ella siempre tenía que abandonar el escenario, en uno u otro momento. Un gesto típico de las mujeres que ha conocido o una consecuencia de las palabras de un individuo que también sabe que la inteligencia en las personas es para lo bueno y para lo malo, que el autor que genera instantes sublimes también es capaz de ser el más cruel cuando se trata de dañar al prójimo.

—

Tal como lo dijo la azafata cuando Camila abordó el avión, no hay ningún asiento disponible. Afuera de los baños, siete individuos esperan su turno de pie. Camila se coloca detrás de quien parece ser el último, un anciano, y le pregunta:

—¿Ésta es la fila para el baño?

—Ya lo creo —responde el viejo con su acento catalán—, pero no estoy en la fila; si no me levanto se me entumecen las piernas a tal punto que después no puedo ni caminar.

Camila intenta relajarse, reconoce que en las palabras del señor hay una invitación a charlar, y si lo hace, será más fácil desprenderse del momento que vive. Así que finge interés, a pesar de que ha reconocido el acento.

—¿De qué región es usted?

—Cataluña. Barcelona.

—¡Qué lindo!

—¿Conoce?

—Un poco, de hace muchos años, pero me muero por llegar. En un par de semanas estaré por ahí.

—Le va a encantar. Para mí es la mejor ciudad, pero últimamente nos han sucedido dos cosas: nos ha comido el turismo y la crisis se ha llevado a los jóvenes autóctonos. A eso fui a México; de trece nietos, once están fuera del país y siete en México.

—¡Vaya!

—¡Exacto! ¡Vaya mierda! Hemos generado un lugar que no les da futuro

a sus jóvenes.

—Bueno, ésa es la realidad del mundo entero, no sólo de España.

—A mí lo que me importa es Cataluña y no veo para dónde va todo esto; pero soy viejo y a los viejos no nos toca transformar las cosas. Ya hicimos lo nuestro, que evidentemente resultó con errores.

—¿Y viaja solo?

—No, vengo con una de mis nietas, mi favorita, pero duerme demasiado. ¿Por qué la pregunta?

—Quiero intercambiar asiento con alguien, pero tiene que ser una persona que viaje sola.

—Pues sí.

Al lado de ellos, con una bella y redonda cabeza calva, hay un hombre alto que tiene que reclinarse para estar de pie en el pasillo y, mientras espera su turno para ingresar al sanitario, escucha la conversación del catalán y la mexicana. Atraído por las facciones y la piel de Camila, el noruego intenta conocerla a través de un gesto de amabilidad.

—Si quisiera usted, puedes tomar el asiento mío.

Camila se sorprende de la gentileza del extranjero y emite con toda sensualidad un agradecimiento para que se produzca la oferta. Realizan una torpe presentación de desconocidos en la que pasan de largo al catalán y en la que ella le explica lo absurdo de su situación, al estar “por mera casualidad” sentada con su expareja. El noruego, que se presenta como Bork, la entiende por completo y mientras avanza la fila del sanitario, muestra su simpatía en un humor sarcástico que emite con un agudo tono de voz. El anciano catalán comprende que fue desplazado de la conversación y, sin despedirse, vuelve a su asiento, a un lado de su nieta. Finalmente, llega el turno de Bork para ingresar al cubículo y con su nerviosismo aporta un dato torpe.

—Sólo “pupu” y el cambio hacemos yo por tú.

Camila se sorprende por lo explícito del noruego y se apoya sobre uno de los muros laterales del avión, sin darse cuenta de que su cabeza cubre la pantalla a varios de los espectadores, justo en una escena de acción. La mirada que uno de los pasajeros le dirige es tan agresiva que, sin verla, ella la intuye, después la comprueba y se mueve un paso pidiendo una disculpa. En

el momento en que Bork abre la puerta, sonríe hacia Camila y ella alcanza a percibir la pestilencia que sale del baño.

— Vamos? —pregunta él sin quitar la sonrisa que Camila le devuelve con falsedad.

Ambos caminan hacia el fondo del avión, donde un colega de Bork ronca a todo volumen; también es de inmensas dimensiones y tiene las piernas estiradas hacia el pasillo. Bork lo despierta y le explica con una voz masculina, que poco se parece a la que tiene en castellano, la situación de Camila. Sin decir nada, el compañero envuelve su cobija en el antebrazo, se levanta y le ofrece una sonrisa a la mexicana, quien en su mal inglés le da las gracias y su número y letra de asiento. El compañero camina agachado hacia el frente del avión hasta llegar a la hilera de Lothar, quien observa al nórdico retirar la cobija de Camila y tomar asiento sin preguntar ni decir nada.

Contrariamente a lo que se esperaría de él, Lothar le indica:

—Lo siento, pero está ocupado este lugar.

—*Not anymore.*

Lothar, sin responderle al noruego, aprieta el botón para llamar a la azafata y el extranjero tampoco pierde el tiempo y regresa a donde están Camila y Bork, que ya han tomado asiento y que conversan entre risas. El compañero mira molesto a Bork y le explica en su idioma que un *hassidic* sin caireles no le permitió sentarse. A pesar de que Camila no comprende una sola palabra de noruego entiende la situación. “ Pinche Lothar!”, se dice entre dientes y el color rojo regresa a su rostro, pide disculpas y cuando est  a punto de levantarse, Bork la detiene en un nuevo intento de caballerosidad, cede el asiento a su compañero y es él quien va directo a sentarse al lado de Lothar.

—Hola —sin preguntar, Bork toma el asiento de Camila.

Lothar no responde al saludo del hombre calvo.

—Este asiento está ocupado.

—Lo siento, amigo, pero regresar no quiere ella —responde Bork con su

tono agudo.

—Lo siento por ti, pero no puedes sentarte aquí —Lothar aprieta nuevamente el botón para llamar a la azafata, como si hubiera sido él quien se aseguró de planear y conseguir el asiento al lado de Camila.

—No hagas esto —insiste Bork.

—Lo que suceda entre ella y yo no es asunto tuyo. Tú entiendes bien eso. ¿Eres un nórdico, no? Tu gente no se involucra con asuntos ajenos.

—Mío es el asunto cuando el momento en que me ha solicitado la dama un favor.

Lothar reflexiona por un segundo sobre la mala sintaxis de su interlocutor y en ese instante, se acerca la aeromoza y apaga el botón.

—¿Sí?

“De edad avanzada, pero con un porte excepcional”, piensa Lothar al ver la belleza de la azafata y, aunque no sabe cómo argumentar lo que sucede sin sonar como un tarado empedernido, responde amablemente:

—Señorita, éste no es el asiento del caballero. ¿Puede pedirle que regrese a su lugar?

La azafata española mira a Bork a los ojos y él, que ya intercambió el boleto con Camila, le muestra el papel.

—Mire, mío asiento, el 34B.

Con actitud seria, la azafata mira a Lothar y pregunta:

—Señor, usted ya sabe que el vuelo fue revendido, pero realizaré un par de cambios con el personal para cederle un asiento de primera clase. ¿Le interesa tomarlo?

—No, gracias. Pagué por este asiento y, simplemente, no quiero a este caballero a mi lado porque es el lugar de mi exmujer.

Bork sólo niega con la cabeza y la aeromoza, con una atinada intención, le realiza la misma oferta al noruego, quien de inmediato accede.

—Los latinos poco hombres son —se burla Bork al levantarse.

—Pobre lambiscón —le responde Lothar mientras Bork lo ignora y camina hacia el frente del avión.

Filas atrás, Camila se mantiene molesta, pero ahora se debe a que el compañero de Bork no deja de roncar.



Tras un par de fuertes turbulencias, al frente del avión, Bork habla libremente con una asustada y atractiva cubana. Al fondo, Camila sobrelleva la situación del vuelo, pero no logra sentirse en paz con los ronquidos del compañero de asiento. Lothar se ha quedado solo y enciende su tableta. Es un buen momento para retomar la historia del hombre frente al mar, construida a partir de hipertextos, fragmentada en escenas y breves secuencias, entre analepsis y prolepsis, con un narrador en primera persona: Emil Hoffmann, un vago, estadounidense, escritor y jugador de póker que recorre distintas ciudades del mundo para ganarse la vida en los casinos; a los que nunca regresa porque el negocio de los mismos es que el cliente nunca triunfe. Un texto que parte de esa imagen que le narró a Camila, sobre la vida como un instante incognoscible.

Lothar revisa el archivo, las notas de su amigo, agente y editor, Antselmo. Al terminar, recuesta la cabeza en el asiento, cierra los ojos, siente las turbinas del avión en su pulso, el olor a alfombra, plásticos, comida, humanos. En sus párpados cerrados observa el color rojo que siempre lo acompaña y piensa en la misma escena: el individuo, Emil Hoffmann, con un traje azul marino y camisa blanca frente al océano. La imagen que lo ha llevado a escribir más de treinta cuartillas. Regresa el color rojo a su mente y de la nada se pregunta: “¿Cómo distingue un ciego el estar dormido del estar despierto?”. En ese momento, una fuerte turbulencia agita el avión provocando que su tableta caiga al suelo.

Por el micrófono, el piloto del avión les informa a los pasajeros que no deben alarmarse, pero atravesarán una zona con más turbulencias y se enciende el indicador de los cinturones de seguridad. Como nunca le han gustado los aviones, Lothar siente de inmediato el sudor de manos, cuello, frente y espalda. En el oído que no le funciona se asienta la presión de su cabeza. Recoge y apaga la tableta. Cierra los ojos e intenta guardarse dentro de sí y respirar profundo. Aprieta su cinturón tanto como puede y se concentra en su paz interna. No soporta las situaciones en las que su intelecto

no tiene el control, sabe que es torpe con su cuerpo, que su vida ha sucedido detrás de espacios cerrados, limitados, urbanos, y reconoce que desde la pérdida de su oído su equilibrio desvaría completamente.

Pasan varios minutos para que se detengan las turbulencias y apaguen el indicador de los cinturones de seguridad. En cuanto sucede, Lothar se levanta deprisa y avanza hasta el baño. Se siente tan mareado que no le pasa por la mente buscar a Camila entre los asientos, pero ella lo observa y nota su mal estado, con la piel más pálida que los muros del avión.

Lothar ingresa en el sanitario y vomita. Camila brinca al noruego ronroneador y va hacia el baño, se coloca afuera del mismo y toca la puerta

—¿Estás bien?

—Sí —responde Lothar abruptamente y carraspea. Lava sus manos con intensidad, se limpia la barba con abundante agua. Se seca el rostro y las manos con las servilletas de papel. En su manía por el orden, limpia las manchas de agua en el espejo, en el lavabo y en sus lentes, y sale del cubículo.

—¿Todo bien? —insiste Camila al notar la palidez de su rostro.

—¿Quieres volver a tu asiento? ¿O seguirán llegando vikingos?

—Podría. Mi nuevo compañero ronca como un jabalí.

—¿Y esperabas que yo me lo quedara?

—Me hubiera encantado.

Lothar le ofrece la ventana a Camila con toda la intención de no dejarla escapar una vez más. “¿Hacemos las paces?”, le ofrece su mano derecha y ella regresa el gesto. Sostienen la palma del otro durante varios segundos, como si todos los males de este encuentro no hubieran sucedido.

—Lo siento mucho. No sé cómo comportarme contigo.

—

Durante el resto del trayecto ambos logran dormir y una pacífica y casi mínima convivencia. Tras el aterrizaje y descender del avión, Lothar camina

por un pasillo futurista, repleto de onduladas vigas de acero que le aportan un sentido orgánico a la estructura del aeropuerto y mira las posaderas que rebotan dentro de los delgados pantalones beige que viste Camila. No ha olvidado ese cuerpo ni el lunar negro que vive escondido justo entre el pliegue de la nalga y el muslo izquierdo. Ella no lo mira, camina unos metros adelante sin que Lothar tenga la menor idea de lo que trama.

Ambos descienden las múltiples escaleras eléctricas y sobre sus cabezas cruza una infinidad de tubos y cableados industriales de una arquitectura que deja ver su esqueleto a la par de la simpleza de su composición. Lothar observa la espalda alargada de Camila y nota que, a diferencia de su recuerdo, es más alta que todas las mujeres de su pasado, incluso de las que están presentes en el lugar, a excepción de un par de africanas con las que Camila y él forman una larga fila para esperar el tren que conecta las distintas áreas del aeropuerto.

Al ingresar al vehículo sin conductor, Camila le confiesa a Lothar que hace más de veinticinco años que no regresa a Madrid y que no esperaba un aeropuerto tan moderno. Lothar duda si “moderno” es el adjetivo correcto y cambia el tema.

—Imagina, por un segundo, que al no tener maquinista este vagón no tiene destino. ¿Qué harías?

—Grito —responde Camila.

—No, no me refiero a algo malo, sino a un tren que avanza noblemente hasta cualquier tierra; que puede detenerse en Milán, Estambul o hasta Bangkok...

—Este tren va a las otras terminales. Tiene un destino como la vida misma, mi estimado soñador.

Lothar se queda callado, sus preguntas tontas no suelen ser bien recibidas por la gente práctica. El convoy llega a su destino. Recogen las maletas y en ese momento él llama a Mariana, la madre de su hijo, León. Camila intenta escuchar la conversación telefónica y lo que de inmediato percibe es que la mujer está molesta y no piensa recibir a Lothar. Ambos cruzan la aduana en distintas filas; él en la de europeos y ella en la de no-europeos.

A pesar de que la línea de Camila tarda mucho más tiempo, Lothar se

detiene detrás de los agentes migratorios y la espera. Cuando ella se libera de la aduana, lo observa de lejos por primera vez: delgado, alto, con su traje azul, la barba impecable, sosteniendo las maletas y una caja de cartón, y con el mismo aspecto que cuando lo conoció. “Cabrón inmaduro”, se dice al reconocer que Lothar es inerte al tiempo y se acerca para comentarle que alquilará un auto para recorrer La Mancha, Cataluña y Andalucía, pero si él lo desea puede llevarlo esta noche a su casa a cambio de que él le muestre un poco de Madrid. A lo que Lothar asiente una vez que percibe un cierto estado de paz y que su cita con Mariana y su hijo fue cancelada.

—

Mientras Lothar conduce, recorren las tradicionales zonas de la ciudad y él hace mención de cada una como si fuera un guía de turistas. Camila vincula esas calles con sus recuerdos hasta que enciende un cigarro y toca el verdadero punto de todo lo acontecido.

—¿Qué sería si volviéramos?

—¿A dónde?

—Tú y yo, Lothar.

—Pleitos, buen sexo y más pleitos. No sé si valdría la pena. Por primera vez quiero hacer las cosas bien. Estoy más viejo. Ya no soy un tarado al que se le permita equivocarse. Quiero una casa, unos hijos felices, quedarme con Mariana como un compañero de por vida. En verdad es una gran mujer.

—Como todas las que abandonas.

—Sí, pero sin ofender, de todas las que he conocido, ella es la más afín a mí. Y si desde el inicio el compromiso es “hacerlo bien”, tiene que funcionar.

—¿Y no crees que podríamos funcionar ahora? ¿Ya maduros? ¿Más libres? ¿En otro país y en otra época de nuestras vidas?

—No lo sé, Camila. Hace años que no convivimos y hoy hemos peleado como un par de adolescentes.

—Yo ya no estaría en la política y tú ya no tienes que probarle a nadie que eres un gran escritor.

—Ésa es una batalla interna, no externa. Por favor, no te ofendas. Agradezco tu sinceridad, pero voy a intentarlo con Mariana, es la madre de mi hijo. Esa caja de libros que traigo es para ambos.

—¿A León le gusta leer?

—Sí, bastante. Su madre es una recalcitrante enemiga de la televisión, así que los libros son lo máximo para él. Me hubiera gustado que me educaran así: menos televisión, menos abandono, más libros e ideas... para ser un individuo más sabio y feliz, que no temiera tanto de mis propias decisiones, o al menos tener un carácter más firme, sin tanta inseguridad, con menos tonterías en la cabeza.

—Tiene sentido. ¿Vamos hacia tu casa?

—Mi casa es donde viven Mariana y León. Por ahora tengo un piso detrás del Parque del Retiro. Amo ese parque; es una de mis tantas oficinas.

—¿Y nunca te quedas a dormir con ellos?

—Si las cosas salen bien, sucederá muy pronto —Lothar saca del bolsillo de la chaqueta un estuche y se lo muestra.

Camila recibe la cajita de terciopelo, se queda muda y tarda varios segundos en abrirla.

—¡Espera! ¿Cuál es el plan? Me llevas a mi casa, ¿y después? ¿Dónde vas a pasar la noche?

Camila, preocupada, levanta la mirada hacia el camino y vuelve a convertirse en una actriz.

—¡Mierda! Tenía que confirmar mi reserva...

—¿Vamos hacia tu hotel antes?

—No sé, ¿y si ya perdí el cuarto?

Lothar detiene el auto, piensa por unos segundos qué hacer y añade:

—Te puedes quedar en mi piso, pero con una condición: no llevemos esto a más.

—Es muy bonito, muy parecido al que me diste una vez—comenta mientras le regresa el anillo—. Y desde el avión te pedí que no me tocaras, así que no digas estupideces.

—Perfecto. Bueno, mi gusto por el minimalismo no ha cambiado y ese anillo lo hizo un amigo joyero... —retoma el camino hacia su casa.

—Mucha suerte, Lothar. En verdad espero que esta vez lo logres.

Al llegar al departamento de Lothar, Camila observa el vacío: los libros apilados en el suelo, recargados contra las paredes, una mesa de plástico que contiene todo el desorden y una vieja computadora. Al fondo, un colchón sin base sobre un tapete arabesco.

—¡Vaya que eres minimalista! —Camila busca otro cigarro en su bolso.

—Aquí no es intencional, pero cada vez que me pregunto si vale la pena invertir en muebles llego a la misma conclusión: si regreso con Mariana, ¿qué voy a hacer con ellos? Por favor, no fumes aquí; me costó muchos años abandonar el vicio.

De pronto, Lothar recibe una llamada telefónica. Al parecer, Mariana se está disculpando y acuerda con él que mañana llegará a su piso a las diez. Él le cuenta que se encontró con un amigo de México en el avión, “Carlos”, y que le brindará hospedaje. Se despide cariñosamente y con una gran sonrisa que demuestra lo poco que falta para que se reconcilien. Mientras tanto, Camila deja su maleta apoyada sobre una pared, camina varios pasos para leer los títulos de los libros y después, frente al escritorio, se sienta en la única silla que hay en el pequeño estudio.

—Me va a perdonar, ya verás. Al final, qué bueno que no me recibió hoy para al menos poder ofrecerte esto —Lothar va hacia el colchón, lo levanta e intenta sacar el tapete que está debajo del mismo.

—¿Qué haces?

—Yo duermo en el tapete y tú en el colchón.

—¡Por dios, Lothar! No somos un par de quinceañeros y tampoco tenías por qué cambiarme el género ni el nombre. Compartimos el colchón y ya; si no, vas a dormir todo incómodo.

—Está bien —suelta el tapete—. Si quieres, cámbiate en el baño. Dormí muy mal en el avión y muero de sueño. Aunque, perdón, no tengo nada en casa y tampoco te pregunté, ¿tienes hambre? ¿Quieres que bajemos a cenar

algo? Venden unas tapas en la esquina...

—No, muchas gracias, Lothar. Si bajamos a comer, se me quitará el sueño y quién sabe hasta qué hora. Nos quedan tres horas para que amanezca. Mañana tengo muchas cosas que hacer y tú también.

Al ser un espacio en el que abunda la madera, la temperatura del ambiente es agradable para los inicios del invierno, pero Lothar, que no puede dormir con frío, enciende la calefacción. Se recuesta en calzoncillos y camiseta; se mantiene despierto, hojeando la última novela de Mariana y que olvidó llevarse al viaje. Una obra apocalíptica y puramente visual sobre el fin del agua en la Ciudad de México. Minutos después, oye la ducha abrirse y continúa la lectura hasta que termina la primera parte. Cuando Camila abre la puerta del baño, el vapor invade una parte de la habitación y Lothar nota que no es una pijama lo que Camila viste, sino un vestidito de seda en el que se transparenta su figura. “Ya no eres joven, Canelita.” Ella cruza frente al colchón y como Lothar está recostado, desde abajo alcanza a mirar el lunar que hay entre el pliegue de su nalga y su muslo.

—¿No traes calzones?

—Sabes que no puedo dormir con ropa interior.

—¡No hagas esto, Camila! ¡Por favor! Estoy por arreglar mi vida.

—¡Tranquilo! No pienso ni tocarte. Sólo vamos a dormir.

Lothar suspira, se quita los lentes, apaga la lamparita que está a su lado y gira todo su cuerpo hacia la izquierda para ignorar la presencia de su huésped. Ella se recuesta y se envuelve en las sábanas.

—Buenas noches, ex.

—Buenas noches —responde Lothar.

Camila mira hacia el techo, quiere decir algo, pero no sabe cómo iniciar ni reconoce con exactitud qué es lo que debe plantear o si tiene las agallas para hacerlo. Lothar no deja de pensar en ese lunar. Si fuera por él, encendería la luz, le pediría que se colocara de rodillas y palmas sobre el colchón, le alzaría el vestidito para ver ese trasero, tocar el lunar y sentir la vulva que alguna vez amó como una parte de su ser. Sólo de imaginar la posibilidad del encuentro comienza una erección y no entiende cómo es que ella se entera, pero como

una serpiente que se desliza entre los pliegues de la sábana, el brazo de Camila se estira, recorre el muslo de Lothar, y por el agujero del calzoncillo cruza su mano para tomar con fuerza el miembro y acariciarlo.

Sabe que no debe, que no tiene que responder y, sin embargo, Lothar gira su torso, mete las manos bajo el vestidito y siente la minúscula protuberancia del lunar y los muslos empapados.

—

A la mañana siguiente, apenas cuatro horas después, Lothar es el primero en despertar. A pesar del frío de afuera, abre todas las ventanas para que el apartamento comience a ventilarse del olor a sexo. Después se acerca a Camila y la despierta.

—Te tienes que ir. Falta nada para que lleguen Mariana y León.

Camila abre los ojos, entiende la situación y se levanta de prisa. Lothar quita las sábanas, saca el tapete de abajo del colchón, para simular que durmió en él, y lo coloca al otro lado de la habitación. Baja rápido a la lavandería del edificio para lavar las sábanas y la ropa del viaje. Cuando regresa, Camila ya está arreglada, con la maleta lista y tomando un té.

—Te preparé uno.

Lothar toma la taza con un té verde y en su rostro evidencia los nervios que siente ante el apuro.

—Bueno, mujer. Cuando salgas de acá, toma la avenida grande...

—¡Ya encontraré mi camino! Y no te alteres, bien lo hablamos ayer: el pasado sólo existe si decides recordarlo.

Lothar se alivia un poco con las palabras de Camila, le da un beso y un forzado abrazo de despedida; abre la puerta de salida y se retira. “Tengo que bañarme.” Camila toma su equipaje y antes de partir escribe una nota: “Eres mi vida, Lotario”, y la deja sobre el teclado de la computadora.

Con dificultad, Camila baja la maleta por las escaleras y avanza hasta llegar al auto que arrendó. Enciende el motor. Conduce en busca de la avenida grande; cuando la encuentra, sabe que esa autopista no es su

dirección. Se da una vuelta en U, regresa a la calle del apartamento y se tranquiliza con un par de píldoras y el primer cigarro del día.

Lothar se seca, se viste, acomoda de prisa algunos objetos sobre el escritorio, pero no percibe el papel que le dejó Camila. Su celular vibra, es Mariana que ya está abajo con León. Lothar se alegra, toma el estuche con el anillo y sin zapatos baja la escalera corriendo. Cuando sale del edificio, Camila, con el motor encendido y desde el auto, observa la escena mientras el humo del cigarro se expande frente al parabrisas: una bella y joven mujer toma la mano de un niño y ambos sonríen al ver al hombre barbudo y descalzo que corre por la acera fría y hacia ellos, para después hincarse a besuquear y cargar a León, y al ponerse de pie, abrazar a la madre con efusión y entregarle el estuche con el anillo, entre más besos y abrazos.

Camila, con ambos pies, pisa el embrague y el acelerador hasta el fondo. Por un segundo, duda cuál debería soltar. Deja que su pie izquierdo decida: el auto brinca velozmente la acera, la bolsa de aire se abre cegándola y el resto son gritos y una escena tan absurda como terrorífica.

Segundo capítulo

Confirmando que soy Antselmo Basauri, agente y amigo de Lothar R. Hoffmann, y responderé a todas sus preguntas, caballeros, pero les pido un poco de paciencia: mis recuerdos casi nunca marchan en línea recta y me duele hasta las entrañas lo que ha sucedido.

Bueno, comienzo: estoy seguro de que fui el primero en decirle a Lothar que acabara con esa relación. Cuando me contó sobre las vesanias de Camila, me resultó evidente que la exacerbada inseguridad de esa mujer necesitaba un límite. Para mí, la celotipia sólo proviene de la más alta putería: aquellos que han engañado, o engañan, temen del otro lo que ellos mismos son, o han sido. Es mi teoría. En cada cosa que decimos, en cada idea que tenemos o en cada actividad que realizamos, la medida del otro y del todo es el “yo”. Con mis pacientes he visto a flacas retratar a una gorda como si fuera flaca y viceversa, porque hasta en la representación de “el otro” es evidente que la medida del mundo es uno y el cuerpo propio la herramienta.

Iré un poco más atrás: durante años, Lothar hizo de la vida una porquería desechable, fue un publicista o, más bien, un director de cine que filmaba anuncios de televisión. Pero en algún punto le dio un giro a su vida con la literatura, y lo que les sucede a muchos artistas es que se quedan con la primera tía que creen que les ama y luego ya no tienen un carajo que compartir con ella. Eso le pasó a Lothar, y fue lo que durante tantos años confundió con amor. No quiero sonar explicador, pero cargo con el estigma de profesor. El amor no existe; existen las relaciones humanas y aquí hay un punto que para mí es esencial y que aprendí de un gran poeta mexicano, hay tres ramas que fácilmente se confunden: sexo, erotismo y amor.

El sexo es el nivel más básico, lo practicamos todos los seres vivos, la

vida misma, la necesidad de toda especie por continuar. El erotismo es la vida de Lothar: fantasioso, soñador, seductor, enamorado, siempre mudando de parejas, viviendo en una intangible realidad sin tiempos, sin orden y de mil colores; porque las formas, los olores, las tonalidades... son el erotismo y también son los principios del arte —ambos fantasía—. Por eso al que sueña demasiado nunca le convence lo real. Y el tercer nivel, “el amor”, es básicamente lo que depositamos en individuos específicos: una balanza de cuidados, atención, gestos, el cariño de una madre a su hijo, el afecto a un hermano, la predilección a un amigo; entonces nada tiene que ver con el sexo o con el erotismo. Así que lo que existe bajo las promesas o premisas de “amor” son simplemente relaciones humanas, y la de ellos dos fue una relación bastante compleja y sostenida sólo en el primer nivel, el sexo.

Entonces, cuando conocí a Lothar, él era un cineasta fracasado, despotricaba contra el cine comercial, porque decía que ahí se había acostumbrado la sociedad a la narrativa puramente lineal, vacía y sobreexplicada. Por entonces, lo único que él leía era teoría cinematográfica, filosofía, poesía y veía la tele como un imbécil, demasiadas horas al día. Tenía una relación con Camila. No compartían nada, pero según ellos se amaban. Como sus proyectos no se filmaban, se empeñó en escribir guiones hasta que él mismo pudiera financiarlos, y en el inter hizo mucho dinero grabando publicidad. Años después, terminó por hacer de esos guiones novelas, grandes novelas, y convertirse en escritor. Así es como mutamos, variamos, es lo que somos: seres plásticos que cambian de forma continuamente. Por eso yo nunca me casé, sabía muy bien que rápidamente cambiaría y donde un día encontré la belleza, al día siguiente encontraría la fealdad más obscena.

Tal vez por esa mutación continua y su capacidad de análisis comencé a ser amigo de Lothar. Muchos maestros de la antigüedad han reconocido que la amistad es una relación mucho más importante que la de pareja, y hasta hoy tengo a dos mexicanos que son de mis grandes amigos, todo lo contrario a los estadounidenses: seis años en ese país acartonado y tuve amigos polacos, chinos, incluso árabes, pero ningún yanqui. Aclaro que una gran mayoría de los mexicanos tampoco son buenos amigos, no son honestos y

sólo funcionan como amistades de borrachera, pero los dos que conocí en profundidad realmente siguen en contacto conmigo, y Lothar ha sido el más cercano de ellos. Y los vascos somos... No lo sé, tal vez más secos para demostrar aprecio, un tipo de cariño que no brota tan fácil, pero un buen amigo vasco te dura más allá de esta vida. Sin embargo, creo fielmente en lo que decía Pío Baroja: “El mayor número de amigos marca el grado máximo en el dinamómetro de la estupidez”.

Así que la amistad que tengo con Lothar es del tipo entrañable. Han existido diferencias y, sobre todo, maneras que nos han enseñado a ambos el otro lado de la moneda. Somos muy distintos, cada uno proviene de un lugar y de disciplinas sumamente dispares. De hecho, había un tercero en el grupo, un profesor chileno, filósofo, o más bien académico de filosofía; un hombre que habló durante tantos años tan mal de su mujer que lo ayudamos a abandonarla. Cuando se divorció, fuimos más amigos que nunca, sobre todo él y yo, porque Lothar perdía mucho tiempo con la publicidad y Camila, y a los dos o tres años, el chileno volvió con la mujer. Se casaron de nuevo y no fuimos invitados a la boda. Al académico de filosofía ya no le quedó dónde esconder la cabeza. No lo hubiésemos juzgado o tal vez sí, no lo sé, uno juzga aunque no quiera, pero prefirió alejarse de nosotros y lo entendimos. Es otro ejemplo de lo que digo: la medida del mundo es uno mismo. Él fue el de las malas críticas y decisiones, y luego faltó poco para que nos culpara a nosotros de sonsacarlo.

Perdón, ya regreso al tema: en realidad, nadie puede forzar o sonsacar a nadie, señores. La gente hace lo que quiere, aunque en ocasiones culpen a un tercero. Camila hizo lo que quiso, lo que le dio la gana, a pesar de las terribles consecuencias. En estos tiempos, ¿a quién le importa el juicio ajeno? ¿La ética? Es algo que se tiene o no se tiene.

Entonces conozco a Lothar desde hace más o menos diez años y nuestro encuentro fue por casualidades de la vida, por una plaza académica que me otorgaron en cierta universidad mexicana que no vale la pena mencionar. Él grababa un anuncio para la misma institución —hoy las escuelas privadas son compañías y los alumnos su clientela. Por ende, necesitaban promoción televisiva como cualquier producto—. Yo estaba recién llegado a México,

pero participé bastante en el anuncio bajo el papel del profesor extranjero que les daba cierto o bastante prestigio. El sueldo era bajo, pero la experiencia me resultó atractiva. Para un psicólogo, experto en relaciones de pareja, y que después de vivir y estudiar seis años en Arkansas, regresó a Bilbao y no conseguía una mierda de trabajo en toda España, de pronto llegó esa oferta de empleo y también llegó el éxito a mi vida.

De ser un don nadie, al llegar a México fui perseguido. Les gustaba a las mujeres, alumnas y colegas. La gente creía en todo lo que decía. Era más guapo que la mayoría de los profesores y de vez en cuando veía una guapa que de verdad lo era, como Camila. Y esas mujeres resultaban muy exigentes, engreídas, y aunque siempre lo negaban, indias y criollas, hacían cualquier cosa por ascender en raza: emparentarse con un vasco —europeo a fin de cuentas—, como si la historia no variara, como si quinientos años no hubiesen transcurrido.

Desde que Humboldt visitó esa tierra ya lo era —lo sigue siendo— y lo dijo tal cual: “México es el país de la desigualdad”. No es un racismo expuesto como el de los estadounidenses o los franceses, o el de aquí, en Madrid; es un racismo que aparenta ser tibio, absolutamente disparatado en una tierra de indígenas, pero que siempre avanza apegado a un clasismo extremo y, aunque muchos lo nieguen, día y noche arde en el subconsciente de los individuos. Conocí a muchos mexicanos cultos, intelectuales, que jamás se hubiesen considerado a sí mismos racistas, pero en cuanto se molestaban con una persona, exponían toda esa prepotencia en palabras como “naco”, “indio”, “prieto”, “resentido de mierda”... Y mucho tiene que ver eso con la relación de Camila y Lothar, ya lo explicaré más adelante. Pero en verdad que México es un país perverso, y a pesar de ello me quedé tres años.

Después de esa estadía me mudé por una mejor plaza a Irlanda y mantuve contacto con los mexicanos a los que les tomé cariño, insisto, especialmente Lothar. Por él seguí con atención las noticias en México; sobre todo tras el secuestro de una vieja compañera de cama, pero no quiero hablar de eso ahora. En esa época y gracias a lo acontecido con esa amiga (él me la había presentado), Lothar quiso escribir una novela que todavía no sé si supuso un éxito para su carrera, pero su planteamiento era muy directo: el drama de un

secuestro, todo en una habitación, la secuestrada y el secuestrador, y, obviamente, tenía que matar a la víctima. Pero su pregunta, la razón de la obra, no era nada ingenua: ¿cómo morimos? ¿Cómo morimos los seres humanos cuando nos arrebatan lentamente la vida en una habitación?

Suena fácil pensarlo, sin embargo, la duda de Lothar era compleja: ¿nos resignamos a morir? ¿O gritamos como los cerdos hasta el último segundo? —¿Han oído los gritos en un matadero, caballeros? No es nada fácil—. Ahí es donde se reconoce y se cumple lo que decía Hipócrates: “La forma cambia, pero el alma es la misma en todos los seres vivos”. Perdón, no era así. “El alma es la misma en todas las especies, aunque el cuerpo de cada una sea distinto.” Hasta las hormigas luchan por vivir, por eso huyen cuando las persigue un dedo humano, advierten el peligro; de otro modo, no lo harían. Así que todos los seres vivos, aunque nuestra especie se niegue a pensarlo, valoran la vida, por eso tienen mecanismos de subsistencia. El sexo en primer lugar.

Pero los hombres siempre creemos que somos distintos en todo y en ciertos aspectos es cierto: la conciencia nos ha hecho evolucionar y a pesar del instinto, somos siempre mucho más complejos e insatisfechos que el resto de las especies. A tal punto que, comúnmente, hacemos todo al revés. Así como el japonés invierte el orden occidental, nosotros invertimos el orden de la naturaleza, de la vida, y con ese tema o esa duda, Lothar tenía que encontrar un cómplice para encararla, porque si trabajas esos temas en solitario te pueden botar un tornillo.

¿Por qué? ¿Qué hizo y cómo lo hizo? Lothar entró a todas las páginas web que pudo. A toda la porquería *underground*: los llamados *narco-blogs*, y me envió los vídeos que encontró para asegurarse de una única cosa: ¡no gritamos como los cerdos! Aunque algunos jóvenes sí lo hacían (cuando eran degollados por integrantes de un cártel opuesto o por sus secuestradores), la mayoría de los adultos simplemente se resignaban a morir y en el último instante aparecía un gesto en el rostro y en la postura que más que al miedo se parecía a la vergüenza, como si un segundo antes de la muerte llegara todo el arrepentimiento que los había llevado hasta ahí, hasta ese punto. Como si en ese momento, antes de ser degollados, sintieran la afrenta de entrar

desnudos al escenario de un teatro lleno: de abandonar un bulto en el espacio, un cuerpo vacío en esta tierra.

La exploración de Lothar fue excelente, mucho mejor que todo lo que les pueda contar, y aunque la novela no resultó tan exitosa, quien tuvo que pagar el coste fui yo. En México —como es un puto país de nadie, donde todo vale, incluida esa mutilación realizada por enfermos y que además graban y suben a la red—, no hubo ninguna consecuencia, pero en Europa no, señores; ustedes lo saben mejor que yo. En aquel entonces, viajé de Limerick a Bilbao, en una visita familiar, y cayó sobre mí esa mierda posmoderna que ustedes han inventado: *cyberpolicía*. Por haber revisado los correos de Lothar pasé trece meses en prisión y todo tipo de trámites para demostrar que no era un futuro asesino en potencia, que no planeaba un crimen contra el Estado español ni otro, menos contra individuos específicos; que no encontraba placer en dichos vídeos; que no tenía relación con el narcotráfico mexicano o la mafia de ninguna región; que no había vínculos con ETA y mucho más... Y todo por ayudar a Lothar, por hacer el trabajo de análisis para una novelita intrascendente.

Por suerte, gracias a esas vacaciones de prisionero, “con todo pagado”, abandoné Irlanda, que me tenía más deprimido que la hostia. Después de vivir en México hay una cosa muy básica que uno echa de menos como a ninguna otra: trescientos sesenta y cinco días de sol, con una duración mínima de trece horas al día. Pero los mexicanos ni siquiera saben lo que tienen. Y bueno, en todo ese asunto Lothar fue un caballero: se mudó a Bilbao para apoyarme en el proceso legal. Eso hacen los buenos amigos, aunque sea el mismo imbécil que te metió ahí. Claro, una parte también fue culpa mía y está en mi expediente, así que mejor confieso: las imágenes y vídeos que me enviaba Lothar me llevaron a insospechados sitios pornográficos que incluían muerte; de eso no lo puedo culpar. El asco y el deseo son dos temas que en el cerebro humano están demasiado cerca, apenas los divide una pared que es más delgada que la seda, por ello, constantemente se mezclan los ecos de uno con el otro.

Yo he sido un solitario toda mi vida; Lothar, no. Él siempre ha sido dependiente de múltiples mujeres. Yo me jodí tanto la vida con esa falsedad

que llaman “amor” que en algún punto renuncié. En México me divertí bastante con todas esas mujeres, pero no amé, esa incapacidad ya estaba en mí para entonces. De cierta manera, lo que pasó con Lothar lo perdoné y mucho tuvo que ver con un error mío: Camila.

Camila y Lothar eran pareja desde antes de que los conociera y para cuando los topé en la vida, me tocó su aburrimiento, las infidelidades de Lothar y el desarrollo de la prominente carrera política de ella. Años después, como suele suceder, él la cambió por otra tía y, como lo decía antes, lo ayudé a tomar esa decisión. En algún sentido eran una buena pareja, los dos activos, trabajadores, disciplinados. Camila nunca fue muy culta, pero era respetuosa (aunque un poco malhablada, igual que yo); sin embargo, no hablaba de lo que no sabía, a menos que bebiera, e incluso demostraba una actitud sincera por aprender.

La cultura en las personas es un tema complejo porque no basta con querer ser culto para llegar a serlo. Es algo que nunca he comprendido del todo, ¿cómo se mama la cultura? ¿Cómo se obtiene? Para mí es muy evidente esa diferencia entre “ser” y “querer ser”. El que quiere ser culto aprende los nombres de todos los pintores, los falsos periodos en los que los encajona la teoría o la historia del arte y no obstante, cuando ve una buena pintura, una maravilla abstracta, no tiene ni puta idea de lo que tiene enfrente, pero cuando ve una mala pintura que cumple con todos los estándares, la aplaude, se memoriza el título, el año, la técnica, y es capaz de comprarse un calendario con la reproducción de la misma en la tienda del museo, ¡por dios! Camila era de ese tipo y de un origen muy humilde, pero Lothar era culto y, obviamente, ella quería ser instruida, por eso se juntó con él, para entrar en la élite a la que gracias a su madre —escritora alemana, pero reconocida en México— y su padre —importante político de izquierda— Lothar Rodríguez Hoffmann pertenecía y pertenecerá.

Recuerdo la primera noche en que conocí a Camila; ya había hablado con ella en varias ocasiones, cenas y fiestas, pero siempre hay un momento en que realmente conoces a alguien y decides continuar con esa amistad o abandonarla. Lo que ya no recuerdo era el motivo de aquella ocasión, tal vez fue mi cumpleaños o el de alguno de ellos, o creo que celebrábamos un día

festivo, no lo sé. En esta época de escepticismos nadie conmemora nada. Yo dije algo así como un burdo reclamo a Freud, y Camila, sin tener mucha idea de psicoanálisis y ya un poco alcoholizada, tomó la broma a ofensa personal y defendió con tanta envidia al padre del psicoanálisis que terminó por avergonzar a Lothar: puso como ejemplos amores y conflictos de celebridades y finalizó mencionando la incapacidad sexual de mi amigo. Encabronado, Lothar le echó el alto, se fueron peleando a la habitación y minutos después él regresó a pedirme disculpas. Como ya era tarde y yo un invitado de confianza y sin coche, Lothar me ofreció el sillón del cuarto de televisión y ahí me acomodé, en la misma habitación donde dormía el perro.

Ellos siguieron discutiendo por horas. “Vergüenza” era la palabra que Lothar repetía una y otra vez, y una infinidad de groserías por parte de Camila. Fue un encuentro de desgaste como todas las buenas peleas de pareja. Acalorado como un buen combate de boxeo, y cada cierto tiempo un objeto golpeando el suelo o un golpe contra el muro o la puerta. Definitivamente, terminaron follando. Además, todos habíamos bebido bastante. Entonces, mientras miraba el televisor, primero oí los gritos de odio y luego los de sexo. Ya lo dije: nada tienen que ver las palabras “sexo” y “amor”. Esos gritos eran de sexo. Como los primeros alaridos habían durado más de una hora, el alcohol en la sangre me había secado por completo y necesitaba un vaso de agua. Tenía un baño al lado, pero en México no se puede beber del grifo así que estaba obligado a cruzar el apartamento para llegar a la cocina.

Durante la pelea, escuché que Camila entraba y salía de la habitación, y al parecer, en su última entrada que terminaría en la reconciliación, olvidó cerrar la puerta. La cocina estaba junto a la sala y frente al dormitorio de ellos. Avancé lo más silencioso que pude, todo estaba a oscuras menos la habitación principal, con la puerta abierta, y los vi. Primero accidentalmente, incluso di unos pasos hacia atrás, pero cuando entendí que ellos no podían verme dado que yo estaba en la penumbra, me quedé ahí: Lothar recostado sobre la cama —yo sólo veía la planta de sus pies y sus testículos—, mientras que Camila, totalmente desnuda, lo montaba como toda una vaquera, con el culo hacia la cara de Lothar y el rostro hacia la sala. Ella tiene un semblante

muy especial, facciones indias, pero un cuerpo alargado y con buenas curvas. Es una mujer hermosa. Rebotaba su culo sobre la pelvis de Lothar y miraba hacia el techo de la habitación hasta que de pronto fijó la mirada en el exterior y, como un gato que encuentra su camino en la oscuridad, sus ojos se toparon con los míos.

Comenzó a moverse como una fiera: levantó las manos del colchón para alzar su torso y mostrarme todo su ser: apretó sus pechos una y otra vez, unas mamas perfectas. Y no me quitó la mirada de encima hasta que se corrió tres o cuatro veces. Como si eso fuera poco, se dio vuelta, colocó su culo hacia la sala para dejarme ver hasta lo último de ella y se la chupó a mi amigo. Cada tanto, siguió mi mirada de reojo en busca de reconocer mi disfrute hasta que Lothar terminó. La tía se levantó de la cama, me mostró su desnudez de pie, abrió la boca para dejarme ver el semen de mi amigo sobre su lengua y cerró la puerta como diciendo: se acabó la función. ¡Puff! ¡Qué tía más loca! Ahí entendí por qué sufría de celotipia la pobre.

Recuerdo que, a la mañana siguiente, me levanté muy temprano para no ver a Camila y justo cuando salí al pasillo del edificio, me alcanzó Lothar. Despeinado, resacoso y con un terrible aliento hizo lo que pudo para disculparse del pleito de la noche anterior. Un mes después, terminaron. Aquella pelea había sido una más de las gotas que derramarían el vaso, aunque hay que decirlo: nunca son gotas, las parejas son ríos sobre un vaso. La realidad era que tenían buen sexo, a pesar de las quejas de Camila. Así que lo más básico de la especie se cumplía, pero Lothar no la soportaba. La cambió por una chica que por entonces era su amante y creyó que olvidar a Camila sería algo sencillo; sin embargo, la costumbre ya había hecho lo suyo entre ambos, casi una década juntos, además de las artimañas de una mujer como Camila, quien en el subconsciente le había tatuado que nadie lo amaría como ella.

Al mes, Lothar terminó con la amante, una joven cineasta, ultravandosa, con más ganas de ser estrella que creadora, y comenzó a buscar a Camila. ¿Por qué? No lo sé. Insisto, la costumbre o la locura de ambos, pero resultó que ella ya no lo quería de vuelta o al menos eso decía. Mi amigo sufrió bastante y con una incongruencia total: él la había abandonado y ahora él

sufría. Se deprimió y comenzó una novela sobre un filósofo misántropo y suicida. Fue entonces cuando me pidió el favor. Primero pensé que consistiría en leer el manuscrito, y sí me lo pidió. No le fue nada mal con esa obra, al final, transformó al filósofo en un abogado asiático y ganó el Premio Herralde. No valdría la pena mencionar que incluyó una buena parte de mi crítica al primer manuscrito. Pero lo que en realidad quería, el verdadero favor, era que lo ayudara a recuperar a Camila, convencerla para que volviera. Me negué a hacerlo. No le conté la escena de la sala, pero hice todo lo que pude para que no le insistiera a una tía como ella... Mas ver a un amigo como Lothar, que llora e implora un favor, no fue tan fácil.

La contacté. Elegí un lugar público, la sucursal de una cadena de restaurantes con muros amarillos, donde desayunan, comen y cenan los burócratas mexicanos. La tía llegó despampanante; terminar con Lothar la había puesto muy saludable, muy buena. No le quise dar más vueltas al asunto así que en cuanto pude inicié: “Dale otra oportunidad”. Detesté la situación, no era mi maldito problema, ¿para qué demonios había ido yo allí? La conversación se tornó larga, ella coqueteaba a cada momento y lo logró. Caí. He sido siempre un solitario, pero no puedo negar que tengo una polla, señores. Fuimos a su apartamento para convertirme en el protagonista de la misma escena que había presenciado. Pasé de voyerista a, literalmente, vivirlo en carne propia: una y otra vez el peso de su cuerpo rebotando sobre mi pelvis. Con ese rostro de muñeca que miraba hacia el techo, que por instantes me devolvía la mirada y todo el placer que se evidenciaba en su boca semiabierta y mostrándome sus dientecitos blancos que mordían el labio inferior. Detenía la mirada en mí para luego regresarla al techo y dejarme ver, con todo detalle, ese pecho redondo y pesado como dos bolsas llenas de miel que rebotaban entre sí y ante mí. Cabe decir, con años de distancia, que disfruté más el papel de voyerista que el de actor. Mi vida siempre ha sido así.

Sé que en los códigos de la amistad eso no se le hace a un amigo. Sé que fui un hijo de puta, pero eso que tanto castiga la sociedad, esa basura que llamamos “infidelidad” tiene una simple conclusión: a una mujer guapa no se le puede decir que no. En ese momento ya no estaban juntos, así que

“infidelidad” tampoco fue, aunque sí una cagada. Por suerte, la tía no dijo nada, pero hubo un problema todavía mayor: le gustó y a mí también. Entonces se repitió, una, dos, tres... once veces. En cada ocasión me creía menos mis discursos al pedirle que volviera con Lothar. Afortunadamente, como siempre, no me enamoré y mucho tuvo que ver un detalle —sé que soy un enfermo, un obsesivo y por lo mismo, útil en muchos aspectos de mi trabajo porque lo tengo todo bajo control, y también sé que no se abandona una relación sexual por algo tan básico—. En la onceava ocasión —en México no existe esepreciado y refinado instrumento llamado *bidet*, hay que aclararlo—, mientras follábamos le toqué el culo y sentí una protuberancia que se me pegó en el anular, pensé primero que era un lunar, pero me miré el dedo y era una bolita de papel de baño, mucho más café que blanca. Me desprendí el fragmento con la orilla del colchón y al oler mi dedo pasé de tieso a flácido en un segundo. Abandoné la cama, fui directo al baño, me lavé las manos como si hubiese tocado mercurio y huí de aquel apartamento.

Disculpen, señores; no sé si debí contar eso, pero puede servir para probar mi inocencia. No lo sé. Fue algo que sufrí mucho en México, es un país sucio, igual que India. Uno va a las tortillerías y con la misma mano que cobran cogen las tortillas. Comen en puestos callejeros en los que uno nunca entiende dónde lavan las cosas. Hacen lo mismo de cobrar con la misma mano que sirven y todavía peor, esa gente que atiende no tiene ni adónde ir a mear o cagar, así que no me imagino cómo lo resolverán. Son capaces de montar el puesto encima de una alcantarilla y a los comensales no les importa, se comen sus tacos tranquilos, a pesar de que el ambiente esté atestado de olor a cloaca. Tampoco respetan el espacio vital del individuo, terminas rozándote el trasero con cinco personas antes de tomar asiento en un transporte público... Sí, perdón, me estoy desviando mucho del tema.

Camila me buscó al poco tiempo, me negué a verla y cuando a uno lo rechazan, siempre saben bien los brazos de un “rogón”, palabra mexicana: el que te lleva meses rogando (Lothar). Así que volvieron a intentarlo. De la peor manera posible había ayudado a mi amigo. Es inimaginable cómo te sientes el día que vuelves a sentarte a una mesa con tu mejor amigo y su mujer, que ya pasó por tus manos en más de diez ocasiones. Me sentía

rarísimo a causa del sentimiento de normalidad, como si nada hubiese sucedido. Es sorprendente que uno puede hacer cosas terribles, y si no eres Raskólnikov pasan los días y se viven con normalidad, o al menos así fue en mi caso. No me malinterpreten con esos gestos, señores, les estoy siendo sincero al cien por cien.

Pero no pasó mucho tiempo para que me encontrara con Camila y no en el mismo sentido que antes, sino en un simple paseo mientras ella se enrollaba con otro tío en el asiento trasero del auto de Lothar, en plena zona de bares. ¿Cómo lo vi? ¡Fácil! Mi amigo siempre tenía autos raros, antiguos, de esos que uno reconoce a leguas, un Fiat 600 del año 63, color blanco. ¿Quién tiene auto así en la Ciudad de México? Un romántico, un ser erótico como Lothar. Vi el vehículo y por casualidad noté sombras dentro del auto. Me acerqué a saludar pensando que estarían ambos, Lothar y Camila, pero noté que en lugar de él había un moreno corpulento y, por supuesto, Camila. Una vez más me vi involucrado en sus asuntos.

¿Qué hace uno en esos casos? ¿Lo dejas ir? ¿O con toda la hipocresía le llamas a tu amigo? Pues le llamé. Esto sucedía en la Condesa y Lothar vivía en la Roma, dos colonias muy cercanas. Le di la dirección exacta del automóvil, Lothar tomó un taxi, llegó en cinco minutos y listo. Yo no me quedé a presenciar el espectáculo para que Camila no se enterara de quién había sido el delator, pero según me contó Lothar: le dio unos golpecitos a la ventanilla, comprobó el rostro de su mujer, ella lo miró sorprendida y él siguió de largo. A los pocos segundos, ella se bajó del coche para intentar resolverlo, pero mi amigo se subió a otro taxi. La realidad era que, para entonces, Lothar también ya estaba liado con otra tía, una directora de arte, Aurora, y Camila lo sabía. Así que se lo dije a Lothar en una oración: “Dejad de joderos la vida el uno al otro”.

Y así fue. Lothar se quedó con la directora de arte y luego otra y otra y otra. Hasta que tuvo a una hermosa bailarina y fue la época en que yo me mudé a Irlanda, después caí preso, él se mudó a España, terminó con la bailarina, conoció a la escritora mexicana, Mariana Silva, la madre de su hijo, León. A partir de ahí, llegaron los mejores años para Lothar: alcanzó la fama, se publicaron todas las obras inéditas que tenía guardadas en cajones desde

hacía años y para resarcir los daños, como me quedé sin trabajo en la Universidad de Limerick, me ofreció el mejor empleo, el más agradable y placentero que he tenido en toda mi vida. Me olvidé de los alumnos, de vivir aparcado en una ciudad, de tener horarios laborales y me convertí en su agente: promover sus libros, financiar sus proyectos cinematográficos, programar conferencias, traducciones, presentaciones en ferias de libros, muestras de cine, viajes y acompañarlo siempre que pudiera. Con el tiempo, recuperé mi profesión de psicólogo con unos cuantos pacientes a distancia, terapia en línea; una cosa que hago desde cualquier rincón del mundo, por internet y libre de impuestos.

Ese pasado tan destructivo nos hizo más amigos que nunca. Durante años hemos sido una especie de dúo dinámico. Nació su hijo, León. Se convirtió en mi sobrino. Yo adoraba a ese niño. La madre, Mariana, se hizo una gran amiga mía y nunca ha existido el más mínimo roce ni existirá, si todo sale bien... Esa pobre mujer, no puedo imaginar su dolor.

Pero más allá de todo lo que he contado, hace aproximadamente ocho meses Camila me contactó. No tengo la menor idea de cómo consiguió el número de mi móvil, pero llamó y como buena política me solicitó algo muy simple: que la montara en un avión con Lothar. Me pareció una extraña petición, ¿por qué habría de hacerle eso a mi amigo? A quien me había regalado el mejor empleo y años tan felices en mi vida. Le respondí con un rotundo “no” y ahí salió la amenaza: “Si no lo haces, voy a contarle todo sobre nosotros detalle a detalle, desde la noche en que nos espíaste”. ¡Hija de puta! ¡Política tenía que ser!

En primer lugar, nunca espíe a Lothar. Fue ella la que montó el numerito para mí, la organizadora del espectáculo! Pero bueno, estaba claro que ella tenía las mejores cartas, iba de mano en la partida, como en el mus. Soy un fanático de las cartas y hasta hoy, ése es mi único vicio. Y si ella le mostraba esa carta a Lothar, nuestra amistad se iría a la mierda, el trabajo de años y todo lo demás. Aunque sé que mi amigo es un hombre sabio y que podría perdonarme, no era ni es algo que me gustaría que supiera. ¿Para qué? En ese sentido, caballeros, les solicito discreción absoluta con todo lo que he dicho esta tarde.

Tuve que ceder ante la petición de Camila. Intenté darle un billete a Baviera, Alemania, donde Lothar pasaría las vacaciones de Semana Santa con su madre, pero como eran varios enlaces y los billetes de Lothar ya estaban comprados, me resultó imposible hacerlos coincidir, además de que a Lothar siempre le pido ventana, del lado derecho, porque no le funciona un oído y si no queda de ese lado no escucha a las azafatas. Y claro, la muy cabrona de Camila, entre su chantaje, me había solicitado que yo pagara los billetes de avión. Así que la convencí de que lo hiciéramos para la FIL, una feria del libro que se organiza en Guadalajara, México, cada diciembre, a la que Lothar asistiría y yo compraría los billetes de ambos para la vuelta a España. Camila aceptó. Había pasado más de media década desde que se vieron por última vez, así que unos meses de espera no harían ninguna diferencia. Meses, confieso, que utilicé para buscar el historial de mi oponente. Si Camila decía algo al respecto, yo sacaría mejores cartas, sus errores políticos, sus robos al presupuesto, y como ahora tengo buenos contactos con los medios mexicanos no me costaría nada destruir su carrera —cosa que no pasaría del todo en México porque ya lo dije: es un puto país de nadie, pero al menos sí desprestigiarla—.

A las pocas semanas, Camila llamó de nuevo para avisarme que se mudaría a España y solicitó mi ayuda y asesoría para alquilar un piso. Me negué a ayudarle y le avisé de mi estrategia: “Si insistes, me cargo el teatro de tu viaje en avión”. Por aquel entonces, no me parecía un peligro que ella quisiera hablar con Lothar durante un vuelo, ¿qué podía pasar? Al contrario, si quería hablar con él, era el lugar más seguro para hacerlo, uno donde ya no puedes atacar a nadie ni con un cortauñas. Me libré de ella con esa amenaza y hace tres días, tal como acordamos, ella subió en el mismo avión que Lothar, 20 de diciembre, aeropuerto de la Ciudad de México / Barajas, Madrid. ¡De ahí a que yo hubiese conspirado contra mi amigo hay una inmensa distancia!

En lo poco que hablamos, la tía dijo que estaba arrepentida. Parecía tener la intención de reconciliarse, de volver a toparse con el amor de su vida y quería obligarlo a sentarse junto a ella durante diez horas para llegar a un acuerdo. ¿Qué sucedió durante el vuelo? ¡No tengo ni idea! Me he enterado por ustedes de que ellos salieron juntos del aeropuerto, en el coche que ella

alquiló. Yo no llamé a Lothar a su llegada ni al día siguiente. Éramos o somos un buen equipo porque nunca le molesto con llamadas innecesarias. Un escritor requiere de tiempo para estar en sus asuntos y no desconcentrarse. Mis llamadas eran o son por cuestiones de trabajo y muy esporádicas. Todo lo hacíamos por *e-mail* y cada cierto tiempo, una charla de café para ponernos al día sobre sus ideas, libros, planes, amores, proyectos y mis nuevas obsesiones, pero nada más.

¿Qué iba yo a saber de la deriva psicótica de esta mujer? ¿De sus planes macabros? ¿De atropellar a una familia? Sé que no tengo un pasado limpio — ya he confesado aquí todos mis males—, puedo ser un loco también, pero no soy una mala persona. Lo que Lothar tiene que vivir ahora es algo que no le desearía a nadie; le partió la pierna esa imbécil y perder a un hijo es el dolor más terrible que puede atravesar cualquier individuo. Como decía un poeta mexicano: “Es algo innombrable porque es antinatural; por eso existen las palabras como ‘huérfano’ o ‘viudo’, pero no hay palabra para un padre que pierde a su hijo”. Espero que logren entenderlo. Soy terapeuta, señores, tengo una buena formación en sociología y psicología, máster en la Complutense, doctorado en la Universidad de Arkansas, pero no soy adivino ni psíquico. Si hubiese sabido que esta mujer estaba mal de la cabeza —a tal grado—, jamás hubiese aceptado el acuerdo. Hasta entonces, para mí, Camila era una loca normal. Todos tenemos algo de locura y la de ella eran el sexo o sus ambiciones políticas-sociales, pero no era una psicótica. Fui egoísta porque acepté su acuerdo con tal de que no le contara a mi amigo lo que hice años atrás. En parte para no hacerle daño a él, quien ahora es como un hermano para mí.

Obviamente, me duele hasta las entrañas lo que sucedió. La mente humana es demasiado compleja. No entiendo, de verdad que no entiendo, ¿qué ganó esta imbécil? Se va a pasar la vida encerrada ahí dentro. Me dicen que vendió todo en México. No lo entiendo. Que no fuera culta no quiere decir que no fuera hábil en su vida, en la política siempre jugó bien sus bazas, pero, ¿quién sabe qué es lo que pasa por la cabeza de esos políticos? Mucha mierda tal vez: vivir rodeados de cabrones que quieren arrebatarse todo, trampas, amenazas; saber que gozas y ganas porque jodes a la gente más

miserable; que por tu culpa y por el sistema al que perteneces mueren millones de niños, la gente pasa hambre, el planeta se va a la mierda.

Aquí no sabemos lo que es una crisis. No en este siglo, señores. Cuando visitas ciertas zonas rurales en México, en su mayoría habitadas por indígenas, los niños no adquieren un nombre hasta que cumplen los seis años de edad, porque antes sus posibilidades de vivir son tan bajas que no merecen ser nombrados. Ahí hay una crisis humanitaria en todos los sentidos y gracias a varios hijos de puta como Camila. Claro que algunos pueden perder la cabeza en algún momento, pero, insisto, yo no sabía que ella había llegado a ese punto.

Unos días antes, Lothar me envió el borrador de su próxima obra, porque también funjo como una suerte de asesor o preeditor para él, y en el inicio está todo: de cada palabra parte un hipertexto para explicar en profundidad la idea general. Aquí les he traído una copia y tal vez encuentren algo valioso en esta obra para la investigación. Digamos que lo que hizo en este libro es un párrafo en el que cada vocablo contiene una pequeña historia, similares a la vida de Lothar y también creo que mucho a la mía —Lothar nos juntó en un personaje ficticio, Emil Hoffmann—. Y creo que hay en el texto múltiples mujeres que son sólo una, Camila.

La obra está incompleta, pero puede leerse en cualquier orden porque al final todo consiste en conocer al personaje Emil. El primer párrafo o la primera escena, que también es el índice o de donde surge todo lo demás, dice algo así como: “Toda mi vida se reduce a un instante, el de un individuo frente al mar, que escucha el oleaje, que siente la brisa y el sol en su rostro, que huele esa inmensidad de agua y de sal, pero que, a fin de cuentas, nunca alcanza a comprender nada de lo que sucede ante él”. El mar como metáfora de la vida y aunque la obra está en proceso —por eso tiene mis notas—, es también la vida misma, esta maldita incomprensión ante todo lo que sucede y sin finalidad alguna.

Tercer capítulo

Un instante.

Un hombre
frente al mar.

Siente
el temblor
de cada ola
en choque.

Intuye
la inmensidad.

Pero
no alcanza a comprender
o que,
una y otra vez,
se representa
ante él.

Manuscrito de Lothar R. Hoffmann

1. **Un instante**, como respirar, el vínculo con cada objeto al lado nuestro, la gente que deambula alrededor o incluso las relaciones. En un instante, en esa secuencia de tiempo, se esfumó lo nuestro. Por aquel entonces, yo era el mismo vago con dinero gracias al póker y en una época en la que todavía tenía conversación; Alice, un ser excepcional. Algo tenían la simpleza y simetría de su belleza que cualquier hombre hubiera sido feliz con ella y yo lo era. Disfrutaba el “estar”, la compañía de una interlocutora que me impulsaba a iniciar un proyecto de vida, y por única y primera vez quise ofrecerle a alguien lo mejor de mí, aunque ni siquiera sabía qué era eso.

Una mañana, salí del pueblo hacia la ciudad más próxima para conseguir un regalo. Un objeto que transformara nuestros días. Algo minúsculo. Compuesto más de vacío que de materia. Recorrí en la avenida comercial todo tipo de joyerías. Conocía la medida de su flaco y largo dedo, igual que todo su cuerpo, y después de más de seis horas, lo encontré: un anillo realizado por un orfebre, en el que las tres esmeraldas no eran una incrustación sobre la plata, sino que la plata misma las cubría con un aro delicado, minimalista, y las piedras alumbraban la joya desde el interior.

Alice llevaba más de un mes en América, pero esa noche volvería al hermoso pueblo en el que nos habíamos instalado, Rocamadour. Justo para nuestro aniversario. Por ello, también compré tres botellas de vino y el más fresco salmón que encontré para cocinarlo en jugo de limón. Mientras caminaba, bajo una leve lluvia buscando tomar el transporte a casa, sucedió el instante. El semáforo cambió a verde. Di tres pasos. Noté, a mi izquierda, el mal frenado que dio un taxista antes de girar sobre la calle que yo cruzaba. Miré con desprecio al conductor. Di un paso más y el automóvil blanco que avanzaba detrás del taxi no alcanzó a detenerse a tiempo y golpeó con tal intensidad la cajuela del taxi que éste, sin que en nada friccionaran sus neumáticos ante el asfalto mojado, se deslizó sobre

mí.

No llegué a casa esa noche y Alice no supo de mí durante más de tres meses. Yo, que había salido como un simple transeúnte, sin pasaporte, y con el efectivo en la chaqueta para comprar aquel anillo y aquella cena, fui a parar inconsciente a un hospital, para ser un paciente sin nombre, origen ni futuro. Estuve en coma durante semanas. Cuando desperté, estaba lleno de huecos en la memoria: mi nombre, Alice, nuestra casa, el escueto francés que hablaba, el anillo que ya no estaba conmigo y unos cuantos recuerdos breves, esporádicos y abstractos de lo que había sido mi vida; terminé como paciente de una institución psiquiátrica en medio de los Pirineos.

Pasé semanas perdido en el limbo de mi propia cabeza. Hasta que, nuevamente, en otro instante, tras presenciar un juego de cartas, solicité participar y mientras repartían la primera mano, recordé mi oficio: el póker; regresó mi nombre, mi origen, y días después las secuencias se fueron ordenando hasta recordar que tenía una novia, que había compartido con ella los últimos años de mi vida, que la tarde del accidente compré un anillo, que teníamos un hogar juntos...

Cuando tuve la información suficiente para memorizar la dirección donde vivíamos y demostrar en el hospital que no era un demente, volví a casa, pero Alice ya había iniciado otra vida.

A diferencia de lo que yo hubiera esperado, se negó a creer mi historia, confesó que conoció a alguien en América y trajo a flote una charla que para mí estaba en el olvido, una de esas pláticas en las que se confiesan los peores actos: años atrás, le había contado que en mi caso la crueldad consistía en el súbito abandono de mis parejas. Así que ella dio por hecho que también había desistido de nuestra relación, tiró mis pocas cosas a la basura y se dedicó a olvidarme...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Si Emil escribe esta autobiografía, ¿por qué lo hace? ¿Para recordar? ¿Para entender? ¿Para reordenar la esencia de su vida? ¿Para destinarse al olvido o al no-olvido? ¿A quién le importa su vida además de a sí mismo? Me imagino que el resto de los*

fragmentos serán justamente estos breves, abstractos y esporádicos recuerdos. Vivir del póker fue uno de los tantos sueños que no realicé.

2. **Un hombre** ciego también la hubiese encontrado en aquel salón. Tenía los ojos de un azul transparente, como los de un perro esquimal. Intenté que me notara y me acerqué a la barra. Insistí en mirarla, pero ella no se giró para establecer un primer contacto. Me alejé unos metros. Continué descifrando sus gestos, figura, rasgos y me dije, “Es demasiado para mí”. Abandoné el salón de aquel crucero que me llevaba de regreso a Europa. Caminé por la borda hasta toparme con un desconocido, al mismo que le había ganado en seis partidas la noche anterior. El individuo inició la conversación y lo interrumpí para comentarle lo que había visto allá adentro, frente a aquella barra, en ese salón, y para ser exacto dije: “A la mujer más bella del mundo”. El hombre, sediento por ver belleza (como cualquier varón), me solicitó mirarla.

Ahí seguía, pero en ese momento, acompañada por un caballero enorme que improvisaba una conversación. El jugador de la noche anterior, tal vez acostumbrado a bellezas más comerciales, comentó: “No es mi tipo”. Minutos después, me bastó con ver a la mujer que se acercó a besarlo y a quien presentó como su esposa para entender que él no discernía nada de tipos ni tipas; pero me sirvió de algo su comentario, por un instante la hizo menos y agregó: “*Don't be a pussy*”.

Tenía que hablarle, invitarla a cenar o a tomar una copa, aunque esa segunda opción ya estaba en su mano. Me acerqué. El primero en notar mi presencia fue el inmenso rubio. “Buenas noches”, dije y dirigí la mirada hacia ella, Mercedes; obviamente, todavía no sabía su nombre, pero fui directo: “Me gustaría invitarla a cenar esta noche”.

Su respuesta fue un, “No puedo”, con un acento ruso que me golpeó en el ego, pero como ya había perdido todo, insistí: “¿Y a bailar?”.

Me dio el primer “Sí”. Era mucho más bella en movimiento, a tal

punto que no creía su gracia, y menos su compañía. La orquesta interpretó varias piezas mientras gambeteamos en aquella lujosa nave y me gastaba todos mis billetes en tragos para ambos. Esa noche, le presenté una bebida española y le encantó de tal forma que desde entonces llenó sus vasos de sangría en cada restaurante y bar. Ahora, aunque lo intente, he olvidado por completo de qué hablamos. Sólo recuerdo que en algún momento llegamos a mencionar la guerra. Era un tema obligado para un par de extranjeros provenientes de países opositores y yo era tan superficial que, al escuchar su repudio por la conflagración, me bastó para creer que no era ninguna ingenua y seguir idolatrándola.

Al final de la velada, cuando culminaba el encuentro con su esplendor, la llevé a su habitación. Me despedí con un abrazo, puesto que no era el momento de besarla y caminé con una gran sonrisa hasta mi pequeño cuarto. Quise tomar un trago más, pero mis últimos billetes se habían quedado en la propina de los meseros.

Al día siguiente, laboré de carterista toda la mañana para volver a apostar durante la noche e invitarla de nuevo, una y otra vez, hasta perderla...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Al parecer, Emil ama una época de su vida, aunque en ese momento, tal vez, tampoco amaba sus días. Continúo sin saber a quién y por qué escribe. ¿Qué fue de ella? Podría decir que me recuerda a alguna de tus mujeres.*

—

3. **Frente al mar** y a la fogata les advertí: “No soy bueno contando historias”, pero los hijos de los pescadores insistieron en que era mi turno. Recordé un cuento popular y pensé cómo reinterpretarlo. Me alejé del fuego, tomé asiento sobre un tronco de palmera y narré lo más alto que pude: “Hace tiempo, durante unas vacaciones con mis padres, cuando todavía vivían, conocí a un camionero que me contó esta historia: Jimmy

White manejaba de noche en un viejo automóvil, acompañado por su esposa y su hijo, en la carretera de Rostenberg a Plainfields, una ruta del valle, antigua, solitaria y sin iluminación; por la que casi nadie transitaba de noche, a excepción del transporte público que unía a estos pueblos. Así que, en la oscuridad total, donde las luces del auto apenas le daban unos metros de alcance, Jimmy no reparó en un inmenso bache y la rueda derecha cayó completa en el agujero, provocando tal impacto que reventó el neumático.

”En pleno invierno, Jimmy se detuvo a la orilla de la carretera. Apagó el motor y como no llevaba una rueda de repuesto, esperaron, él y su familia, al menos durante un par de horas para que los auxiliara alguien, pero nadie cruzó por aquel camino. Cuando Jimmy se percató de que las luces del auto comenzaban a menguar, lo encendió para recargar la batería e iniciar una inútil calefacción. Las noches de Alabama, más en las afueras, pueden ser heladas, frío de pantano. Para entonces era casi media noche y Jimmy sabía que esperar el amanecer los mataría de frío. Sacó el auto de la carretera, las prendas que había en la cajuela se las dio al niño y a su mujer para que soportaran el frío y decidió caminar hasta el entronque con la autopista. Ahí pediría un aventón para llegar a la primera vulcanizadora, arreglaría la llanta y conseguiría a alguien que lo llevara de regreso al auto con su familia.

”Desmontó el pesado y ponchado neumático y sin temerle al frío, comenzó a rodarlo por la orilla del camino. Una acción que resultó sumamente compleja: por ratos cargaba la rueda sobre un hombro, sobre el otro, arriba de la cabeza y luego volvía a rodarla, pero cada vez que la giraba sobre el asfalto perdía el control de la misma y terminaba persiguiéndola en medio de la carretera. En uno de esos momentos sintió las luces que venían detrás de él y un autobús se detuvo forzosamente. Jimmy alzó los brazos pidiendo ayuda y el camionero, disgustado, abrió la puerta de pasajeros.

”Al abordar, Jimmy sintió un poco de miedo ante el apático chofer con el rostro repleto de verrugas, pero lo saludó amablemente y agradeció el gesto de ayuda. Miró hacia atrás y notó que todos los asientos del autobús

estaban vacíos. Dio unos pasos, acomodó su llanta en el pasillo, se sentó en diagonal al conductor y volvió a sentir temor ante la extraña actitud del hombre; pero intentó aliviar la situación al narrar lo que le había sucedido.

”Cuando Jimmy terminó de contar su historia, el chofer comenzó a aleccionarlo por su falta de prevención y la preocupación que ahora debía sentir por su hijo y esposa, pero al observar cuál era la reacción de Jimmy, por el espejo retrovisor, el conductor se dio cuenta de que estaba hablando solo. Jimmy White no estaba en el asiento tres. El camionero giró el torso para asegurarse de que no era un error del ángulo del espejo y confirmó que no. ‘Seguro fue a descansar al fondo’, se dijo y, sin embargo, después de unos veinte minutos, Jimmy seguía sin regresar al asiento.

”El chofer detuvo el autobús en la vulcanizadora y encendió todas las luces del interior para buscar a su único pasajero. Lo primero que le sorprendió fue que la llanta ponchada no estuviera en el pasillo. Recorrió cada hilera de asientos hasta el final y como nunca antes, el conductor sintió el pecho y las manos heladas. Bajo las verrugas de su rostro, su piel estaba pálida y sudorosa. Descendió del camión y avanzó hasta un grupo de trabajadores que bebían café mientras esperaban al primer cliente de la madrugada y quienes, de inmediato y con risas, notaron su aspecto.

”El más viejo entre los mecánicos preguntó:

—¿En qué kilómetro te abordó? —y tras escuchar la respuesta del pálido chofer, con más risas, agregó—: Te lo dije, hermano —comenta con su colega—. Ahí está la cruz de ese pobre diablo. Es un alma que no se puede ir: hace casi una década atropellaron a ese negro, cuando rodaba su neumático rumbo a la autopista, y como nunca regresó por ellos, la mujer y el hijo se helaron en el auto. Aquí nos manda al menos un cliente por mes. ¿Tres dólares por un café y aire para sus llantas?”.

Todos los hijos de los pescadores se quedaron con la piel de gallina y una chica, con los ojos bien abiertos, fue la primera en hablar.

—¿De verdad? ¿Eso pasó, Emil?

—Me lo contó el camionero —respondí serio.

Asustada, la chica se cubrió la cara con las mangas de su abrigo. Los

demás no dijeron nada, pero gracias al miedo se dio por terminada la sesión de historias de terror.

Lentamente, todos se levantaron, encendieron sus linternas y se fueron a sus respectivos hogares. La misma chica, nerviosa, se levantó y me abrazó. La besé en la frente y luego en la boca para aliviarla. Comentó que no dormiría por culpa de mi historia, así que la invité al hogar que había construido con mis propias manos y con vista al mar. Aceptó. Entramos a aquella suerte de choza y la desnudé bajo las telas de mi viejo saco de dormir. Con apenas quince años, en esa plena pubertad, aprendí que mi vida consistiría en relatar mentiras y lo que deviniera de ellas...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Desarrolla otra escena de sus días entre los pescadores. Hasta ahora tengo claro que Emil es un jugador (de póker y de mujeres), que es americano, que viaja por el mundo, pero ¿creció como un salvaje y entre pescadores?*

—

4. **Siente** el dolor de esa garganta, mira su rostro, pero ya no se reconoce frente al espejo. Observa a un extraño por horas, con los ojos fijos y el gesto quieto hasta que comienza con sus muecas y a perfilarse hacia los lados. Se habla en voz alta como un intento de atestiguar lo que es mirarse desde afuera, ese rostro que nunca alcanzará a conocer, y, sin embargo, a pesar de todos los juicios que obtenga, sabe que provienen de él, del carácter impreso en esta fisonomía, con el que estoy obligado a subsistir, tras esta máscara, dentro de este robot que siente cada milímetro del mismo y en el que reconozco que yo no soy la unidad sino el sinfín de células que me componen. Las mismas que a cada estímulo reaccionan tan velozmente para cumplir sus funciones que sólo puedo relacionarlas a la luz; pensar que estoy hecho de ese mismo valor, tan ágil que los segundos son largas transiciones de tiempo. Tiempo, Emil. Somos tiempo y es lo único que hemos sido.

Alguna vez, durante mi juventud, renté un departamento en la gran Buenos Aires y en menos de un mes: desmonté y vendí la duela, los cables de luz, las ventanas, las puertas, los lavabos, los cancelos del baño, el escusado, los anaqueles de la cocina, el boiler. Todo bajo la excusa de una remodelación hasta que fui descubierto y obligado a pagar. Por suerte o por ser extranjero, o porque tenía los fondos, no me llevaron preso, pero cuando el arrendador me preguntó el porqué, mi respuesta fue: “Creo que tenía que ocupar mi tiempo...”

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¿Continuará este tono? ¿O este fragmento es una suerte de renuncia? Insisto, una vez más, ¿por qué se toma la molestia de narrar su vida? Me resulta un demente el tal Emil; me recuerda a mí. ¿Fui la inspiración?*

—

5. **El temblor** de mis manos es una de las tantas cosas que un día brotaron y que no logré controlar. Como una buena parte de mi existencia que no alcancé a comprender, mucho menos a interiorizarla o regirla, pero la viví como si fuera mía, aunque, claramente, no lo era.

Recuerdo un momento o más bien una historia de mi juventud. Salí al balcón y me encontré con las plantas que coleccionaba en macetas. Como recién había llovido, la tierra estaba húmeda. En el interior del departamento, Sinead cocinaba unos huevos revueltos y se mostraba contenta de servirle a un nuevo hombre en su vida. Era una mujer conservadora, tal vez por eso me sentía tan solo en su compañía. Tomé un poco de tierra húmeda, moldeé el barro en mis manos y me di cuenta de que ella y yo no teníamos futuro. Pasé la bola de tierra de una mano a otra, miré a los transeúntes que caminaban por la acera, bajo el balcón, y entre ellos noté a una mujer elegante, de abrigo color crema, que estaba a punto de cruzar bajo mis pies. Registré los alrededores para asegurarme de que no existieran testigos y le lancé la bola de tierra dando un forzado

brinco hacia atrás para que nadie me viera.

Agachado, me sacudí por completo el lodo de las manos y regresé al interior del departamento. Sinead seguía en la cocina y exclamé: “¡Voy por unos cigarros!”. Corrí al descender las escaleras del edificio y antes de llegar a la salida, la observé tras el ventanal: un rostro furibundo, pero indudablemente hermoso; como buena dublinesa, se quejaba a gritos e insultos. Abrí la puerta del edificio y le ofrecí mi ayuda. Se quitó la gabardina y la sacudí con la manga de mi suéter. Ella sonrió logrando esa mirada de aceptación y le insistí en que la tierra no le restaba nada a su porte y belleza. Le ayudé a cargar sus bolsos. Caminamos una cuadra. Le llamó la atención mi acento. Me ofrecí a acompañarla durante todo el camino bajo la excusa de que tenía el día libre. Ella, Maire, hablaba tan rápido que me demostraba su neurosis. Me gustaba su acentuada nariz y debía medir un metro setenta o al menos, su frente quedaba a la altura de mi barbilla. Mientras tanto, Sinead me esperó durante horas para el desayuno y lo último que supe de ella fueron los huevos sobre mi colcha.

Semanas después, un poco borracho y dentro de un escandaloso *pub*, le confesé a Maire que yo había sido el autor de la bola de tierra. Recibí una dolorosa cachetada y me llevó un eterno discurso tranquilizarla, hasta que desquitamos todo el desencuentro en su cama. Cuando la miré con los pechos sudados y lanzándome un pestilente aliento a cebada en cada quejido que nacía de muy adentro de su placer, sucedió una pausa: sentí náuseas por ella, por ese soplo, por su neurosis y su continua falsa modestia. Terminé adentro y me di cuenta de que no teníamos futuro. Al recostarme a su lado, por primera vez, me regaló un “te amo”; justo cuando yo iba de salida a ella le brotó el amor. Le mentí en mi respuesta y a la mañana siguiente, mientras Maire cocinaba unos huevos, le dije que debería tener un balcón en su apartamento. “*For what?*”, me preguntó, pero no contesté, observé mis palmas temblar y regresó la misma inquietud...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¿Qué es lo que Emil pretende con tantas contradicciones? ¿Qué clase de persona confiesa estos recuerdos? Es un*

enfermo y humanamente redondo. Me atrae lo absurdo del personaje. El fragmento anterior me recordó a mí, pero en este último te he visto por completo, mi querido Lothar.

6. **De cada ola** viene un recuerdo y yo he invertido casi todas las tardes en mirar el mar desde cualquier costa. Hay una alusión específica que siempre regresa en el vaivén: un rincón silencioso en el que me sentaba a beber café y miraba la puesta del sol, y en donde en una ocasión llegó una mujer vestida como toda turista que ha pasado más de un mes en la India, con trajes típicos, la piel tostada y con un cabello carmesí que contrastaba bellamente con el verde de sus ojos.

Dicen que las mujeres tienen un espectro visual mucho más amplio que los varones, y para cuando uno recién las nota, ellas ya inspeccionaron el lugar y a los asistentes en más de tres circunstancias. Tomó asiento a unas cuatro mesas de la mía. Era tan atractiva que no concebía cómo dejar de mirarla, mientras ella se sacudía la inmensa cabellera sobre la fina ropa blanca. Tenía una frente larga y amplia, unos hombros que parecían bruñidos con la intención de descansar una palma sobre de ellos y adornaban el inicio de un cuello tan largo que jamás había visto uno como aquel, era todo un pedestal para la hermosa cabeza que sostenía y a pesar de su delicadeza exterior, toda ella era de una piel dura, de una compacta consistencia como un cuero curtido, de inmenso goce al apretarla y al tacto, pero en ese momento todavía no nos hablábamos, y mucho menos conocía su densidad.

Cuando por fin me miró, le sonreí, pero ella ignoró mi gesto. Como en esa época yo ya no necesitaba de ellas para estar en paz, también la ignoré. Seguí mirando la playa y de pronto, un gato brincó hacia su falda. Era un animal auténtico, lo que en tantos de su especie sólo son manchas en este espécimen parecían líneas y formas, como si su pelaje hubiese sido tatuado cuidadosamente. Ella comenzó a acariciarlo y como yo había

hecho lo mismo una semana atrás y terminé con los brazos llenos de piquetes, me tomé la molestia de advertirle.

—Si fuera tú no lo haría: está lleno de pulgas.

Nuevamente me ignoró. Continué con mi café y segundos después retiró al gato de su falda y, tal vez por aburrimiento, habló:

—¿De dónde es tu acento?

Le respondí y me enteré que era eslovaca, modelo y actriz, que su madre se había quedado ciega cuando ella tenía nueve años y por lo mismo su padre se marchó de casa y ella se inició muy joven en el mundo de las pasarelas, los escenarios y el erotismo. Le conté parte de mi vida como viajero y jugador, y ella la resumió mejor que nadie: “Una huida continua”.

Por la noche, me dejó besarla. Después me llevó a su habitación. A la mañana siguiente, ella salió temprano y durante largo rato sólo me dediqué a disfrutar las huellas de su olor en la habitación. La esperé por horas, pensando en que volvería, pero no fue así —me lo había advertido: “Tengo pocos días para conocer cada ciudad de este país”—. Al mediodía, salí del cuarto y le dejé una nota en la recepción: “Volveré a las ocho para invitarte a cenar”. Me dediqué a pasear por la ciudad, pero sabía que no recorría ese territorio ajeno y exótico por goce, sino para encontrarla. Traté de guiarme por mi nariz, entre templos, mercados y calles, eliminando olores y pestilencias hasta llegar al de ella. Pasé a comprarme una bella camisa de lino e incluso unos zapatos nuevos, como un verdadero intento de arreglarme para la ocasión.

A las ocho, estaba de nuevo en el *lobby* de su hotel. Pregunté al empleado del mostrador por el regreso de la señorita de la habitación dieciséis y me respondió con un dudoso gesto que después completó con el anuncio de que ya había realizado el *check out*. Pregunté si no había dejado un recado, una dirección o algo y respondió que no.

En varias olas y durante varios años, he recordado las últimas palabras de aquel empleado de la recepción: “*So sorry. Si rilly was biutiful*”. Indudablemente se marchó en el punto más perfecto de nuestra relación y he extrañado su belleza a diario...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¡La belleza, amigo! ¡Tan culpable de tantos males y virtudes!*

7. **En choque** regresan las imágenes de una oscura niñez, secuencias en las que vuelvo a estar en la cabeza de aquel infante con la mente nublada, sin entender por qué me habían invitado a presenciar un mundo al que no le encontraba disfrute ni sentido. La monotonía de levantarse, asistir a un colegio gris donde nos contenían como reos, y sin comprender una sola palabra de aquellos profesores que, por alguna u otra razón, nos reprimían hasta que aprendimos a dejar quieto el cuerpo y cancelar la voz y las emociones. Los compañeros siempre ejerciendo juegos que consistían en iniciativas excluyentes, competitivas, burdas: correr hasta tocar a otro y obligarlo a quedarse quieto; esconderse para no ser descubierto y sin importar el aburrimiento de guardarse; saltar rayas pintadas en el suelo y tras ello gozar del “éxito”. Demasiado pronto aprendí que en cada juego había que seguir reglas con las que todo perdía su categoría de diversión.

Al cumplir los trece años, ya detestaba la escuela y la vida. Realmente no sabía cómo huir de ambas, además de construir secuencias imaginarias en las que desarrollaba “mecanismos de escape”, como cruzar un arco invisible entre dos árboles y desaparecer, o dejarme caer de la azotea de un edificio y partir sin dolor.

Por fortuna, una mañana de martes, me escapé del salón clases para vagar por pasillos y jardines. Caminé hasta las canchas de fútbol, en ese inmenso colegio religioso que tanto dinero les costaba a mis padres y donde no aprendía nada. Al final del inmenso campo, en un rincón arbolado, me topé con un par de preparatorianos fumando. Cuando los descubrí, no les quedó otra opción que hacerme parte. Fumé para encajar y pretender que tenía idea de lo que hacían. Les conté de mi insatisfacción por la vida y que de nada servía lo que hasta entonces había aprendido en las escuelas o de mis padres. Uno de ellos, tajantemente, me cuestionó.

—¿Y por qué no te largas?

“Buena pregunta. ¿A dónde?”, pensé, y luego me pareció que me desinvitaba de la situación con ese comentario, pero él prosiguió.

—Hay muchas playas, al sur, en las que no necesitas dinero para vivir. La naturaleza lo da todo. Que te enseñen a pescar los lugareños y estás del otro lado. Yo lo he soñado mil veces.

Mi plan no era convertirme en pescador, pero alejarme de todo y subsistir por mis propios medios, a los trece años, tenía mucho más sentido que todo lo que hasta entonces hacía. Comencé a maquilar el plan para partir en las vacaciones de verano, con el pretexto de que sería un viaje entre amigos o un campamento, pero con la intención de nunca volver.

Durante varios meses me dediqué a involucrar a compañeras y amigos. Desatendí más que de costumbre el colegio, reprobando todas las materias, pero ya no importaba. El último día de clases, golpeé al maestro de matemáticas que tanto había insistido en humillarme. ¿Qué importaba ya? La vida estaba en otra parte. Desafortunadamente, no logré convencer a ninguna mujer de mi plan, pero por la tarde, expulsado del colegio (con una carta que debían firmar mis padres) y con cuatro compañeros, viajamos toda la noche hasta llegar a la playa.

Cuando pisamos la arena, corrimos hacia el mar. Nos instalamos. Como no llevábamos tiendas de campaña nos recostamos bajo el cielo en bolsas de dormir y nos gastamos una buena cantidad de nuestros fondos en cerveza. A la mañana siguiente, nadamos, comimos lo que llevábamos (sardinas, jamón y atunes enlatados) y conocimos a tres pescadores que no quisieron ilustrarnos en su oficio.

En menos de tres días se acabó todo: la comida, los tragos, el dinero, la ambición de mis compañeros por quedarse a vivir ahí; pero no la mía. Ante su decepción, dos de ellos regresaron a la ciudad, y un día después, los otros dos. El único necio a no volver fui yo. Cuando partieron todos me metí al mar desnudo, y al volver a la playa ya no estaba ninguna de mis pertenencias, ni siquiera mi ropa. Mi bolsa de dormir era lo único que me habían dejado los ladrones. Tuve que romperla y hacerme una especie

de calzón con el forro; dormir con el resto de esas telas rotas bajo la luna y al despertar con el sol, comer lo que encontraba. Pero gracias a ello por primera vez hice uso del único aprendizaje valioso que había heredado de mi padre: el póker, apostar contra los pescadores. Y como gané y gané, y no necesitaba de mucho o nada más, ahí me quedé...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¿Emil no volvió a ver a sus padres?*

8. ¿**Intuye** alguien como yo? ¡Claro! ¡Todo! ¡Todo el tiempo! Con el paso de los años me volví estúpidamente rico, tras décadas sin perder una sola noche. Por ello, desde hace seis años no he vuelto a visitar un solo casino, pero no he perdido la práctica. Cada mañana ensayo posibilidades con las cartas. Cuento, recuerdo gestos y expresiones y actúo frente al espejo con toda la sutileza de un gran intérprete. Intercalo las cartas sin mirar y mi memoria reconoce perfectamente dónde queda cada una. Recuerdo e invento las partidas más difíciles y las practico. Vuelvo a las enseñanzas de mi padre y de cada jugador que en algún punto compartió tragos y secretos conmigo. Secretos que hasta hoy serán los únicos que me llevaré a la tumba.

Por las tardes, me siento frente al mar, en cualquier costa o en cualquier ciudad, y leo o escribo en esta libreta para recordar mis días. Tal vez porque en aquel accidente o atropellamiento perdí el orden de mis recuerdos.

Durante mi larga y tediosa niñez siempre mantuve mis pensamientos en llegar a la edad adulta: los “treinta y tres años” era el punto exacto para ser libre y feliz. Soñaba con un departamento de tabique rojo, un gato a mi lado, un saxo en la pared y una habitación inspirada en los clichés londinenses, en la que viviría noches bohemias, en soledad y emancipado de cualquier obligación; pero en el intervalo de la niñez a la vida adulta reconocí que el mundo es un lugar tan perverso que le perdí todo interés,

incluso a mis sueños.

Han pasado casi treinta años desde que comencé mi travesía con trece. No sé si he aprendido algo valioso, además de mi oficio. Soy ahora el hombre barbado, delgado y siempre trajeado que deambula por todos lados con un manojito de cartas en el bolsillo derecho. Un parásito de cabello rizado y cara larga que se vuelve testigo de toda la nada humanitaria. Y que a sus cuarenta y dos años no toca un instrumento musical, nunca ha sido dueño de un gato y mucho menos de un hogar...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Bien, comienzan a atarse los cabos sueltos. Físicamente parece un retrato tuyo.*

—

9. **La inmensidad** es lo que más fácil se pierde de vista, a pesar de su dimensión. Grandes pensadores han repetido que para obtener una perspectiva objetiva sobre la existencia hay que apreciar la inmensidad continuamente, reconocerse como un minúsculo punto en el espacio, en el tiempo, en el universo. Y para sentirla, a veces basta con escalar un cerro y contemplar la diminuta extensión que conforma un pueblo entero, o tomar el metro a una hora pico en una gran metrópolis y saber que uno es nada frente a todos esos cuerpos que palpitan; o imaginar que en el instante en que reflexiono estas palabras hay más de dos almas naciendo en Gibraltar; una mujer llorando en su automóvil, bajo la lluvia y en el tráfico de São Paulo; un albañil asiático observando el cielo desde el último piso de un rascacielos en construcción; un sudanés gritando “auxilio” en medio de la sabana; un finlandés vagando en Machu Picchu; algún ciclista belga a cien metros de la meta; tres capos rusos bebiendo vodka en las Bahamas... y, sin embargo, todos ellos son tan sólo una nada frente a los otros millones que están haciendo de su noche o de su día otra nada.

Y yo, desde cualquier lugar, que casi siempre es frente al mar, planto

mi observatorio y trato de entender “algo” de lo mundana que es la inmensidad. Aunque en este momento, como casi siempre, sólo quiero anular todas mis palabras escritas, su concepción, su presente y su fin; negar el choque de aquella ola contra sí misma, eliminar el cruce del aire por este sendero, omitir el sonido del mar y de mis pensamientos y cerrar los ojos hasta que desaparezcan esta playa a media tarde o todo mi ser.

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¡Me encanta!*

10. “**Pero sin mentiras** ni tabúes, Emil”, fue su primera exhortación para iniciar nuestro compromiso. Yo ya no era tan joven y ella llevaba una semana de conocerme: once años menor, nueve encuentros sexuales, dos cenas y una visita al cine. Su advertencia nació cuando resultó obvio que lo nuestro se estaba o ya se había convertido en una relación. Por las tardes caminábamos entre las calles de Haight y Ashbury. Me sorprendían su soltura, su creatividad, su sensibilidad ante el cine. Michelle había logrado sus primeros dos filmes independientes, a pesar de que el primero no era otra cosa que un documental sobre la relación de sus padres, el trauma de su vida. La segunda cinta retrataba la vida en su pueblo natal, una pequeña comunidad adormecida, provinciana, donde las reuniones de la mayoría de los jóvenes se iniciaban en el estacionamiento de una panadería y terminaban en cualquier sótano con drogas y sexo público.

A pesar de lo pueblerina que me resultaba, Michelle tenía una mente compleja, trabajaba en la idea de construir una cinta sobre su estado; después, una sobre el país y terminar con una obra maestra que retratara el planeta según sus analogías. Había iniciado su obra de lo íntimo, su vida y la de sus padres, hasta lo que ella concebía como el mundo.

Durante una de las tardes de caminata, nos detuvimos en una *sex shop* clandestina. Ella entró directo a la sección de disfraces y se probó de todo y sin ninguna inhibición ante los clientes que rodeaban el área, quienes

levantaban los ojos por encima de la sinopsis de una cinta porno para mirarla con los pechos expuestos y bordeados por cuero, con faldas que apenas cubrían la mitad de sus nalgas, sin bragas, claro. Entró y salió una y otra vez del probador. Yo, sin otro sentimiento que el del miembro intentando romper la mezclilla, la observé fascinado, con unos celos absolutos hacia los mirones, pero que me causaban un placer extremo.

Michelle fue mi última mujer y, al mismo tiempo, la más salvaje que alguna vez conocí. Tenía tal grado de necesidades sexuales que era como casi cualquier varón o, en palabras condenadoras: una absoluta ninfómana; pero me hacía sentir profundamente deseado y rejuvenecido. Desde su llegada a mi vida cambiaron muchas cosas. La conocí mientras paseaba en el parque Buena Vista de San Francisco y en ese mismo lugar tuvimos el primer encuentro. Me hizo sentir un casanova y después, obviamente, entendí que era su necesidad.

Su truco básico era que en cuanto llegábamos a un hogar o a un espacio semiprivado, se desnudaba. Ir al cine se igualó a pagar un motel; manejar su auto se convirtió en un temor constante a la policía por trasladar a una mujer desnuda que me daba sexo oral; visitar un parque me recordaba a *Almuerzo sobre la hierba*, esa pintura de Manet donde los hombres están vestidos con finas ropas y dialogan en un parque con una mujer blanca, de curvas generosas y completamente desnuda.

Durante el único concierto al que me llevó, rock psicodélico, ella se colocó frente a mí para mirar el escenario y comenzar a menearse contra mi sexo. Era una chica de minifaldas y botas. Me abrió la bragueta, se levantó la prenda inferior —bajo la que nunca había ropa interior— y de pie, totalmente de pie, a pesar de su corta estatura, se insertó mi sexo y continuó meneándose en un baile que nos hizo terminar varias veces durante el concierto, rodeados de toda esa multitud. Ahí pensé en quedarme con ella muchos años o para toda la vida.

El sexo era tal que incluso llegaba a tener dolores de pene, pero no podía parar. No pensaba en otra cosa que no fuera su cuerpo joven y no dejaba de tener erecciones en cuanto me cruzaba por la cabeza su nombre o una parte aislada de su ser. Hasta que una noche en la que habíamos

follado, bebido mucho y vuelto a tener sexo, de pronto, el único individuo de San Francisco con el que establecí cierta amistad en un furtivo casino de Oakland, iniciada por su admiración a mi oficio, llegó a mi casa después de perder todo en una partida y a causa de ello terminar con nueve años de matrimonio —la mujer ya no soportó sus apuestas y pérdidas—.

Recuerdo que Michelle no tuvo la necesidad de vestirse ante la llegada de Josh y él la saludó tal cual. Continuamos bebiendo. Como Josh era un hombre joven, influenciado por un añejo movimiento de paz, traía bastante marihuana en la chaqueta. Decidimos fumarnos la bolsa entera hasta que el pequeño departamento —que yo había alquilado por unos meses— se convirtió en una bomba de humo, y sin comprender el tiempo transcurrido, de un momento a otro, con los ojos de asiático y rojos que se me formaron en la cara, observé a mi novia y a Josh desnudos sobre la cama.

Cuando me acerqué a cerciorarme, Michelle trató de incluirme en su juego triangular y exactamente no sé qué fue, pero tomé el perchero que tenía al alcance y comencé a golpearlos hasta que Josh me lo arrebató y me dio en la cabeza con él.

Al despertar, sentí un terrible zumbido en el oído. Había perdido la escucha del lado izquierdo, y jamás volví a ver a Michelle ni a Josh, ni a San Francisco...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *¿Quién es Emil? ¿Tú? ¿Yo? ¿Una mezcla de ambos? Aunque una parte de mí cree que has proyectado una autobiografía en este personaje y sus (tus) mujeres, en varios fragmentos he recordado tu relación con Camila.*

—

11. **No alcanzo a comprender** el porqué, pero de saberlo tal vez no lo hubiera hecho. Hace más de una década volví a mi ciudad natal como si

fuese una especie de imán el que me obligaba a regresar para luego mostrarme su carga negativa y alejarme otra vez. Por alguna razón así funciona la patria para muchos. Pero tengo un recuerdo muy nítido de aquel día: me encontré con un judío en el avión que visitaba la ciudad para realizar una serie de encuentros con socios y corporativos, en busca de expandir su mercado. Me contó sobre los contratos multimillonarios y ultrasecretos que ejercía su empresa para que su producto fuera exactamente el mismo en Tombuctú, Beijing o Melbourne. “Una vez que trabajas con las grandes corporaciones, te das cuenta de que es mentira mucho de lo que se dice sobre nosotros. El león no es tan malo como lo pintan, pero al ser las empresas más exitosas del planeta referimos al capitalismo yanqui, a la envidia y a la opresión”, dijo y cruzó por mi cabeza el recuerdo en el que un grupo de anarquistas españoles atacaba con bastones de fierro los vidrios de una cadena norteamericana de alimentos.

Nuestra charla, o su monólogo, resultó tan extenso que al llegar al aeropuerto de nuestro destino se le ocurrió que comiéramos juntos y acepté la invitación. Llegamos al restaurante de mi antiguo barrio y nos sentamos bajo un letrero con el lema del mismo: “Hogar para cualquiera de cualquier lugar”. Revisé el menú repleto de colores y en ese momento me di cuenta de la importancia que tuvo la revolución del color, los tonos en cada una de las fotografías de los alimentos, la exageración en los tonos para incitar a comer; aunque para lograr esas fotografías el vapor del café estuviera hecho con el humo de un cigarro y el café mismo fuera un refresco de cola bien revuelto. Reflexioné entonces sobre una reciente teoría que había leído: “El mundo es incoloro y somos los humanos quienes le aportamos la pigmentación”. En una chispa de nuestro cerebro es donde habitan el azul, el amarillo y el rojo, y todo se mezcla adentro.

Sin darme cuenta ignoré por un largo rato el monólogo de mi compañero de mesa hasta que, detrás de nosotros, comenzó el estruendo de unos disparos, a la par de gritos y vidrios que se quebraban. Uno de los comensales se había levantado de su asiento para dispararle a su grupo de colegas. De inmediato nos tiramos al suelo y bajo la mesa: escuchamos

más impactos, más gritos, más vasos y platos que caían. El autor huyó de prisa. Detrás de él uno de los heridos, pero en dirección contraria. El restaurante se convirtió en un desastre de mesas, trastes y alimentos por doquier. En el suelo más de cincuenta personas escondidas y cinco individuos ausentes, pero tendidos sobre la alfombra.

En muy poco tiempo, un grupo de policías y paramédicos se llevaba los cuerpos en camillas y lo único que quedó de ellos fue un color, una gran mancha en el piso, como si varias botellas de vino se hubieran derramado enteras, tocando los casquillos; algunas sillas aventadas, la mesa y los agujeros sobre los muros y sillones.

Revisamos la escena mientras un oficial comenzó a extender y a cerrar el paso con una banda amarilla. Se canceló la cuenta y salimos del lugar marcados por un poco de realidad, dos cobardes que habíamos huido de las guerras de nuestro tiempo e incluso de las reconstrucciones.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho de tu vida? —me preguntó el judío.

Fue una absurda pregunta para el momento, pero le dije la verdad a un completo desconocido, tal vez porque su fisonomía semita era casi idéntica a la mía. Le conté que me ganaba la vida en los casinos, con partidas de póker, y que eso implicaba no excederme en ganancias y nunca visitar el mismo casino dos veces, por eso los viajes. Su cara emitió un gesto tan extraño que sólo él supo interpretar. Me despedí. Caminé hacia la casa de mi infancia y a lo largo de mis zancadas pensé en la imparable y absurda violencia con la que convivimos los seres humanos.

Al llegar al edificio vi al conserje de antaño convertido en un anciano y barriendo los escalones. En ese momento me di cuenta de que nunca había estado de acuerdo en que se barrieran o se levantaran la hojarasca de las calles ni de los patios, evitar el color naranja, como otro de los tantos gestos que pretenden negar la naturaleza del mundo y del hombre.

Le pregunté al conserje si conocía a algún Hoffmann en el edificio y se encargó de relatarme el dramático final de cada uno de ellos, tras el abandono de su hijo varón

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Así que Emil es judío (con tu apellido) y de*

Brooklyn (“Hogar para cualquiera de cualquier lugar”). Bien. ¿Y éste fue el único reencuentro con su infancia?

12. **“Lo que pesa no es la soledad”**, porque a ésa la aguantamos mucho, pero lo que hasta son los anhelos, la nostalgia que encauza la alusión de un pasado. Los recuerdos que erigen esta tribulación, esta condición que, al igual que otros, no sé por qué cargo con ella, pero me condicionó a no ser un lego y, a la par, un infeliz y un infiel.

El grave error de la humanidad es educarnos o mentirnos para lo idílico, cuando ninguna relación profunda es fácil y sin conflictos. Si uno no se entiende a sí mismo, ¿cómo diantres entenderá a otro? Las pocas veces que amé intenté ser fiel, pero en muy poco tiempo regresaba la tristeza, el miedo, el aburrimiento y me marchaba o traicionaba la relación. Me preguntaba si esa persona sería la última con la que me acostaría, si en verdad la amaba, si en verdad la conocía... y concluía en que todos mentimos más de lo que podemos estar dispuestos a aceptar. La labor del amor es suponer cosas, dar por entendido lo falso, engañarse con fantasías como el hacer creer al otro que es único, una lucha constante por nivelar la balanza de un cuidado inmedible.

Llevo varias décadas aquí y desde hace varios años se desvaneció mi capacidad de asombro, ésa a la que aspiran los monjes budistas para deambular como niños y sorprenderse con toda la belleza y la novedad; pero ya nada me sorprende. Hoy, aunque descubriera el hilo negro de la vida no sabría qué hacer con él...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Parece que me estoy leyendo, Lothar. Pero creo que le falta un final al fragmento, una historia, como lo has hecho hasta ahora. Pero ¿qué dirá Emil que no se diga en los otros capítulos? Tal vez no debería existir; que sea el elemento nulo. Aunque yo le rompería el orden a todo el texto. Me parece que los fragmentos se*

pueden intercalar; evalúalo. Convertirlo en un libro digital y que en el índice des los clics para leerlos en el orden que quieras.

13. **Una y otra vez** regresa a mi mente esa ciudad. Su brisa y una bicicleta son una mezcla perfecta de viento, forma, color y ruido; tal vez una de las imágenes continuas que un cineasta no debería filmar porque con sólo unir la cámara a un casco y recorrer esa urbe al tempo de un velocípedo se lograría una de las mejores cintas de la historia, planteando un recorrido con fines estéticos, de contrastes... y es que así, entre opuestos y con una bicicleta, fue como pasé mis tardes habaneras, en medio de casinos y conociendo una parte de la historia del cine latinoamericano, entendiendo la magnificencia de las obras a partir de un minúsculo presupuesto, la posibilidad de crear sin dinero y sin súbditos: jugar a un dios pobre para crear la fantasía.

En ese entonces, la ficción era tan posible en el cine como en la vida de la Habana. Una tarde salí de la cinemateca y andando en la bicicleta me detuve en una esquina para contemplar el esplendor de un rincón: el hermoso balcón de un tercer nivel, en el que colgaban varias sábanas rosas, y debajo de ellas un piso intermedio completamente derruido, y arriba de ellas, en el cuarto balcón, una negra vigorosa que observaba la cuadra. Justo cuando me sorprendía el detalle con el que había sido trabajada la herrería de cada mirador, alguien me tocó el hombro y dijo: “¡Es *art nouveau!*”.

Miré al dueño de esa palma: un negro alto, de camisa blanca, con un impecable traje gris, el cabello perfectamente recortado y una sonrisa gentil. Como buen habanero, su lenguaje corporal era más claro que sus palabras e intercambiamos una conversación en la que me narró parte de la historia de dicho edificio.

Al despedirse, me comentó que era el director de la cinemateca que visitaba a diario y que cuando quisiera, pasara a saludarlo. Agradecí con

la misma gentileza la información que me proporcionó y nos dijimos adiós. El hombre continuó su camino, pero diez pasos adelante, abruptamente, se detuvo y dio un par de zancadas hacia atrás.

—¿Te tomas un café conmigo?

Accedí. Recorrimos unas tres cuadras y me sorprendió su caminar bailado, como si escuchara música mientras avanzábamos. A medio camino, dio un giro de noventa grados para adentrarse en una pequeña puerta que más que un café era una vecindad. Bajo el deterioro de las fachadas, atravesamos cuartos hasta llegar a una oscura habitación en la que había una barra con nueve negros sentados, un par de putas bailando con tres gringos y un solo mesero tan impecable como mi anfitrión.

Nos sentamos. A pesar de la decadencia del lugar no emití juicio alguno porque así es Cuba, y el hombre continuó hablando de cine, de su país, de mi país, hasta que el mesero se acercó y nos dijo que ya no tenía más café, pero a cambio nos ofreció mojitos. Pasó una ronda, dos rondas y como el interlocutor local parecía un tipo culto, decidí tocar un tema que hasta entonces no había comentado con nadie: el encierro en la isla. El negro respondió que ése era un tema doloroso y del que prefería no hablar. Llegó la cuarta ronda y en ese momento cometió su error: “¿Te gustaría comprarme unos habanos?”.

“El director de cualquier institución no ofrece cigarros como si fuera un traficante”, pensé. En cuanto él interpretó mi juicio, con la palabra “farsante” bajo mis pestañas, se levantó de inmediato. “Ha sido un verdadero placer, caballero”, huyó del lugar y como si yo fuera otro gringo idiota, todavía no entendía en qué había consistido la trampa. ¿En pagarle cuatro mojitos? Con una seña le pedí la cuenta al impecable mesero, quien en pocos minutos regresó y me cobró los ocho mojitos por el mismo valor que un automóvil en Cuba. Llegó entonces la furia a mi cabeza, me levanté para reclamar el precio, pero se tambaleó el escenario y me di cuenta de que estaba demasiado borracho. Los onerosos tragos habían estado más que cargados e imperceptibles con el azúcar y la menta. Los nueve cubanos de la barra giraron sus bancos para mirarme hasta que el más gordo de ellos habló.

—¿No vas a pagar, gringo? —azotó su puño sobre la barra.

Borracho y resignado al lema de mi vida, “Ladrón que roba a ladrón tiene cien años de perdón”, pagué el robo. A lo cual, los nueve de la barra y el mesero agradecieron con aplausos, chiflidos y gritando: “*Thank you! Thank you, mother fucker!*”, y por último me solicitaron la bicicleta como una insignificante propina para el mesero...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Cuba. Siempre Cuba.*

—

14. **Se representa** como una imagen blanca o como un hoyo negro que por su naturaleza se anula. El olvido. Ser olvidado u olvidar todo para perder la conciencia de extrañar; de anhelar el sabor de una buena sopa, de una boca o el olor a mar. No volver a oír la risa de aquella mujer o a escuchar el piano o una buena historia; sin recordar lo que era mirar los ojos de los seres vivos y contemplar: mirar con el templo adentro. Al final, “contemplar fue lo único trascendente”, a sabiendas de que todo acto trascendental también fue sumamente fútil...

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Te regalo una imagen para que termines el fragmento con una historia: “¿De qué nos sirve ir a la luna o llegar a Marte si todavía no se entiende lo que sucede aquí? —mi abuelo, el viejo Basauri, colocaba el dedo índice sobre su frente y la golpeaba con él mismo en repetidas ocasiones—. Las mejores galaxias se nublan aquí dentro”.*

—

15. **Ante el** pequeño espejo circular perfilé mi rostro y observé mi reflejo. Finalmente me había convertido en todo lo que quería ser: nada. Empujé

la puerta del salón para asistir a otra celebración con desconocidos y la vi venir hacia mí, Camila, con un rostro tan único que era necesario besarlo. Comenzamos a charlar; resultó tan insegura que no dejaba de mentir: su actitud, sus comentarios... en todo mentía, incluso más que yo.

Hablamos de cualquier cosa, ni siquiera recuerdo el tema, y una hora después abandonamos el salón. Caminamos hacia las terrazas, expresamos el deseo que se dan dos extraños entre manos y saliva, y después me acompañó a mi habitación. Desde ese encuentro comenzó el embuste: era una mujer que se inventaba una identidad, un pasado, un presente y hasta un futuro; tan mitómana que construía palacios de mentiras que luego ella misma creía que existían e incluso habitaba y desmoronaba. Pero pasó el tiempo, nos instalamos varios años en un hogar y yo dudaba de todo lo que me decía, hasta que me di cuenta de que no conocía nada de ella.

Una mañana me despedí de toda esa falsedad. Tal vez hubiera bastado un poco de sinceridad para que las cosas funcionaran, pero no fue así. Durante esa despedida, recuerdo que hablé por primera y última vez sobre mis padres: “Nada es capaz de afianzar un amor inexistente. Me concibieron, se esforzaron y en la pubertad me fui de casa. Trece años duró la intención de que su amor mejorara, de que él fuera fiel, sobrio y abandonara el juego; de que ella tuviera un dueño y de que esas cuestiones que los hacían batallar a diario llegaran a un fin. Me alimentaron, me criaron, me enseñaron, me dieron su amor y tiempo, pero a final de cuentas cada uno tuvo que lidiar con su propia locura, con eso que los griegos llamaron carácter, su propia causa, sus propios errores, y yo tuve que buscar un lugar fuera de una madre sumisa, religiosa, y obstinada en negar la realidad, y de un padre enfermo de violencia, de alcohol y de tantas frustraciones que viven los varones jóvenes”. Le narré a Camila todo lo que fui, como nunca lo he vuelto a hacer con nadie, y me marché.

A veces o continuamente, frente al vaivén, pienso en esa bonita cara, en esos ojos tan de ella, tan únicos, y me imagino de quién habrán sido, de dónde vinieron, dónde estarán, qué será de sus días, y me doy cuenta de

que sin saber quién era fue la única persona que me marcó. Quedó un vínculo entre nosotros, aunque lo evite. Uno tan grande que todavía se mantiene inquebrantable, como dos existencias paralelas que nunca volverán a toparse, sin importar a dónde vayan, pero que se piensan a diario.

Cada día, en una terraza, en una mañana, en otros ojos o costa, en sueños, regresan sus imágenes: la veo reír, vagamos por la Ciudad de México, despierto tocando el hoyito de su mejilla, mirando el lunar bajo su nalga, y en cuanto abro los ojos, sus pestañas se cierran. “Encarnas en las sombras de mi memoria y eres lo único que todavía ilumina los rincones...”

NOTA DE ANTSELMO BASAURI: *Ahora dime, ¿qué es esto? ¿Una novela? ¿Lo vas a ampliar? Me dejas dolido con la vida, Lothar. “Las personas se vuelven parte de uno. Intentar borrarlas, como lo intentan tantos en estos días, es igual que pretender ignorar la pérdida de un dedo, una mano o cualquier miembro”. Te abrazo fuerte, amigo.*

«Un escritor completo, con un universo e intereses muy amplios, versátil en perspectiva y en herramientas literarias»

Eduardo Antonio Parra



En busca de un anclaje ante una realidad demasiado líquida, *Las verdades infames* establece un diálogo entre distintas perspectivas del México contemporáneo y explora de forma radical la naturaleza de la literatura como creación artística.

La historia comienza con «Chatarra», una crítica a la simulación del arte actual. Sus interlocutores son Gabriel y Mariana, una pareja de artistas en duelo. Al quedar libre de la influencia paternalista de él, ella deberá enfrentar el peso del vacío y encontrarle un sentido a una existencia que le resulta completamente ajena.

La segunda parte, «Caos», cuenta con el crudo realismo de un escenario cada vez más cercano: el fin del agua en la Ciudad de México, donde los individuos buscarán sobrevivir al engaño mediático, a la contención de masas, al hambre y la falta de recursos en una megalópolis regida por el pánico colectivo y la violencia.

Finalmente, «Cinética» pone de manifiesto la decadencia moral que prima en nuestros tiempos. En ella, un escritor y su expareja coinciden en un vuelo de México a Madrid y se ven obligados a volver al pasado, sin imaginar que ese momento será la destrucción absoluta de sus destinos.

Damián Comas (1984) es escritor, artista plástico y cineasta. Doctor en Creación Literaria y maestro en Estudios Teóricos de Arte. Su primera novela, *Cenizas*, reeditada recientemente por Debolsillo, fue acreedora del premio XIX de Letras Hispánicas de la Universidad de Sevilla. También es autor de cinco novelas más y cuatro guiones cinematográficos, además de guionista, director y productor de dos obras fílmicas. Recientemente, fue finalista del X Literaris Premis Constantí en Barcelona y becario del programa Jóvenes Creadores del FONCA.

En este momento escribe su séptima novela y realiza una inmensa pieza gráfica titulada *El libro silente*.

Las verdades infames

Primera edición digital: febrero, 2019

D. R. © 2018, Damián Comas

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House / Daniel Bolívar, por el diseño de portada
D. R. © GETTY IMAGES / Vasilina Popova, fotografía de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-317-554-8

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |



[/megustaleermexico](#)



[@megustaleermex](#)

Conversión eBook:

Mutãre, Procesos Editoriales y de Comunicación